

Galeria  
Dramatica

PQ6506

Q8

C.1

TÓNOMA

NERAL DE E

*José Angel Benavides.*



1080044330

862



UANL

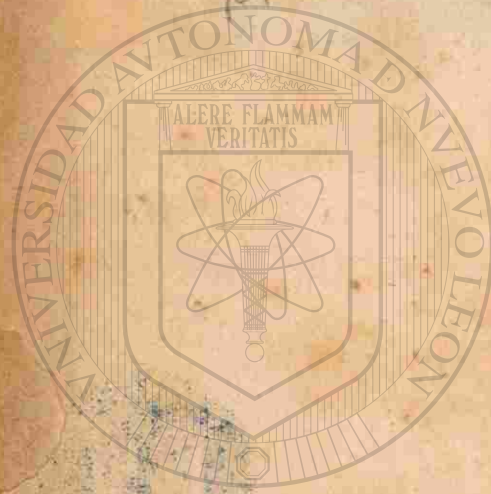
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



86-2

B.H.



¿QUIEN ES ELLA?

6/36/60



COMEDIA EN CINCO ACTOS

POR

Don Manuel Bretón de los Herreros.

JUAN R. NAVARRO



54534

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,

Calle de Chiqués núm 6.

1850.

32648



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria



## PERSONAJES.

LA CONDESA. ISABEL. DOÑA MENCÍA. EL REY.  
QUEVEDO. GONZALO. MARTIN. EL ALCAIDE.  
DON ALVARO. DAMAS, UGIERES, GUARDIA.

La escena se supone en Madrid, año de 1845.

## ACTO PRIMERO.

Sala en casa de la Condesa. Puerta en el foro, que es la principal: otra lateral á la derecha; otra á la izquierda. Mesa de escritorio.

### ESCENA PRIMERA.

Gonzalo, sentado á la mesa de escritorio.

Otra carta, y es la última al arrendador Ambrosio García.—Cansan, aburren tantas horas de escritorio.— Hoy no he visto todavía á la que es luz de mis ojos, y ausente de su hermosura no vivo, ó vivo en un potro. La Condesa. . . .

ESCENA II.

Gonzalo—Quevedo.

Quev. (Entrando.) Perdonad,  
señor mio, si me tomo  
La libertad. . . .

Gonz. (Levantándose.) Caballero. . . .  
Cielos, qué veo! . . .

Quev. Este mozo. . . .  
Sí, es Gonzalo.

Gonz. ¡Don Francisco  
de Quevedo! . . . ¡Dios piadoso,  
¡Tanta dicha! . . . Permitid  
que á esos piés. . . .

Quev. No me conformo.  
Mis brazos están mas cerca.  
(Le abraza.)

Gonz. Yo los recibo con gozo  
y con orgullo.

Quev. A tu padre  
retrata fiel ese rostro  
juvenil: al tierno amigo  
que vivo amé, y muerto lloro.

Gonz. Si vos le llorais, señor,  
¡qué haré yo, huérfano y solo. . .

Quev. Eso no, mientras yo viva.—  
Mas, aunque me huelgo y honro  
de verte, aquí no he venido  
con semejante propósito.  
Yo no te hacia en Madrid. . . .

Gonz. Empeñé el viage mas pronto  
de lo que habia pensado.  
No bien sacudido el polvo,  
os busqué; pero sin fruto.  
"Astro luciente del trono  
de Felipe, apenas sale  
de palacio y sus contornos."  
me dijeron, y. . . .

Quev.

Es verdad.

Felipe, que es generoso,  
justo, apacibe, magnánimo,  
cuando obedece á sus propios  
instintos; hoy que ya libre  
se ve del yugo ominoso  
Del funesto Conde—duque,  
ruina y baldon de su solio.  
desagraviarme pretende  
del no merecido encono  
con que en mis ancianos dias  
me ha perseguido el sañoso  
privado, Yo que, no ha mucho,  
gemia en un calavoso,  
calumniado, enfermo y pobre,  
hoy nadaria en un golfo  
de honras y bienes, si fuera  
mi corazon ambicioso.  
Mas quien jamas codició  
grandezas que engendran odios  
y sobresaltos y crímenes  
y escarmientos, sándio y loco  
seria si tal hiciera  
cuando tiene un pié en el hoyo.  
Y no obstante la seráfica  
modestia de que blasono,  
heme aquí hecho un palaciego.  
El rey, á mi ruego sordo,  
de la libertad me priva  
porque suspiro y sollozo.  
No se halla sin mí, y abruma  
mis harto frágiles hombros  
con su real benevolencia.  
No sé, Gonzalo, si lógro  
tanta distincion á título  
de amigo; pero es notorio  
que mas barato que yo  
no lo ha de hayar en el glovo.  
Ni pedigueño le canso

ni le atosigo oficioso.—  
 O acaso tanto favor  
 debo á ser hijo de Apolo;  
 que tambien Su Magestad  
 emplear suele sus ocios  
 eh hacer versos, tal vez  
 (y esto quede entre nosotros)  
 no tan buenos como augustos.  
 Ni será extraño tampoco  
 que por su bufon me tenga.—

Gonz.  
 Quev.

¡Dicen que soy tan gracioso! . . .  
 Mas volviendo á tí, querido  
 Gonzalo, no te perdono  
 no haber tomado hospedaje  
 en mi casa.  
 Soy tan corto. . . .  
 La cortedad es bobada,  
 y en la corte sobre todo.  
 Fray Modesto nunca asciende  
 á prior de San Jerónimo.  
 ¡Ni haberme escrito dos lestras  
 diciéndome cuándo y cómo  
 te habria de hallar! Al punto  
 hubiera hecho yo de modo  
 que me vieras en mi casa,  
 ó en la del rey, sin estorbo,  
 á todas horas del dia.

Pero, si no me equivoco,  
 tal está mi buen Gonzalo  
 que no ha menester patronos.  
 No te aconsejo que trueques  
 por el triste dormitorio  
 y pareca mesa que puedo  
 yo ofrecerte, estos suntuosos  
 salones.— ¡Eres,—perdona  
 mi extraño interrogatorio,—  
 pariente de la condesa,  
 ó su agente de negocios?

Gonz. Soy su criado. La suerte

Quev.

me deparó este acomodo.  
 Y no en oficios mecánicos  
 que puedan darte sonrojo  
 te ocupa, por lo que veo.  
 ¡Bien! Es dama de alto bordo,  
 de esclarecido linaje  
 y de pingüe patrimonio,  
 ¡y con favor en la corte!  
 Como que egerce el honroso  
 cargo de aya de la Infanta.  
 Si la entraste por el ojo  
 derecho. . . .

Gonz.

Preferiria,  
 ya que servir me es forzoso,  
 servir á Su Magestad.

Quev.

Como cuestion de decoro,  
 lo apruebo; mas no estarás  
 tan lucido y tan orondo  
 como ahora, si dependes  
 de las arcas del tesoro;  
 que, si algo dejan en ellas  
 asentistas codiciosos  
 y validos insolentes,  
 se gasta en cañas y toros.—  
 ¡Pides algo al Rey?

Gonz.

Mi padre:  
 le ha servido con heróico  
 valor. Murió en Portugal  
 herido de alevé plomo;  
 y apoyándome en sus méritos,  
 ya que no puedo en los propios,  
 pido la contaduría  
 de alcabalas de Logroño,  
 mas no espero. . . .

Quev.

¡Por qué nó?  
 Para destino tan módico  
 presumo que bastará  
 el influjo de que gozo.  
 Mejor te lo ofreceria,

á fe de amigo y de prójimo;  
 pero yo no soy ministro  
 ni con ministros me rozo,  
 sido poeta, y poeta  
 que no, como suelen otros,  
 me alimento de ficciones  
 y de figuras y tropos,  
 sino que hago profesion  
 de decir sin circuloquios  
 por escrito y de palabra  
 verdades de como y lomo.  
 ¡Así estoy yo de medrado!  
 Camino tan escabroso  
 no allana, Gonzalo amigo;  
 la cumbre de Capitolio.  
 Pero á tal corte has llegado  
 y en tiempo tan delicioso,  
 que para tí, apuesto jóven,  
 bien nacido y nada bobo,  
 pueden ser risueñas flores  
 de la vida los abrojos.  
 Si un dia Marte, hoy es Venus  
 el astro que aquí. . . . A propósito:  
 ¿tienes ya empleo en Madrid?  
 Hablo de empleo amatorio.

Gonz. Tal vez.

Quev. ¿Y qué corazon,

si no es de piedra ó de corcho,  
 no paga en Madrid tributo  
 á mundo, carne y demonio?  
 Gonzalo, el mar de la corte  
 está erizado de escollos.  
 Las Cierces y las sirenas  
 bogán armadas en corso  
 á caza. . . ellas dicen de almas,  
 yo, del vellocino de oro;  
 y mas que Ulises, sagaz  
 y muy esperto piloto  
 ha de ser el que no sea

de su despejo despojo.  
 Mas no todas son del gremio  
 de Santo Tomás apóstol:  
 tambien Dante tiene alumnas. . .  
 que ya pasan del Otoño.—  
 ¿Te ries? No aludo á tu ama,  
 que no soy tan malicioso.  
 Ni de ella puede decirse  
 lo de “á un descosido un roto”  
 que es dama de muchas prendas. . .  
 y está en el segundo tomo  
 de la hermosa, es decir,  
 si no en su Mayo, en su Agosto,  
 ¡Siempre maligno y zumbon! . . .  
 Quev. El mundo es jaula de locos,  
 Gonzalo mio, y prefiero,  
 filósofo por filósofo,  
 á lagrimones de Heráclito  
 carcajadas de Demócrito.—  
 Pero háblame con lisura:  
 ¿te mira con buenos ojos  
 la Condesa?

Gonz.

Quev.

Gonz.

Cada dia  
 me da nuevos testimonios  
 de su estremada bondad.  
 Soy su indigno mayordomo,  
 su secretario, tal vez  
 su amigo. . . .

Quev.

Ya: su *factotum*. . .  
 Dí de una vez soy su amante,  
 y *finis coronat opus*.

Gonz.

No merezco tanto honor.  
 Quev. ¿Por qué no Dios poderoso,  
 á los pobres y á los ricos  
 nos formó del mismo lodo?

Gonz.

Ni, dado que yo inspirase  
 sentimientos amorosos  
 á tan ilustre señora,  
 correspondiera. . . .



Quev. (Aparte.) ¡Es neófito! ..  
Déjate querer.

Gonz. Habria  
de sacrificar. . . .

Quev. ¡Qué oigo!

Gonz. A sus favores. . . .

Quev. ¡La hacienda?

Antes saldrías de ahogos  
con la suya. ¡La honra acaso?

No veo ningún desdoro  
en ser Conde. ¡La conciencia?

No es pecado el matrimonio;

antes será espacion

si, como opinan los doctos,

se pasan con él en vida,

las penas del purgatorio.

No es eso. . . .

Gonz.

Quev.

¡Ah. . . . la libertad!

¡Bien, hijo! Apruebo y encomio

esa altiva independencia

digna de un ánimo estóico.

No te esclavices jamás,

Gonzalo á ese lindo monstruo

que llaman muger. Sé libre. . . .

Gonz.

Ese sería mi voto,

si ya un dulce cautiverio

no me hiciera venturoso.

Quev.

¿Qué dices, incauto jóven?

Amas. . . .

Gonz.

Sí, señor, adoro

con firme y casta pasion

á una muger. . . .

Quev.

Ya supongo.

Gonz.

Bien nacida. . . .

Quev.

¡Pero pobre

como tú!

Gonz.

Sí, los dos somos

huérfanos. . . .

Quev.

¡Muy bien! Será

la gloria vuestro consorcio;  
y si con mútuos requiebros  
nos dáis calor al estómago,  
al ménos nada tendreis  
que echaros el uno al otro  
en cara.

Gonz.

¡Es un ángel!

Quev.

Sí.

Gonz.

Y á la hermosura del rostro  
aun escede la pureza  
del alma. El cándido copo  
de la nieve, el aura suave  
que halaga el tierno pimpollo,  
no son. . . .

Quev.

Ya entiendo. Suprime  
el idilio obligatorio.

¿Quién al hablar de su amada  
escasea los piropos?

Cuando una muger nos flecha,

tenemos la vista todos

para sus gracias, de lince,

para sus faltas, de topo.

Pero si os queréis los dos,

y, ella modesta y tú sóbrio;

tú por un palmo de cara

dejas todo el territorio

de un condado; y ella siendo

tan bella—¡raro fenómeno!

se resigna á ser consorte

de un alcabalero, *Dominus*

*vobiscum*.—Voy ahora mismo

á hacer que despachen pronto

tu memorial. Ve mañana

á palacio. . . .

Gonz.

¡Ah! Yo me postro. . . .

Quev.

¡Quieto!—A las once.

Gonz.

Está bien.

Quev.

Emplearé mas gustoso  
el tiempo en obsequio tuyo

que en los frívolos coloquios  
de una visita de pura  
etiqueta, que á esto solo  
venia.

Gonz. Sois mi segundo  
padre.

Quev. ¡Oh! sí.

Gonz. Mi ángel custodio.

Quev. Basta. ¡Adios! (Vuelve á abrazarle.)

Gonz. Guárdeos el cielo.

Quev. (Ap. yéndose. ¡Pobre mozo! ¡Pobre mozo!)

ESCENA III.

Gonzalo.

¡Se burla de mis amores!  
Achaque de años mayores.  
Su corazón está yerto,  
y es predicar en desierto  
pedir al Invierno flores.

Mas mudará de opinion  
quizá, que al fin es discreto,  
y aprobará mi pasion  
cuando vea el dulce objeto  
que me abrasa el corazón.

¡Qué es el ajado oropel,  
qué es el arguloso porte  
y la envenenada miel  
de las damas de la corte  
al lado de mi Isabel?

¡Son por ilustres mas bellas  
algunas que en las estrellas  
ponen las ejecutorias?  
Pergaminos son sus glorias. . . .  
y pergaminos son ellas.

Amor manda que me rinda  
á la que en el sí y el no

desnuda el alma me brinda,  
y solo sabe que es linda  
porque se lo digo yo.

En dulce conformidad  
para uno nos hizo Dios,  
y á tanta felicidad  
nos llama hasta la orfandad  
en que gemimos los dos.

Así con igual ternura  
nos dió la naturaleza  
en la comun desventura  
el crisol que nos depura  
de toda humana flaqueza.

Así el amor que á tus piés  
juro, y pagas tú, alma mia,  
no es una vil mercancía  
de que el sórdido interés  
hace torpe granjería.

Solo así viva la llama  
se alimenta y sin perfidia;  
porque desigual la dama,  
cuando pide nos fastidia;  
cuando nos da nos infama.

ESCENA IV.

Gonzalo. La Condesa.

Cond. ¡Don Gonzalo!

Gonz. (Ap. ¡Ah! la Condesa.)

Señora yo. . .  
Cond. Estrañaréis  
mi tardanza.

Gonz. ¡Yo, señora!  
Faltaria á mi deber  
de humilde y leal criado  
si osara. . . .

Cond. (Ap. ¡Qué sencillez!)

Sabeis que yo no os confundo  
con la mercenaria grey  
que me sirve.

Gonz. Agradecido,  
al cielo ruego que os dé  
largos dias de ventura  
y . . .

Cond. Mil gracias. Ahora bien,  
la causa de mi tardanza  
no ha sido ningun cruel  
accidente. . . .

Gonz. ¡Ah! Sea Dios  
loado y bendito. . . .

Cond. ¡Amén!  
(Ap. ¡Cielos! ¿es esto cariño,  
ó cristiandad. . . ó sandez?)  
Mas de lo que yo esperaba  
hoy me ha detenido el Rey.

Gonz. Yo tengo ya despachado  
todo el correo de ayer.  
Solo falta. . . .

Cond. Bien; no hay prisa.

Gonz. (Acercándose al escritorio.)  
Podeis firmar, si quereis,  
estas cartas. . . .

Cond. ¿Urgen mucho?

Gonz. No.

Cond. Firmarémos despues.

Gonz. Pues si licencia me dais. . . .

Cond. (Despues de vacilar un momento.)

Bien: id con Dios. (Se sienta.)

Gonz. (Ap. ¡Oh Isabell)

Cond. (Ap. Evitémos el peligro. . . .)

Gonz. La firma ¿á qué hora. . . .

Cond. A las tres.

Gonz. El cielo os guarde.

Cond. (Ap. ¡Ah! no puedo. . . .)

El alma se va tras él.)

Oid. (Gonzalo vuelve.)

Quiero consultaros  
un negocio de interés. . . .  
si no os molesto.

Gonz. Señora,  
nunca á mí. . . . (Ap. ¡Cómo ha de ser!)

Cond. (Ap. Sondaré su corazon.)

Gonz. ¿Sobre el soto de Aranjuez?

Cond. No. Mas árduo es el asunto.—  
Pero ¿por qué estais de pié?

Gonz. El respeto. . . .

Cond. (Impaciente.) ¡Oh! . . . bien pudiera  
el que en la corte es novel,  
por sobrado respetuoso  
culpase de descortés.

Gonz. Perdonad. No fué mi intento  
desairar. . . . Me sentaré. (Se sienta.)

Cond. (Ap. Necia he sido en ofenderme  
de su amable timidez.)

Estadme atento, Gonzalo.

Dos años ha que enviudé,  
y no son tantos los míos,  
que me hayan de reprender  
lenguas malignas, si al yugo  
otra vez doblo la sien.

Con mi nombre esclarecido  
grandes bienes heredé,

y no quisiera dejarlos  
á parientes que tal vez,  
ó no me aman, ni yo á ellos,  
ó no los han menester.—

¿Qué me aconsejas, Gonzalo?

Gonz. Señora, difícil es

aconsejar en tan grave  
materia, y mas para quien  
salto de años y de ciencia  
como yo. . . .

Cond. No os escuseis.

Sois adicto á mi personar—  
lo debo al ménos creer.

*Gonz.* Yo os juro. . . .

*Cond.* En vuestra alma noble,  
no cabe infame doblez,  
ni la embriaga y la fascina  
el orgullo del saber.  
¿Qué consejero mejor  
podiera elegir?

*Gonz.* Pues ¡qué!  
¿no tenéis otro, señora,  
á cuya suprema ley  
só pena de eterno llanto  
habreis al fin de ceder?

*Cond.* (Ap. ¡Oh cielos! . . .) ¿Cuál?

*Gonz.* Vuestro propio  
corazon.

*Cond.* Sí; mas tambien  
tiene la razon sus fueos,  
y es forzoso. . . .

*Gonz.* Ya lo sé;  
y mejor que yo advertirlo  
es que vos lo recordeis.  
Si en combate tan terrible  
os hallais, y ha de vencer  
la razon, yo os aconsejo  
señora, que no os caseis.  
Conservad vuestra dichosa  
libertad; que á una muger  
como vos honran, no afrentan  
las tocas de la viudez.

*Cond.* (Ap. ¡Oh palabras de consuelo. . . .  
Si no son pérfida red  
de quimérica esperanza!  
Me exhorta con viva fe  
á no dar mi mano. . . . ¡Ay Dios!  
¿mudará de parecer  
si lee al fin en mis ojos  
que la guardo para él?)

*Gonz.* (Ap. ¡Calla! ¡Plegue á Dios que entienda  
que no la quiero entender.)

*Cond.* Muy cuerdo es vuestro dictámen;  
que es triste consorcio aquel  
de quien la razon helada  
es el único sosten.  
Pero si triunfa el amor,  
como suele suceder,  
de esa razon impotente  
que le disputa el dosel,  
¿qué me diréis, Don Gonzalo?

*Gonz.* Señora. . . . qué no os caseis.

*Cond.* ¿Ni á la razon ni al amor  
me es licito obedecer!  
Luego si el único puerto  
me vedais que el tropel  
de las humanas pasiones  
me pudiera guarecer,  
á mi opinion ó á mi dicha  
por siempre renunciaré.  
¿Señora! . . .

*Conz.*

*Cond.* Mas no creais  
que tan opuestos estén  
en mí esos dos sentimientos,  
que á riguroso nivel  
quereis sujetar. Supongo  
que vos no confundireis  
con la razon verdadera  
el sofisticado oropel  
que llaman razon de estado.  
Prendas pudiera tener  
el objeto de mi amor,  
con que cien veces y cien  
supliera el fastuoso título  
de un marqués. . . . solo marqués.  
Amor, que no reconoce  
límites á su poder,  
igual a la humilde choza  
con el alto chapitel.  
El amor, hijo de Dios,  
y Dios acaso tambien,

es la ambrosía celeste  
 que dulcifica la hiel  
 de nuestra m;sera vida:  
 es el bello ro sicler  
 que este valle de tinieblas  
 convierte en risueño Eden:  
 contra el rigor del destino  
 es el mas fuerte broquel:  
 él sagaz descubre méritos  
 que el mundo olvida ó no ve:  
 él la apacible modestia  
 premia, y su pálida tez  
 desgarrá la baja envidia  
 cuando de mirto y laurel  
 ve coronada la frente  
 que blanco á su saña fué.  
 ¿Qué me importaría á mí  
 la desdenosa altivez  
 con que algun necio, prendado  
 de su gótico pavés,  
 murmurase de mis bodas  
 porque no las hice, á fuer  
 de rica hembra de Castilla,  
 con algun primo del Rey?  
 Yo ufana de mi eleccion  
 le sabria responder:  
 “Ved aquí el dueño adorado  
 que cautiva mi alma; ved  
 si mas apuesto mancebo  
 y mas digno de honra y prez  
 inventar puede el buril,  
 ni imaginar el pincel.  
 Si no es grande de Castilla  
 ni infanzon aragonés,  
 prendas y brios le sobran  
 con que lo pudiera ser;  
 y en fin, yo le quiero y basta;  
 y pues no hay razon ni ley  
 que acate el libre albedrio

para amar ó aborrecer;  
 de mi propio corazon  
 yo sola quiero ser juez.”  
 Gonz. No os censuro yo; os admiro.  
 Pero vos que encareceis  
 tanto el poder del amor—  
 ¿y quién le resiste, quién?—  
 mirad, señora, que es ciego;  
 mirad, no os lleve al través  
 de su venda engañadora,  
 donde naufrague el bajel  
 de vuestra dicha. Mirad  
 si el que os dignais ascender  
 á vuestros amantes brazos,  
 no recibe harta merced  
 en permitirle que sea  
 de vuestra planta escabel.  
 Mirad que un dia vos misma  
 quizá os arrepentiréis. . . .  
 Cond. No; jamas! Podrá mi frente  
 ceñir funesto ciprés  
 en vez de nardos y rosas,  
 si con injusto desden  
 paga mi ternura inmensa  
 el hombre á quien solo amé;  
 mas ya en mi arbitrio no está  
 el dejarle de querer;  
 que amor le grabó en el alma  
 con inflamado cíncel.

Gonz. (Ap. ¡Oh tormento! ¡Oh desventura!)  
 Señora. . . . (Ap. ¿Qué la diré?)

Cond. Conmovido estais.

Gonz. ¿Sí?  
 Cond. Hablad.

Gonz. Escusadme. . . .  
 Cond. ¿Qué temeis?

Hablad: lo exijo.  
 Gonz. El respeto  
 pone á mi lábio un cancel.

Cond. Doleos de mi martirio,  
y aunque apure hasta la hez  
la copa de la amargura. . . .

Gonz. ¡No la pruebo yo tambien?  
¡No os dice harto mi silencio  
si lo quereis comprender?

Cond. Mas ¿cuya será la culpa  
si no lo interpreto bien?  
Yo os abro mi corazon,  
y del vuestro nada sé.

Gonz. Vos pedís una respuesta,  
y yo podria á mi vez  
haceros una pregunta  
con que os pudiera ofender.

Cond. Para salir de este empeño  
sobrado ingenio teneis,  
sin forzarme á que deponga  
privilegios de muger.

Gonz. No es de ingenio esta cuestion,  
señora: bien lo sabeis.

Cond. (Ap. ¡Oh suplicio!)

Gonz. Solo un hombre  
la pudiera resolver,  
y . . . si ese hombre. . . no soy yo. . .

Cond. Seaislo ó no, responded.

Gonz. Pues bien: si yo, por acaso  
fuese el oscuro doncel  
que desde el polvo en que yace  
os pluguiera enaltecer  
hasta la elevada esfera  
donde sol resplandeceis,  
turbado, absorto, confuso  
me postrara á vuestros piés.  
(Lo hace.)

Cond. (Ap. ¡Alma, respira!)

Gonz. (Besando *enternecido la mano de la Con-*  
*desa.*)

Y bañando  
la mano que me tendeis

bondadosa en tiernas lágrimas  
de gratitud. . . .

Cond. (Ap. ¡Oh placer!)

Gonz. Diria: Guardad, señora,  
tan acrisolada fe,  
para quien con otra igual  
la pueda corresponder.

Cond. (Ap. ¡Gran Dios!) (Se levanta.)

Gonz. Sellad esta frente

que alzar á vos no osaré,  
con hierros de esclavitud;  
y si por sincero y fiel  
á mi despecho os agravio,  
de mi vida disponed.

Dad un tósigo á mi pecho  
ó á mi garganta un cordel;  
mas. . . .

Cond. ¡Basta! (Ap. ¡Oh rubor! . . .)

Gonz. ¡Qué digo!

Despreciadme.

Cond. (Con imperio.) ¡Alzad! . . . Si haré.  
(Se levanta Gonzalo.)

Gonz. ¡Así! Triunfad de vos misma  
y admitid mi parabien.

Cond. ¡Eh, callad! (Ap. ¡Perdida soy!)

¡Cómo, villano soez,  
osais! . . . Mas tanto no debe  
mi cólera descender,  
que honre con ella de un sándio  
la estraña ridiculez.

Gonz. ¡Señora!

Cond. (Con risa forzada.) ¡Tan alta estima  
de vuestra persona haceis,  
que fundando sobre el aire  
otra torre de Babel,  
por mí os juzgais recuestado  
de amores que no soñé,  
y en conflicto tan terrible  
vuestro pudor defendeis,

con la rudeza de Hipólito  
y la virtud de José?  
*Gonz.* Yo erré, señora. Ya veo  
que esto ha sido un entremes. . . .

*Cond.* En que habeis equivocado.  
(*Ap.* ¡Oh angustia!) vuestro papel;  
mas de un modo tan donoso  
que siempre celebraré. . . .

*Gonz.* Yo tambien celebro mucho  
el error que escarneceis;  
pero huiré la contingencia  
de volverlo á cometer.  
Calificadme de necio  
en buen hora. Yo no sé  
si merezco ó no este apodo;  
pero me basta saber  
que si aceptándolo os sirvo,  
debo ufanarme con él;  
que á mí no ha de estarme mal  
lo que á vos os está bien.

ESCENA V.

*La Condesa.*

*Déjase caer en un sillón con el mayor abatimiento  
luego que Gonzalo desaparece.*

¡No puedo mas! ¡Me desprecia!  
¡Por qué el lábio no fué mudo!  
El silencio era mi escudo.—  
¡Ay desventurada! ¡Ay necia!  
Mas si á morir me sentencio  
¡qué importa en trance tan fuerte  
que la voz me dé la muerte  
ó que me mate el silencio?  
al ménos ese cruel  
por quien mi amor desvaría,  
cuando vea mi agonía

sabrá que muero por él;  
y acaso por gratitud,  
si su alma ahora es tan yerta,  
alguna lágrima vierta  
sobre mi negro ataud.

(*Se levanta.*)

¡No! Mi desventura estrema,  
pide al que así me escarnece,  
no que difunta me rece,  
sino que airada me tema.  
¡Ay! Ni esté acerbo placer  
dará alivio á mi pesar;  
que mal se puede vengar  
quien no sabe aborrecer.  
Ni es un crimen su desvío.  
¡Con qué ley, con qué razon  
mandara en su corazon  
yo. . . que no mando en el mio!

¡Por qué á su noble entereza  
mi desgracia achacaré,  
y no á mi crédula fe  
y á mi humillante flaqueza?  
¡Acaso su labio mismo,  
que tan mal interpreté,  
no era rémora á mi pié  
cuando corria al abismo?  
Quizá algun dia se apiade  
de mí; quizá la ambicion  
seduzca su corazon  
si mi amor no le persuade.  
Pero en tanto ¡ay Dios! se aleja  
herido de mi despego.  
Injusta seré si niego  
satisfaccion á su queja.

(*Toca una campanilla.*)

¡Otra vez, alma cobarde,  
te rinde vana ilusion?  
¡Por qué al fin de la razon  
no oyes el grito! . . . ¡Ah! ya es tarde.

ESCENA VI.

La Condesa. *Martin.*

*Mart.* Mande Ucencia.

*Cond.* Ven acá,

(*Ap.* ¡Así á un ingrato me humillo!)

¿Qué hace Gonzalo?

*Mart.* Su atillo.

*Cond.* (*Ap.* ¡Oh Dios!)

*Mart.* Dice que se va.—

Y es cosa que me ha pasmado;  
que en todos sus menesteres  
aquí está á cuerpo qué quieres,  
y es mas señor que criado.—  
Lo habrá despedido Ucencia.

*Cond.* Yo . . . creo que sí.

*Mart.* ¡Lo dije!

Pues creo que no se aflije  
de perder la conveniencia.

Al contrario; muy en sí,  
con el rostro como un áscua  
y el alma como una pascua. . .

*Cond.* Bien, bien. ¿Qué se me da á mí. . .

*Mart.* Y con gozo estrafalario,  
le he visto sacar del pecho  
una cosa, que sospecho  
si será algun relicario;  
y mientras doy á su ajuar  
colocacion oportuna,  
besar la efigie con una  
devocion particular.

*Cond.* ¡Una efigie! . . . ¡Tú la has visto!

*Mart.* Sí señora; y en conciencia  
puedo asegurar á Ucencia  
que no es la de Jesucristo.  
Por lo hermosa puede ser  
un ángel del paraíso,  
si es creible ó si es preciso  
que un ángel sea. . . muger;  
y si á los ángeles buenos  
no pertenece la estampa,  
Virgen es la que allí campa,  
sobre poco mas ó menos.

*Cond.* (*Ap.* ¡Ama á otra el inhumano!  
Yo lo debí recelar.)

*Mart.* Mas su modo de rezar  
tiene un si es no es de profano.  
¿Qué sé yo! . . . Aquel regocijo. . .  
Salvo el "bendita tú eres  
entre todas las mugeres,"  
que eso bien claro lo dijo,  
juro á fe de esclavo nuestro  
que en su boca no se oía  
ni jota de Ave-Maria  
ni pizca de Padre nuestro.

*Cond.* (*Ap.* ¡Me reservaba mi estrella  
este horrible torcedor!  
¡Otra me roba su amor!  
¡Yo morir y triunfar ella!)

*Mart.* Si Ucencia no manda nada. . .

*Cond.* *Martin*, yo quiero saber  
el nombre de esa muger,  
su condicion, su morada.

*Mart.* ¡Ah, es muger! . . . Ya saco el hilo. . .  
No es el corte de la saya  
de ángel, ni. . .

*Cond.* Cuando se vaya  
le seguirás. . . con sigilo.  
Yo te premiaré.

*Mart.* Se entiende.

*Cond.* Toma bien las señas. . .



*Mart.*

*Si;*

y aun sin moverme de aquí  
doy ya con la dama duende.  
Cartas que vienen y van. . . .  
Sin saberlo he sido yo  
correo. . . .

*Cond.*

¡Ah ¿La has visto?

*Mart.*

*No;*

no he pasado del zaguan.—  
Vuecencia por compasion  
querrá escusarle petardos  
y que se ande á picos pardos. . . .

*Cond.*

*(Impaciente y agitada.)*

¡Bien está! . . .

*Mart.*

¡Qué corazon!

*Cond.*

*(Como poseida de una idea repentina.)*

*(Ap. Ah! El rey.... Mi influjo en Palacio...*

*¡Sil! No le pierdas de vista,*

*Mart.*

*Yo le seguiré la pista. . . .*

*(Mirando dentro.)*

Aun está allí. Va despacio.

*Cond.*

*(Ap. Un mismo dardo nos hiera.)*

*Mart.*

Ucencia sabrá muy pronto  
todo lo que hay. ¡Soy yo tonto?

*(Ap. Y mas de lo que quisiera.)*

*Cond.*

*(Ap. Infiel, tu loca esperanza  
sabré yo frustrar tambien,  
y pues lloré tu desden,  
tú llorarás mi venganza.*

ESCENA VII.

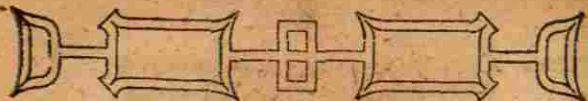
*Martin.*

Hé aquí un chisme. . . venial,  
que si el demonio lo enreda,  
va á mover mas polvareda  
que una batalla campal.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



## ACTO SEGUNDO.

*Cámara Real en el palacio de Madrid. La puerta de antecámara en el foro; la de las habitaciones privadas del Rey, á la derecha: la del cuarto de la Infanta al mismo lado, mas hácia el foro: otras dos puertas laterales á la izquierda.*

### ESCENA PRIMERA.

*El Rey, Quevedo.*

*Quevedo aparece. El rey sale con un papel en la mano.*

*Quev.* ¡Señor!...

*Rey.* ¡Salud al insigne

*Quevedo!*

*Quev.* A esos pies...

*Rey.* (Deteniéndole.) Alzad.

(Dándole el papel.)

Con mi concedido al márgen  
os devuelvo el memorial  
de vuestro cliente.

*Quev.*

Doy  
á vuestra Real Majestad  
las gracias... y el parabien  
por un acto en que á la par  
brillan su recta justicia  
y su ingénita bondad.  
En mozo honrado y discreto  
así el mérito premiais  
de su padre, que lidiando  
treinta años por tierra y mar,  
en defensa de su Rey  
vertió su sangre leal.

*Rey.*

¡Que en efecto era valiente  
soldado!

*Quev.*

Y tal que quizá:  
inmolado á la impericia,  
por no decir algo mas,  
del maldito Conde-Duque,  
á vos y al reino fatal,  
fué el último veterano  
que sin dar un paso atras  
moribundo os saludó  
monarca de Portugal.

*Rey.*

Sin ese triste recuerdo  
con que el alma me ulcerais,  
para tan corta merced  
sobraba á mi ánimo real  
la intercesion de un amigo,  
á quien yo deseo dar  
pruebas mas calificadas  
de mi liberalidad.

*Quev.*

Para quien nada ambiciona  
hartas son las que me dais.  
Basta á un hidalgo caduco  
la torre de Juan Abad;  
á un filósofo sus libros;  
á un poeta un madrigal;  
y á un caballero cristiano  
(Mostrando la cruz de Santiago.)

esta insignia militar,  
que es terror de los herejes  
y *exi-foras* de Satán.  
Así, sin que vuestra gracia  
coarte mi libertad,  
podré, exento de envidiosos,  
vivir y morir en paz.

**Rey.** Sea, pues vos lo queréis...—  
Y ahora, ¿en qué os ocupáis,  
príncipe de los satíricos  
castellanos?

**Quev.** ¡Pché.

**Rey.** Mostrad  
una de esas invectivas  
en que sabéis asociar  
á la elegancia de Horacio  
el nervio de Juvenal.  
¿Qué tenemos? ¿prosa ó verso?  
¿Qué jácara de rufian,  
que alguacil *alguacilado*,  
(adjetivo singular  
que solo inventar pudiera  
vuestro ingenio y vuestra sal)  
ó que doctor antropófago,  
ó que escribano rapaz  
son blanco de vuestros tiros?

**Quev.** Acabó de emborronar  
una letrilla incorrecta...

**Rey.** ¿Contra quién, vate mordaz?

**Quev.** Quizá no es para leida  
á un monarca tan galan.

**Rey.** No puede á mi disgustarme  
cosa que vos escribais,  
amigo mio.

**Quev.** ¡Aunque sea  
contra las hijas de Adan?

**Rey.** ¿Otra vez? ¡Pobres mugeres!  
Sois su enemigo mortal.

**Quev.** No; pero juez inflexible,

**Rey.** digo siempre la verdad.  
Leedme pues la letrilla,  
y luego que concluyais,  
defendiendo yo á las damas  
seré juez mas imparcial.

**Gonz.** (*Sacando un papel y leyéndole.*)

Cuentan de un corregidor  
nada bobo,  
que siempre que al buen señor  
denunciaban muerte ó robo,  
atajaba al escribano  
que leia la querella,  
diciéndole: ¡al grano, al grano!

¿Quién es ella?

Y como hombre procedia  
de gran seso  
quien tal actuacion ponía  
por cabeza del proceso;  
que en vano mas de una vez  
se sigue al crimen la huella  
por no preguntar al juez

¿Quién es ella.

En todo humano litigio—  
¡no hay remedio!—  
á no obrar Dios un prodigio,  
habrá faldas de por medio:  
danza en todo una muger  
casada, viuda ó doncella;  
luego el hito está en saber

¿Quién es ella.

Si Adan perdió el paraiso,  
fue por Eva,  
que probar vedada quiso  
no sé si manzana ó breva.  
Desde entónces con profundo  
pesar pudo conocella;  
desde entónces sabe el mundo  
¿Quién es ella.

Si ves hecho polvo el muro  
 que, fue Troya  
 merced al griego perjuro  
 y á su bélica tramoya,  
 suspende el fallo severo  
 entre esta nacion y aquella  
 hasta que te diga Homero

*Quién es ella.*

Si á Blas, por ceñir la venda  
 de Himeneo,

queda hoy solo de su hacienda  
 lo arrepentido y lo feo,  
 no preguntes: ¡cómo Blas  
 nació con tan mala estrella?

Pregunta, y acertarás:

*¿Quién es ella?*

Si en la calle siento ruido  
 de camorra,  
 y algun quidam mal herido  
 grita: ¡no hay quién me socorra?

*Requiescat* digo al difunto,  
 doy paso al que le atropella,  
 y en la taberna pregunto,

*¿Quién es ella?*

Si ves postrado en el lecho  
 del dolor

á algun mozo de provecho,  
 no le preguntes, doctor,  
 qué reuma ó qué tabardillo  
 en su salud hizo mella;  
 progúntale:—es mas sencillo—

*Quién es ella.*

Es un sexo amable, lindo. . . .

Si, una plata;

yo lo confieso. . . . y prescindo  
 de la vieja y de la chata;  
 pero escamado y cobarde  
 digo ¡zape! á la mas bella  
 que temo saber ¡muy tarde!

*Rey.* Escrita está con veneno.

*Quev.* Señor, yo. . . .

*Rey.* ¡Qué pertinacia!

*Quev.* Si vos. . . .

*Rey.* Aplaudo la gracia,  
 mas la doctrina condeno.  
 ¡Tratar con fiero desden  
 á un sexo tan celestial!  
 Juzgais á las hembras mal.  
*Quev.* Porque las conozco bien.  
*Rey.* A mozuelas embaidoras  
 tal vez. . . .

*Quev.* Yo. . . .

*Rey.* Sed mas sincero;  
 no midais por un rasero  
 á justas y á pecadoras.

*Quev.* Desgracia mia será. . . .  
 Cada cual acá en Iberia  
 habla, señor, de la feria  
 segun en ella le va.  
 No espere en noble conquista  
 las rosas de Citerá,  
 un pobre hidalgo de aldea  
 corto de bolsa y de vista;  
 mas principe tan bizarro,  
 y emprendedor como Jove,  
 no es mucho que á Vénus robe  
 las palomas de su carro.

Quien caza con tales redes,  
 no es mucho que al lauro aspire,  
 ni que virtudes inspire  
 el que derrama mercedes.

*Rey.* No es triunfo de buena ley  
 triunfo que estriba en un nombre;  
 que tal vez usurpa el hombre  
 los lauros que ciñe el Rey.

*Quev.* No el que merece *in utroque*  
 como vos. . . .

*Rey.* Lisonja.

Quev. No.  
Pero un pobre como yo,  
que no soy ni Rey ni Roque. . . .

Rey. ¡Por qué teneis tanto miedo,  
por qué tan mala opinion  
de la muger? ¡Ah! ¡Chiton!  
Casado fuísteis, Quevedo.

Quev. Permitidme repeler  
ese punzante epigrama;  
que mi esposa fué muy dama  
y muy honrada muger.

Rey. Lo sé.

Quev. A no serlo. . . .

Rey. Advertid  
que es chanza. . . .

Quev. Muerto la hubiera,  
como maté á la pantera  
que fué terror de Madrid;  
mas si en su justa alabanza  
mi fe nupcial se acrisola,  
ella al fin era una sola. . . .  
¡Y se llamaba *Esperanza!*  
Muerta la *Esperanza* mia,  
¡dónde, plebeya ni hidalga,  
dónde hallar otra que valga  
lo que mi esposa valia?

Rey. Sí tal, si se buscan bien  
y se juzgan sin pasion.  
No ha de faltar ocasion,  
si vivis y yo tambien,  
en que confesar os haga. . . .

Quev. Muy difeíl me parece.

Rey. Pero. . . .

Quev. Me quedo en mis trece,  
la muger es una plaga. . . .  
Vuelvo á mi corregidor  
y á su constante refran.  
Si malas nuevas me dan,  
sintiendo al punto el olor

de alguna toca traidora,  
de alguna pícara saya,  
diré: *¿quién es ella?*

Ugier. (A la puerta del foro). El aya  
de la Infanta mi señora.

Quev. (En voz baja),  
¡Será agüero? . . . ¡ojo avisor!

Rey. (Al Ugier, y éste se retira )  
Que entre.  
(A Quevedo)

¡Qué puedo temer  
de ella?

Quev. ¡Qué sé yo! . . . Es muger.

Cond. (A la puerta).  
Dios guarde al Rey, mi Señor.

ESCENA II.

El Rey. Quevedo. La Condesa.

Rey. Entrad, querida Condesa,  
Bella venís, y radiante  
como nunca.

Cond. No merece,  
señor, quien tan poco vale  
ese halagüeno saludo,  
viuda. . . .

Rey. Pero muy amable.  
Yo apuesto á que D. Francisco  
es de mi propio dictámen.  
Perdida soy si él me juzga.

Cond. ¿Por qué? ¡Tan poco galante  
soy yo!

Cond. Odiais á las mugeres.

Quev. Pero adoro á las deidades.

Rey. Si á pedir alguna gracia

venís, á quien nada sabe  
negaros, me holgara mucho  
de que en ello fuese parte,  
Condesa, el dulce propósito  
de contraer nuevo enlace.

*Cond.* (Ap. ¡Oh, Dios mio!) No, señor.  
Bien me estoy así.

*Rey.* No obstante. . . .

*Cond.* Permitid que os manifieste  
el objeto que me trae  
á vuestras plantas. La augusta  
Princesa, mi interesante  
alumna, Doña Maria  
Teresa de Austria, á quien guarde  
Dios mil años. . . .

*Rey.* ¿Qué sucede?

*Cond.* Hablad.  
No se sobresalte  
Vuestra Magestad. La tierna  
Infanta, robusta y ágil,  
á sus años se adelanta  
en ingenio y en donaire,  
y ya, aunque niña, da muestras  
de su preclaro linage.

*Rey.* Decidme, pues. . . .

*Cond.* Habeis dado  
licencia para casarse  
á Constanza su menina,  
y es fuerza que esta vacante  
se provea.

*Rey.* Si, es verdad;  
no quiero que nada falte  
á mi hija.

*Cond.* Si ya no habeis  
concedido honor tan grande  
á otra persona, una jóven  
os propondré, que reemplace  
á Constanza dignamente,

*Rey.* No he dado palabra á nadie. . . .

*Cond.* (Ap. ¡Albricias!)

*Rey.* Y agravio haria  
Condesa, á vuestro carácter  
de aya de mi hija, y al celo  
con que la servís de madre  
desde que perdió la suya,  
que en eterna paz descanse,  
si en cuanto cumpla á su gusto  
y á su servicio dejase  
de consultáros.

*Cond.* Me honrais,  
señor. . . .

*Rey.* ¿Quién es la aspirante?

*Cond.* Una pobre huerfanita  
honrada, de noble sangre,  
bien educada, modesta. . . .

*Quev.* ¿Y hermosa?

*Cond.* ¡Oh! sí, como un ángel. . . .  
(Ap. ¡Por mi desgracia. . . . y la suya!)  
mas no es esto lo que la hace  
recomendable á mis ojos. . . .

*Rey.* ¿Por qué no? Un bello semblante  
siempre es buena credencial.  
Tierno y solícito padre,  
quiero que á mi niña amada  
acaricien y acompañen  
ángeles que la sonrian,  
y no cocos que la espanten.  
*Cond.* Es hija de un capitán  
que fué reformado en Flandes;  
y víctima del protervo  
Conde-duque de Olivares,  
murió en la miseria.

*Quev.* ¿Oís!

Con él era un santo el Drague—  
mas no supo por lo visto,  
que habia una bella al margen,  
que á saberlo ¡á buen seguro  
que se hubiera muerto de hambre

el reformado!—Y qué luz  
os condujo al miserable  
tugurio, donde ignorado  
se escondia ese diamante?  
Sin duda la caridad  
cristiana. . . .

*Cond.* El acaso. . . . (*Ap.* El aspid  
de mis zelos.) Me habló de ella  
un prelado respetable. . . .

*Rey.* En fin, vos la proponeis,  
y para que á mí me agrade,  
con eso basta.

*Cond.* Sabiendo  
que nunca se acude en balde  
de vuestra régia piedad  
al tesoro inagotable,  
traigo conmigo á la huérfana. . . .

*Rey.* Oh, hacedla entrar al instante!

ESCENA III.

*El Rey, Quevedo,*

*Quev.* Hum! . . . Aquí hay gato encerrado.

*Rey.* Eh!

*Quev.* Quiera Dios que me engañe.

*Rey.* No deliréis. ¿Qué misterio  
cabe. . . .

*Quev.* Dios y ella lo saben.

ESCENA IV.

*El Rey, Quevedo, La Condesa, Isabel.*

*Cond.* Andad, no os turbeis.

*Rey.* (*Ap.* ¡Qué hermosa!)

Llegad.

*Isab.* ¡Señor! Vuestros piés

*Rey.* Alzad. (*Ap.* ¡Cielos!)

*Quev.* (*Aparte con el Rey.*)

¡Bella es!

*Rey.* ¡Un querubin! ¡Una diosa!—

Mil y mil gracias os doy

y os las dará la Princesa

por tal presente, Condesa.

*Cond.* (*Ap.* Me vengaré.)

*Rey.* (*Ap.* ¡Loco estoy!)

*Cond.* Nunca yo me interesara

por quien ménos mereciera.

*Rey.* (*A Isabel.*)

Seréis desde hoy camarera

de la Infanta. (*Ap.* ¡Oh linda cara!)

*Isab.* Beso por tan alto honor,

de que no me juzgo digna. . . .

la augusta mano benigna. . . .

(*El Rey tiende su mano.*)

*Cond.* (*A Isabel en voz baja.*)

Bésadla.

(*Isabel se arrodilla, y besa respetuosamen-*

*te la mano del Rey.*)

*Rey.* (*Ap.* ¡Oh gentil pudor!)

Isab. Mi gratitud. . .  
 Rey. (Ap. ¡Es divina!)  
 Quev. (Ap. Esto es hecho. ¡Una de tantas!)  
 Rey. Mas no estás bien á mis plantas.  
 (Haciéndola levantar.)  
 Alza á mis brazos, menina.  
 A las hijas de mis buenos  
 servidores, no es razon  
 humillar.  
 Quev. (Ap. Y cuando son  
 tan bonitas, mucho ménos.)  
 Isab. No en vano el timbre ha adquirido  
 vuestra escelsa Magestad,  
 de amparo de la humildad  
 y padre del desvalido.  
 Si solo el mio en su muerte  
 honra y virtud me dejó,  
 no fué culpa vuestra, no,  
 sino de su mala suerte.  
 Sin ningun merecimiento  
 premiais los suyos en mí  
 para cautivar así  
 mi eterno agradecimiento.  
 Nada valgo, nada sé;  
 niña me llama á la corte  
 vuestra bondad, sin mas norte,  
 que la lealtad de mi fe;  
 mas me infunde tal aliento  
 y tan pura os la consagro,  
 que quizás haga el milagro  
 de ilustrar mi entendimiento.  
 Rey. No es menester, que harto brilla  
 al través de ese candor  
 dulce, inefable. . . .  
 Isab. ¡Señor!  
 Rey. ¿Tu nombre?  
 Isab. Isabel Marcilla.  
 Rey. (A la Condesa.)  
 Presentadla (Ap. ¡Es un portento!)

á mi hija; (Ap. El pecho me abraza.)  
 y de hoy mas tenga en mi casa  
 vivienda y acostamiento.  
 Isab. (Ap. ¡Al fin, bien del corazon,  
 Dios. . . .)  
 Cond. Venid.  
 Rey. Guárdeos el cielo.  
 (Aparte á la Condesa.)  
 Yo premiaré vuestro celo.  
 Cond. (Despues de una reverencia muda.)  
 (¡Celos! . . . ¡Desesperacion!)  
 (Entra con Isabel en el cuarto de la Infanta.)

ESCENA V.

El Rey. Quevedo.

Rey. ¡Visteis jamas, Don Francisco,  
 tan peregrina belleza?  
 Quev. ¡Alhaja digna de un Rey!  
 Recibid mi enhorabuena.  
 Rey. Bien la quisiera aceptar,  
 que aquellos ojos me queman;  
 pero que ha de ser recelo  
 virtuosa cuanto bella  
 la menina.  
 Quev. ¡Bah! Es muger.  
 Dádivas quebrantan peñas.  
 Rey. Con todo.  
 Quev. Y no sin designio  
 la trajo aquí la Condesa.  
 Rey. ¡Qué designio?  
 Quev. No lo sé:  
 pero el refran nos lo enseña,  
 "piensa mal y acertarás."  
 Rey. Jóven de tan altas prendas,  
 si fuese el aya ambiciosa,



no á Palacio la trajera,  
donde puede sin esfuerzo  
disputarle la influencia.

Quev. De lo que el alma presente  
aun no puedo darme cuenta;  
pero muger que por otra  
mas hermosa se interesa,  
preciso es que la ame mucho. . . .  
ó que mucho la aborrezca.

Rey. ¡Siempre siniestro y fatídico!  
¡Sois Quevedo, ó sois Corneja!

Quev. Soy, señor, un pobre viejo. . . .

Rey. Que algunas veces chochea.

Quev. Puede ser.

Rey. Cuando á mis ojos  
luce tan fúlgida estrella,  
¡qué puedo yo presagiar  
que dicha y placer no sea?

Quev. Lo que fuere sonará.  
Cada loco con su tema;  
vos con la de amar á todas;  
yo, con la de *¿quién es es ella?*

Rey. Basta ya de este certámen;  
no porque duda me quepa  
de que saldrá mi opinion  
vencedora de la vuestra,  
sino porque ahora me llama  
triste de mí la tarea  
prosaica de oír consultas  
y sancionar providencias.  
¡Qué peso el de una corona! . . . .  
Adios, inclito poeta.

(Vase por la puerta de la izquierda, mas inme-  
diata al proscenio.)

ESCENA VI.

Quevedo.

Si, Rey Felipe; es verdad;  
grave peso es la diadema;  
mas ¡qué te importa! otros hombros,  
no los tuyos, la sustentan.  
Y por cierto que no son  
los de Atlante. Así (¡oh vergüenza!)  
para equilibrar la carga  
con su raquítica fuerza  
perdiendo cada año un reino  
la monarquía aligeran.  
Tú reinas, cnarto Felipe;  
pero el diablo nos gobierna,  
¡oh patria!

Un Ugier (á la puerta del foro.) Por vos pregunta  
Don Gonzalo de Aguilera.

Quev. Que entre.

Un Ugier. Pasad.

ESCENA VII.

Quevedo. Gonzalo.

Quev. Bien venido.

Gonzalo.

Gonz. A vuestra obediencia  
siempre.

Quev. (Mostrando el memorial.) Albricias, en la  
te tengo. Desde esta fecha (mano.  
eres todo un contador  
de alcaldes. Solo resta  
estender la credencial,  
y si me das tu licencia,  
voy. . . .

Gonz. Os deberé una dicha.  
 Quev. Si tan poco te contenta. . . .  
 Mas quien pretenda en palacio  
 ande listo, y viva alerta.  
 Vuela el tiempo y. . . . Ya hablaremos  
 mas despacio. Aquí me espera.  
*(Vase por la puerta de la izquierda inme-  
 diata al foro.)*

ESCENA VIII.

Gonzalo.

Gonz. ¡Oh amigo el mas generoso!  
 En el alma tendré impresa,  
 miéntras viva, la bondad . . . !  
 Isab. *(Dentro.)*  
 Ya os sigo,  
 Gonz. ¡Qué voz resuena  
 en mis oídos!  
*(Mirando hácia el cuarto de la Infanta.)*  
 Allí. . . .  
*(Sale Doña Mencía y un momento despues  
 Isabel.)*  
 ¡Ah! Deliraba. ¡Una dueña,

ESCENA IX.

Gonzalo. Isabel. Doña Mencía.

Menc. Vereis qué lindo es el cuarto.  
 Gonz. *(Ap. ¡Con quién habla?... ¡Oh Dios! ¡Es ella!  
 ¡Cómo?)*  
*(Se oculta tras una mampara.)*  
 Menc. Vais á estar en él  
 mejor que una archi-duquesa.  
 Gonz. *(Ap. ¡Y esas galas. . . .)*  
 Isab. Mi nodriza. . . .

Digo mal, mi compañera,  
 mi única madre. . . .

Menc. Vendrá:

no os inquieteis por su ausencia.  
 Una-amiga en mi entretanto  
 tendreis. . . . *(Ap. Una centinela.)*  
 Y os darán autoridad  
 estas tocas reverendas.

Gonz. *(Ap. ¡Será sueño? Dudo, . . . Tiemblo. . . )*

Menc. Allí irá luego, hechicera,  
vuestra ilustre protectora.

Gonz. *(Ap. ¡Oh! si mil vidas me cuesta,  
sabre. . . )*

Menc. Venid.

Gonz. *(Saliendo de donde está oculto.)* Isabel!

Isab. *(Retrocediendo desde la puerta del foro.)*

¡Cielos!

Menc. ¡Quién llama? ¡Quién llega?

Isab. ¡Gonzalo!

Menc. *(Ap. ¡Un galan?)* Hidalgo,  
advertid. . . .

Isab. ¡Dulce sorpresa!

Gonz. *(Ap. ¡Qué haré?, . . .)*

Menc. Pero aquí.

Gonz. Es mi hermana.

Isab. *(Ap. ¡Por qué lo dirá?)*

Menc. *(A Isabel.)* ¡Es de véras?

Isab. Sí.

Gonz. Permittedme que la hable  
dos palabras.

Menc. *(Ap. Cuando él entra*

en la cámara real,  
sin duda. . . .)

Isab. ¡Un momento!

Menc. Sea.  
*(Gonzalo é Isabel se separan de Doña Mencía,  
y hablan á media voz.)*

Gonz. ¡Cómo, tú en la corte,  
dulce prenda mia?

Isab. Amor es el norte  
que mis pasos guía.  
Ya ¡oh mi fiel amigo!  
ya ¡oh mi caro dueño!  
el astro enemigo  
depone su ceño.

Gonz. ¡Ay! Temo, y no en vano,  
que ahora nos sea  
mas triste y tirano  
que nunca.

Isab. ¡Qué idea!  
Felipe. . . .

Gonz. ¡Qué escuchó!

Isab. Mi orfandad ampara  
piadoso. . . .

Gonz. ¡Qué mucho  
si ha visto tu cara!

Isab. No, que antes de verla,  
sensible á mi lloro. . . .

Gonz. ¡Faltaba esta perla  
al régio tesoro!

Isab. En mí desagracia  
al padre ofendido  
que misero. . . .

Gonz. (Ap. ¡Oh rabia!)

Isab. Murió en el olvido.

Gonz. Mas libre y sin mengua.

Isab. ¡Y acaso mi frente.

Gonz. ¡Oh corte! La lengua  
del vulgo no miente.

Isab. ¡Ay Dios! No comprendo. . . .  
¡Por qué. . . . (Gonzalo retira algo mas  
á Isabel.)

Menc. (Ap. conceptúo  
que ya se va haciendo  
muy largo ese duo.)

Gonz. Todo aquí es falacias:  
son males los bienes;  
afrentan las gracias.

y honran los desdenes.  
¡Hubiérasme dicho  
que el Rey te llamaba!  
Mas ¡por qué capricho  
Callármelo!

Menc. (Adelantándose) ¡Acaba?

Gonz. (En ademan de suplicarla que se retire, y  
ella, lo hace, aunque á ménos distancia.)  
Sí.

Isab. Dábanme prisa. . . .

Gonz. ¡Oh!

Isab. ¡Quién á palacio  
cuando el Rey le avisa  
camina despacio!  
Y por otra parte,  
mi alma no recata  
que holgaba de darte  
sorpresa tan grata.

Gonz. Grata no; ¡siniestra!

Menc. (Ap. ¡Tanto cuchicheo! . . .)

Isab. ¡Por qué? El Rey me muestra  
tanto amor.

Gonz. ¡Lo creo!

Isab. No tuerzas la vista.

¡Acaso te espanta  
una camarista  
de la Real Infanta?

¡Será que te pese  
quizá? . . . .

Gonz. ¡Oh Dios eterno!

Menc. (Ap. Mucho amor es ese  
para ser fraterno.)

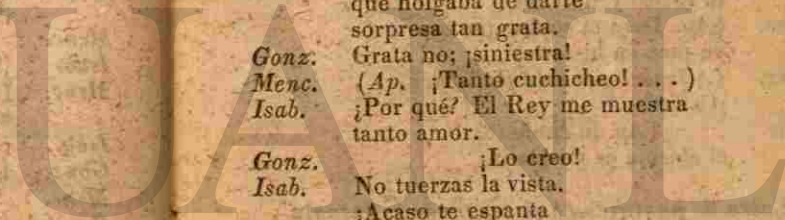
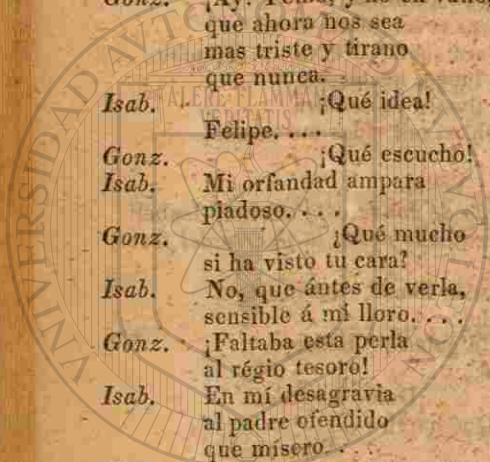
Gonz. ¡Oh luzos traidores!

¡Oh cándido seno! . . . .

La sierpe entre flores  
esconde el veneno!—

¡Quién así te aliaa  
que á reinas te iguales?

¡Quién te abruma, niña,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*Isab.* con joyas y galas?  
¡Cómo! Esto te aflige?  
La que me las puso  
dijo: así lo exige  
la etiqueta. . . . el uso. . . .

*Gonz.* Así, ¡oh desventura!  
para el sacrificio  
su víctima pura  
engalana el vicio.  
¡Cuánto era á mis ojos  
mas lindo y apuesto  
sin tales sonrojos  
su traje modesto!  
¡Qué adornos previene  
la rosa del valle?  
¡Qué falta á quien tiene  
tu rostro y tu talle?

*Menc.* (Ap. Daré el soplo, que eso  
ya pica en historia)

*Gonz.* (A Isabel que está pensativa)  
¡Callas?

*Menc.* (Ap. lo confieso)  
el chisme es mi gloria.

(Entra de puntillas en el cuarto de la Infanta.  
No lo advierte Gonzalo ni Isabel.)

ESCENA X.

*Gonzalo. Isabel.*

*Isab.* ¡Por qué tan sombrío?...  
Mi pecho ¿no te amá?  
¡Qué arriesgo?...

*Gonz.* ¡Ay, bien mio!  
Mi vida y tu fama.

*Isab.* Pero ¿qué sospecha...

*Gonz.* El Rey te pretende.  
La envidia te acecha,  
la infamia te vende.

*Isab.* Justo el Rey...

*Gonz.* ¡Blasfemia!

*Isab.* Sin que yo lo exija,  
á mi padre premia...

*Gonz.* ¡Burlando á la hija!

*Isab.* ¡Oh Dios!...

*Gonz.* Para afrenta  
suya y del Estado,  
mas amigas cuenta  
que años de reinado.

*Isab.* Nadie á mí ultraja:  
mi fé me defiende:  
nadie compra alhaja  
que el dueño no vende.

*Gonz.* ¡Ay, prenda querida!...

*Isab.* De indignos proyectos  
yo....

*Gonz.* En tierra embebida  
de miasmas infectos,  
con solo el ambiente  
la espiga se dañá,  
se enturbia la fuente  
y el vidrio se empañá.  
Basta á que te crea  
perdida ¡ay de mí!

que Madrid te vea  
tan linda... ¡y aquí!

Isab. ¡No! A mi pobre asilo,  
á mi pobre lecho  
tornaré, y tranquilo  
latirá mi pecho.

Gonz. ¡Qué mano traidora  
te trajo ¡oh mi bella!...

Isab. No sé... Una señora...

(Aparece la Condesa saliendo del cuarto de la Infanta.)

Gonz. ¡Quién...

Isab. ¡Mírala! Aquella.

ESCENA XI.

Isabel. Gonzalo. La Condesa.

Gonz. ¡La Condesa! ¡Horror!

Cond. ¡Gonzalo!

Gonz. Sí. ¡Al Rey procurais delicias!  
¡Cuánto os valen las albricias  
de vuestro inícuo regalo!

Isab. ¡Oh Dios!

Cond. ¡Me insultais así!  
(Mirando á Isabel con encono.)  
va veo el móvil oculto.

Gonz. Yo á quien desprecio no insulto.

ESCENA XII.

Isabel. Gonzalo. La Condesa. Don Alvaro.

(Llega don Alvaro por la puerta de la izquierda, frontera al cuarto de la Infanta.)

Alv. ¡Quién alza la voz aquí!

Gonz. Yo, que á nadie pago feudo  
y mas si su nombre infama.

Cond. ¡Gonzalo!

Alv. ¡Mirad que es dama!  
¡Mirad que yo soy su deudo!

Gonz. ¡Gracias!... Sangre ha menester  
mi agravio, y la vuestra quiero:  
que no ha de manchar mi acero  
la sangre de una muger.  
(Desenvaina la espada.)  
¡Defendeos!

Isab. ¡Tente!

Cond. ¡Espera!

Alv. (Desenvaina la suya y lidian los dos.)  
No ha de sufrir mi valor...

Isab. ¡Gonzalo! ¡mi bien! ¡mi amor!

Cond. (A Isabel.)  
¡Calla!

Gonz. (Siguiendo á don Alvaro, que peleando se  
retira hácia el foro.)  
¡Huyes!

Cond. ¡Suerte fiera!  
(Doña Mencia y algunas damas salen del cuarto  
de la Infanta.)  
Gonz. En vano...

(Desviando á la Condesa que intenta detenerle,  
y desapareciendo por el foro en seguimiento de  
don Alvaro.)

¡Apartad!

Cond. ¡Cruel!

Alv. (Dentro.)  
¡Muerto soy!

Cond. ¡Favor!... ¡Piedad!

(Vase corriendo por el foro.)

Isab. ¡Yo muero!  
(Se desmaya en brazos de dos damas que acuden  
á sostenerla. Aparece el Rey por la puerta iz-  
quierda del proscenio; le siguen ocho alabarderos.  
Otros y algunos Uçieres, Gentiles-hombres, etc.,  
llegan por la otra puerta del mismo lado.)

ESCENA XIII.

Isabel. Doña Mencía. Damas. El Rey. Alabarderos. Gentiles hombres. Ugieres, etc. Luego Gonzalo. Despues Quevedo.

Menc. ¡Su Magestad!  
 Rey. ¡Qué es esto?—oh cielo! ¡Isabel!  
 Gonz. (Volviendo, y todavía con la espada desnuda.) Vengué...  
 Menc. (Llamando la atención del Rey hácia Gonzalo.)  
 ¡Allí está el agresor!  
 Quev. (Con la credencial en la mano.)  
 ¡Armas! ¡Gritos! ¡Quién es ella?  
 Rey. ¡Socorred á esta doncella!  
 Quev. }  
 Gonz. } ¡Ah!  
 Rey. ¡Prended á ese traidor!  
 Los alabarderos se apoderan de Gonzalo. El Rey y todo el acompañamiento acuden al socorro de Isabel. Quevedo queda solo, contemplando con maligno gesto el cuadro que le rodea.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Sala de tránsito en la torre del Real Alcázar. A la derecha la puerta de la alcaidía: á la izquierda la del calabozo que ocupa Gonzalo. Pende del techo una lámpara encendida.

ESCENA I.

Quevedo. El Alcaide.

Alc. Sois amigo mio y sois  
 D. Francisco de Quevedo:  
 nada puedo yo negar  
 á tan noble caballero.  
 (A un carcelero que le sigue.)  
 Abrid aquel calabozo  
 y salga á esta sala el preso.  
 (El carcelero abre la puerta de la izquierda y entra en el calabozo.)  
 Quev. Haeisime mucha merced,  
 y en el alma os lo agradezco.  
 Alc. Quien aquí os deja abrazarle  
 bien quisiera á vuestro afecto  
 entregarle indemne y libre;  
 pero convicto y confeso  
 Don Gonzalo de tan grave  
 delito....

ESCENA XIII.

Isabel. Doña Mencía. Damas. El Rey. Alabarderos. Gentiles hombres. Ugieres, etc. Luego Gonzalo. Despues Quevedo.

Menc. ¡Su Magestad!  
 Rey. ¡Qué es esto?—oh cielo! ¡Isabel!  
 Gonz. (Volviendo, y todavía con la espada desnuda.) Vengué...  
 Menc. (Llamando la atención del Rey hácia Gonzalo.)  
 ¡Allí está el agresor!  
 Quev. (Con la credencial en la mano.)  
 ¡Armas! ¡Gritos! ¡Quién es ella?  
 Rey. ¡Socorred á esta doncella!  
 Quev. }  
 Gonz. } ¡Ah!  
 Rey. ¡Prended á ese traidor!  
 Los alabarderos se apoderan de Gonzalo. El Rey y todo el acompañamiento acuden al socorro de Isabel. Quevedo queda solo, contemplando con maligno gesto el cuadro que le rodea.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Sala de tránsito en la torre del Real Alcázar. A la derecha la puerta de la alcaidía: á la izquierda la del calabozo que ocupa Gonzalo. Pende del techo una lámpara encendida.

ESCENA I.

Quevedo. El Alcaide.

Alc. Sois amigo mio y sois  
 D. Francisco de Quevedo:  
 nada puedo yo negar  
 á tan noble caballero.

(A un carcelero que le sigue.)

Abrid aquel calabozo  
 y salga á esta sala el preso.

(El carcelero abre la puerta de la izquierda y entra en el calabozo.)

Quev. Hacedme mucha merced,  
 y en el alma os lo agradezco.  
 Alc. Quien aquí os deja abrazarle  
 bien quisiera á vuestro afecto  
 entregarle indemne y libre;  
 pero convicto y confeso  
 Don Gonzalo de tan grave  
 delito....

Quev. Lo sé.  
 Alc. No espero....  
 Quev. Ya sale. Dejádme á solas  
 hablar con él un momento.

ESCENA II.

Quevedo. Gonzalo.

(Se abrazan.)

Gonz. ¡Oh mi protector! ¡mi amigo!

Quev. ¡Gonzalo!

Gonz. No es tan adverso  
 el astro que me persigue,  
 pues me concede el consuelo  
 de abrazaros.

Quev. (Ap. ¡Pobre jóven!)

Quisiera ser mensajero  
 de nuevas mas venturosas,  
 Gonzalo. El herido ha muerto,  
 y era de linage ilustre,  
 y en palacio es sacrilegio  
 el homicidio. No obstante,  
 quizá logren mis esfuerzos  
 salvar tu vida, si pruebas  
 que desnudaste el acero  
 por defenderla.

Gonz. Yo fui  
 quien el combate sangriento  
 provocó.

Quev. ¿Cuál fué la causa?

Gonz. Una dama.

Quev. ¡Ah! mi proverbio  
 es infalible. ¿Era acaso  
 aquel hermoso portento  
 que un desmayo....

Gonz. Aquella era  
 mi Isabel, mi bien, mi ciclo.

Quev. ¿Y don Alvaro el rival  
 sacrificado á tus celos?.

Gonz. No. Agravios de otra muger,  
 que en ella vengar no puedo,  
 satisfizo con su sangre.

Quev. (Ap. ¡Son dos las que entran en juego!)  
 ¿De otra muger!

Gonz. La Condesa....

Quev. ¿El aya!...

Gonz. Si.

Quev. Ahora recuerdo....

Ella presentó á Isabel....  
 Don Alvaro fué su deudo....  
 Rubor me cuesta decirlo:  
 pero ya, ningun respeto  
 debo á esa alevé muger,  
 de cuyo insano despecho  
 es blanco infeliz el ángel  
 que llevo en el alma impreso.  
 Su amor osó descubrirme,  
 y fiel á mis juramentos,  
 yo, que á grandezas no aspiro....

Quev. Basta: todo lo comprendo.  
 Solo una muger celosa  
 concebiria proyecto  
 tan horrible. ¡Oh! y por desgracia  
 el tiro ha sido certero.

Gonz. ¿Qué decís?

Quev. ¡Eres perdido!

Gonz. ¿Cómo!

Quev. Felipe está ciego,  
 loco de amor por tu bella  
 Isabel.

Gonz. ¡Oh Dios!

Quev. Y temo....

Gonz. Terrible competidor  
 es todo un Rey, lo confieso;  
 pero la fé de mi hermosa,  
 que es de virtudes modelo,



me tranquiliza.

Quer. ¡Ay Gonzalo!

No fies en ese seco  
vano, frágil y voluble.  
Pero atendamos primero  
á tu salvacion. En tanto  
que tu amor sea un secreto  
para el Rey, no es imposible  
romper, Gonzalo, tus hierros.  
Ya le he pedido tu gracia,  
se la pediré de nuevo,  
lucharé contra el influjo  
de la Condesa, y no pierdo  
la esperanza....

Gonz. ¡Oh detestable  
muger, que abortó el infierno  
para amargar mi existencia!  
Vierte en mí solo el veneno  
de tu implacable rencor;  
lave mi sangre el desprecio  
con que herí tu altivo orgullo;  
pero ¡qué agravio te ha hecho  
la rosa cándida y pura  
que inficionas con tu aliento?  
Dejadme, amigo y señor,  
agobiado bajo el peso  
de mi cruel infortunio.

Si honra y amor me hacen reo,  
antes que el fiero verdugo,  
me matará mi tormento.

¿Qué es ya para mí la vida?  
¿Qué es la libertad, si lejos  
he de vivir de mi amada?

Quer. Vive, que aun eres mancebo,  
y Dios es grande, y no está  
reducido el universo  
á una aya y una menina:  
y tras del turbio aguacero  
suele amanecer radiante

el sol; *post nubila Phæbus.*  
Vive ocho dias siquiera,  
no puedo pedirte menos.  
Ese plazo basta y sobra  
para saber si el objeto  
de tu acendrado cariño  
merece el alto trofeo  
de que apresures por ella  
de la vida el breve término,  
como si al mundo faltaran  
doctores, suegras y pleitos.

ESCENA III.

Quevedo. Gonzalo. El Alcaide.

Alc. (A Gonzalo.)  
Con real salvoconducto  
Una dama quiere veros.

Quer. ¡Buén presagio! . . . ¿Quién es ella?  
Alc. No sé. Trae echado el velo.

Gonz. (Aparte con Quevedo.)  
¿Será. . . Isabel?

Quer. ¿Quién lo duda?  
Y aun te quejarás!

Gonz. Yo tiemblo.

Quer. Para tí el primer favor.  
¡Oh!

Gonz. Será si yo lo acepto.

Quer. ¿Por qué no? ¡La libertad!  
No averigues á qué precio  
te la compra.

Gonz. Ella en mi cárcel!

Alc. ¿Qué respondeis?

Gonz. Que me niego.

á recibirla.

Quer. ¿Estás loco?  
¿Qué vas á perder por eso?  
(Al Alcaide.)  
Que entre.

Gonz. No.—Pero ¿qué digo?  
Quiero saber si son ciertos  
mis temores; quiero ver  
si con el rostro sereno  
se atreve. . . . Que entre esa dama.  
(Váse el Alcaide.)

Quer. Bien; dila mil improperios  
si es preciso; pero acepta.

Gonz. ¡Aceptarl!

Quer. Del lobo un pelo.  
Yo, mientras dura la plática,  
Me ocultaré en tu aposento.

Gonz. ¡Allí!

Quer. ¡Bah! En un calabozo  
estoy yo como en mi centro.  
(Entra por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

Gonzalo. La Condesa.

Gonz. ¡Será el Rey tan generoso  
que sacrifique á los fueros  
del honor y la justicia  
la pasión....

(Viendo á la Condesa que al entrar se alza el velo.)

¡No es ella! ¡Cielos!

Cond. ¡Mi visita os sorprende!

Gonz. Me sonroja.

Cond. Yo....

Gonz. ¡Accion digna de vos! ¡Rasgo eminente!

¡Venís á escarnecerme en mi congoja!

Faltaba esta corona á vuestra frente.

Cond. Mal me juzgais, Gonzalo. Por desgracia.

Dios no me ha dado corazon de fiera.

Gonz. ¡A mí me lo decís!... ¡Oh infame audacia,  
que ni de vos, señora, lo creyera!

Cond. Culpable fuí; mas vuestro bien anhelo  
mas que el mio: á Dios pongo por testigo.

Gonz. Bien que venga de vos, será mi duelo;  
¡tanto es lo que os detesto y os maldigo!

Cond. En buen hora. Era flecha mas aguda  
al alma que por vos solo respira,  
aquella indiferencia helada y muda  
que vuestra maldicion y vuestra ira.—  
Mas vuela el tiempo. El Rey lo sabe todo  
y es temible rival.

Gonz. ¡Muger malvada!

Vos....

Cond. No: os lo juro.

Gonz. ¡Oh Dios! Y ¿de qué modo!...

Cond. Aquel retrato....

Gonz. ¡Ay, prenda idolatrada!

Al conducirme aquí, bárbara mano  
me lo arrancó del pecho.

El Rey lo tiene...

Cond. ¡Oh desesperacion! ¡Oh rey tirano!

Gonz. ¡Callad!

Cond. No hay fuerza que mi labio enfrene.

Gonz. (Bajando la voz.)

Cond. ¡Ah, que os perdeis! ¡callad, por vuestra vida!

Yo os sacaré de aquí libre y seguro.

Esta noche á las doce... Seducida  
tengo á la guardia, y allanado el muro.

Gonz. ¡Qué oigo! Vos...

Cond. Un caballo mas que el viento

veloz, y gente fiel que os guie y guarde,

os previene mi amor, y oro sin cuento....

Gonz. ¡Oh! muy vil me juzgais y muy cobarde.

Ya lo he dicho; de vos solo la muerte

me fuera grata.

Cond. Mas si al cielo plugo

que por mí te persiga adversa suerte,

¡haré mucho en librarte del verdugo!

No mi don te averguence y te sorprenda,

que no es merced la que de mí recibes;

es de mi expiacion la justa ofrenda.

¡Oh! ¡máteme mi angustia si tu vives!

*Gonz.* ¡Guardara yo esta vida que aborrezco,  
á espensas de otra vida... aun de la vuestra?

*Cond.* ¡No soy yo sola quien morir merezco?  
¡No es mi suerte mas dura y mas siniestra?

*Gonz.* ¡O pretendéis que, á fuer de agradecido,  
conmigo os lleve prófugo y errante...

*Cond.* No. Sepulta por siempre en el olvido  
á esta muger funesta y delirante.  
Bien que mi voz sin tregua al cielo sube  
por tí implorando al Todopoderoso,  
yo soy la oscura procelosa nube  
que eclipsó de tu dicha el sol hermoso.  
Si supiera morir una y mil veces,  
no turbaré tu paz, fantasma horrendo:  
mas tal soy, aunque ingrato me aborreces,  
que ni compro venturas ni las vendo.  
En pago de este amor que, mal mi grado,  
hasta el crimen me lleva en su delirio,  
y á no verse por tí menospreciado  
mi virtud elevara hasta el martirio,  
no te pido, ni esa alma que no es mia,  
ni una sonrisa, ni las yertas flores  
que tributa cortés galantería,  
ni aun que piadoso mi infortunio llores.  
Solo te pido que sin torvo ceño,  
pues tú la causa de mis yerros eres,  
no indigna juzgues de llamarte dueño  
á la mas infeliz de las mugeres,  
Pues galardón no esijo ni lo espero,  
¡por qué esta alma leal tanto te enoja?  
¡Por qué la abnegacion con que venero  
la mano misma que de tí me arroja?  
Consiente al menos que invocando muera  
tu nombre, y no tu lengua me maldiga  
si tanto te amo como amar debiera  
al Dios que por amarte me castiga.

*Gonz.* Mas mereceis que mi piedad mi encono;  
pero quiero morir como cristiano.  
¡Idos!... Yo os compadezco y os perdono.

*Cond.* ¡Gonzalo!

*Gonz.* No os canseis, señora, en vano.

*Cond.* ¡Oh, mal haya la hora en que mi mente  
de un villano designio se hizo esclava!  
¡Cómo no vi en mi cólera impotente  
que era inútil el crimen que intentaba?  
Aunque un mar de peligros la rodea  
merced á mi protervo desvarío,  
no temas, no, que infiel tu amada sea  
si un corazón abriga como el mío.  
Alma en que está tu imagen esculpida,  
no puede codiciar mayor tesoro;  
y ¡qué no hará la que se ve querida  
si triste y desdenada yo te adoro!  
¡Ah! ¡Perdon! ¡Qué te importa mi amargura  
ni que mi rostro inflame la vergüenza?  
¡No mas! Todo lo inmolo á tu ventura.  
Sálvate, y vive... y mi enemiga vengza!  
Vive, sí... ¡para ella! Industria el cielo  
y poder me dará y ánimo fuerte  
con que á los dos, mientras su oscuro velo  
tienda la noche lóbrega, os liberte.  
Sí; yo misma, yo misma, aunque á mi cuello  
sean dogal vuestros nupciales lazos,  
robaré de tu amor el ángel bello  
y de mis brazos pasará á tus brazos.

*Gonz.* ¡Jamás, jamás! Merece ese heroísmo  
que otra vez os respete y os estime;  
mas fuera en mí vileza y egoísmo  
aceptar sacrificio tan sublime.

*Cond.* ¡Fatal obstinacion! No sacrificio,  
deuda es sagrada que pagaros debo.  
El cielo un día premiará propicio...

*Gonz.* ¡Jamás! ¡Idos! Huiré...

(Va á entrar en el calabozo, y saliendo Quevedo  
le detiene.)

ESCENA V.

La Condesa. Gonzalo. Quevedo.

Quev. ¡Tente, mancebo!

Cond. *(En ademán de cubrirse el rostro.)*  
¡Quevedo!

Quev. No te turbe mi presencia,  
generosa muger. Muchas la historia  
recordará que imiten tu demencia;  
ninguna que así vuelva por su gloria.  
Yo también, lo confieso, te escoceraba,  
y ya solo besar tu planta puedo.  
¡Grande debes de ser cuando te alaba,  
te admira don Francisco de Quevedo!

*(Aparte con la Condesa, mostrando á Gonzalo,  
que sombrío y meditabundo, se ha dejado caer sobre  
un escano.)*

Pero la noche avanza; el tiempo corre,  
Su vida, si por vos no la recobra,  
peligra...

Cond. ¡Ah! Sí.

Quev. Sacadle de esta torre.  
No dejéis incompleta vuestra obra.

Cond. ¡Qué haré! El rehusa....

Quev. En mí de un tierno amigo,  
de un padre oírás la voz sincera y blanda.  
Volad... Si persuadirle no consigo,  
salvadle á su pesar. ¡Dios es lo manda!

ESCENA VI.

Gonzalo. Quevedo.

Quev. ¡Cómo has sido tan cruel!

¡En qué humano corazón  
cabe pasión....

Gonz. Su pasión

Quev. me pierde y pierde á Isabel.  
Su humilde arrepentimiento  
salvar anhela á los dos.

Gonz. No hubiera ofendido á Dios,  
y ahorrara el remordimiento.

Quev. Yerro de amor no desdora,  
y pues con tanta hidalguía  
lo repara....

Gonz. ¡Es culpa mía  
si á otra el corazón adora?  
Harto es trocar mi desvío  
en piedad de su dolor;  
mas porque admire su amor  
¿he de renunciar al mío?

Quev. ¿Quién pide tal, insensato?  
¿No sacrifica á tu gusto!...

Gonz. No recibirlo es mas justo  
que ser á un favor ingrato.  
Solo con mi amor podría  
pagar el de esa muger,  
y á ella no quiero deber  
lo que por ella no haría.

Quev. ¡Oh! ya te pasas de estóico.  
Y ¿sabes tú, desdichado,  
si tendrá tu dueño amado  
un corazón tan heroico?

Gonz. ¿Lo dudais?

Quev. Yo me holgaria  
de tener tanta fortuna  
que topase á falta de una,  
con dos Fénix en un día.  
Mas, si la verdad te digo,  
en tales manos cayó  
y ella es tan niña... que... no  
las tengo todas conmigo.

Gonz. Si ella falta á la promesa  
que me hizo con tanta fé,  
en trance tal volveré  
mis ojos á la Condesa....

Quev. ¿Para amarla? Harías bien.

Gonz. No; para imitar su ejemplo  
y alzar á mi dama un templo  
aunque llore su desdén.

Quev. ¿Tú seguirías la huella  
de la Condesa, aunque....

Gonz. Sí.

¿Censuraríais en mí  
lo que celebráis en ella?

Quev. A todo el que así me arguya,  
llamaré loco de atar.

¿Por cierto que es singular  
metafísica la tuya!

¿Por qué, como el aya triste,  
dar con tu razón al traste?

¿Qué palabra la empeñaste?

¿Qué juramento la hiciste?

Ella se prendó de un hombre  
que si fué sordo á su arrullo,  
humillar podrá su orgullo,  
pero no afrentar su nombre.

¿Se dirá tal de tu bella?

Amala fiel en buen hora;

pero si la amas traidora,  
amas tu deshonor en ella.

Gonz. Su fé....

Quev. Bien: no la denigro;  
mas de amparo necesita:  
no se lo niegues. Quien quita  
la ocasión quita el peligro.  
A una jaula te sentencio  
si no triunfa la razón  
de esa extraña obcecación,  
de esa....

(Bajando la voz.)

El Alcaide! Silencio.

ESCENA VII.

Gonzalo. Quevedo. El Alcaide.

Alc. (Ap. ¡Desgraciado!)

Quev. La tristeza  
se pinta en vuestro semblante,  
¿Qué nueva....

Alc. ¿Cruel instante!...  
(A Gonzalo.)

Armas de fortaleza,

Gonz. Hablad. La enemiga suerte  
no postrará mi valor.

Quev. ¿Desterrado....

Alc. No. ¡Ay dolor!  
Está condenado á muerte.

Quev. ¡Ah!

Gonz. Dios oyó mi plegaria.

Quev. ¡Inicua condenación!

Alc. Compete su ejecución  
á la justicia ordinaria,  
Venid.

Gonz. ¿Dónde?

Alc. Se os traslada  
á la cárcel de la villa.

Quev. (Ap. ¡Salud al Rey de Castilla!  
¿Su gloria será colmada!)

(Abrazando á Gonzalo.)

¿No hay ya esperanza, hijo mío!

Alc. Si incesorable la ley  
le condena, aun puede el Rey

revocar su fallo impío.

Si le habláis con interés....

Quev. ¿Lo dudáis? Sí, sí: no en vano  
quizá mi cabello cano

será alfombra de sus pies.

Gonz. Mas recto juez, mas tremendo  
falla arriba entre los dos,

No os humilleis sino á Dios.  
Dejadme triunfar muriendo.

Quev. No quiero yo tu baldon.  
Corre á morir con denuedo;  
mas no estorbes á Quevedo  
cumplir con su obligacion.

Gonz. ¡Oh adorada prenda fiel!  
Suplicio, yo te bendigo,  
pues va á la tumba conmigo  
el corazon de Isabel.—

Amparad vos su virtud,  
¡pues no puedo hacerlo yo!...

Quev. *(Enjugándose las lágrimas.)*  
¡Basta!

Alc. Vamos....

Quev. Guiad.

*(Siguiendo al Alcaide con el brazo sobre los hombros de Gonzalo.)*

¡Oh  
malograda juventud!

FIN DEL ACTO TERCERO.



## ACTO CUARTO.

*La decoracion del acto segundo. Sigue la noche.*

### ESCENA I.

*El Rey. Quevedo.*

Rey. Don Francisco, no os canséis:  
holgárame de serviros;  
mas la ley....

Quev. Sus pocos años,  
su inesperienza....

Rey. Repito  
que en vano me importunais.

Quev. Recordad, señor, que es hijo  
de un valiente que perdió  
la vida en vuestro servicio.

Rey. De otro servidor leal  
me priva, muerto á los filos  
de su espada.

Quev. Ya la parte  
del difunto, á ruego mio,  
le ha perdonado.

Rey. ¿Qué importa,  
si reclama su suplicio....

Quev. ¿Quién?

No os humilleis sino á Dios.  
Dejadme triunfar muriendo.

Quev. No quiero yo tu baldon.  
Corre á morir con denuedo;  
mas no estorbes á Quevedo  
cumplir con su obligacion.

Gonz. ¡Oh adorada prenda fiel!  
Suplicio, yo te bendigo,  
pues va á la tumba conmigo  
el corazon de Isabel.—  
Amparad vos su virtud,  
¡pues no puedo hacerlo yo!...

Quev. *(Enjugándose las lágrimas.)*  
¡Basta!

Alc. Vamos....

Quev. Guiad.  
*(Siguiendo al Alcaide con el brazo sobre los hombros de Gonzalo.)*

¡Oh  
malograda juventud!

FIN DEL ACTO TERCERO.



## ACTO CUARTO.

*La decoracion del acto segundo. Sigue la noche.*

### ESCENA I.

*El Rey. Quevedo.*

Rey. Don Francisco, no os canséis:  
holgárame de serviros;  
mas la ley....

Quev. Sus pocos años,  
su inesperienza....

Rey. Repito  
que en vano me importunais.

Quev. Recordad, señor, que es hijo  
de un valiente que perdió  
la vida en vuestro servicio.

Rey. De otro servidor leal  
me priva, muerto á los filos  
de su espada.

Quev. Ya la parte  
del difunto, á ruego mio,  
le ha perdonado.

Rey. ¿Qué importa,  
si reclama su suplicio....

Quev. ¿Quién?

*Rey.* La pública vindicta,  
la inmunidad de este asilo,  
mi ultrajada magestad.

*Quev.* Señor, no pierde su brillo  
una testa coronada  
por usar de su mas digno,  
su mas grato privilegio;  
el de perdonar. Si el grito  
oís de ese corazon,  
naturalmente benigno,  
seguireis el alto ejemplo  
de los Trajanos y Titos....

*Rey.* Ya lo sigo perdonando,  
por lo mucho que os estimo,  
que á enojarme os arriesgais  
por defender á un amigo.  
Débil mas que generoso  
seré, y fábula y ludibrio  
de mi reino y de mi corte,  
si tan alevé homicidio  
queda impune.

*Quev.* No pretendo  
la impunidad; solo os pido  
que le perdoneis la vida,  
y allá en remotos dominios  
lidiando por vos expié  
la culpa que ha cometido.

*Rey.* ¡Su culpa!...  
*Quev.* Fué involuntaria.  
*Rey.* ¿Y no tiene mas padrino  
que vos? Yo sé quién pudiera  
y vos tambien, Don Francisco,  
lo sabeis, con una sola  
palabra romper sus grillos.

*Quev.* Lo que vos y yo sabemos,  
pronto será conocido  
de todo Madrid, señor,  
y ved aquí otro motivo  
para que useis de clemencia.

Si Gonzalo va al patíbulo,  
no serán por esta vez  
pábulo vuestros ministros  
de la malicia del vulgo:  
dirá que, rey vengativo,  
castigais en ese jóven  
su dicha, no su delito;  
no al homicida alevoso,  
sino al rival preferido.  
*Rey.* ¡Preferido! ¿Sabeis vos  
si lo será?

*Quev.* Yo no afirmo  
nada: digo lo que el vulgo  
dirá.

*Rey.* ¿Dudais que mi brio,  
si la régia dignidad  
no mandase reprimirlo,  
ahorrara á la ley su fallo  
y al verdugo su ejercicio?

*Quev.* No dudo. Sois caballero,  
sois valiente, y por lo mismo,  
pues no podeis en el campo  
lidiar con vuestro enemigo,  
perdonando bondadoso  
á ese mísero hidalguillo,  
obrais como caballero  
y como Rey.

*Rey.* Cuando herido  
de amor late el corazon,  
no está para silogismos.  
*Quev.* ¿Tan enamorado estais?  
*Rey.* (Sacando un retrato y mostrándolo.)  
Ved este rostro divino.

*Quev.* El de Isabel. (Ap. Procuremos  
dar al negocio otro giro.)  
La semejanza es perfecta.  
Velazquez hace prodigios.

*Rey.* No es obra suya el retrato.  
*Quev.* ¿Quién....



*Rey.* Lo llevaba consigo  
Don Gonzalo.

*Quev.* ¿Y qué os importa,  
si le habeis desposeído  
de copia y original?

*Rey.* Poco valdrá mi dominio  
sin el alma de la hermosa....

*Quev.* Pues ¡qué! ¿tan poco camino  
habeis andado....

*Rey.* Tres veces  
desde aquel lance inaudito  
se ha desmayado Isabel.

*Quev.* Se desmayará otras cinco  
si es forzoso.

*Rey.* ¿Sospechais....

*Quev.* Creo poco en parasismos  
de mugeres.

*Rey.* ¿Con qué objeto  
recurrirá á ese artificio?

*Quev.* No sé. Ella se entenderá.

*Rey.* Yo no creo ni imagino  
que un ángel pueda fingir.

*Quev.* Aun siendo así, no es preciso  
que el accidente proceda  
de aquel amor primitivo.  
Si es de fibra delicada,  
basta á atribular su espíritu  
el susto.... Sin duda vos,  
que no sois galán novicio,  
al verla tan angustiada  
la habeis prodigado auxilios,  
consuelos...

*Rey.* Con tal ternura,  
con tan fervoroso ahinco,  
que harto habré mostrado en ellos  
mi adoracion, mi delirio.

*Quev.* Y ¿sonreia su labio,  
ó acaso con ceño esquivo....

*Rey.* Solo á mi afan respondia

con lágrimas y suspiros.  
*Quev.* Mas ¿no intenta redimir  
á su adorado cautivo?

*Rey.* No le nombra.

*Quev.* Para vos  
puede ser ese un indicio  
muy favorable.

*Rey.* Ella ignora  
que su vida está en peligro;  
pero pronto lo sabrá,  
y en tan grave compromiso,  
pues es muger y en su mano  
está de ese hombre el destino,  
veremos si saca airoso,  
fallando en nuestro litigio,  
vuestra opinion, ó la mia.

*Quev.* Ni pongo rey ni lo quito;  
pero ayudo á mi señor,  
dijo Beltran; y yo digo:  
Sálvese mi pobre ahijado:  
de lo demas no me cuido.

*Rey.* Yo deseo vuestro triunfo  
porque en él se cifra el mio.

*Quev.* Vos siempre habeis de triunfar,  
ó vencedor ó vencido.  
Si Minerva os es contraria,  
amor de rosas y mirtos  
coronará vuestra sien;  
y si sucumbe Cupido,  
la gloria os consolará  
de apellidaros invicto  
campeon del bello seco.  
Mas no eclipsareis el brillo  
de trofeo tan honroso,  
ni agravareis mi conflicto  
negando á aquel infeliz....

*Cond.* (Saliendo del cuarto de la Infanta.)  
Señor, si me dais permiso....

*Rey.* Llegad.

Quev. (Ap. Pues á tiempo llega el refuerzo, me retiro.)  
 (Hace una reverencia al Rey en ademan de retirarse.)

ESCENA II.

El Rey. Quevedo. La Condesa.

Cond. (A Quevedo.)  
 Quedaos. (Quevedo se detiene.)  
 Rey. (Ap. Triste y sombría....)  
 Cond. A quien el Rey mi señor da su confianza (Ap. ¡Ay dolor!...) mal puedo negar la mía.  
 Rey. ¡Suspirais!  
 Cond. ¡Señor!  
 Rey. ¿Cuál es la causa de ese quebranto?  
 Cond. Permitid que con mi llanto riegue, señor, vuestros piés.  
 (Va á arrodillarse y el Rey se lo impide.)  
 Rey. No hareis tal. Mas del cuidado me sacad. ¿Qué angustia es esa?  
 Cond. ¿Qué queréis de mí, Condesa?  
 Cond. La vida de un desgraciado.  
 Rey. ¿Qué escucho! ¿De quién, señora? ¿de ese Gonzalo tal vez? Quien debiera ser su juez mas inflexible, ¡le llora!  
 Cond. ¡Ah! Sí.  
 Rey. Su insolente audacia, sin respeto al Rey ni á Dios, vertió sangre vuestra, ¡y vos venís á pedir su gracia!  
 Cond. Su frenesí le cegó.  
 Cond. Viendo en palacio á su dama, creyó perdida su fama....  
 Rey. ¡Y quién la deshonor? ¡Yo?

Cond. ¡Señor!  
 Rey. Movisteis el cisma con cuya maraña lucho, y... No os entiendo.  
 Cond. ¿Qué mucho si no me entiendo á mi misma?  
 Rey. Por vos he visto á Isabel: por vos mi alma gime esclava. ¿Sabiais que ella le amaba? ¿Le conociais á él?  
 Cond. Sí.  
 Quev. (Ap. ¡Dios castiga sin palo!)  
 Rey. Si ahora obrais de ese modo, ¡cómo antes....  
 Cond. Sabreislo todo con saber que amo á Gonzalo.  
 Rey. Ahora os entiendo menos.  
 Cond. Ayer ciega en mi furor me hizo culpable el temor de verle en brazos ajenos: hoy por salvarle la vida vierto este llanto copioso, ¡y lloraré si es forzoso á los piés de su querida!  
 Rey. ¿Vos tambien? ¡Dios de Israel! ¿qué lindo Don Diego es este, qué paraninfo celeste, que todas gimen por él?—  
 Cond. ¿Qué decís de esto, Quevedo?  
 Quev. Que estoy confuso, y absorto, y lelo... y me quedo corto.  
 Rey. El diablo anda en este enredo.  
 Cond. Mi iluso amor, mi flaqueza y mi desesperacion, me inspiraron una accion indigna de mi nobleza. Yo fui quien al fiero arrojo de Gonzalo causa di: yo armé su mano, y por mí

fué blanco de vuestro enojo.  
 Yo soy la que lleva en pos  
 de sí la tea funesta  
 que tantos pesares cuesta  
 á él, á ella y á vos:  
 yo la que vendí sin ley  
 el honor de mi rival;  
 yo la que he sido fatal  
 á mi amante y á mi Rey.  
 Ved si lanza justos gritos  
 mi conciencia acusadora:  
 ved si en un alma traidora  
 pueden caber mas delitos:  
 y en vuestra recta balanza  
 cuál es de los dos, pesad,  
 digno de vuestra piedad  
 y cuál de vuestra venganza.

Rey. ¡No mas!... ¡Hola!  
 Quev. (Ap. ¡Dios le asista!)

(Llega un oficial de alabarderos.)

Rey. Esta muger....  
 Quev. (Ap. ¡Desdichada!)

Rey. Quede en su cuarto arrestada  
 con centinela de vista.

Cond. ¡Señor!...  
 Rey. (Ap. Su valor me admira.)

Cond. ¡Perdonadle! ¡Es inocente!

Rey. ¡Basta!

Cond. Embótese en mi frente  
 el rayo de vuestra ira;  
 y el golpe que me destruya  
 bendeciré agradecida,  
 si aceptais, señor, mi vida  
 en rescate de la suya.

ESCENA III.

El Rey. Quevedo.

Rey. Eso es amar, Don Francisco.

Quev. Admirable es conducta.

Rey. Sublime es la expiacion  
 si grave ha sido la culpa.

Quev. Si no es ella la muger  
 fuerte de que la Escritura  
 nos habla, dudo, señor,  
 que pueda serlo ninguna.  
 Ya me voy reconciliando  
 con las faldas.

Rey. Ya veis: triunfa  
 mi opinion.

Quev. ¡Victoria insigne!

Rey. ¡Plegue á Dios baste con una!

Quev. ¡Temeis que siga su ejemplo  
 la menina?

Rey. ¡Quién lo duda!

Quev. Fiad mas en su flaqueza  
 y en vuestra buena ventura.

Es mas vehemente el amor  
 en las mugeres adultas

que en las mozas. Las Virginias  
 y las Arrias no son fruta

de este siglo... Mas si el aya  
 vuestra admiracion angusta

ha escitado, ¡qué razon  
 á castigarla os impulsa?

Rey. Yo debo algun desagravio  
 á Isabel...

Quev. (Sonriéndose.) Si.

Rey. Y á la pública  
 moral.

Quev. Cierto. (Ap. ¡Oh mundo hipócrita!  
 ¡Oh virtud! ¡Cómo te insultan!)

Rey. Mas limitaré el rigor  
á tres dias de clausura....

El Ugier. (A la puerta del foro.)  
Doña Isabel de Marcilla....

Rey. ¡Ah!

Ugier. Pide audiencia....

Rey. (Aparte con Quevedo.) ¡Oh fortuna!—  
Esperadme en la antecámara.—  
Yo no sé lo que me anuncia  
el alma.... A la par en ella  
temor y esperanza luchan.—  
(Al Ugier.)  
Que entre. (Váse el Ugier.)

Quev. No olvideis, señor....

Rey. ¡El refran?

Quev. (Ap. ¡Dios te confunda!)  
Al reo que está en capilla.

Rey. Vivirá si ella le indulta.

Quev. Sí hará. Sin llamarla viene....  
No hay dudarle: capitula.

Rey. Hoy se verá quién es ella.

Quev. Es.... ella, y todas son unas.  
(Al retirarse por el foro saluda á Isabel, que entra al mismo tiempo.)

ESCENA IV.

El Rey. Isabel.

Isab. Dadme, señor, vuestros piés....

Rey. (Deteniéndola.)  
Alza.

Isab. Permitidme....

Rey. ¡No!

¡Lloras?

Isab. Soy desventurada.

Rey. (Ap. Todo lo sabe.) En la flor  
de la vida y la hermosura,  
cuando mi alta proteccion

es tu egida, y cuando todo  
se sonrie en derredor,  
¿qué pena puede, Isabel,  
lastimar tu corazon?

Isab. De bronce fuera ó de mármol  
si resistiese al dolor  
que le oprime. Un infeliz  
gime bajo el peso atroz  
de una sentencia cruel,  
y yo á su despecho soy  
la causa de su desdicha.  
¿Concededme su perdon!  
¿De quién me hablas?

Rey. De Gonzalo.

Isab. ¿Ignoras que su furor  
osó verter sangre ilustre  
en esta sacra mansion,  
al pié de mi escelso trono;  
sangre que yo mismo ¡yo!  
ví correr?

Isab. Locura fué;  
crímen quizá; pero en vos,  
que si sois monarca augusto,  
tambien caballero sois,  
disculpa hallarán, lo espero,  
los delitos del honor.

Rey. ¿Quién á su honor atentaba?

Isab. Salvar el mio creyó.

Rey. ¡El tuyo!

Isab. ¡Ah! no os irriteis.  
Tranquila y segura estoy  
bajo el paternal escudo  
del que es imágen de Dios  
sobre la tierra.

Rey. (Ap. ¡Medrados  
estamos!)

Isab. Pero él temió....  
no á un Rey magnánimo y justo,  
sino la aleve intencion

de viles aduladores....  
*Rey.* ¿Y quién es él? ¿Quién le dió  
autoridad, ni derecho  
para tanto? ¿Es tu tutor?  
¿Es tu hermano por ventura?  
*Isab.* Somos huérfanos los dos,  
y desde niños el lazo  
de la amistad....

*Rey.* ¿Del amor!

¿Tú le amas!

*Isab.* ¿Señor!

*Rey.* ¿Tú le amas,

y á mí, que tan dulce don  
le envidio, á mí, que te adoro....

*Isab.* ¿Dios mio!...

*Rey.* Me pides hoy  
la vida de ese rival  
aborrecido!

*Isab.* ¿Señor!

*Rey.* ¿Tú le amas! ¿Oh venturoso  
mortal! ¿Oh grata prision,  
muerte inefable! Por ella  
diera yo el trono español.

*Isab.* ¿Tanto podría humillarse  
con mengua de su esplendor  
esa coronada frente?

¿Así del régio blason  
que vuestro poder pregona  
do quiera que alumbra el sol,  
la grandeza depondriais  
por una indigna pasion?  
Vencedla, seños, vencedla,  
que á vuestro ínclito valor  
no es árdua empresa. ¿Mis lágrimas  
os muevan á compasion!

*Rey.* ¿Oh!...

*Isab.* ¿Perdonadle!

*Rey.* Ese llant  
hace su crimen mayor.

Me pides su vida en nombre  
de la fé que te inspiró....

*Isab.* No; en nombre de la piedad,  
á cuya mágica voz  
nunca fué sordo Felipe.

*Rey.* Mas si la vida le doy,  
deuda ya de la justicia,  
¿piensas que en plácida union  
sufiré....

*Isab.* No; ni lo pido  
ni lo espero. A todo estoy  
resignada. Viva él,  
sea libre.... ¡y muera yo!

*Rey.* ¿Vos morir! Para templar  
de mi justicia el rigor,  
fuerza es conculcar los fueros  
de la ley, de la razon,  
y la magestad del trono  
castellano, y el clamor  
de una familia angustiada,  
y mi justa indignacion.—  
¿No merecen recompensa  
Tantos sacrificios?

*Isab.* ¿Oh!  
yo á Dios rogaré....

*Rey.* No preces  
que lleva el viento veloz,

no votos he menester  
cuando clavado un arpon  
tengo en el alma, y bebiendo  
tósigo de muerte voy  
en cada mirada tuya,  
y á tus plantas.... (Se arroja.)

*Isab.* (Ap.) ¿Oh rubor!

*Rey.* Espiraré provocando  
la eterna condenacion,  
si tus labios no me otorgan  
una palabra de amor.

*Isab.* ¿Alzad! ¿Miserable de mí!

*Rey.* ¡Pronúnciala!...  
*Isab.* ¡Santo Dios!...  
*Rey.* Y salvarás á Gonzalo,  
 y mi dicha...  
*Isab.* (Con dignidad.) ¡Alzad, señor!  
 No deprimáis vuestra gloria:  
 ved dónde estais y quién sois.  
*Rey.* (Levantándose.)  
 Mi gloria es amarte.  
*Isab.* Sea;  
 pero si esa adoracion  
 que tanto me encareceis  
 es digna de mí y de vos,  
 no me envileceais vos mismo  
 á vuestros ojos.  
*Rey.* ¡Ah! no.  
*Isab.* Si del crimen de Gonzalo  
 yo he de ser la expiacion,  
 mostrad que no me teneis  
 por muger de poca pro,  
 y antes de otorgar la gracia  
 no pidais el galardón.  
*Rey.* ¡Isabel!  
*Isab.* El tiempo vuela  
 y se acrece mi terror.  
 Vuestro generoso indulto  
 desarme el brazo feroz  
 del verdugo...  
*Rey.* Sí haré. (Ap. ¡Oh gozo!)  
*Isab.* Y por el Dios de Jacob,  
 os juro... no ser ingrata.  
*Rey.* Basta. (Ap. Vencí.)  
 (Se acerca á una mesa y escribe rápidamente.)  
*Isab.* (Ap. ¡Se salvó!)  
 Y yo... ¡Oh Dios mío, Dios mío,  
 doleos de mi dolor!)  
 (Se sienta llorosa y abatida.)  
*Rey.* (Tomando el decreto que acaba de escribir  
 y acercándose al foro.)  
 ¡Quevedo! (Ap. ¡Oh ventura inmensa!)

ESCENA V.

*El Rey. Isabel. Quevedo.*

*Quev.* ¡Señor!  
*Rey.* Tomad.  
*Quev.* (Tomando el papel.) ¡El perdon?  
*Rey.* Sí. ¡Volad!  
*Quev.* (En voz baja.) ¡Triunfáis!  
*Rey.* (Lo mismo.) Lo espero.  
*Quev.* (Ap. ¡Hé aquí puesta en el crisol  
 la virtud de una muger!  
 ¡Hé aquí un triunfo precoz!...  
 Mas ¡qué importa! El vivirá.  
 Ella... ¡Bien decia yo!...)  
*Rey.* (Acercándose á Isabel.)  
 ¡Isabel!  
*Quev.* (Ap. Una ha podido  
 desmentirme; pero ¡dos!...!)

ESCENA VI.

*Isabel. El Rey.*

*Rey.* ¡Por qué de nuevo pálida tristeza  
 tus rosadas mejillas descolora?  
 ¡Por qué tu rostro en lágrimas se inunda!  
 ¡Por qué suspiras, niña, y te acongojas!  
 No de esos ojos la fulgente llama  
 esquives al esclavo que te adora.  
 ¡Será que aun en tu pecho impresa vive  
 la imágen de otro dueño, y no la borra  
 la ciega idolatría con que postro  
 á tus plantas mi vida y mi corona?  
 ¡Será que complacida en mi tormento,  
 ya la esperanza efimera me robas  
 que necio concebí? ¡Será que acaso  
 el corazón no hablaba por tu boca

cuando con un acento me elevaste  
al colmo de la dicha y de la gloria?

*Isab.*

(Levantándose.)  
Escuchadme, señor: mi desconsuelo  
ni de pérfida y falsa me baldona,  
ni es mengua de una huérfana infelice  
que de la vida apenas en la aurora,  
ya con tedio la mira y con espanto.  
Si á mis ojos las lágrimas se agolpan,  
no es mi propia desdicha la que lloro;  
que la mano de Dios no me abandona,  
y al término cercano de mis males  
sabré llegar con planta valerosa.

Lloro el siniestro influjo de mi estrella,  
que á donde quiera que mi frente asoma,  
lleva consigo azares, y amarguras,  
y muerte, y maldicion. Yo soy, yo sola  
quien merece ser blanco á vuestra saña;  
yo, ¡ay de mí, miserable! que en mal hora  
os inspiré un amor que Dios me veda  
premiar; aciago amor, que me sonroja....  
mas por vos que por mí: yo, á cuyo ruego  
una vida acordais, que os fuera odiosa  
si á mí la consagrara el malhadado  
por quien pedí á mi Rey misericordia.

*Rey.*

¡Qué oigo! ¡Han sido una burla tus palabras!

*Isab.*

¡Señor!

*Rey.*

¡Vana ilusion, fugaz lisonja  
fué el paraíso que soñé, y perjura....

*Isab.*

No ser ingrata os prometí, y la obra  
seguirá á la promesa; yo os lo juro.

*Rey.*

¡Cómo?... Tú....

*Isab.*

De una vida os soy deudora:  
otra os daré: la mia.

*Rey.*

¡Qué pronuncias?  
¡Tú morir, ángel mio! ¡Tú, la joya  
de mas prez á mis ojos! ¡Tú!... Primero  
perezca España y se desplome Europa.

*Isab.*

Valga lo que valiere esta ecistencia

misera, cuyo peso el alma agobia,  
mas no puedo ofrecer en vuestras aras,  
ni menos....

*Rey.*

¡Al galan por quien la inmolas!

*Isab.*

No; á mi honor sin mancilla, á mi decoro,  
al Dios que ha de juzgarme, á la memoria  
de mis honrados padres. Poca fuera,  
á quien de entero corazón blasona,  
dar por el dueño amado hacienda y vida.  
Hazaña mas sublime, mas heroica  
es la que inspira la razon austera  
que la que nace de la fiebre loca  
de una ciega pasion. Si el alma mia  
jamás de amor la llama abrasadora  
sentido hubiera, con igual denuedo  
mil muertes yo arrostrara sin zozobra  
antes que al cebo de ambicion insana  
ó al oro vil prostituir mi honra;  
que á una muger para ilustrar su nombre  
basta ser bien nacida y española.  
(Ap. ¡Cielos! ¡Tal fuerza en una niña!...)  
Yo.... Mi pecho....

*Rey.*

*Isab.*

Su frente luminosa  
veo alzar á mi padre desde el cielo;  
su frente, siempre erguida, donde aun brota  
la noble sangre por su Rey vertida.  
Su voz habla en mi labio; él es mi norma,  
mi luz, mi ángel custodio; él, si villana  
osara yo insultar su hidalga sombra,  
fulminaria sobre mí sañudo  
eterna maldicion. Cuando á la losa  
fria bajó, pobre, olvidado, oscuro,  
huérfana me dejó, huérfana y sola,  
sin otra hijuela que su nombre limpio  
y una hermosura.... que ignoré hasta ahora,  
y solo creo en ella porque basta  
para ser desgraciada, ser hermosa.  
Mas si otra dote me negó la suerte,  
no indefensa mi padre entre las olas

de este mar me dejó que llaman corte.  
 Conociendo sus artes insidiosas,  
 “oye (dijo) las últimas palabras  
 que te dirige trémula mi boca.  
 Obligacion como soldado tuve  
 de preferir la muerte á la deshonra:  
 jura aprender en el ejemplo mio,  
 y en paz descansaré.”—Juré animosa,  
 y el anciano espiró.... y en mí confia....  
 —Lo que entonces juré.... lo cumplo ahora.

(Saca del pecho un pomo cuyo contenido va á beber.)

Rey. ¡Tente! ¡Un veneno! ¡Horror!  
 (Quita el pomo á Isabel y lo arroja.)

Isab. ¡Qué hacéis! En vano  
 señor, en vano con violencia odiosa  
 me desarmáis. El cielo sabrá darme  
 fuerzas y medio con el hilo rompa  
 de esta vida infeliz.

Rey. ¡Vive! No temas.  
 ¡Vive y triunfa, Isabel! que á tanta costa  
 el que en algo se precia, no conquista  
 goces que humillan, lauros que deshonran.  
 Vive, que si tus gracias me embelesan,  
 tu fé me admira, y tu virtud me asombra.

Isab. ¡Oh prez de caballeros y de reyes!...  
 (Arrodillándose.)

Dejad que en vuestros piés mi labio ponga;  
 dejad que en ellos angustiada llore  
 mi injusto desamor....

Rey. (Haciéndola levantar.) ¡No mas, señora!  
 ¡No mas! ¡Huid de mí! Débil resuena  
 de mi razon el grito y de mi gloria:  
 para que no le ahoguen mis sentidos  
 fuerza es que yo no os vea, que no os oiga.

Isab. ¡Señor!  
 Rey. ¡Huid! Salvaos y salvadme.  
 ¡Huid! (Ap. ¡Oh! ¡nunca ha sido tan her-  
 [mosa!]

Os lo ruego; os lo mando.  
 Isab. Vuestra fama  
 perpetuará en sus páginas la historia.

ESCENA VII.

El Rey.

¡Murió la esperanza mia!  
 ¡Huyó la dulce ilusion  
 que mi amante corazon  
 embriagaba de alegría!  
 ¡Qué vale el alto poder  
 que en mí dos mundos adoran,  
 si en vano mis ojos lloran  
 á los piés de una muger?  
 Su altivo desdén me humilla,  
 y á mi pesar lo venero,  
 ¡y á un oscuro aventurero  
 envidia el Rey de Castilla!  
 Quisiera que el hondo abismo  
 me hundiera.... Mas no; á mi gloria  
 debo mas noble victoria:  
 la de vencerme á mí mismo.  
 Sí; cumpliré los deberes  
 de caballero y de Rey,  
 y aunque es tirana la ley,  
 sabré.... ¡Oh mugeres, mugeres!...  
 ¡Lucido y airoso quedo!  
 Y es fuerza que me resigne...  
 ¡Qué he de hacer?... ¡Oh insigne, insigne!  
 Don Francisco de Quevedo!  
 Sois un vil calumniador,  
 un libelista soez.  
 Venid á hablarme otra vez  
 del sándio corregidor  
 y de su eterna salmódia



¿quién es ella, quién es ella?  
Mañana, pese á mi estrella,  
Cantareis la palinodia.  
(*Entra en su habitacion.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.



ACTO QUINTO.

*Sigue la decoracion del acto cuarto. Es de dia.*

ESCENA I.

*El Rey. Quevedo.*

*Quev.* Vuelvo á las damas su gloria  
y mis sátiras abjuro.  
El aya es una heroína;  
Isabel es un conjunto  
de gracias y de virtudes,  
y yo he sido necio, estúpido  
en admitir como axiomas  
los dicharachos del vulgo.  
¿Puedo cantar mas de plano  
mi derrota y vuestro triunfo?  
*Rey.* ¡Mi triunfo!

*Quev.* Sí, y muy glorioso;  
que son placeres espúreos  
los que usurpa la violencia  
ó compra á fuerza de escudos  
la seducción. A la fama  
dió, señor, mas noble asunto  
la castidad de Escipion

¿quién es ella, quién es ella?  
Mañana, pese á mi estrella,  
Cantareis la palinodia.  
(*Entra en su habitacion.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.



ACTO QUINTO.

*Sigue la decoracion del acto cuarto. Es de dia.*

ESCENA I.

*El Rey. Quevedo.*

*Quev.* Vuelvo á las damas su gloria  
y mis sátiras abjuro.  
El aya es una heroína;  
Isabel es un conjunto  
de gracias y de virtudes,  
y yo he sido necio, estúpido  
en admitir como axiomas  
los dicharachos del vulgo.  
¿Puedo cantar mas de plano  
mi derrota y vuestro triunfo?  
*Rey.* ¡Mi triunfo!

*Quev.* Sí, y muy glorioso;  
que son placeres espúreos  
los que usurpa la violencia  
ó compra á fuerza de escudos  
la seduccion. A la fama  
dió, señor, mas noble asunto  
la castidad de Escipion

que todos sus lauros juntos.  
 Yo tambien, aunque murmure  
 mortificado mi orgullo,  
 á la virtud vencedora  
 prez y alabanza tributo;  
 que sano es mi corazon,  
 si tal vez con ceño adusto,  
 tal con festivo donaire  
 palo de ciego sacudo  
 escarneciendo ó llorando  
 las miserias de este mundo.  
 Vos me hablais de palinodia....  
 Cantémosla, pues, á duo,  
 señor. ¡Ah! Si como soy  
 el menor de vuestros súbditos,  
 fuese yo por un instante  
 el Rey Don Felipe, os juro....  
 ¿Qué harías?

Rey.  
 Quev.

    Ser por completo  
 pio, magnánimo y justo.  
 Gonzalo....

Rey.

    Ya le libré  
 de las garras del verdugo.  
 ¿Qué mas quereis?

Quev.

    Que se estienda  
 vuestro generoso indulto....

Rey.

    ¿A qué?

Quev.

    A darle libertad.  
 Preso otra vez en los muros  
 de vuestro real alcázar,  
 espera....

Rey.

    ¿Sabeis el punto  
 de su destierro? Vos mismo  
 lo designareis.

Quev.

    ¿Qué escucho!  
 ¿Yo mismo?... ¿Os burlais de mí  
 por ventura?

Rey.

    No me burlo.

Quev.

    Será, pues, el universo

mundo su cárcel y....

Rey.

Mucho

me pides.

Quev.

    Sois Rey.

Rey.

    Soy hombre.

Quev.

    Pero de heróicos impulsos;  
 de alma grande que no goza  
 en el ageno infortunio;  
 antes....

Rey.

    Austero Zenon  
 que ayer érais Epicuro,  
 ¿por qué no éssigis tambien  
 que humilde como un cartujo  
 ponga yo mismo mi dama  
 en brazos de vuestro alumno?  
 ¿Señor!...

Quev.

Rey.

    Arrancad primero  
 de mi pecho el dardo agudo  
 que le hiere.

Quev.

    ¿Qué! ¿aun amais  
 á Isabel?

Rey.

    En vano lucho  
 con esta pasión tirana.  
 No os han de faltar recursos  
 para triunfar de un capricho  
 fugaz: la caza, el estudio....  
 Amor vive en la esperanza,  
 y ya convertida en humo  
 la vuestra....

Rey.

    Aun no la he perdido.

Quev.

    ¿En qué la fundais?

Rey.

    La fundo....  
 No sé. En la misma vehemencia  
 del fuego en que me consumo.  
 Sin mengua de vuestra gloria  
 no esperéis, señor....

Quev.

    Soy viudo.

Rey.

    ¡Ah! ¿Cómo!... ¿Vos!...

Quev.

    Si el encanto

de su rostro me sedujo,  
su virtud mas que divina  
(con la mano en el pecho)  
lo graba aquí con profundos  
rasgos que no borrará  
la losa de mi sepulcro.  
¿Quién mas digna de mi mano  
y de mi dosel angusto?

Quev.

¿Será posible, señor!...  
Me asombro....

Rey.

¿Por qué? Si al último  
de mis vasallos le es lícito  
unirse en pobre tugarío  
al objeto de su amor,  
¿por qué el señor absoluto  
de todos no lo será

Quev.

para casarse á su gusto?  
Entre un monarca y sus pueblos  
vos no lo ignorais, hay mútuos-  
deberes que sin peligro  
no es dado....

Rey.

¿Vanos escrúpulos!

Quev.

Pierde su prestigio el trono  
cuando impolítico nudo  
alza desde humilde esfera  
á una muger....

Rey.

Otro absurdo.

Trono es tambien la hermosura,  
trono es la virtud, á cuyos  
fulgores son del mio  
agonizante crepúsculo.

Así, pues, cuando Himeneo  
nos una en plácido yugo,  
ella ilustrará mi trono

Quev.

elevándome hasta el suyo.  
(Ap. ¡Ay! está loco.) Señor,  
ved que atropellais los usos,  
las conveniencias sociales.  
Si esa boda, que aun lo dudo,

se realiza, ¿qué dirán  
el Austria, la Francia, el mundo?  
Temed no se alce la Europa  
contra vos desde el Danubio  
hasta el Támesis....

Rey.

Poder  
sobra á este brazo robusto  
para lidiar contra todos.  
Mas con temerario insulto  
nadie al leon castellano  
osará....

Quev.

Triunfante el ruso  
lo diga, y osado el belga,  
y el catalan en tumulto.  
Considerad....

Rey.

No os canséis.

Quev.

Suspended....

Rey.

Ni dos minutos.

Quev.

Vos sereis mi embajador.  
¿Yo, señor!

Rey.

Volad. Ninguno  
mejor que vos. Será digna  
de vuestro ingenio fecundo  
la empresa. Aun puede vencer  
desde su postrer reducto  
vuestra opinion: aun pudiera,  
si alcanzo el bien que procuro,  
ser inconcusa verdad  
aquel proverbio vetusto.

Quev.

¡Oh! Será mas que muger  
quien resista á ese conjuro.  
¡Ahí es nada! ¡Una corona!...  
Pero, por Dios trino y uno,  
mirad....

Isab.

(A la puerta del foro.)  
¿Señor!

Rey.

¿Isabel!

Quev.

(Viéndola.)  
¡Ah! (Ap. ¡Pobre Gonzalo!...)

Rey.

Ven....

(Ap. ¡Oh júbilo!)

Quev.

(Ap. Entona á tu esperanza el oficio de difuntos....)

ESCENA II.

El Rey. Quevedo. Isabel.

Isab.

(Hincando la rodilla.)

Permitidme que me atreva....

Rey.

(Ap. ¡Oh belleza sin segunda!)

Alza....

Isab.

A daros una prueba de mi gratitud profunda.

Rey.

¡Tú!...

Isab.

(Ap. ¡Tiemblo!)

A vuestra clemencia

debo la vida de un hombre....

En vuestra augusta presencia

no pronunciaré su nombre.

Rey.

No á mi clemencia; al amor que me inspiras....

Isab.

Creo en él: creed vos en el dolor que me ha causado.

Rey.

¡Isabel!

Isab.

Creedlo: no es mas profunda

que la mia vuestra pena.

No es dicha la que se funda

en la desventura agena.

Tan tierna solicitud

merece premio mayor;

mas no hay poder ni virtud

que den leyes al amor.

Confesad, si sois sincero,

que en damas de calidad

dama es el amor primero

y el segundo liviandad.

Mas no os darán, á Dios lo juro, señor, y al mundo, ni pena el primero á vos, ni verguenza á mí el segundo. Mi vida en expiacion ofrecí....

Rey.

¡Quién tan indigno será!...

Isab.

¡Rehusais mi don?

Rey.

Dios lo aceptará benigno.

Isab.

¡Así á mi amoroso afan correspondes? ¡Qué misterio....

Rey.

Viva me sepultarán los muros de un monasterio.

Isab.

¡Qué dices! Tú....

Rey.

No vacilo.

Isab.

Allí en retiro piadoso será una celda mi asilo y el Rey de reyes mi esposo. ¡Jamás!

Rey.

(Ap. ¡Triste criatura!)

Quev.

Rey.

¡Tú monja! ¡Oh! no desatines.

No se hizo tanta hermosura

para tocas y maitines.

Yo que en espléndido plauastro

verté victoreada anhelo,

¿podré consentir que un claustro

sea noche de tu cielo?

¿Yo bajo alevé tijera

veré caer tus cabellos?

¿Yo que la corona ibera

quiero sublimar en ellos!

¡Sí, mi bien! He aquí mi mano.

Doblen todos su rodilla

como yo la doblo ufano (lo hace)

á la reina de Castilla.

Isab.

(Haciéndole levantar y hablando como inspirada.)

¡Robais, impío, al altar

su víctima expiatoria!  
 ¡En vano! A vuestro pesar,  
 yo salvaré vuestra gloria.  
 Si una corona á mi sien  
 desea vuestro delirio,  
 corona es, señor, tambien  
 la corona del martirio;  
 y aunque os parezca cruel,  
 llevarla animosa espero  
 con el auxilio de aquel  
 immaculado Cordero  
 que, siendo el Verbo divino,  
 proto-mártir sin segundo,  
 la ciño de agudo espino  
 para redimir al mundo.  
 El me inspira. Mirad vos,  
 cuando él os habla en mi labio,  
 si osareis pedir á Dios  
 satisfaccion del agravio.  
 Entre el amor y el deber,  
 mirad, señor, si una hazaña  
 fácil para una muger,  
 no lo es para el Rey de España.  
 Mirad qué os está mejor:  
 si oír la voz que me llama  
 á defender mi pudor  
 y á rescatar vuestra fama,  
 ó que seamos los dos,  
 sucumbiendo en esta lid,  
 ludibrio de Europa vos,  
 yo escándalo de Madrid.

*Rey.* ¡Basta! ¡Tú has vencido, ingrata!  
 ¡Quieres la toca y el manto?  
 Bien está: tu Rey acata  
 ese propósito santo.

*Quev.* (Ap. ¡Pobre niña!)

*Rey.* A otro mancebo  
 pude disputar la mano;  
 pero con Dios no me atrevo

que soy yo muy buen cristiano.  
 Mas los deberes monjiles  
 son austeros....

*Isab.* Ya lo sé.  
*Rey.* Aun no cuentas veinte abriles.  
 ¡Tendrás firmeza en tu fé?

*Isab.* Lo espero.  
*Rey.* Tambien allí

tienta el enemigo malo,  
 ¡Ay de tu fé y ay de tí  
 si te recuerda á Gonzalo!

*Isab.* ¡Por qué le nombrais, señor?  
 Por siempre me alejo de él....  
 (Ap. ¡Ay cielos!...)

*Rey.* De tu valor  
 quiero otra prueba, Isabel.  
*Quev.* ¡Monja! (Ap. Es cargo de conciencia.)  
*Rey.* ¡Tendrás corazon bastante

para arrostrar la presencia  
 del que ayer era tu amante?  
 Tambien yo te amaba tierno.  
 ¡Qué mucho si á mí le igualo?  
 ¡Me has dado un adios eterno!...  
 Oígalo tambien Gonzalo.

*Isab.* ¡Ah, señor!...  
*Rey.* Que me averguence

no es razon ese mozuelo.  
 Sepa que nó es él quien vence,  
 sino el Rey de tierra y cielo.  
 Sepa, para ahogar la llama  
 que nos quemó de consuno,  
 que no cedo yo mi dama  
 de Dios abajo á ninguno.

*Isab.* ¡Dudas? Mi demanda es justa.  
*Quev.* No, señor. (Ap. Triste de mí!)  
*Rey.* (Ap. ¡Necia vanidad augusta!)  
 ¡Hola!

(Al Ugier que se presenta en la puerta del foro.)

El preso venga aquí.  
*Quev.* (Ap. ¡Dios le tenga de su mano!)  
 (Al Rey aparte.)  
 ¡A qué esa prueba cruel  
 si....

*Rey.* ¡Callad!  
*Quev.* (Ap. ¡Dios soberano!...

Ya vuelvo á temblar por él.)  
*Rey.* Aun nos falta otro testigo  
 para accion tan noble y santa.  
 ¡Ugier!

*Quev.* (Ap. ¡Desdichado amigo!)  
*Rey.* (A otro Ugier que llega...)

Venga el aya de la infanta.  
*Quev.* ¡Y qué os proponéis, señor,  
 con semejante careo?

*Rey.* Otra víctima de amor  
 (mirando á Isabel)  
 dé mas pompa á su trofeo.

ESCENA III.

El Rey. Isabel. Quevedo. La Condesa.

*Cond.* ¡Me llamis!  
*Rey.* Venid, Condesa.

Dios oyó vuestra plegaria.  
 Pesarosa, arrepentida  
 de vuestra inicua venganza,  
 crueles remordimientos  
 os compugian el alma.

*Cond.* Alentad. Libre es Gonzalo.  
 Vuestra bondad soberana...  
*Rey.* Libre es tambien Isabel;

y esenta de toda mancha  
 ella, que pudo aspirar  
 al tálamo de un monarca,  
 modelo de alta virtud  
 á matronas castellanas,

para mas digno consorte  
 su cándida mano guarda.  
*Cond.* ¡Qué decis!... ¡Gonzalo!... ¡Oh Dios!...

*Rey.* (A Gonzalo, que aparece por el foro entre  
 alabarderos.)  
 Entrad.—Despeje la guardia.

ESCENA IV.

El Rey. Isabel. La Condesa. Gonzalo. Quevedo.

*Gonz.* (Ap. ¡Aquí Isabel! ¡Oh portento!)  
*Quev.* (Ap. Nos cayó á cuestras la casa.)

*Gonz.* (En ademan de arrodillarse.)  
 ¡Señor!...

*Rey.* Alza, ya eres libre.  
*Gonz.* Permitid que á vuestras plantas...

*Rey.* No es á mi, sino á Isabel,  
 á quien debes dar las gracias.  
*Gonz.* ¡A Isabel! ¡Cómo!... ¡Es posible!...  
 (Ap. ¡La Condesa! Horrible trama  
 tal vez....)

*Rey.* Póstrate á sus piés.

*Gonz.* (Receloso.) ¡Señor!  
*Quev.* (En voz baja rápidamente.)  
 Hazlo, es una santa.

*Gonz.* (A los piés de Isabel, y aparte con ella.)  
 ¡Es cierto? ¡Libre... por tí!

*Isab.* Sí.  
*Gonz.* ¡A qué precio? ¡Al de mi infamia  
 y al de la tuya quizá!

*Isab.* ¡Vivo... y lo preguntas!  
*Rey.* ¡Basta!

(Se levanta Gonzalo.)

*Gonz.* (Ap. ¡Ah bien mio!—Pero... el Rey...)

*Rey.* Sí; esa niña es quien te salva.  
 Bendice al cielo, que de ella  
 hizo el ángel de tu guarda.  
 (A la Condesa.)

Y vos, señora, tambien  
benedicid arrodillada  
la Divina Providencia:  
quisisteis en hora infausta  
perder á esa criatura,  
¡y Dios para sí la gana!

Quev.

¡Qué oigo!

Cond.

¡Ah, señor!...

Rey.

A los tres

ella el camino nos traza  
del deber. Ella, inocente,  
las culpas de todos paga;  
y pues yo soy el primero  
que su pía ofrenda acata,  
¡quién podrá ser tan osado  
que la arranque de las aras?

Gonz.

¡Ella!... ¡Oh desesperacion!

Quev.

(En voz baja á Gonzalo.)

¡Imprudente!...

Gonz.

(A Isabel.) ¡Es verdad? Habla.

Isab.

(Con forzada serenidad.)

Si; con ánimo resuelto

sigo... (Ap. El aliento me falta.)

la divina inspiracion

que á austero claustro me llama.

Gonz.

(Con sumo dolor.)

¡Ah!... (Ap. Me costará la vida.)

Rey.

La oíste. No hay esperanza

á tu amor; mas si endulzar

deseas la copa amarga

de un desengaño cruel,

ejemplo te dé su casta,

su ejemplar abnegacion.

Madre cariñosa y blanda,

en su gremio te reciba

la Iglesia.

Quev.

(Ap. ¡Esto nos faltaba!)

Rey.

Y en premio de los servicios

de tu padre, que Dios haya,

te nombraré, si te ordenas,  
canónigo de Granada.

Gonz.

(Sin poder dominarse.)

Señor, si llamado he sido

para servir de botarga

á vuestra corte, volyedme

á la torre del alcázar,

ó dad mi cuello al verdugo

que me esperaba en la plaza.

Rey.

¡Qué dice ese temerario?

¡Presumes que hablo de chanza?

¡O es poco una canongía?... (A Quevedo.)

¡Digo! ¡y metropolitana!

¡Señor!

Quev.

Gonz.

Sincero mi labio

ni disimula, ni engaña,

ni miente, ¡y menos al Rey,

y menos á Dios! Que flaca

de condicion y de espiritu

una muger desdichada,

rinda en el primer embate

el muro de su constancia,

no es mucho: ni que tal vez

labre su propia desgracia

dejando jurar al labio

lo que dentro niega el alma.

Mas yo que de hombre me precio,

y hombre á quien nada acobarda,

ni sé disfrazar mi rostro,

ni sé estudiar mis palabras,

ni ahogar en mi corazon

las pasiones que le halagan.

Mi amor es puro, ¡y quereis

que de él me acuse á las plantas

de un confesor? No he cursado

teologia en las áulas,

¡y pronunciaré sacrilego

votos que Dios no me manda

consagrarle!... ¡Oh! es forzoso



que yo renuncie á mis gratas  
 ilusiones: si por siempre  
 mi desventura me arranca  
 del amante corazon  
 donde ayer feliz reinaba,  
 hartos son los enemigos  
 de mi Rey y de mi patria.  
 Mandadme á lidiar con ellos:  
 dadme, señor, una espada,  
 y me sentará mejor  
 que el manteo y la sotana.  
 Asi tambien, sin escarnio  
 de la religion sagrada,  
 lejos de vos viviré  
 y de esa muger ingrata;  
 y si aun esto no es bastante  
 para aplacar vuestra saña,  
 pronto alcanzaré el honor  
 de morir por vuestra causa;  
 que quien la vida aborrece  
 sabrá en sangrienta batalla  
 dar á las balas el rostro  
 mejor que al riesgo la espalda.

Isab. (Ap. ¡Dios mio, dadme valor!)

Cond. (Ap. ¡Y no le he de amar!)

Quev. (Ap. ¡Oh hidalga  
 fortaleza!)

Rey. Si prefieres  
 A una prebenda una bala,  
 aunque no te alabo el gusto  
 yo te concedo la gracia.  
 Hoy partirás para Flandes.  
 Cond. ¡Piedad!

Rey. ¡Cómo es eso? ¡Lágrimas  
 en vuestros ojos?

Cond. (En voz baja.) Señor,  
 no lloro sola.

Isab. (Mostrando á Isabel.) Miradla.  
 (Ap. ¡Favor, cielos!)

Rey. (A Quevado.) ¡Vos tambien?

Quev. Y lloraria una estatua  
 al ver....

Rey. ¡Silencio! Gonzalo,  
 despídetes de tu amada:  
 yo lo permito.

Gonz. Escusad....

Rey. Yo lo mando.

Isab. ¡Ay!... (Cae sin sentido.)

Cond. (Acudiendo á sostenerla.) ¡Se desmaya!

Rey. (Ap. No puedo mas.) ¡Isabel!

(Todos se acercan á Isabel.)

¡Respira, Isabell... Abraza

(mostrando á Gonzalo)

á tu marido.

Isab. (Recibiendo en sus brazos á Gonzalo.)

¡Oh gran Dios!

Gonz. ¡Oh ventura!

Quev. ¡Oh noble hazaña!

(Todos se arrodillan ante el Rey.)

Gonz. ¡Señor!

Quev. ¡El cielo os bendiga!

Cond. Agradecida....

Isab. Postrada....

Rey. ¡Alzad!

(Todos se levantan, menos la Condesa, que  
 alza los ojos como en actitud de orar.)

Probar he querido

el temple de vuestras almas.

Perdonadme el breve alarde

de una aparente venganza,

siquiera porque á mi voz

trocais vuestra pena amarga

en dicha, tanto mas grande

cuanto menos esperada.

Bendiga Dios vuestro lazo:

yo con mercedes sin tasa

os probaré mi amistad

pura, desinteresada....

(Ap. ¡Valor, Felipe!... eres Rey.)  
Sonada será en España  
vuestra boda. En mi capilla  
os desposareis mañana.  
Os hará el epitalamio  
Quevedo...

Quev. Con vida y alma.

Rey. Y será vuestro padrino  
Don Felipe cuarto de Austria.

Isab. (Queriendo arrodillarse, y tambien Gonzalo.)  
¡Tanta bondad!

Rey. Deteneos.

Quev. (Aparte con el Rey.) ¡Sois un héroe!

Rey. (Con cómico despecho.) ¡Soy un mandria!  
(Reparando en la Condesa.)  
¡Qué haceis, Condesa!

Cond. Pedir  
á Dios su divina gracia. (Se levanta.)  
Y no en vano. El sacro velo  
á que otra se resignaba,  
y con contento de todos  
convierte en nupciales galas,  
ceñir anhelo á mi frente,  
que surca el dolor y mancha  
la verguenza. Si una víctima  
el ara de Dios reclama,  
yo debo serlo, ¡yo sola!

Roy. Mirad...  
Cond. No me tengais lastima,  
señor. Solo allí habrá paz  
para esta alma atribulada;  
solo allí sanar podría  
de mi corazon la llaga.  
¡No mas! ¡Adios! Sed felices.  
(Ap. ¡Ay!...) ¡Adios!

ESCENA V Y ULTIMA.

Isabel. El Rey. Quevedo. Gonzalo.

Isab. ¡Desventurada!

Quev. Mejor suerte merecia. (Aparte con el Rey.)

Rey. Si es vocacion voluntaria  
la suya, del mal el menos.  
Mas ¡qué ha de hacer la cuitada  
si á mi no me falta mucho  
para encerrarme en la Trapa? (En alta voz.)  
Ahora bien, poeta cáustico,  
¡volvereis á escribir sátiras  
Contra las mugeres?

Quev. No.

Váyase muy noramála  
con su injusta muletilla  
el corregidor de marras.  
A la evidencia me rindo  
y en la justicia me fundo,  
la muger, lo juro al Pindo,  
es el animal mas lindo  
que Dios crió en este mundo.

—Ni solo estriba su palma  
en este precioso don;  
que con muy rara escepcion  
hermosas son en el alma  
como en el cuerpo lo son.

—Cnando sus flaquezas sacas  
á relucir, y sus macas,  
considera, hombre demente,  
que persigues igualmente  
á las gordas y á las flacas.

Si las culpas tú te implicas,  
porque, tirano sañudo,  
tú haces la ley, tú la aplicas,  
y para ellas ¡pobres chicas!  
siempre es la ley del embudo.

Cifra el hombre su esplendor

en el amor de la gloria;  
mas con instinto mejor  
la muger brilla en la historia  
por la gloria del amor.

Ah! si por seguir tus huellas  
se vicia tan noble instinto,  
no culpes, hombre, á las bellas,  
sino á tí, con tercio y quinto  
mas débil que todas ellas.

Siervas en todo lugar,  
porque lo has dispuesto así,  
¿no ves, hombre baladí,  
que ellas no pueden pecar  
sino contigo y por tí?

Sé indulgente, pues ya ves  
que la equidad lo reclama,  
y lo pide tu interés:

¿Por qué les quitas la fama...  
si te arrastras á sus piés?

¿Por qué tu desprecio llora  
la que con paciencia santa  
cuando niño te amamanta,  
y cuando jóven te adora,  
y cuando viejo te aguanta?

Sin la muger no hay placer.

¿Es fiel? bendice tu estrella.

¿Es maula? ¿Cómo ha de ser!

ó capitula con ella...

ó suprime la muger.

Mas primero que hagas tal  
consentirás que te emplumen,  
y que te calcen tus bragas,  
porque en sus ojos te embriagas  
de amor, de gozo.... En resúmen

Desde la planta al cabello,  
la muger, insisto en ello,  
y lo pruebo y te confundo,  
es el animal mas bello

que Dios crió en este mundo.

FIN DE LA COMEDIA.

BORRASGAS

DEL CORAZON.

DRAMA TRAGICO

EN CUATRO ACTOS,

DE D. TOMAS RODRIGUEZ RUBI.



MEXICO

IMPRESA DE JUAN R. NAVARRO,

Calle de Chiquila número 4.

1850.



PERSONAGES.

DOÑA BLANCA.  
DOÑA LEONOR.  
DOÑA BEATRIZ.  
D. LUIS FAJARDO.  
D. JUAN.  
D. PEDRO PEREZ SARMIENTO, conde  
de Santa Marta  
BALLESTA.  
DAMAS Y CABALLEROS.

La escena en Madrid; año 1614.



ACTO PRIMERO.



*Salon en la casa de Don Pedro Perez Sarmiento, conde de Santa Marta.—Galería en el fondo, y en uno de sus ángulos la puerta de un oratorio.—En el salon, puerta á la izquierda del actor: sillón y mesa con blasones cerca del proscenio.—En la galería arde una lámpara: luces en la escena.*

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BEATRIZ—BALLESTA.

BEAT. Dígame si está contento  
en casa, el señor Ballesta.  
BALL. El trabajo no fatiga  
y la pitanza es muy buena;  
pero á deciros verdad,

honrada y piadosa dueña,  
aunque hay regalo y va todo  
por buen camino y en regla,  
de servir en esta casa  
á fe de quien soy me pesa.

**BEAT.** Sepamos si puedo yo  
hacerie cambiar de idea. . . .

**BALL.** Oh! no señora, imposible:  
es una cosa resuelta,  
y que al alcance no está  
de vuestro poder la enmienda.

**BEAT.** Seguro?

**BALL.** Juzgado vos.  
Yo que he servido en la guerra  
al señor Don Luis Fajardo,  
de la primera nobleza,  
héroe, galán y festivo  
como unas carnestolendas;  
terror de los alemanes,  
pensamiento de las bellas:  
yo que estoy acostumbrado  
á la estrepitosa gresca  
del militar campamento,  
ora en la ardiente pelea,  
ora en la paz caminando  
en pos de las hijas de Eva;  
y que me gusta cantar  
y puntear la vihuela. . . .  
¿cómo es posible que yo  
me trueque en anacoreta!  
En esta casa la calma  
de los cementerios reina:  
aquí nos hacen pasar  
rezando, noches enteras;

no he visto reir á nadie  
ni en la sala ni en la mesa:  
en la faz del señor conde  
marcada está la tristeza. . . .  
y en esto no le va en zaga  
mi señora la condesa. . . .  
en fin, quien sirve á los condes  
de Santa Marta, haga cuenta  
que al encerrarse en su casa  
en un convento se encierra.  
¿Siempre fueron de esta guisa  
los señores?

**BEAT.** No, Ballesta:  
un año á lo mas hará  
que esta mudanza se observa:  
antes hubo aquí saraos,  
y lujo y magnificencia;  
pero de pronto cayó  
de grave peligro enferma  
la señora, y segun dijo  
Diana su camarera,  
hizo un voto, y renunció  
á la pompa y la soberbia  
del mundo, para entregarse  
á la vida mas austera.  
De entónces, Ballesta amigo,  
el silencio se aposenta  
en esta casa, y no hay nadie  
que á interrumpirlo se atreva.  
**BALL.** Pero ese voto es eterno?  
**BEAT.** Se ignora.

**BALL.** Siendo tan bella  
y tan jóven, Doña Blanca,  
digoos, por Dios, que me llena

de admiracion su conducta  
tan en extremo severa.

BEAT. No la usará mucho tiempo. . . .  
por cuidar el alma deja  
el cuerpo en olvido, y pronto  
vendrá á dar con él en tierra.

BALL. Tengo yo aquí para mí,  
aunque acertar no quisiera,  
que Doña Blanca padece  
la enfermedad mas tremenda  
que puede sufrirse. . . .

BEAT. Cuál!

BALL. Escrupulos de conciencia.

BEAT. Quién sabe. . . .

BALL. Pues será lástima  
que estando en la primavera  
de la vida, no la ahuyenten  
esas vulgares quimeras. . . .  
Chit! callad.

BALL. Por qué!

BEAT. Oigo pasos. . . .

(Mirando á la izquierda.)

lo oho. . . . hácia aqui se acerca.

BALL. Quién?

BEAT. Doña Blanca.

BALL. Entonces

vamos de aquí, no nos vea. . . .

BEAT. Es imposible, ya sale.

(Por la puerta de izquierda sale Doña Blanca,  
con hábito de la solidad y toca negra: completa  
palidez en el semblante, y abismada en profun-  
das meditacões. Sin reparar en los que están  
en la escena, se dirige con lentos pasos al ora-  
torio, y entra en él.)

Abismada la condese  
va en honda meditacion. . . .

BALL. Vuelta á orar. . . . pues ya es tarea! . . .  
Si para hablar no tuviéramos,  
Doña Beatriz, mas que á ella,  
á fe que nos era inútil  
completamente la lengua.

BEAT. Es verdad; cómo ha de ser!

BALL. Mas por fortuna nos quedan  
su hermana Doña Leonor  
y Don Juan de la Hortiguera  
su primo, que aunque uno y otro  
de graves pecan, no pecan  
de mudos. . . .

BEAT. Cierto; y sabeis  
que tengo acá mis sospechas  
de que á Leonor el Don Juan  
enamora!

BALL. Buena es esa!

holgárame, vive Dios,  
de que ante el ara se unieran,  
á ver si con nuevas bodas  
lográbamos vida nueva.

BEAT. No lo espero: es el Don Juan  
de la casa solariega  
de Sarmiento, allá en Galicia;  
pero aunque corre en sus venas  
sangre de la mas ilustre  
é inmaculada ascendencia,  
su nobleza y su caudal  
hacen muy malas parejas.  
Ella es pupila del rey,  
tiene ademas mucha hacienda. . . .  
conque así. . . .

BALL. Dejadlo andar,  
que como se amen de veras,  
la hacienda no será obstáculo  
para lograr lo que quieran.

BEAT. Andallo (*Aparece Don Juan en la galera.*)

BALL. Pero aquí viene  
Don Juan.

BEAT. En buen hora venga.

ESCENA II.

DON JUAN—DOÑA BEATRIZ—BALLESTA.

JUAN. Guárdeos el cielo.

BEAT. Y á vos  
su bendicion os conceda.

JUAN. Rezábais?

BALL. Lo que es ahora,  
aunque osadía os parezca. . . .  
murmurábamos.

BEAT. Qué dice!

BALL. La verdad.

BEAT. Señor, no crea. . . .

BALL. Tambien vos, á qué negarlo?

JUAN. Que me place tu franqueza.

BALL. He reñido tres batallas  
nauales y seis en tierra.

JUAN. Entónces mal te avendrás  
á esta quietud. . . .

BALL. A la fuerza;  
un antiguo refran dice,  
señor, que no hay resistencia.

JUAN. Te comprendo; puede ser  
que en breve desaparezca

esta severa quietud. . . .  
(Pero aquí mi Leonor llega. . . )  
Retiraos.

BALL. Plegue al cielo  
que hayais sido buen profeta.

BEAT. (*Dirigiéndose al fondo con Ballesta.*)  
Conque le vais á decir. . . .

BALL. Eh! qué importa? si él no reza.  
(*Sale Doña Leonor por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III.

DOÑA LEONOR—DON JUAN.

LEO. Bien venido el caballero.

JUAN. Bien haya mi dulce amor. . . .

LEO. Venis á ver á Leonor?  
Así, puntual os quiero.  
Te agrada?

JUAN. Pues no?

JUAN. Qué escucho? . . .

LEO. Siéntate.

LEO. Primo, si haré.

JUAN. Y yo?

LEO. A mi lado y de pié.

JUAN. He de apoyarme?

LEO. No mucho.  
(*Don Juan se apoya en el respaldo del sillón.*)

JUAN. ¡Qué magia hay, Leonor, en tí  
que nutre y dobla mi encanto!

LEO. Lo ignoro; pero otro tanto,  
Don Juan, me sucede á mí.

JUAN. Bendito sea el iman  
de esa tu mirada ardiente,

de cuya luz ya pendiente  
 el alma de tu Don Juan!  
 Oh! . . . mi Leonor! yo bien sé,  
 yo por mi dicha no ignoro,  
 el por qué tanto te adoro  
 con tan noble y pura fe.

No es tu belleza cumplida:  
 no es la lumbre de tus ojos,  
 ni son esos labios rojos,  
 de perlas fuente escondida. . . .  
 los que esta amante inquietud  
 dentro de mí produjeron;  
 es que en tu seno imprimieron  
 los ángeles su virtud.  
 Te adoro, porque fulgura  
 un cielo sobre tu frente;  
 porque eres tierna, inocente,  
 y mas que hermosa eres pura.

LEO. Deten el vuelo fugaz  
 de tus vehementes amores. . . .  
 y ve los rojos colores  
 que van saliendo á mi faz.

Ay Don Juan! cuánta pasión!

JUAN. Con ella mi dicha labras.

LEO. El eco de tus palabras  
 resuena en mi corazón.

*(Desde el fondo de la galería se ve venir lentamente al conde, cuyo aspecto sombrío revela un oculto sentimiento. Se acerca sin que lo noten hasta que el diálogo lo indique.)*



ESCENA IV.

DOÑA LEONOR—EL CONDE—DON JUAN.

JUAN. Es fuerza ya, Leonor mía,  
 y á nuestra fe corresponde,  
 que sepa mi tío el conde  
 nuestra ciega idolatría.  
 Por qué se le ha de ocultar?  
 Tal vez nuestra union apruebe,  
 y esto mas pronto nos lleve  
 ante el ara del altar.

¿Quién sabe si este deseo  
 se cumplirá brevemente?  
 quiero que brille en tu frente  
 la corona de Himeneo.

Tú mi encanto doblarás  
 y tambien nuestra alegría. . . .

LEO. Pues qué! Don Juan, todavía  
 podemos querernos mas?

No vienes á oír mi acento?  
 ¿No son cuando me enamoras,  
 breves instantes las horas?

No es mio tu pensamiento?  
 Nuestros votos dónde van?

Y cuando nos separamos,  
 ¿nuestra imagen no encontramos

en todas partes, Don Juan?

JUAN. Bien tanta gloria diuise;  
 mas puede esto afan crecer. . . .

se puede llegar á hacer  
 de la tierra un paraíso.

Oh! . . . jamas en nuestra union



COND. habrá un dolor ni una queja. . . .  
 (Se aman. . . . que Dios proteja tan pura y tierna pasión!)

LEO. Y crees tú que aprobará. . . .

JUAN. Verémos lo que responde cuando este amor sepa el conde.

COND. El conde lo sabe ya.

LEO. Ah! (*Incorporándose.*)

JUAN. Señor. . . .

COND. Enamorados ardientemente os hallais. . . .  
 ¿por qué la frente inclináis confusos y sonrojados?  
 ¿No es pura vuestra pasión, y no es vuestro amor profundo! . . .  
 ¿por qué lo ocultais del mundo?

LEO. Y es verdad. . . . teneis razón.  
 En buen hora el cielo os trajo á conocer nuestro afán. . . .  
 así librais á Don Juan de un importuno trabajo.

COND. Que ya tomarse debió.

JUAN. Mucho, señor, hoy me pesa;  
 mas para tan grande empresa. . . .

LEO. Yo tengo la culpa, yo.  
 El ya os quiso revelar el amor que nos afana;  
 mas yo tuve por temprana la acción, y mandé callar.  
 Aquí está todo el enredo.

JUAN. Ya que todo lo sabeis, señor, qué nos respondeis?

COND. Nada contestaros puedo.  
 No es hija mía Leonor,

JUAN. ni dispongo de su mano.  
 Mas podeis del soberano alcanzarme tal favor.

COND. De él pupila, corresponde al rey su unión aprobar:  
 para su gracia lograr, hará cuanto pueda el conde.

JUAN. Oh! . . . cuán dichoso me haceis!

COND. Mucho me holgara en verdad daros la felicidad. . . .  
 porque ámbos la mereceis.  
 Vamos á palacio?

JUAN. Al punto!

COND. Qué dice la ilustre dama?

LEO. Qué bien; y que eso se llama el llanto sobre el difunto.

COND. Conserven tu buen humor los cielos libre de penas,  
 y corran siempre serenas las horas para tu amor.  
 Os uniréis pronto, sí:—  
 del rey la gracia es segura. . . .  
 mas. . . . Dios os dé mas ventura que le plugo darme á mí!

JUAN. Quién sabe, noble señor, lo que el porvenir prepara!  
 demos al tiempo la cara sin que la anuble el dolor.  
 Acaso mejores dias pronto alumbren este espacio. . . .

COND. Vamos, Don Juan, á palacio,  
 y dejaos de profecías.



ESCENA V.

DOÑA LEONOR.

Pobre conde! sus enojos  
 ha tiempo que comprendi. . . .  
 cuando le oigo hablar así,  
 lágrimas brotan mis ojos.  
 Ya va cubriendo su frente  
 la nieve que al fuego abate,  
 y aun en su pecho late  
 un corazón noble, ardiente.  
 Era mi hermana su amor;  
 espejo en que se miraba,  
 y tanto la idolatraba  
 como Don Juan á Leonor.  
 Mas ella á su voto fiel,  
 en hondas meditaciones  
 atenta á sus devociones,  
 apenas repara en él!  
 Con qué placer le daría  
 la ventura que no tiene. . . .  
 he de probar. . . .

(Viendo salir á la condesa del oratorio.)

Allí viene. . . .  
 oh! . . . cada vez mas sombría. . . .

(Baja lentamente Doña Blanca hácia el proscenio  
 sin reparar en Leonor: en la vaguedad de su vis-  
 ta deberá notarse la agitación de su espíritu: se  
 detiene un instante junto al sillón, y se sienta en  
 él maquinalmente.)



ESCENA VI.

DOÑA BLANCA—DOÑA LEONOR.

LEO. (Ni aun me ha visto.)

BLAN. Las bóvedas del templo. . . .  
 sí. . . contienen un aura bienhechora,  
 que dulcemente alivia los dolores  
 del corazón que llora.  
 Hoy siento el mio. . . por la vez primera,  
 latir ménos violento. . . .  
 Oh! . . . puede ser que mi oración postrera  
 haya subido hasta el eterno asiento,  
 y el sumo Dios de mi pesar dolido  
 me conceda la calma

que con tanto fervor. . . ay! . . le he pedido.

LEO. (Qué murmura? . . me acerco. . .) Blanca mía! . .

BLAN. Quien es? . . eres tú, hermana! . . me has oído?

LEO. No, Blanca; pero al ver descolorida  
 como nunca hoy tu faz; que por mi lado,  
 sin reparar en tu Leonor querida,  
 tristemente pasabas, he llegado  
 para saber si tu salud preciosa  
 algun nuevo dolor ha quebrantado.

BLAN. Algun nuevo dolor! no, por mi vida.

LEO. Me engañas! . . .

BLAN. Yo! . . . Tu cariñoso celo

de mis palabras á dudar te obliga, . . .

me encuentro bien, Leonor, gracias al cielo.

LEO. Es que quisiera, hermana, al anunciarte

una nueva feliz, y que no esperas,

que con faz ménos triste la escucharas.

BLAN. Una nueva feliz. . . estás segura

que será tan feliz como declaras!

**LEO.** Se trata de mi bien, de mi ventura. . . .

**BLAN.** Ah! . . . de tu bien. . . sí, ciertamente, mucho me interesa, porque él es el bien mio. . . . lo ves? . . . ya estoy alegre. . . ya te escucho.

**LEO.** Me desposan.

**BLAN.** Con quién?

**LEO.** Con nuestro primo.

**BLAN.** Os amais?

**LEO.** Oh! . . . con ciega idolatría.

**BLAN.** Que Dios acoja los amantes votos de vuestro puro corazón; que nunca en él se trabé la borrasca fiera que el bien ahuyenta y la esperanza trunca, y unidos siempre por la fe del alma en las horas que mudas os esperan, todo sea, Leonor, ventura y calma!

**LEO.** Sí lo será; que en la bondad confío de ese Dios que comprende la pureza del amor de Don Juan y el amor mio. Verás cómo se aleja la tristeza de esta mansion ha tiempo tan sombría: á abrirse volverán nuestros salones, y en ellos renaciendo la alegría, sonarán otra vez dulces canciones, y alegre danzará en nuestros festines la multitud galana de nobles y esforzados paladines.

**BLAN.** Calla, por Dios!

**LEO.** Y tú tambien, hermana: tú tambien de los tuyos embeleso, trocando en galas el severo luto, á la fiesta vendrás, y allí conmigo al lícito placer darás tributo.

**BLAN.** Imposible!

**LEO.** Por qué?

**BLAN.** Deja te ruego el importuno preguntar. . . . Placeres! no los hay para mí!

**LEO.** Blanca, qué dices?

**BLAN.** Ay! . . . te suplico que mi paz no alteres.

**LEO.** Eso ya es por demas! . . . yo he respetado la religiosa fe que te alimenta: yo en silencio las horas he contado que orando pasas en la noche y día, y Dios no exige del humano celo tan dura abnegacion. Qué te sucede? . . . quiero rasgar el misterioso velo que envuelve tu existencia. . . .

**BLAN.** (*Se incorpora.*) Leonor mia! . . . no quieras penetrar nunca hasta el fondo de un corazón que á Dios se ha consagrado! . . . deja que guarde lo que en él escondo. No te cuides de mí, pasa adelante: oye mis votos sin temor ni susto; para ensalzar á Dios nada es bastante: yo nada hago de mas, hago lo justo.

**LEO.** ¡Y es justo, es justo que á tu buena hermana, al noble conde y los que en tí sus ojos fijaron con amor, llenes de pena pagando su cariño con enojos!

**BLAN.** Dios mio! . . . déjame! . . .

**LEO.** No! no te dejes!

quiero que brille en tu razon sombría la luz de la verdad, limpia y serena. Tú, pobre Blanca mia! tú la mas pura de las ricas hembras, que en la senda del bien siempre has vivido,

feliz dando consuelos, y ahuyentando las penas del espíritu afligido. . . . Por qué esa austeridad? ¿por qué en malhora perdiste aquella plácida alegría que en todo lo que entónces te cercaba con mágia sin igual resplandecía?

**BLAN.** Ah! . . . no te ducies de tu pobre hermana!

**LEO.** Su amor me impele á hablar de esta manera: no quiero, no, que en reclusion temprana marchite su envidiable primavera.

**BLAN.** Al fin has levantado en mi memoria recuerdos que dormian. . . . tengo miedo! . . .

Oye, pues quieres conocer mi historia, cuánto sufro callando. . . . y ve si puedo calmar de mi honda herida los agudos dolores, cambiando el rumbo de mi triste vida.

**LEO.** Sí, Blanca, estamos solas. . . . y en mi seno, que es el tuyo tambien, derramar puedes de esa herida fatal todo el veneno.

**BLAN.** Yo sola este dolor sufrir queria. . . . bien lo sabes, Leonor, he resistido cuanto dable me fué. . . . mas llegó el dia de hablar. . . . y á hacerlo voy: Dios lo ha querido!

¿Te acuerdas. . . . ha tres años, cuán dichosa del Tambre en la ribera, nuestra vida entre flores pasaba silenciosa?

Qué distinto de ahora!. . . . edad querida! cómo envidio la paz de los pensiles donde en tranquila soledad corrieron de Leonor y de Blanca los abriles!

El rey me desposó. . . . cambié de estado sin notar que el marido que me daban me doblaba la edad. . . . yo, como á un padre

carilosa le amé, porque creía que este amor tan profundo era en la tierra el amor mas vehemente que existia. Y cuánto me engañé! . . . Vine á la corte. . . . y tú tambien, Leonor. . . . nunca mi lado desamparaste, hermana, y si algun dia te alejaras de mí. . . . dime, no es cierto que no te alejarás? . . .

**LEO.** (*Abrazándola.*) No, Blanca mia! Siempre juntas. . . .

**BLAN.** Pues bien, juntas venimos: aquella vida de inocencia pura olvidamos aquí. . . . juntas corrimos llevadas del torrente cortesano en pos del brillo, el fausto, la locura. . . . Era ese mundo á mis cerrados ojos un mundo de placer desconocido: apenas entré en él, gratas sonaron lisongeras palabras en mi oido. Do quiera celebraban mi hermosura, mi talento y donaire. . . . yo lo oia, y satisfecho el femenil orgullo al son de las lisonjas me dormia. Pero una noche. . . . un hombre. . . . bien me acuer-gallardo, de linaje esclarecido, (do! . . . á mi lado pasó. . . . Ligeramente sus labios murmuraron un cumplido, y siguió su camino indiferente. No sé que fué de mí! sobre su huella mi vista se clavó. . . . le fué siguiendo hasta fuera el salon. . . . y ya no estaba. . . . y aun mi corazon le estaba viendo! Aquella noche el sueño. . . . de mis ojos con desden se apartó: dentro del alma

sentí de una inquietud desconocida  
el continuo anhelar. . . . perdí la calma!  
Pensé encontrar alivio al nuevo día,  
pero otra vez le ví. . . . y otras mil veces. . .  
y entre tanto en silencio yo apuraba  
la copa del dolor hasta las heces.  
Cuando alguno su nombre pronunciaba;  
cuando sus hechos relatar oia,  
y ensalzar su grandeza y su hidalguía,  
mi estremecido corazón lloraba;  
y cuando ante mis ojos parecía,  
mi espíritu hacia él libre volaba.  
Esto fué por demas: en mi arrebato  
no di lugar á la razon, y pude  
haberme despeñado hasta el abismo  
del eterno baldon. . . . mas por fortuna  
mis ojos á la luz del bien se abrieron. . . .  
comprendí que mi fuerza era ninguna  
á salvarme del hombre que adoraba,  
si en malhora notaba el sentimiento  
que sin él conocerlo me inspiraba.  
Comprendí que el deber es lo primero;  
que estaba unida con estrechos lazos  
á un anciano, es verdad, mas caballero. . . .  
un anciano leal, que me fiaba  
la honra de sus inclitos mayores,  
y ahogar dispuse en mi irritado seno  
hasta el recuerdo ¡ay Dios! de mis amores.  
Leonor. . . . para las almas doloridas  
y que penan de amor como yo peno. . . .  
no hay bálsamo que cure sus heridas.  
No hay mas, no hay mas que Dios. . . . todos los  
del espíritu emanan de su trono. . . . (bien  
Dios es mi salvacion, . . . . y aquí me tienes

retirada del mundo y cuanto adoro,  
pidiendo al cielo que me vuelva un día  
la paz del alma que perdida lloro.  
Y sin embargo, . . . lo crearás? ha un año  
que no le veo, . . . ni escuché su nombre;  
que apenas se levanta en mi conciencia  
la acusacion mas leve. . . . al punto acudo  
á imponerme severa penitencia:  
mis ojos cierro, tapo mis oídos. . . .  
hermana, huyo de todos. . . . y no obstante  
ese demonio tentador me sigue:  
por do quiera que voy. . . . él va delante!  
Qué mas, qué mas á mis deberes toca?  
puedo hacer en su honor mas sacrificios? . . .  
No lo sé, no lo sé. . . . me vuelvo loca!! (*Vuel-*

LEO. Ah! . . . Cálmate por Dios! (*ve al sillón.*)

BLAN. (*Despues de un instante de pausa.*)

Ya que la herida  
profunda que hay aquí tocó tu mano. . . .  
¿será prudente. . . . di, cambiar de vida?  
(*Leonor lleva á los ojos el pañuelo.*)  
Tus lágrimas, Leonor, son elocuentes,  
no hay remedio. . . . lo ves? . . . pero no flores;  
ya poco sufriré . . . tal vez muy pronto  
irás mi tumba á coronar de flores.

LEO. Ay, Blanca sin ventura! Quién podía  
imaginar que tu piadoso pecho  
esa pasión frenética escondía!

BLAN. Oh! muy cruel. . . . pero silencio! . . . alguno  
se acerca. . . .

LEO. Es mi Don Juan. . . .

BLAN. Dichoso amante!

LEO. Ya vuelve de palacio. . . . mas, qué miro!  
por qué esa palidez de su semblante? . . .

ESCENA VII.

DOÑA BLANCA—DOÑA LEONOR—D. JUAN.

LEO. Qué tienes, Don Juan?  
qué es lo que ha pasado?  
¿por qué de disgusto  
indicios tan claros  
me da tu semblante?  
Vienes de palacio?  
qué es ello! . . .

JUAN. Que somos  
hoy muy desgraciados.

BLAN. Vosotros también!

LEO. Estaré soñando. . . .  
Has visto al monarca?  
te niega mi mano?

JUAN. El monarca ignora  
que yo la demando.

LEO. Entonces, ¿qué puede  
apenarte tanto?  
hay algo en la tierra  
para tí mas alto? . . .

JUAN. Hay, Leonor querida,  
para nuestro daño,  
la estrella funesta  
que alumbra mis pasos.

LEO. ¿Qué tienen que ver  
con mi amor los astros?  
Acaba, Don Juan,  
que me estás llenando  
de inquietud el alma. . . .

JUAN. Al rey encontramos,  
y apenas vió al conde,  
le tendió los brazos:  
recibióme afable,  
y ántes que á los labios  
del conde saliera  
el ruego anhelado. . . .  
con estas razones  
le habló el soberano:  
“Don Pedro: pretendo  
en breve aliviarnos  
de cierto depósito  
que os he confiado.  
Sabed que á Leonor,  
mi pupila, enlazo  
con un caballero  
digno de su mano,  
honor de mis reinos,  
sosten del Estado. . . .”

LEO. Así habló el monarca?  
oh! yo lo rechazo. . . .  
¿Y el conde, qué dijo? . . .

JUAN. Ay! . . . los dos callamos!  
Al oír el nombre  
del afortunado. . . .

los dos comprendimos  
que era temerario  
luchar frente á frente  
con varón tan claro,  
y á mas. . . . que ganabas,  
Lionor, en el cambio.

LEO. Eso dices. . . .

JUAN. Juzga  
si habré exagerado

la prez y valia  
de mi buen contrario,  
cuando idolatrándote  
cual yo te idolatro,  
hablar mal no puedo;  
y á fuer de hombre honrado  
delante de tí. . . .

tengo que alabarlo.

LEO. ¿Quién es ese hombre  
que merece tanto? . . .

BLAN. Uno hay en España. . . .  
pero ese. . . .

JUAN. Le aguardo  
aquí muy en breve:  
salió acompañando  
de palacio al conde. . . .  
y allí está. . . . miradlo!

*(Aparecen en la galería el conde y Don Luis.)*

LEO. El marques de Velez!

BLAN. *(Con voz ahogada.)*  
*(Ham! . . . cielos. . . Fajardo!!)*

*(Queda inmóvil en el sillón, y en actitud que no re-  
vele su desmayo hasta el tiempo oportuno.)*

ESCENA VIII.

NA BLANCA—DOÑA LEONOR—D. LUIS—D. JUAN  
—EL CONDE.

LEONOR. Habla, Don Luis, con Leonor,  
y de ella podreis saber  
si está pronta á obedecer  
á su monarca y señor.

LUIS. Mucha mi desgracia fuera,

tocando ya la ventura,  
que tan cumplida hermosura  
pensara de otra manera.

LEO. Señor marques. . . . *(Ay de mí!)*

COND. Su timidez no os espante;  
puede que mas adelante. . . .

*(Reparando en la condesa.)*

pero. . . . la condesa aquí!

*(Dirigiéndose á ella.)*

Doña Blanca. . . . reparad  
que está Don Luis. . . . *(Pausa.)* No respon-

LEO. *(Corriendo hácia ella.)* *(de! . . .)*

Ah! . . . está desmayada, conde!

COND. Desmayada!

Y es verdad!

*(Llamando.)*

Diana! Camila! Inés! . . .

*(Salen varias criadas.)*

A la señora, al momento  
conducir á su aposento. . . .

Perdonad, señor marques.

*(Se retiran por la izquierda, llevándose á Doña  
Blanca, Leonor, el conde, las criadas.)*

ESCENA IX.

DON LUIS—DON JUAN.

LUIS. Qué es esto, Don Juan!

JUAN. Lo ignoro.

LUIS. Suceso mas impensado! . . .  
á la verdad que no he entrado  
en la casa con buen pié.

**JUAN.** No os entrafte, porque á todos lo mismo que á vos nos pasa: hay misterio en esta casa. . . .

**LUIS.** Misterio, Don Juan?

**JUAN.** Sí á fe.  
Cuál pueda ser, no comprendo, ni de hallarlo encontré modo; pero es lo cierto que todo aquí nublándose va. Algun mal genio sin duda en estas lóbregas salas, batiendo sus negras alas ha tiempo, Don Luis, que está.

**LUIS.** Pues si yo con él me encuentro, tan cierto como os lo digo, á cortárselas me obligo, aunque le ampare Luzbel. En hallarle si está dentro ya vereis cuán poco tardo, que adonde va Luis Fajardo, la fortuna va con él.

**JUAN.** Es cierto que os acompaña; mas no es el triunfo seguro.

**LUIS.** Pues que lo ha de ser os juro.

**JUAN.** Yo os digo, Don Luis, que no. Y perdonadme. . . . que ahora, señor marques, me interesa ir á ver si la condesa del parasismo volvió.



ESCENA X.

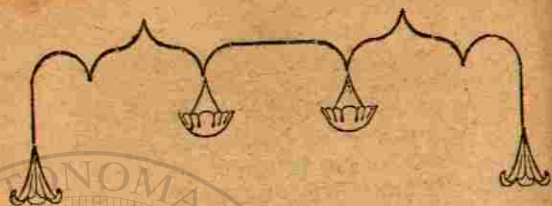
D. LUIS.

Ha un año de estos lugares me alejé. . . . porque veía que rodaba el alma mia á un abismo. . . . y en verdad que á pesar de cuanto ahora mi fe y voluntad resuelven. . . . al propio lugar me vuelven el rey, la fatalidad.  
¡Misterios donde moraba ha un año tanta franqueza. . . !  
¡Dolor, angustia y tristeza en la mansion del placer. . .  
Y qué, á vencerlos no bastan? mi fortuna y mi denuedo? . . .  
Don Juan, si puedo ó no puedo. . . . por Dios que lo hemos de ver.

FIN DEL ACTO PRIMERO.







AGTO SEGUNDO.



ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR—D. JUAN.

JUAN. Son ilusiones, Leonor,  
que nuestra mente exaltada  
inventa para impedir  
que nos deje la esperanza.

LEO. Así mi valor alientas?  
Así, mi Don Juan, desmayas!

JUAN. Bien sabe Dios, que comprende  
lo que en el fondo del alma  
de Don Juan está pasando,  
que nunca de mi demanda  
cedería si pudiera,  
bella Leonor, alcanzarla  
á costa de sacrificios,  
peligros y cuchilladas.  
Mas de probar el esfuerzo  
de mi brazo no se trata,  
sino de evitar el rayo

que á nuestras frentes amaga,  
conjurando el huracan  
que tanto bien me arrebató.  
Y todos son imposibles. . . .  
el remedio? . . . no se halla.

Quién podrá contrarrestar  
la voluntad soberana?  
Quién al marques de los Velez  
podrá arrancarle la palma?

El rey por legal derecho  
te lleva ante el ara santa  
con la dignidad suprema  
que corresponde á tu casa:  
te da por esposo á un héroe,  
cuyas gloriosas hazañas  
alborozada publica  
por todo el orbe la fama.  
Y con quién, sino contigo,  
hombre de estirpe tan clara  
pudiera enlazar su mano?  
tú sola eres digna. . . .

LEO. Calla!

que al escuchar tan juiciosas  
y peregrinas palabras,  
este amante corazón  
de enojo llenas.

JUAN. Repara. . . .

LEO. Qué es reparar! De valor,  
de intrepidez, de constancia,  
ejemplo al fuerte Don Juan,  
tendrá que darle una dama?  
En buen hora que Fajardo  
por su cuna y prendas raras  
merezca que le corone

la mejor hembra de España.  
Sé que es galan, generoso,  
y muy discreto en sus pláticas;  
pero sin que yo rebaje  
su perfeccion estremada,  
cuando ha llegado. . . . mi seno  
henchido de amor estaba,  
y mugeres como yo  
nada mas que una vez aman.

**JUAN.** Ah! . . . qué noble es el espíritu  
que dentro del pecho guardas!

**LEO.** Yo veré á su magestad,  
y le diré que no basta  
para aceptar una boda  
la voluntad de un monarca.  
Que ya di en mi corazon  
ha tiempo al amor entrada,  
y que este amor, en la tierra  
ninguna fuerza lo arranca,  
porque el corazon es libre,  
y el corazon no se manda.

**JUAN.** Pero si tu voluntad  
de ese modo le declaras,  
lo tomará á irreverencia. . . .

**LEO.** Y bien?

**JUAN.** Perderás su gracia.

**LEO.** Con eso me dejará  
vivir en paz.

**JUAN.** No, te engañas:  
te encerrará en un convento,  
y allí triste, solitaria,  
devorarás las memorias  
de un amor sin esperanza.

**LEO.** Pues iré á encerrarme en él

sin que de mis labios salga  
ni un suspiro, ni una queja. . . .  
**JUAN.** Pero, Leonor adorada, . . .  
qué será entónces de mí?  
te olvidas de cuán amarga  
será de Don Juan la vida?  
Allí por mí sepultada,  
perdida la libertad,  
marchitando con tus lágrimas  
de tan bella juventud  
las ricas y puras galas. . . .  
Oh! . . . jamas; ántes la muerte  
sabré darme. . . .

**LEO.** Conque nada  
segun eso ya nos resta?  
no hallo medio que te plazca? . . .

**JUAN.** Yo bien quisiera que el cielo  
nuestra mente iluminára. . . .

**LEO.** Pero si en cuantos caminos  
mi pobre ingenio se lanza,  
con tus severas razones  
lo desanimas y atajas. . . .

**JUAN.** ¡Y qué he de hacer, Leonor mia,  
si comprendo, por desgracia,  
que la inconstante fortuna  
nos ha vuelto las espaldas?

**LEO.** Pues ello es fuerza encontrar  
remedio á desdicha tanta,  
y lo hallaré, sí, por cierto.

**JUAN.** Es grande la confianza  
que tengo en tí; pero. . . .

**LEO.** Cesa!  
no mas dudas. . . . Dios me ampara!  
Mi hermana me quiere mucho,

y en talento me aventaja:  
 conoce nuestra pasión,  
 y sabe lo que nos pasa;  
 y si una vez se decide  
 á proteger nuestra causa,  
 nuestra será la victoria. . . .  
 su poder á mucho alcanza.

JUAN. Doblo mi frente, Leonor;  
 una vez rota la valla,  
 acepto las consecuencias  
 de nuestra amorosa llama.

LEO. Pues á Dios, que al punto voy  
 de la condesa á la estancia.

JUAN. Ay! . . . á Dios. . . . y él ponga término  
 á nuestras mortales ansias.

ESCENA II.

DOÑA LEONOR.

No nos queda mas recurso:  
 si este medio no nos salva  
 con él, en la tempestad  
 perdemos la mejor áncora.  
 Quién sabe? puede que no. . . .  
 confío en mi pobre Blanca:  
 ella, que sabe sentir  
 como pocas esta insana  
 y cruel lucha de amor,  
 hará por darme la calma;  
 todo el bien que puede hacer. . . .  
 Y esto tal vez la distraiga  
 de ese tenaz pensamiento

que do quiera la acompaña. . . .  
 Sí, sí; porque haciendo bien  
 las almas puras descansan.  
 Voy á arrojarme en sus brazos. . . .  
 pero ella aquí sale. . . .

ESCENA III.

DOÑA BLANCA—DOÑA LEONOR.

LEO. Ah! hermana. . . .

BLAN. Lágrimas ya sulcando las serenas  
 frescas mejillas de Leonor. . . . principian  
 á desgarrar tu corazón las penas?

LEO. Oh, cuántas! . . . dónde vas? . . .

BLAN. Dónde? . . . lo ignoro:  
 he salido hasta aquí. . . . ya me he olvidado  
 de cuál era el objeto. . . . Los latidos  
 que hoy me da el corazón me desvanecen,  
 me abruman. . . . y trastornan los sentidos.  
 Estoy tan agitada. . . . tan inquieta,  
 que vago sin cesar. . . . Oh! tengo miedo  
 de verme á solas. . . . y por eso giro  
 pero aquí te encontré y aquí me quedo.

LEO. A buscarte iba yo. . . .

BLAN. Gracias, hermana:  
 tu llanto ibas á unir al llanto mío?  
 Has pensado muy bien, las que padecen  
 de este ciego anhelante desvarío. . . .  
 deben buscarse y devorar unidas,  
 sin que el mundo lo sepa, sus dolores.

LEO. Iba á gemir y á reclamar tu amparo,  
 único bien que resta á mis amores.

BLAN. Mi amparo! . . . por ventura

la que está condenada á este martirio,  
á este afan destructor, hondo, profundo. . . .  
podrá endulzar de nadie la amargura?  
de qué su amparo servirá en el mundo?

LEO. Ay! . . . Blanca, por piedad! no desconfies  
de un poder que sostiene mi esperanza:  
tú puedes conseguir que en favor mio  
incline la justicia su balanza.

BLAN. Lo crees así, Leonor? yo decidida,  
porque logres tu anhelo, estoy á darte,  
si la has menester hoy. . . . hasta la vida.  
Pero qué puedo hacer? ir desolada  
á arrojarle á los pies del soberano?  
Dirá que su palabra está empeñada,  
es severo, y mi ruego será en vano.

LEO. Es cierto, y nada espero,  
una vez empeñada en esta boda,  
de Felipe tercero.  
Mas si tú con tu acento apasionado,  
con esa voz de mágico sonido  
que las almas conmueve. . . . aquí dijeras. . .  
"El noble caballero que ha escogido  
el rey para Leonor, la ensalza mucho:  
nunca tal honra merecer creía,  
y con orgullo si la fuera dable  
tan alto galardón aceptaría.  
Pero Leonor ha tiempo que en el alma  
alimenta un amor honesto y puro  
que de toda su fé lleva la palma:  
no es de Leonor el corazón bastardo,  
y no sabe mentir". . . . Si esto dijeras  
al marques de los Velez. . . .

BLAN. A Fajardo!!!  
Pues si. . . .

BLAN. Qué es lo que pides! . . .

LEO. Qué te inquieta?

BLAN. Hablarle yo al marques! . . .

LEO. Qué hay que lo estorba?

El como nadie tu opinion respeta. . . .

BLAN. Sin duda has olvidado  
una historia de lágrimas  
que anoche te he contado.

LEO. Pues. . . cómo! . . .

BLAN. Sí, te dije que existia  
sobre la tierra un hombre, cuya imágen  
tenaz á todas partes me seguía:  
que era ilustre. . . .

LEO. Es verdad! . . .

BLAN. Joven, gallardo. . . .  
y anoche aquí, Leonor, perdí el sentido! . . .  
comprendes ya quién es?

LEO. Era Fajardo!

BLAN. Y habrás también ahora comprendido  
el rigor de la estrella que preside  
mi destino fatal. . . .

LEO. Sí; todo, todo

ante mis ojos hoy claro parece. . . .  
para nunca volver. . . . ay! de partida  
va mi esperanza! . . . y tu infortunio crece!

BLAN. Mal astro alumbra nuestra pobre vida!  
No sufre aun el pensamiento mio  
bastante agitacion. . . . no basta que huya  
del mundo, y que en la noche solitaria,  
y un día y otro día, eleve al cielo  
fervorosa plegaria,  
para arrancar por siempre de mi seno  
esta pasión que á mi virtud sonroja. . . .  
es forzoso apurar todo el venaño,

y al marques el averno aquí me arroja!  
 El averno. . . qué digo y no podria,  
 el cielo ser para probar el temple  
 de la virtud que guarda el alma mia!  
 Quién sabe. . . si yo logro en esta prueba,  
 prueba terrible, sí. . . pero segura,  
 triunfar del corazon. . . que mi memoria  
 por todas partes resplandezca pura. . .  
 si de cerca mirando esa hechicera,  
 temida imágen que enloquece el alma,  
 indigna de esta fe me pareciera. . .  
 Oh! . . . puede ser. . . nosotras muchas veces  
 al lanzar nuestra ardiente fantasía  
 un objeto ideal aquí formamos,  
 que es solo una ilusion. . . Ah, Leonor mia!  
 sí. . . sí. . . un esfuerzo mas y nos salvamos!

LEO. Qué dices? . . .

BLAN. Que no dejes la esperanza  
 de tu seno escapar. . . aun hay remedio,  
 el afan de hacer bien á mucho alcanza.

LEO. Vas á hablar á Fajardo. . .

BLAN. En cuanto llegue  
 de tu amor le hablaré, de tu fatiga. . .  
 siento aquí germinar de un vigor nuevo  
 el ardiente raudal. . . será mi enseña  
 tu bien, y alcanzaré doble victoria. . .  
 me parece que ya de mí soy dueña.

LEO. Estás segura?

BLAN. Oh! sí: no ves mi frente  
 que altiva vuelve á alzarse, y mis pupilas  
 con la luz del orgullo resplandecientes?  
 Mi espíritu abatirse ante la sombra  
 de un mortal. . . . como todos, pobre arena!  
 desde hoy he de mirarle fijamente.

y el miedo ahuyentará que me enagena.

CRIADO. *(que sale.)*

El marques de los Velez.

BLAN. *(Ay! . . .)*

LEO. Quédices? . . .

BLAN. Que al punto puede entrar. *(Vase el criado.)*  
 Déjame sola.

LEO. Pero. . .

BLAN. Vete, Leonor!

LEO. Si vences, Blanca. . .  
 mereces de los santos la aureola.  
*(Doña Leonor se retira por la izquierda.)*

ESCENA IV.

DOÑA BLANCA *Despues D. Luis.*

BLAN. Vamos á ver, corazon,  
 cuál de los dos puede mas:  
 ha largo tiempo que estás  
 en continua rebelion,  
 y ya que á lidiar salí,  
 quiero al momento saber  
 si tú me puedes vencer,  
 ó si te venzo yo á tí.  
 La lucha á trabarse va,  
 lucha á muerte entre los dos. . .  
 aliente á quien quiera Dios. . . *(Escuchando.)*  
 Se acerca. . . *(Sale Don Luis.)*  
 Bueno. . . aquí está

LUIS. Señora. . . anoche salí  
 lleno de viva inquietud. . .

BLAN. Por qué?  
 LUIS. Por vuestra salud;

cesó el accidente. . . .

BLAN. Sí.

LUIS. Como fué tan impensado,  
produjo en mí un interes. . . .

BLAN. Mucho agradezco, marques,  
vuestro amistoso cuidado.

LUIS. Llegué en mal hora, y me pesa;  
á Don Juan lo dije así.

BLAN. Dijisteis. . . .

LUIS. Que entraba aquí  
con mal pié, noble condesa.

BLAN. Y quien tan altos blasones  
como vos logró alcanzar,  
puede jamas abrigar  
tan vagas supersticiones!

LUIS. No hay blason ni gerarquis,  
que evite su influjo ciego:  
ellas son hijas del fuego  
de la jóven fantasía.  
Y mientras hay corazon,  
aunque se oponga el talento,  
nuestro febril pensamiento,  
delira. . . .

BLAN. (Tiene razon!)

LUIS. Y no os sentais. . . .  
Acceptara  
el honor que me brindais  
con placer; pero aun estais  
indispuesta, y me pesara  
llegaros á molestar:

BLAN. por tanto, si permitis. . . .  
No os vayais, señor Don Luis,  
porque tenemos que hablar.

LUIS. Que hablar los dos. . . .

BLAN. Sí, marques.

LUIS. (Acercando un sillón.)

En ese caso, varía  
la cuestion. . . . señora mia;  
me teneis á vuestros pies.

BLAN. Tengo un cargo que cumplir. . . .  
y al cumplirlo, al cielo pido  
que no os deis por ofendido  
con lo que voy á decir.

LUIS. No juzgueis que son agravios. . . .

LUIS. Así lo haré en muy buen hora,  
pues no lo serán, señora,  
en vuestros divinos labios.

BLAN. Tened los vuestros, Don Luis. . . .  
porque eso me da disgusto. . . .

LUIS. Perdonad. . . . pero soy justo.

BLAN. (Ay cielos!)

LUIS. Conque decis?

BLAN. Mi hermana Doña Leonor  
reconoce. . . . y esto es llano,  
que alcanza con vuestra mano  
un alto y cumplido honor.

Desde ántes de conoceros,  
por vuestros hechos de guerra  
sabe que sois en la tierra  
modelo de caballeros.

Pero aunque acaso os asombre,  
Don Luis, y en vuestra conciencia  
lo tacheis de inconsecuencia,  
deciros debo en su nombre,  
que ha tiempo en su corazon,  
este suceso ignorando,  
gozosa está tributando  
ofrendas á otra pasion.

Pasion, dice, que jamas  
de él podrá arrancar. . . . ya veis. . . .

LUIS. Señora, no os molesteis. . .  
comprendo bien lo demas. . . .  
y tiene razon á fe.

BLAN. Paréceme que no os pesa. . . .

LUIS. Ya os dije, bella condesa,  
que aquí entraba con mal pié.  
Pero os he visto apurada  
para esplicar lo que oi,  
y os debo advertir que á mí. . . .  
á mí no me asombra nada.  
De esta boda ha sido el rey,  
sabadlo, el único autor:  
es mi monarca y señor. . . .  
su voluntad es mi ley.

Mas decís que vuestra hermana  
de una pasion viva, ardiente,  
el fuego en el alma siente,  
y callo: desde mañana  
procuraré, y es razon,  
que el rey de su empeño ceda,  
y todo arreglado queda.

BLAN. (Tiene seco el corazon.)  
Conque os ibais á enlazar  
por obediencia?

LUIS. Eso es.

BLAN. Sin amor?

LUIS. Sin amor, pues.

BLAN. Y no os asusta?

LUIS. Asustar?

BLAN. Sabeis el suplicio horrendo  
que es vivir de un ser al lado  
sin amar ni ser amado?

LUIS. No lo sé, mas lo comprendo.

BLAN. Entónces, si comprendeis  
de ese dolor la fiereza,  
por qué con tal ligereza  
á sufrirlo os esponeis?

LUIS. Ved que á sufrirlo me allano  
sin oir mi voluntad:  
lo manda su magestad,  
y obedezco al soberano.

BLAN. Pero si vos elegís  
por amor una. . . . al momento  
tendreis el consentimiento  
del monarca, Don Luis.

LUIS. Eso no os quiero negar;  
mas por amor. . . . no podré  
elegir nunca.

BLAN. Por qué?

LUIS. Porque yo no puedo amar.

BLAN. Eso decís?

LUIS. Os lo fio.

BLAN. A vuestra edad así habláis?  
es posible que sintais  
el corazon tan vacío?

El sentimiento que Dios  
puso con vivo interes  
hasta en las fieras, marques,  
os le habrá negado á vos?

LUIS. Nos hemos lanzado ya,  
condesa, en tales cuestiones,  
que daros esplicaciones  
cumplidas, fuerza será.

BLAN. Yo no he pensado exigir. . . .

LUIS. Es cierto, no habeis pensado;  
pero habiéndome acusado,

debeis mi defensa oir.  
Os quiero dar una prueba  
de que os tengo por amiga. . . .  
y plegue al cielo que diga  
nada mas que lo que deba!

**BLAN.** Marques, dejarlo es mejor. . . .  
me permití sin pensar. . . .

**Luis.** Lo sé; pero debo hablar,  
y lo hago cuestion de honor.

Con razones tan severas  
mi espíritu acalorais. . . .  
no quiero que me tengais  
por mas feroz que las fieras,  
sino haceros comprender,  
aunque doble mi pesar,  
que si yo no puedo amar. . . .  
no es por falta de querer.

Os tengo veneracion:  
confianza me inspirais,  
y quiero que conozcáis  
tal cual es mi corazon.  
Murmuran de mi desden,  
y dicen, por decir algo,  
que solo en la guerra valgo;  
pero no me juzgan bien.

Sufriera ménos, lo juro,  
del mundo en la confusion,  
si fuera este corazon  
de hielo ó de bronce duro!  
Mas por desgracia, señora,  
aunque reservarlo intento,  
ese mudo sentimiento  
ha tiempo que lo devora.  
Conoceis ya vuestro error?

Pues bien, Doña Blanca amiga,  
ahora, quereis que os diga  
lo que entiendo por amor?  
(Ay Dios!)

**BLAN.**  
**Luis.**

Amor es conjunto  
de lo bello, y es tambien  
de las glorias del Eden  
el mas cumplido trasunto.  
Es el astro encantador  
nuncio del bien celestial:  
lazo que estrecha al mortal  
con el Supremo Hacedor.  
El los males neutraliza:  
él da á nuestra mente vuelo,  
y cuanto toca en el suelo  
lo engrandece y diviniza.  
Es la fuente de venturas. . . .  
y el amor en conclusion  
es la primera pasion  
de las pasiones mas puras.  
Mas con prendas tan divinas,  
si lo contemplamos bien,  
ese amor tiene tambien  
como las rosas, espinas.  
Hermoso como jamas  
ante mis ojos le vi,  
fui á tocarlo. . . . y cogí  
las espinas nada mas.  
Hirióme en lo mas sensible,  
y aquí con mi herida quedo. . . .  
por eso amar ya no puedo. . . .  
porque adoro un imposible.  
Imposible, que aunque es mucha  
mi fuerza de voluntad,



toda es poca á la verdad  
para vencer en la lucha.  
Y aquí teneis al guerrero,  
al buen soldado que aclama  
por todas partes la fama  
con el renombre de fiero,  
luchando con su cariño;  
reducido en su razon  
á la pobre condicion  
de un insensato, de un niño.  
Al asaltar la muralla;  
en la encendida pelea;  
sobre la sangre que humea  
en los campos de batalla;  
por mas que ahogo y fatigo  
el pensamiento y el lloro. . .  
el imposible que adoro  
va siempre, siempre conmigo.  
Y ahora os pregunto yo:  
sabeis vos cuánto es horrible  
adorar un imposible  
como nadie lo adoró!

Ver siempre un abismo abierto. . .

BLAN. Marques! . . .

LUIS. De oirme os cansais? . . .  
perdonad. . . pero llorais!

BLAN. *(Pasándose rápidamente las manos por los ojos.*

Yo! . . . llorar? . . . no; no por cierto. . .

Estoy tan débil. . . suspiro  
sin saber. . . hay cosa igual!

Ello sí. . . me siento mal. . .

LUIS. No os lo dije? . . . me retiro.  
Cuidaos. . . que vuestra salud

nos es de sumo interes.

BLAN. Si. . . gracias. . . á Dios, marques.  
*(Cruel. . . horrible inquietud! . . .)*

LUIS. *(Da un paso hácia la salida, y se detiene observando á la condesa.)*

*(No lo alcanzo á definir. . .  
no la he visto así jamas. . .  
Cielos! . . . habré dicho mas  
de lo que debo decir?)*

*(Va á acercarse de nuevo á la condesa; pero de pronto se detiene, y sale resueltamente de la estancia.)*

ESCENA V.

DOÑA BLANCA.

Ay! . . . que mi pobre espíritu fallece! . . .  
me abandona el valor. . . y cuanto miro  
ante mis tristes ojos se oscurece.

Y tú. . . débil muger. . . por qué has osado  
tender la mano al misterioso velo  
que tu pasion frenética escondia?

Por qué como hasta aquí, su vista huyendo  
no has devorado tu dolor á solas,  
en silencio la duda manteniendo?

Pero qué pude hacer? Yo imaginaba  
que al ver la realidad, que al acercarme

al mortal cuya sombra me acosaba,  
por siempre se undiria en el olvido  
la aventajada portentosa idea

que en malhora formé de su valía. . .  
mas la fatalidad quiere que vea,

para doblar la desventura mia,  
 un hombre en él tan tierno y generoso,  
 tan noble como yo me lo fingia!  
 Es preciso ya huir. . . . mas, dónde, adónde  
 á mi virtud encontraré un asilo?  
 yo lo sabré encontrar. . . .

(Viendo al conde que sale por el foro izquierda.)  
 Ah! . . . conde! conde! . . .

ESCENA VI.

DOÑA BLANCA—EL CONDE.

COND. Qué os sucede, señora? como nunca  
 os hallo hoy agitada. . . .  
 por qué esa turbacion? . . . qué me revela  
 de angustioso y fatal vuestra mirada?

BLAN. La turbacion que veis no os cause enojos,  
 que en ella para vos no existe agravio;  
 dejad, señor, de contemplar mis ojos,  
 y oid no mas lo que pronuncie el labio.

COND. Os escucho.

BLAN. Señor, con la franqueza  
 de un corazon leal nunca manchado  
 con la sombra mas leve de impureza,  
 hondamente afligida á vos acudo;  
 porque vos sois el único en la tierra  
 que me puede salvar, vos sois mi escudo.

COND. Y bien?

BLAN. A mi pesar voy á causaros  
 tal vez el mas profundo sentimiento  
 que sufristeis jamas. . . .

COND. Nada os importe.

BLAN. Para calmar la agitacion que siento. . . .

dejad que me retire de la corte,  
 y que vaya á encerrarme en un convento.

COND. Y no podré saber cuál el origen  
 ha sido de la angustia que os fatiga?  
 No me direis primero lo que os pasa,  
 y la grave razon que así os obliga  
 á abandonar, señora, vuestra casa?

BLAN. No señor, no podeis. . . . es imposible. . . .  
 Dios y yo nada mas! . . .

COND. Y vuestro esposo  
 derecho no tendrá. . . .

BLAN. Siempre habeis sido  
 conmigo delicado y generoso. . . .  
 sedlo ahora tambien, que es el postrero  
 favor que he de pedirós. . . .

COND. Doña Blanca,  
 tambien yo otro favor pedirós quiero.

BLAN. Cuál es?

COND. Que me escuchéis, porque sin duda  
 al cuidaros de vos, no habeis notado  
 que tambien vivo triste, y que aunque sufro,  
 ni una queja mi labio ha pronunciado.

BLAN. Qué me podreis decir que no comprenda!

COND. Luego sabeis de mi dolor la causa,  
 y obstinada seguis la misma senda?

BLAN. Por piedad, noble conde. . . . no aumenteis  
 mi horrible agitacion! Si consiguiera  
 que á costa. . . . sí! de la existencia mia  
 fuérais dichoso, hasta la vida os diera!  
 Ved si estimo, señor, vuestra hidalguia!  
 Pero todo es en vano! . . . lo que os pido  
 concededme al instante. . . .

COND. Es demasiado  
 lo que exigis de mí. . . . Quereis que os vea

indiferente abandonar mi lado. . . .  
 á vos, único bien que hoy atesora  
 un hombre que jamas os ha ofendido,  
 que se miraba en vos. . . Oh! . . no, señora!  
 Ya que aranzais á donde nunca pude  
 imaginar. . . condesa! . . . quiero al punto  
 conocer el misterio tenebroso  
 que os rodea. . . .

BLAN. VALERIE  
RITATIS  
 COND.

No, no! . . .  
 Y vais á escucharme.

De franqueza os daré cumplido ejemplo. . . .  
 haced, señora, vos, por imitarme.  
 Sin violencia ante el ara vuestra mano  
 enlazásteis un tiempo con la mia:  
 digna de mí os hallé, y en vos fiado  
 honor, gloria, ventura, fama. . . todo!  
 en vos deposité con alegría.  
 Y érais feliz entónces; por do quiera  
 vuestro decir festivo celebraban,  
 el hechizo y talento en vos reunidos. . . .  
 y entónces á mí vez cuando llegaban  
 vuestras glorias, condesa, á mis oídos,  
 de vos muy satisfecho me dejaban.  
 Este fué por entónces nuestro estado. . . .  
 Ya no somos felices, Doña Blanca! . . .  
 en qué consiste, pues? yo no he cambiado.  
 Ha un año que afligida os considero,  
 y en él. . . no, no he faltado á lo que debe  
 á una dama cual vos, un caballero.  
 Ha un año que noté que se alteraba  
 vuestra salud: callé. . . . y velé por ella:  
 os agravásteis mucho, y me dijeron  
 que la fiebre era tal que delirábais. . . .  
 delirábais, señora! . . .

BLAN.

(Oh. . . . qué martirios. . . .)

COND. Mas yo de mi nobleza aconsejado. . . .  
 jamas quise escuchar vuestros delirios!  
 Aliviada despues, vuestra alegría  
 se ahuyentó sin dejar rastro ninguno:  
 he sorprendido el llanto en vuestros ojos  
 mas de una vez. . . . y no he sido importuno:  
 la vista de las gentes os cansaba,  
 y cerrar hice al punto mis salones:  
 vuestro labio calló. . . . tambien el mio:  
 siempre sola, en continuas oraciones,  
 respeté el sentimiento religioso  
 que os ocupaba. . . . y para vos he sido  
 un tierno padre, hermano cariñoso. . . .  
 Qué mas pude yo hacer! Eternamente  
 vuestro silencio hubiera respetado  
 si el imposible que me habeis pedido  
 no hiriera mi razon tan fuertemente.  
 Qué hay aquí que os ofenda! . . . hablad, señora:  
 qué os falta, y lo tendreis. Si habeis pensado  
 consagraros á Dios, á Dios se adora  
 desde el fondo del alma. . . . y si es tan grande,  
 tan ardiente la fe que hora os abrasa  
 que el sagrado de un templo necesita. . . .  
 qué mas templo, señora que mi casa!

BLAN.

Me estais atormentando. . . .

COND.

Hablad!

BLAN.

No puedo! . . .

y jamas hablaré!

COND.

Entónces, señora,

ya que vos no cedéis, tampoco cedo.

BLAN.

Si! . . . conde. . . . que os lo pido arrodillada!

COND.

Es inútil, alzád. . . . á lo que veo  
 os dejó la dolencia preocupada. . . .

y cumple á mi deber de esos escrúpulos librar vuestra razon. Desde mañana volverá á ser mi casa lo que un dia de mas ventura fué. . . sin que por ello se menoscabe vuestra fe cristiana.

BLAN. Queréis verme morir. . .

COND. Quiero salvaros.

BLAN. Por la postrera vez. . .

COND. Lo he decidido.

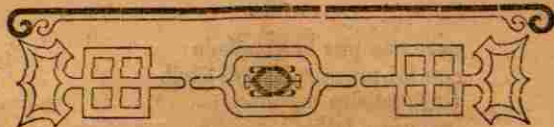
BLAN. Conque nunca!!

COND. Jamas!!

BLAN. Pues si desploma sobre los dos su maldicion el cielo, señor conde! acordaos que habeis tenido á la noble condesa á vuestras plantas; que os rogó con el bien. . . y en vano ha sido.  
(Se retira por la izquierda.)

COND. Veremos de los dos quién mejor obra. Vos, males me anunciáis. . . para vencerlos Dios me protege, corazon me sobra!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



## ACTO TERCERO.



*Salon de descanso; puerta á la izquierda: otra secreta á la derecha: en el foro tres arcos y despues los salones de baile iluminados y enchidos de damas y caballeros.— En la escena, muebles ricos de la época.— Aparecen el conde sentado y Ballesta de pié á una respetuosa distancia.*

### ESCENA PRIMERA.

EL CONDE—BALLESTA.

COND. Has cumplido mis deseos: muy bien, Ballesta, me placen las claras muestras que has dado de ligereza y buen arte.

BALL. Yo no he hecho mas que seguir la senda que me trazásteis.

COND. No es poco: para mandar, basta con breves instantes;

y cumple á mi deber de esos escrúpulos librar vuestra razon. Desde mañana volverá á ser mi casa lo que un dia de mas ventura fué. . . sin que por ello se menoscabe vuestra fe cristiana.

BLAN. Queréis verme morir. . .

COND. Quiero salvaros.

BLAN. Por la postrera vez. . .

COND. Lo he decidido.

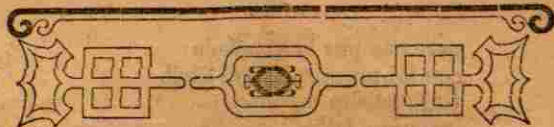
BLAN. Conque nunca!!

COND. Jamas!!

BLAN. Pues si desploma sobre los dos su maldicion el cielo, señor conde! acordaos que habeis tenido á la noble condesa á vuestras plantas; que os rogó con el bien. . . y en vano ha sido.  
(Se retira por la izquierda.)

COND. Veremos de los dos quién mejor obra. Vos, males me anunciáis. . . para vencerlos Dios me protege, corazon me sobra!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



## ACTO TERCERO.



*Salon de descanso; puerta á la izquierda: otra secreta á la derecha: en el foro tres arcos y despues los salones de baile iluminados y enchidos de damas y caballeros.— En la escena, muebles ricos de la época.— Aparecen el conde sentado y Ballesta de pié á una respetuosa distancia.*

### ESCENA PRIMERA.

EL CONDE—BALLESTA.

COND. Has cumplido mis deseos: muy bien, Ballesta, me placen las claras muestras que has dado de ligereza y buen arte.

BALL. Yo no he hecho mas que seguir la senda que me trazásteis.

COND. No es poco: para mandar, basta con breves instantes;

pero cumplir lo mandado  
con tal presteza, no es fácil.  
Es la música excelente:  
ingeniosa la brillante  
iluminacion del bosque,  
y de un gusto inmejorable  
el adorno y los perfumes  
de los salones del baile.

Corresponderá el banquete  
á sarao tan notable?

**BALL.** Corresponderá al buen nombre  
de vuestra casa.

**COND.** Adelante;  
que sirvan con profusion  
los vinos y los manjares:  
brillen la plata y el oro;  
todo sobre y se derrame,  
aunque mis rentas de un año  
en esta noche sé gasten.

**BALL.** Se gastarán, señor conde,  
y se gastarán en grande;  
que en punto á saber gastar  
hay pocos que me aventajen.

**COND.** Un hombre así necesito.

**BALL.** Pues conmigo lo encontrásteis.

**COND.** Está bien; te premiaré  
si lo que prometes haces.

**BALL.** Teneis algo que mandar?

**COND.** Nada; puedes retirarte.

**BALL.** (Vamos. . . ya es muy diferente. . .  
esto cambia de talante.)

ESCENA II.

EL CONDE.

Gran noche! despues de un año  
de calma y paz monacales,  
hace el ruido del festin  
un excelente contraste.  
Gran noche! placer sus dones  
en ella á todos reparte,  
y á mí. . . á mí! . . . qué me quejo?  
quién por tan poco se abate?  
Ahoguemos entre el bullicio  
mis importunos pesares,  
y en estas alegres horas  
tengan mi seno por cárcel.  
Y tan estrecha será,  
que por mucho que batallen,  
mientras los guarde mi aliento  
no han de salir al semblante.

ESCENA III.

EL CONDE—DON JUAN.

**COND.** Sobrino! ilustre Don Juan, . . .  
cómo abandonas el puesto?  
tan solo y con ese gesto  
en tal noche, tal galan?

**JUAN.** Señor, qué quereis que os diga?  
de alegrarme no hallé modo,

y aunque lo emprendo con todo,  
todo me cansa y fatiga.

**COND.** Es extraño á la verdad  
en un hombre como tú:  
tan mozo. . . por Belcebú. . .  
si tuviera yo tu edad! . . .  
Si trocar pudiera el hado  
la fealdad por lo bello,  
mis canas por tu cabello. . .  
y lo pasado, pasado.

Si yo libre me encontrara  
y en toda la lozanía  
de tus años. . . quién sería  
el que á mi me aventajara?

**JUAN.** Conde, no digo que no;  
mas si al lograr juventud,  
la dolorosa inquietud  
sufrierais que sufro yo,  
mal que pese á vuestro afán  
sin vacilar os diré,  
que os vierais como se ve  
vuestro sobrino Don Juan.  
Contar con fuerza y valor,  
y ceder á la violencia! . . .

**COND.** Pues á esos males, paciencia,  
que tiempo vendrá mejor.

**JUAN.** Jamas tenerla podré,  
porque mi esperanza matan:  
ved, señor, que me arebatan  
lo que mas idolatré.

**COND.** Y qué harás?

**JUAN.** A no dudar,  
si fuera ménos honrado,  
quisiera desesperado

echarlo todo á rodar.  
Pero pese á la querrela  
de mi amorosa fatiga. . . .  
se muestra tan enemiga,  
tan rigurosa mi estrella,  
que habré de acatar su ley  
cumpliendo como leal,  
pues Fajardo es mi rival  
y quien le casa es el rey.

**COND.** Valor, Don Juan, y sufrir:  
á golpes como el presente,  
no hay mas que doblar la frente  
y resignarse ó morir.

Por eso estoy.

**JUAN.** En buen hora.

**COND.** El rey en esta ocasion  
dispone una expedicion  
para tomar á Mamora.  
Contra los rudos infieles  
del Africa, á toda prisa,  
con la española divisa  
saldrán hasta cien bajeles,  
que para tan crudas lides  
y empresa que tanto asombra,  
hoy se aprestan á la sombra  
de las columnas de Alcides.

**COND.** Y para calmar tus penas,  
Don Juan, qué pretendes?

**JUAN.** Ir  
hasta el Africa, y morir  
en sus ardientes arenas.

**COND.** Y no encuentras otro medio?

**JUAN.** Ninguno, señor, ninguno:  
todo aquí me es importuno,

me llena de angustia y tedio.  
Allá hay guerra, y á lo ménos  
contra el africano bando  
podré morir peleando,  
y morir como los buenos.  
Haré que plaza me den  
aunque de soldado sea,  
y satisfaré mi idea. . . .

**COND.** Don Juan, medítalo bien.  
Será horrible la batalla  
que ahora sufriendo estás;  
pero aun hay quien sufre mas,  
y observa, y espera, y calla.  
Hay quien sufre los rigores  
de la mas injusta suerte,  
y no obstante se divierte  
con sus agudos dolores.  
No tan pronto te desmandes. . . .  
ni la esperanza abandones;  
que ante las grandes pasiones  
no ceden las almas grandes.

**JUAN.** Mas, qué puedo yo esperar?

**COND.** Eso no sé, buen sobrino,  
pues nunca he sido adivino  
ni llegué á profetizar.  
Mas para trocar ufano  
tales cuitas por el gozo,  
está siempre un hombre mozo  
mas dispuesto que un anciano.  
La paz, la guerra, el honor,  
el amor, la poesía. . . .  
todo le brinda alegría  
y da aliento á su valor.  
Eh! . . . qué diablos, caballero!

ved allá cuánta hermosura. . . .  
para endulzar la amargura  
no hay mas que decir. . . . "lo quiero.  
Don Juan, vé allá, que el festin  
por Dios que está divertido:  
lánzate en él decidido,  
y tus penas tendrán fin.

**JUAN.** Cuando vos me proponeis  
que á tales medios acuda  
para aliviarme, sin duda  
que mi afán no comprendéis.

**COND.** Ignorais cuán honda va  
de estas cuitas la raíz. . . .  
Es verdad. . . . yo soy feliz. . . .  
en eso consistirá. . . .  
Te dije lo que pensé  
conveniente á tu reposo,  
mas como yo soy dichoso  
y de estos duelos no sé,  
siendo para mí tan nuevo  
comprender tales quimeras,  
puedes hacer lo que quieras,  
seguro de que lo apruebo.

**JUAN.** Salir de aquí me interesa,  
pues me ofende cuanto veo. . . .

**COND.** Cumple, Don Juan, tu deseo. . . .  
pero aquí está la condesa.

*(Se ve venir á Doña Blanca de los salones del baile: los convidados forman calle y la saludan: ella contesta á todos tristemente.—Viste un traje blanco, pero muy sencillo: su rostro pálido y abatido como en el acto anterior.)*



ESCENA IV.

DOÑA BLANCA—D. JUAN—EL CONDE.

COND. Con cuánta satisfacción  
os veo, noble señora,  
siendo, como siempre, ahora  
la reina de la función.  
Ya veis que vuestra presencia  
por doquiera ha difundido  
el placer. . . .

BLAN. Lo habeis querido,  
y sé que os debo obediencia.

COND. Cariño, obediencia no:  
por vuestra salud procuro. . . .  
y por lograrla, os lo juro,  
diera mi existencia yo.  
Mas como vos consintais  
en aceptar mis consejos,  
confío en que no esté lejos  
el día en que la obtengais.  
Y quien ya esta noche os mire  
os verá mas animada. . . .  
Es cierto?

BLAN. No. . . . estoy cansada. . . .  
permitid que me retire.

COND. Cómo! dejar la función?  
quereis con tal retirada  
llenar á esa gente honrada  
de luto y consternación?  
Si los deja vuestro cielo  
pensarán, por de contado,

que los hemos convidado  
en vez de un festín á un duelo.  
Perdonad que no os exima  
de ello, os necesito aquí. . . .  
eh! Don Juan, qué haceis ahí,  
alegrad á vuestra prima.  
Descansad aquí un momento  
del bullicio retirada. . . .  
quereis que os sirvan. . . .

BLAN. No, nada.

COND. Conque os sentís bien?

BLAN. Me siento. . . .

COND. Pues no hay mas que apetece. . . .  
me tiene el contento loco;  
cuando descanséis un poco  
podreis al salon volver.  
Que á tan ilustres señores  
durante esta breve ausencia  
yo iré, con vuestra licencia,  
á hacer por vos los honores. . . .  
Aunque nunca seré bueno  
para hacerlos como vos.  
(Se saludan.)

BLAN. (Vamos sufriendo por Dios!)

COND. (Vamos ganando terreno.)

ESCENA V.

DOÑA BLANCA—DON JUAN

JUAN. Mal nuncio de ventura y de alegría  
elige el conde en mí, pues yo no puedo  
alegrar tus tristezas, prima mía.

BLAN. Ni tú, Don Juan, podrás, ni aquí ninguno hay que la calma devolverme pueda.

JUAN. Entónces, Blanca, te seré importno. . . .

BLAN. Sé que no eres feliz, y el que padece del alma como tú, no me importuna; su dolor me interesa, me entenece.

JUAN. Hermoso corazon, que para todos de benéfico amor y de ternura henchido siempre hallé! . . . tú que atesoras de angélica bondad la fuente pura. . . por qué tambien padeces, por qué lloras?

BLAN. Ay! . . . Don Juan. . . esos son cuentos de cuentos que escucharlos tal vez te molestara: (tos tan secretos, tan hondos. . . que narrarlos ni yo misma pudiera ni acertara.

Dejémoslos estar en su guarida. . . y pues que así lo quieren, acabemos al son de los banquetes nuestra vida.

Qué es de la tuya, primo? La fortuna te mira con desden. . . ó qué esperanza alienta tus amores?

JUAN. Cuál! . . . Ninguna!

Por mucho que resisto á dejar escapar mis ilusiones. . . alejándose van una por una!

BLAN. Infelices amantes! . . . No te ha visto. . . el marques de los Velez? . . .

JUAN. He evitado su presencia fatal. . . pero ahora quiero que me otorgue su mano poderosa un favor especial. . . y aquí lo espero.

BLAN. Va á venir! . . .

JUAN. Si por cierto.

BLAN: Aquí esta noche

á Fajardo has de ver? . . .

JUAN Por qué te estraña en que asista á un festin donde concurre lo mas cumplido de la prez de España?

BLAN. Es verdad. . . es verdad. . . nada me ocurre; no me importa ademas. . . cuando se agita la mente. . . ah Dios! . . . mi distraccion es tanta. . .

JUAN. Aquí está ya. . .

BLAN. El marques?

JUAN. Sí.

BLAN. (Cielos. . .) primo. . .

aléjate con él. . .

JUAN. Ya se adelanta

á saludarte. . .

BLAN. Bien, llegue en buen hora: . . .

JUAN. (Pobre Blanca! . . . la fiebre te devora!)

ESCENA VI.

DOÑA BLANCA—D. LUIS—D. JUAN.

LUIS. Guárdeos el cielo, Doña Blanca amiga.

BLAN. Salud, marques.

LUIS. La vuestra?

BLAN. Como siempre. . .

LUIS. Por dicha el animado clamoreo del sonoro festin ya no os ofende?

BLAN. Ofenderme? no tal . . . es un recreo del ánimo. . . (Qué bien mi afan comprendel!)

LUIS. Y vos, Don Juan? paréceme que estais mal dispuesto á gozar de la alegría que reina por do quier. . .

JUAN. Y lo acertais.

LUIS. Tan alentado vos y con tristeza?

JUAN. Ella se aposentó en el alma mia,  
y tanto se escondió que solo puede  
arrojarla de aquí vuestra grandeza.

LUIS. Solo yo?

JUAN. Solo vos; y os esperaba  
porque un favor de vos lograr intento.

LUIS. En mis fuerzas está?

JUAN. Qué hay que se oponga  
á vuestro poderoso valimiento?

LUIS. Don Juan, . . . contad con él.

JUAN. Pronto de Cádiz  
saldrán hasta cien naves españolas,  
con soldados de arrojo y ardimiento,  
para asaltar las africanas olas.  
Yo de esta expedición gloria y peligros  
anhelo conocer, y en ella os ruego  
que un puesto me alcancéis.

LUIS. Y era ese todo  
el favor? . . .

JUAN. Sí, Don Luis.

LUIS. Pues os lo niego.

JUAN. Señor marques!

LUIS. Pensadlo mas despacio.

JUAN. Demas lo medité.

LUIS. Ved que hay azares.

JUAN. Lo sé.

LUIS. Que allá van muchos, . . . y es posible  
que á saludar no vuelvan sus hogares.

JUAN. Saludarán la gloria.

LUIS. Es que no solo  
á luchar van con hombres, . . . son mortales  
aquellos climas, . . .

JUAN. Bien; sé que la muerte

reina en sus infestados arenales.

LUIS. Entónces? . . .

JUAN. Plaza en la facción os pido  
nuevamente.

LUIS. Don Juan, ya sabe España  
que teneis corazon, valor cumplido:  
brillais entre los hombres esforzados,  
y á lidiar volvereis. . . pero esa empresa. . .  
dejad á los que estén desesperados.

JUAN. Acaso yo lo esté.

LUIS. Muy decidido  
esta vez os encuentro, y tanto hareis  
que acceder será fuerza á vuestro ruego. . .  
ved ántes de empeñar vuestra palabra  
lo escrito para vos en este pliego.

JUAN. Para mí?

LUIS. Sí, leed, . . .

JUAN. Gran Dios! . . . deliro. . .

BLAN. Qué es ello?

JUAN. No! . . . no es ilusión. . . su mano. . .  
y es la firma real esta que miro! . . .

(Entregando el papel á la condesa.)

Doña Blanca. . . tomad! el soberano  
me concede á Leonor. . . Y tal ventura  
es á vos, Don Luis, á quien la debo?

LUIS. Queréis partir al Africa?

JUAN. La espada

que con honor á la cintura llevo,  
la hallareis pronta siempre á la defensa  
del monarca. . .

LUIS. No ignoro que es inmensa,  
Don Juan, vuestra lealtad; mas por ahora  
seguid á la fortuna, y en el cinto  
conservad vuestra espada vencedora.

Anunciar podeis ya á vuestra futura  
esta nueva feliz. . . id y con ella  
llevalde en nombre mio la ventura.

JUAN. Vuelo, marques, á publicar ufano  
que el bien que hoy alcancé, lo he conseguido  
por vuestra noble y generosa mano.

*(Entra en el salon: poco despues aparece por la  
izquierda el conde, observa á los que están en la  
escena, y se retira por la derecha.)*

ESCENA VII.

DOÑA BLANCA—D. LUIS.

*Blanca concluye de leer el papel, lo deja á  
quien y lleva al pañuelo á los ojos, dejando*

LUIS. *ir algunos sollozos comprimidos.)*

Estais llorando, condesa. . .

JUAN. Sí, marques; pero este llanto

LUIS. me alivia y consuela tanto. . .

*J'fendiéndole la mano, que toma Don Luis con avi-  
dez.)*

qué bueno sois! . . .

LUIS. Oh! sorpresa!

en las mias vuestra mano. . .

qué es lo que pude yo hacer,

señora, para obtener

un premio tan soberano? . . .

*(La besa y Doña Blanca la retira rápidamente.)*

BLAN. Ay!

LUIS. Qué?

BLAN. Qué abrasa (ay de mí!)

cuanto vuestro labio toca. . .

LUIS. Será que llega á la boca  
el fuego que guardo aquí.

BLAN. Pues ved que si del crisol  
en que hoy está, se derrama,  
puede abrasar vuestra fama,  
que es tan pura como el sol.

LUIS. *(Con amarga ironía.)*

Pese á mi estrella importuna,  
ya que mi fama invocais. . .

Doña Blanca, no temais  
que la empañe mancha alguna.

Ya que la fama, el honor  
se entienda en el mundo así. . .

no ha de faltarle por mí  
tributo al vulgar clamor.

BLAN. Fajardo. . . conformidad. . .  
sacrificio tan cumplido

exige el común sentido. . .

LUIS. ¿Mas, no es muy triste en verdad

que ese inmutable poder

mande que en nuestros dolores

seamos mas superiores

de lo que podemos ser?

Por qué tan crudo rigor

cuando en el mundo se hallan

dos seres ¡ay! que batallan

con un mismo ardiente amor! . . .

Amor puro, indefinible,

del alma luz y consuelo,

como emanacion del cielo,

sentimiento inestinguible. . .

por qué libres no han de ser?

por qué su afan ocultando

han de mirarse callando,

y callando parecer? . . .  
 Del sentimiento profundo  
 que á mi existencia se unió,  
 puedo ser culpable yo?  
 Ya por respetos del mundo  
 desde el afanoso dia  
 en que este incendio sentí,  
 su actividad combati  
 con toda la fuerza mia. . . .  
 y no venceré jamas,  
 porque nada la contrasta, . . .  
 no! . . . mi pasion no se gasta,  
 la sofoco. . . . y crecémas!  
 Qué hacer en tal situacion?  
 seguir callando es morir:  
 se niegan á combatir  
 las armas de la razon. . . .  
 Resignacion tuve harta,  
 y aunque mi fama invocais. . . .

**BLAN.** Marques! . . . que en la casa estais  
 del conde de Santa Marta,  
 (*Reprimiéndose.*)

**LUIS** Oportuna por demas,  
 Doña Blanca, habeis estado. . . .  
 De ella saldré desterrado  
 para no volver jamas.

**BLAN.** Y adónde ireis?

**LUIS.** No lo sé.

**BLAN.** Esas palabras fatales. . . .

**LUIS.** No sé mas que sus umbrales  
 á pisar no volveré;  
 porque para esta ansiedad  
 no queda mas que un remedio. . . .

**BLAN.** Y cuál es?

**LUIS.** Poner por medio  
 de mi amor la eternidad.

**BLAN.** Y. . . . hareis lo que estais diciendo? . . .

**LUIS.** Sí! . . . Qué os importa mi avara  
 suerte. . . .

**BLAN.** Si no me importara  
 me viérais de amor muriendo?

**LUIS.** Blanca! . . .

**BLAN.** Ah! . . . qué he dicho. . . mentí!

**LUIS.** No! . . . no!! . . .

**BLAN.** Huid, por compasion!! . . .  
 (*Retirándose por la izquierda.*)  
 (*Dejó hablar al corazon  
 un instante, y me vendí.*)

(*En el momento de ocultarse la condesa, aparece el  
 conde por la puerta secreta: él y Fajardo se con-  
 templan breves instantes.*)

ESCENA VIII.

DON LUIS—EL CONDE.

**COND** Me comprendeis?

**LUIS.** No, por Dios.

**COND.** Cuanto habeis hablado oí.

**LUIS.** Incapaz de ello os creí.

**COND.** Yo tambien de lo otro á vos.

**LUIS.** Y bien, conde?

**COND.** A mi pesar  
 nos coloca hoy el destino  
 frente á frente en un camino. . . .  
 por él no habeis de pasar.  
 Sé que á un hombre como vos,

que de arrojo no está escaso,  
es grave negarle el paso. . . .  
yo os le niego.

**LUIS.** (Ira de Dios!)

**COND.** Y os lo declaro, marques,  
con la fe mas decidida,  
porque me pesa la vida  
con la vuestra. . . . vamos, pues!

**LUIS.** (Con reconcentrado enojo.)  
Vuestro enojo se permite  
lo que el marques nunca oyó. . . .

La vida? . . . no seré yo,  
Don Pedro, quien os la quite.  
**COND.** Pues qué! rehusareis el duelo? . . .

**LUIS.** (Con impetu.)  
Sabeis que como soldado  
en cien batallas he dado  
días de gloria á este suelo?

**COND.** Sois valiente, os lo repito,  
y os tengo por tal, marques.

**LUIS.** Luego por miedo no es  
si vuestro duelo no admito.  
Y á ser otro. . . . yo os prometo  
que por tal duda, en mis brazos. . . .

os hubiera hecho pedazos. . . .  
pero á vos, conde. . . . os respeto;  
pues siempre cercado os ví,  
por mas que á mí me rechace,  
de una atmósfera que os hace  
inviolable para mí.

Un abismo entre los dos  
hay que nunca saltaré. . . .  
reparacion os daré  
mas digna de mí y de vos.

**COND.** Cuál puede ser? . . .

**LUIS.** La sabreis.

**COND.** Y cuándo?

**LUIS.** En breve será.

Fajardo palabra os da. . . .  
pronto á verme volveréis.  
En tanto vivid tranquilo,  
y al banquete regalado  
id que no fué profanado  
ni lo será vuestro asilo.

**COND.** Mi indignacion suspendeis. . . .  
vea pronto, Don Luis,  
cumplido lo que decis.

**LUIS.** A Dios quedad. . . . ya vereis  
que no es mi promesa vana.

**COND.** (Sobre tu huella estaré.)

**LUIS.** (En nombre de Dios, saldré  
para el Africa mañana.

FIN DEL ACTO TERCERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AGTO CUARTO.

*Decoracion cerrada. En el fondo dos puertas, y en el centro de ambas, una entrada al oratorio cubierta con un tapiz. A la izquierda del actor la puerta de la cámara de la condesa.)*

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR—EL CONDE.

COND. Ya eres dichosa, Leonor.

LEO. No es completa mi alegría. . . .  
padece la hermana mia,  
y padeceis vos, señor.

COND. La has visto? . . .

LEO. Sí: se ha empeñado  
en dejar el lecho: en él  
sufre. . . .

COND.

Y la noche? . . .

LEO.

La fiebre no la ha dejado.  
Cruell

COND.

Y ahora?

LEO.

Mas despejada  
está. . . . pero contrista  
la vaguedad de su vista,  
su languidez estremada.  
Cuando la fiebre la hiere,  
tanto la agita y sofoca,  
que habrá de volverse loca,  
señor, si no se nos muere.

COND.

Tan poco hay ya que esperar?

LEO.

Así lo ha dicho el doctor.

COND.

Esta dolencia, Leonor,  
á todos nos va á matar.

LEO.

Comprendo, señor, comprendo  
cuánto sufriendo estais vos. . . .

COND.

Eso, nada mas que Dios,  
y yo que lo estoy sufriendo.

Aquí con fiera ansiedad,  
que me llena de amargura,  
luchando están la ternura,  
la venganza, la piedad. . . .  
la voz de todas escucho. . . .  
los cielos me den paciencia. . . .

Leonor, porque esa dolencia  
de Blanca me ofende mucho! . . .

Mas si á sus ojos me ofrezco,  
advierto que por instantes  
muere. . . . y los odios de ántes  
se van. . . . y la compadeczo!

LEO.

Sí, Don Pedro! . . . honda raiz  
echó el mal. . . . ese interes

guardadla siempre, porque es  
sin ser culpable, infeliz.  
COND. Infeliz. . . , tienes razon:  
no hay quien de culpa la arguya;  
pero esa desgracia suya  
me quebranta el corazon.  
Oh! . . . me abrumba sin cesar! . . .  
y en trance tan enojoso,  
quisiera ser generoso. . . .  
y no puedo perdonar.  
He perdido de esta vez  
la paz que yo acariciaba. . . .  
único bien que restaba  
á mi cansada vejez!  
LEO. Señor, que se acerca alguno. . . .  
COND. Me importunan todos hoy. . . .  
huyendo á mi estancia voy,  
no quiero ver á ninguno.  
*(Se retira por la puerta izquierda del fondo.)*

ESCENA II.

DOÑA LEONOR, Despues DON JUAN.

LEO. Qué desventuras, Dios mio!  
Conjura la tempestad  
con tu infinita bondad. . . .  
*(Sale Don Juan.)*  
JUAN. A Dios, Leonor: y mi tio?  
LEO. En su estancia.  
JUAN. Es menester  
que yo le vea al momento. . . .  
LEO. No vayas á su aposento,  
porque á nadie quiere ver.

JUAN. A mí tampoco!  
LEO. Tampoco.  
JUAN. Tanto el enojo le afana!  
LEO. La dolencia de mi hermana  
le tiene abrumado, loco.  
JUAN. Pues ello es fuerza que yo  
le vea, Leonor querida:  
está el marques de partida,  
y de hablarle me encargó.  
Saldrá tras nuevo laurel  
dentro de breves instantes,  
y al conde quiere ver antes  
para despedirse de él.  
Esto que le anuncie quiere:  
de hacerlo palabra di. . . .  
cumpliré lo que ofrecí,  
y salga lo que saliere.  
LEO. Y á dónde va? á qué region. . . .  
JUAN. Adonde ir yo queria:  
va al Africa, Leonor mia,  
mandando la espedicion.  
LEO. Plegue á Dios que para bien  
sea de él, y del Estado.  
JUAN. Ayer ha solicitado  
que el mando de ella le den,  
y como el rey nada puede  
negarle, aunque resistió,  
tanto en ello se empeñó  
Fajardo, que al cabo accede.  
¡No te estraña, como á mí,  
esta violenta jornada,  
esta salida impensada?  
LEO. No, Don Juan.  
JUAN. Pues á mí sí.



**LEO.** Misterios son.  
**JUAN.** Puede ser:  
 algo está aquí sucediendo,  
 Leonor, que yo no comprendo. . . .

**LEO.** Ni lo quieras comprender.  
**JUAN.** Pues lo mandas lo haré así.  
 De mi tío al aposento  
 voy á cumplir al momento  
 lo que á Fajardo ofrecí.  
 Tal vez su melancolía  
 hablando conmigo ceda. . . .

**LEO.** Oigate Dios!  
**JUAN.** Cuanto pueda  
 he de intentar, Leonor mia.

ESCENA III.

DOÑA LEONOR

Y nada alcanzarás, que es muy profundo  
 el dolor que le aqueja, y para el conde  
 huyó la paz que le brindaba el mundo.  
 De enojo henchido; trémulo se esconde  
 de la vista de todos. . . . pobre anciano! . . .  
 qué noble y bueno es! Tiende á sus iras  
 de la razon la poderosa mano,  
 y lucha, y las enfrena, y se entenece  
 comprendiendo á su vez la honda agonía  
 de su esposa infeliz. . . . ah! . . . pobre anciano! . . .  
 lo que sufres. . . . y pobre hermana mia!

*Una risa débil y apagada llama su atencion: vuelve el rostro y ve á la condesa envuelta en una bata blanca, descuidado el cabello, y apoyada penosamente con una mano en el marco de la puerta de su cámara.)*

ESCENA IV.

DOÑA BLANCA—DOÑA LEONOR.

**LEO.** Pero. . . Blanca! ahí estás? . . . adónde, adónde  
 la planta llevas. . . .

**BLAN.** Me han dejado sola. . . .  
 Sola dije? . . . no. . . . no, me acompañaban  
 mis memorias, Leonor.

**LEO.** Ven, alma mia;  
 un momento descansa. . . . (Arde su frente! . . .)  
 (Sentándola en un sillón.)  
 Estás aquí mejor?

**BLAN.** Mejor? . . . Un poco. . . .  
 sí, sí. . . . mucho mejor, hay mas ambiente,  
 mas luz, mas alegría. . . . oh! . . . me sofoco  
 en mi oscuro retiro. . . . me marean  
 las sombras que hay en él. . . . cruzan y giran,  
 y ante mis ojos sin cesar voltean  
 y se alejan, y vuelven y suspiran. . . .  
 no lo dudes, suspiran! . . . á mi oído  
 en hilera infinita van llegando  
 y en pos una de otra suspirando,  
 murmuran con acento dolorido  
 misteriosas palabras que no entiendo. . . .  
 me asalta en la fatiga un parasismo. . . .  
 mas vuelvo á la razon. . . . y vuelven ellas  
 otra vez y otra vez. . . . siempre lo mismo!

**LEO.** Habrás soñado. . . .

**BLAN.** No. . . . no es esto sueño:  
 lo comprendo muy bien. . . . esto es la fiebre. . . .  
 esto, hermana, es morir! . . .

**LEO.** Ay Dios! Qué empuja el tuyo de afligirnos. . . esa idea aleja de tu mente, y piensa, hermana, en todo lo que el ánimo recrea.

**BLAN.** Que piense, dices. . . diligencia vana! y . . . en qué puedo pensar en tal momento! Ilusiones no hay ya. . . mi pensamiento se clava en la verdad. . . ante mis ojos la realidad severa se levanta, y solo el que mi vida se prolongue es ahora. . . y no mas, lo que me espanta.

**LEO.** No quiero que pronuncie mas tu labio esas palabras. . . Mira, Blanca mia, de tu salud, de tu salud hablemos. Cuando ya estés mejor, mas animada, saldremos de Madrid, y volveremos á los sitios de eterna primavera donde juntas crecimos. . . oh! qué hermosos estarán los jardines, la pradera. . . Te acuerdas de la fuente cristalina donde juntas mil veces nos miramos? del nido de la amante golondrina que escondido en la torre nos hallamos! de las coronas que en doblados hilos de jazmines ornaron nuestra frente á la sombra del bosque de los filis? . . . Te acuerdas, es verdad? . . .

**BLAN.** Confusamente. . . Como el vago recuerdo de una historia que en la primera edad nos refirieron, así vive ese Eden en mi memoria.

**LEO.** Con eso gozarás de la sorpresa al saludar de nuevo los lugares que ha tiempo que no ven á su condessa.

**BLAN.** Es muy tarde, muy tarde. . . todo aquello contemplado á la luz de la inocencia entónces era delicioso, bello; mas hoy para mis ojos no hay goces en la fuente cristalina. . . las galas del vergel serán abrojos. y allí. . . que iba yo á hacer? Tan solitario como aquí el corazon, desfallecido su generoso aliento perderia. . . Qué mas da?... no!... me quedo... ya cumplido mi destino fatal desde hoy contemplo... Oh!...la corte! la corte!... Aquí me alivian las horas de oracion. . .

**LEO.** Pues ven al templo.

**BLAN.** Al templo? Sí, Leonor. . . mas ve delante: vé sembrando de flores el camino que á mi sepulcro guia. . . tu semblante se nubla al escucharme? . . . no hagas caso... ni lo que digo sé, ni lo que quiero. . .

**LEO.** Pues bien, en mí te apoya, y paso á paso entremos juntas. . .

**BLAN.** No!... ve tú primero Sí, sí. . . primero tú. . . porque sin duda mis continuas plegarias ya cansaron al Eterno Hacedor. . .

**LEO.** Pues ven conmigo.

**BLAN.** Vé á pedirle por mí. . . sé intercesora de tu hermana infeliz. . . que yo te sigo. (Leonor besa á Blanca y entra en el oratorio.)



ESCENA V.

DOÑA BLANCA.

La bendicion celestial  
de esta manera aseguro,  
pues será el ruego mas puro  
en su boca angelical.  
Ella pide al Sumo Juez  
mientras doy yo fatigada  
á la tierra una mirada, . . .  
ay! la postrera tal vez.  
Mas, . . . qué es lo que te acomoda  
en ella ver? qué hallarás? . . .  
veo un hombre nada mas, . . .  
pero que la llena toda!

*(Desde este momento, va dando Blanca marcadas  
muestras de demencia.)*

Y ese hombre. . . sufre por mí: . . .  
y él de mí labio escuchó  
cuanto por él sufro yo. . .  
y huyó despues, . . . no yo fuí.  
El, . . . juró de amor muriendo,  
no volver aquí jamas;  
pero aunque no vuelva mas, . . .  
que importa, si le estoy viendo?  
Hace bien, . . . ya se alejó. . .  
pero vive para mí, . . .  
y por eso desde aquí  
nadie le ve mas que yo.  
Yo sola! . . . pero tambien, . . .  
y no fué en este aposento,  
habló. . . y con fatal acento

de su vida con desden. . .  
"Porque para esta ansiedad  
no queda mas que un remedio, . . .  
murmuró. . . poner por medio  
de los dos la eternidad. . .  
Ja! ja! . . . por amor morir! . . .  
y á la celeste morada  
cree que mi ardiente mirada  
no le habia de seguir? . . .  
Ya el alma mia no llora;  
verla dichosa logré, . . .  
por que siempre le veré  
como le estoy viendo ahora.

BALLESTA. *(Sale y dice.)*

El señor Don Luis Fajardo  
viene á hacer su despedida. *(Vase.)*

BLAN. Despedirse de la vida, . . .  
*(Incorporándose violentamente.)*  
Qué dices, hombre bastardo, . . .  
Fajardo! . . . ya no le veo. . .

*(Gira la vista como buscando un objeto, y aparece  
Don Luis en la puerta foro derecha, donde se de-  
tiene un breve instante. Viste el traje de guerra,  
pero sin coraza. Al verlo Doña Blanca se cal-  
ma instantáneamente, pero continúa en su esta-  
do de insensatez.)*

ESCENA VI.

DOÑA BLANCA—D. LUIS.

LUIS. *(Cielos! . . . la condesa aquí! . . .)*

BLAN. Dónde está. . . *(Reparando en él.)*  
Va! . . . si está allí . . .

quiso burlar mi deseo.

(A Don Luis.)

Tan pronto aquí, como allá  
os poneis? . . . eso no es justo,  
y ved que me da disgusto.

Dónde estabais, mas acá.

**LUIS.** (Adelantándose.)

(Dónde estaba? . . .)

**BLAN.** Mas adentro. . . .

Pero ha cambiado de trage. . . .

no es de guerra ese ropage?

**LUIS.** (Ah! y en qué estado la encuentro!)

**BLAN.** Ya que os veo. . . . quiero oir

vuestra voz. . . . no me direis

dónde vais, qué pretendéis? . . .

**LUIS.** Condesa. . . . voy á salir. . . .

**BLAN.** Y cuándo? . . .

**LUIS.** En breve será;

á nuevas conquistas parto. . . .

**BLAN.** A conquistar váis? . . . pues harto

no habeis conquistado ya!

**LUIS.** Algunos pueblos cayeron

bajo el peso de mi espada. . . .

mas para el alma, de nada

las conquistas me sirvieron.

**BLAN.** Y á conquistar, dónde ahora?

**LUIS.** Al Africa. . . .

**BLAN.** Qué locura!

no es esa una tierra impura

que á todos mata y devora? . . .

Yo. . . . yo recuerdo. . . . yo oí

hablar de ello con afan. . . .

no es cierto que los que van

se suelen quedar allí?

**LUIS.** No penseis, señora. . . .

**BLAN.** Oh! no,

no ireis vos, no, por mi fe.

**LUIS.** (Que esto escuche! . . .)

**BLAN.** No!

**LUIS.** Y por qué? . . .

**BLAN.** Porque no lo quiero yo.

**LUIS.** (Valor y constancia mia! . . .

no dejeis mi corazon. . . .

que en vos en esta ocasion

Don Luis su nobleza fia.)

Condesa. . . . estais por demas

agitada. . . . llamaré

si permitis. . . .

**BLAN.** Para qué? . . .

mejor no estuve jamas.

Ver la gente me disgusta. . . .

los que hoy á mi lado giran

me miran tanto. . . . me miran

con faz tan triste y adusta. . . .

Callad! . . . no llameis por Dios!

no quiero, aunque os empeñeis,

ver á nadie. . . . lo entendéis? . . .

á nadie, no mas que á vos.

**LUIS.** Blanca! . . . lo que estais diciendo

comprendéis? . . .

**BLAN.** Oh! sí, muy bien.

**LUIS.** Y me conoceis!

**BLAN.** Tambien.

**LUIS.** (Su acento me está diciendo

la mas horrible verdad!

tan combatida pasion

ha turbado la razon

de la mas pura beldad.)

BLAN. Qué sentís. . . . padecéis mucho? . . .  
lo que digo no os agrada?

LUIS. El alma tengo abrasada  
con lo que ahora os escucho.  
Si mi inteligencia Dios  
tambien hubiera turbado. . . .  
envidia tengo al estado  
en que os encuentro hoy á vos.

BLAN. Por qué en él no estais? . . .

LUIS. No sé . . .

porque mi sino fatal  
me puso entre el bien y el mal. . . .  
y en fin, señora, porque  
de mi mente no se aparta  
el lugar do nos hallamos. . . .

BLAN. Pues dónde. . . .

LUIS. En la casa estamos  
del conde de Santa Marta!

BLAN. *(Apoyando rápidamente las manos sobre  
el corazon.)*

Ah!! . . . qué oí. . . . Dios de bondad! . . .  
con que cuando yo creía  
veros en mi fantasía. . . .  
era ilusión. . . . es verdad!  
Erais vos. . . . vos que, hasta aquí  
á despediros entráis. . . .  
sí, ¿por qué al Africa vais  
á haceros matar allí?

LUIS. Blanca!

*(Haciendo un esfuerzo para reunir sus ideas, y  
con mucha ternura y desfallecimiento.)*

BLAN. Fajardo. . . . no sé  
quién mi razon ha alumbrado, . . .  
tal vez habré pronunciado

palabras. . . . que no pensé. . . .  
Mas lo que dijo mi boca. . . .  
desmiente mi corazon,  
porque. . . . tened compasion,  
marques, de una pobre loca!

*(Con mucha languidez.)*

Llorais! . . . tambien yo. . . . partid. . . .  
que á ser tan feliz llegueis,  
como quiero y mereceis. . . .  
pero léjos de Madrid.

Léjos, sí. . . . porque os lo fio;  
esta será en nuestra vida  
la postrera despedida. . . .

*(Dirigiéndose al oratorio con pasos vacilantes, dt-  
ce con voz dolorida.)*

Ay. . . . para siempre!! *(Entra en el ora-  
torio.)*

LUIS. Dios miol

Es esto ya por demas! . . .  
y dejarla puedo así. . . .

Oh! . . . no se apiadan de mí  
los cielos. . . .

*(Da resueltamente algunos pasos hácia el oratorio;  
pero ántes de llegar á él, sale el conde por la  
puerta foro izquierda, y se le interpone.)*

ESCENA VII.

DON LUIS—EL CONDE.

COND. Atrás! . . . atrás!

LUIS. Atrás á mí! . . . quién sois vos!

COND. Quien mata vuestros deseos.

LUIS. Apartaos!

COND. (*Tirando de la espada.*)

No! . . . defendeos! . . .

LUIS. (*Sacando la suya.*)

La muerte! si. . .

LEO. (*Dentro del oratorio.*)

Ay!!

COND. (*Riñendo.*) A los dos.

nos trague la eternidad!

(*Leonor sale despavorida del oratorio, y dice con voz enérgica y solemne.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR—D. LUIS—EL CONDE.

LEO. Tened! . . . tened los aceros. . .  
de rodillas, caballeros!

al pié de la cruz. . . mirad!! . . .

(*Levanta el tapiz, y á la débil luz de las lámparas del oratorio, se ve á Blanca exánime y abrazada al pié de una cruz grande colocada sobre una gradería.*)

LUIS. Qué miro!!

COND. Muerta!

LEO. Sí.

COND. (*Entrando en el oratorio; cae el tapiz.*)  
Cielos!

ESCENA ULTIMA.

DOÑA LEONOR—DON LUIS.

LUIS. Leonor. . . dime. . . no has mentado. . .

LEO. Inmaculada ha subido  
á la mansion del consuelo.

LUIS. (*Queriendo entrar en el oratorio.*)  
Déjame!

LEO. (*Deteniéndole.*)

No! . . . no será. . .

su cuerpo. . . miradlo vos. . .

está en la casa de Dios,

su alma en el cielo está!

Ella os amó con delirio,

mas fué tan pura, señor. . .

que ha conquistado su amor

la corona del martirio.

Premió la suma bondad

su clara y limpia virtud,

dándole eterna quietud. . .

Su memoria respetad!

Luis. Oh! . . . nada me resta. . . nada!

LEO. La gloria, marques, la gloria,

y de Blanca la memoria.

Luis. Ella aquí siempre grabada

estará. . . de mi destino

prenda de lágrimas. . . ella

será la brillante estrella

que me alumbre en mi camino.

Suframos, pues, y acatemos

del cielo la eterna ley:

suframos. . . y por el rey  
y por la patria lidiemos;  
que cuando abatido esté  
mi nunca domado aliento,  
y de arrojo y ardimiento  
muestras mi brazo no dé,  
ella. . . luz del corazón!  
allá en la celeste altura,  
será el ángel de ventura  
que alcance mi salvación.

FIN DEL DRAMA.

HBBBIB

# FRANCISCO DE QUEVEDO.



## DRAMA EN CUATRO ACTOS,

ORIGINAL

DE D. EULOGIO FLORENTINO SANZ.

Yo soy aquel mortal que por su llanto  
Fué conocido mas que por su nombre  
Ni por su dulce canto.

QUEVEDO, *Musa VII.*

MEXICO.

IMPRESA DE JUAN REMIGIO NAVARRO,

Calle de Chiquis número 6.

1850.



## PERSONAJES.

D. FRANCISCO DE QUEVEDO.—MARGARITA DE SA-  
BOYA.—LA REINA.—EL CODE-DUQUE DE OLI-  
VARES.—DOÑA INES.—D. JUAN DE CASTILLA.—  
D. PABLO MENDAÑA.—MEDINA.—EL MARQUES  
DE LA GRANA.—UN CAPITAN.—UN ALCALDE DE  
CASA Y CORTÉ.—UN UGIER.

*Ronda de capa, guardias, damas, meninas, ca-  
balleros, pages &c.*

La escena en Madrid, año de 1643.

## ACTO PRIMERO.

*Noche.—Una plazuela que se supone ser la de San  
Martín, conforme estaba en la época del drama.  
A la izquierda, en primer término, la fachada y  
gradería del templo; en segundo, una calle, y  
otra en el fondo, que parte casi en la misma di-  
rección. A la derecha, en segundo término, otra  
calle que cae en frente de la de la izquierda; en  
primero, una casa con puerta y balcón practi-  
cables, y delante de la casa una imagen en su  
nicho sobre la pared, alumbrada por un faroli-  
llo, única luz que hay en la escena.*



ESCENA I.

MENDAÑA, CASTILLA, GRANA, que al levantarse el telon aparecen mirando con curiosidad á varias damas, que á su espalda se dirigen hácia el templo, todas con el velo levantado. Con las damas se verán tambien algunos caballeros.

CAST. ¡Todas sin manto!

MEND. Mejor.

CAST. No digais eso, Mendaña; siempre el manto fué en España. . . .

MEND. Tapa-enredijos de amor.

GRAN. Si ántes fueron permitidos los velos. . . .

CAST. Sigán como ántes para bien de los amantes. . .

MEND. Para mal de los maridos.

GRAN. Vos, por lo visto, Don Pablo, dado sois al matrimonio.

MEND. No diré que no.

CAST. ¡Demonio!

MEND. Ni diré que sí.

CAST. ¡Pues, diablo! . . .

CAST. Direis. . . ¡qué sé yo!

MEND. Quien forme otros juicios mucho yerra; que el fin y al cabo, en la tierra Todo es. . . segun y conforme.

GRAN. ¡Ah! ya. . .

CAST. No os entiendo auu.

MEND. Todo en el mundo es mejor.

GRAN. ¡Todo, decís?

MEND. Sí, señor; todo, conforme y segun.

GRAN. De lo que decís infiero. . . .

MEND. Que es mejor vivir casado.

CAST. Mas yo en limpio habré sacado. . . .

MEND. Que es mejor vivir soltero.

GRAN. ¡Gran sentencial!

CAST. ¡Gran sandez!

GRAN. Tal razon me deja mudo. Siendo viudo. . . .

MEND. ¡Ah! para el viudo lo mejor es la viudez. (Riéndose.) ¡Profunda filosofial! . . .

GRAN. Por profunda y verdadera es mejor. . . que otra cualquiera.

MEND. Si la cede en mejoría.

CAST. ¡Es verdad!

MEND. Teneis razon,

CAST. ¡Voto á veinticinco santos! pero volviendo á los mantos, que es aqui nuestra cuestion. . . .

GRAN. Nadie á comprenderlo acierta. Cual si fuesen á sus bodas, andan hoy las damas todas con la cara descubierta.

MEND. Es que el rey lo manda así.

CAST. Mas ¡por qué lo manda el rey!

MEND. Yo no interpreto su ley

CAST. Corren voces por ahí. . . . Lo diré pronto y clarito. Esa injusta ley. . . .

MEND. ¡Prudencial!

CAST. Su magestad. . . .

CAST. Su Escelencia.  
 MEND. Díola el rey. . . .  
 CAST. No, el favorito.  
 MEND. Es el propio, segun creo.  
 CAST. Sí. . . . Olivares. . . .  
 MEND. ¡Gran señor!  
 CAST. Pues; os proteje. . . .  
 MEND. Mejor.  
 CAST. Ese sí que es mejoreo.  
 Pero, volviendo á Olivares;  
 él, que al soberano engaña,  
 le arrancó ley tan estraña  
 por fines particulares.  
 MEND. Es un falso testimonio.  
 CAST. No; tan ridicula ley. . . .  
 MEND. Díola en servicio del rey.  
 CAST. O en servicio del demonio.  
 No conspiran las tapadas;  
 y es esa ley singular. . . .  
 MEND. (Con calor.) La mejor. . . . para evitar  
 enredos y cuchilladas.  
 CAST. (Colérico.) ¡Vive Dios! . . .

ESCENA II.

Dichos, QUEVEDO.

QUEV. (Entrando por la derecha.) Paz, caballeros,  
 No haya duelo ni quebranto,  
 ni en noche de Juéves Santo  
 se ensangrienten los aceros.  
 GRAN. ¡Noble cisne de Madrid!  
 QUEV. ¡Cisne pues! . . . El de Guzman  
 dice que soy alcotan.

GRAN. ¡Oh! venid acá, venid.  
 ¡Qué hay de nuevo por la corte!  
 QUEV. ¡Por Madrid?  
 GRAN. No; por palacio.  
 QUEV. No sé nada.  
 GRAN. ¡Qué rehacio!  
 QUEV. Nada que á nadie le importe.  
 Pero cuando aquí llegué,  
 percibí en frases cortadas  
 no sé qué de cuchilladas. . . .  
 CAST. ¡Conque oísteis? . . .  
 QUEV. No sé qué.  
 GRAN. Eran Castilla y Mendaña  
 disputando con calor  
 que esa ley. . . .  
 MEND. Es la mejor.  
 CAST. La peor que hubo en España.  
 QUEV. Cómo! ¡Hablais sobre los mantos! . . .  
 Eso es andar por las ramas.  
 CAST. Tal rigor contra las damas. . . .  
 QUEV. Nos descubre sus encantos.  
 No os pareis en frioleras.  
 Tal negocio no es de rey  
 ni de ministro. . . . Esa ley  
 es cuestion de costureras.  
 Leyes de tan ruin valia  
 no son de gobierno á fe,  
 son leyes no mas. . . .  
 CAST. ¡De qué?  
 QUEV. Leyes de. . . guarda-ropía.  
 GRAN. ¡Bien dicho, bien. . . . Pero ya  
 ruido en el templo se siente:  
 las tinieblas. . . .  
 MEND. Ciertamente.

Vamos, señores, allá.

QUEV. Vamos, pues.

CAST. (Apvrite.) Quevedo, oid.

ESCENA III.

QUEVEDO, y CASTILLA que le detiene cuando se dirige al templo.

QUEV. ¿Que es lo que tanto os agita?

CAST. ¡Oh! la infanta Margarita vino ayer tarde á Madrid.

QUEV. Pero entonces ¿dónde está? En palacio, no.

CAST. Lo sé.

Donde Olivares esté, nunca la infanta cabrá.

QUEV. Mas ¿quién vino en su compañía?

CAST. Sola de Ocaña se huyó; y ¿sabeis por qué? . . . Por no morirse de hambre en Ocaña.

QUEV. ¿Es imposible.

CAST. ¡Por Cristo! . . .

Yo os juro que vino ayer, y que entró al anochecer, y que mis ojos lo han visto.

QUEV. Equivocacion, D. Juan.

CAST. Yo sé bien que se halla aquí; pero tengo para mí que otros tambien lo sabrán. Olivares vive alerta; teme que aborten sus tramas. . . .

Tal vez. . . . ¿Quién sabe! . . . Hoy las da-  
(Con intención.) (mas

van con la faz descubierta.

(Entra en el templo.)

ESCENA IV.

QUEVEDO.

Ella es sin duda. . . . Castilla dice que se huyó de Ocaña. . . .—

Cierto; ayer entró en la corte, y hoy me dirige esta carta.

Diómela con tal misterio aquel hombre de la capa. . . .

Ni se descubrió el embozo, ni me dijo una palabra.

De ella es sin duda. . . .—imposible.

No; la duquesa de Mantua,

del gran Felipe Segundo nieta; del rey prima hermana,

la que en Portugal vireina

fué tambien; la ilustre infanta

Margarita de Saboya. . . .

No, nó puede ser la dama que me escribe. . . . Sin embargo. . . .

ella es hoy bien desgraciada. . . .

—Y aun así, yo. . . . ¿qué podría para endulzar su desgracia?

El pensarlo fué quimera. . . .

Mas ¿de quien es esta carta?

¿De quién? . . . Cuanto mas la leo,

Ménos mi mente lo alcanza.

(Leyendo á la luz del farol.) “Una dama ilustre,  
 “ á quien vos conoceis, y que os estima en mucho,  
 “ ha menester hablaros esta misma noche. Estad  
 “ en San Martín, y la veréis al fin de las tinieblas.  
 “ A pesar de la prohibicion de los velos, irá rebo-  
 “ zada y encubierta, porque la importa no ser de  
 “ nadie conocida, y porque vos la conozeais. Su  
 “ nombre os lo dirá ella misma. Adios.”

Su nombre. . . . su nombre. . . . Cierto. . . .

Margarita. . . . Si, la infanta. . . .

¡Ella en Madrid!—¡Oh! Castilla  
 dice que se huyó de Ocaña. . . .

Sí. . . . ya sabrá el conde-duque  
 su venida. . . . y para hallarla

mandó que desde hoy sin velo  
 anden por Madrid las damas. . . .

¡Cuánto la aborrece ese hombre! . . .

(Mira la carta.)

ESCENA V.

QUEVEDO, y MENDAÑA que sale del templo.

MEND. Quevedo. . . . ¡Mas, calla, calla!  
 ¡Componéis versos? . . . ¡Por vida! . . .  
 Vamos, ya entiendo. . . . ¡Una sátira!  
 ¡Ah, mejor, mejor!

QUEV. (Imbécil.)

MEND. Llenos estarán de gracia  
 picante. . . . Vamos, leedme. . . .

QUEV. ¡No me buscábais, Mendaña?

MEND. Ciertamente: las tinieblas  
 dieron principio; y la Grana,

Castilla y demas amigos,  
 notando vuesrra tardanza. . . .

QUEV. Vamos, pues.

MEND. Sí; mas primero

leedme. . . .

QUEV. Ved que me aguardan.

MEND. Bien; pero despues. . . .

QUEV. Despues. . . .

(Dirigiéndose al templo y con conviccion.)

(Es la duquesa de Mantua.)

ESCENA VI.

OLIVARES, que ha estado en la esquina de la dere-  
 cha y con el embozo á la cara durante la escena  
 anterior; despues MEDINA.

OLIV. Gracias á Dios que me dejan  
 libre un momento la plaza.

(Llamando á la casa de la derecha.)

Medina.

MED. (Saltando.) ¡Señor!

OLIV. La hora

llega.

MED. La espero con ansia.

OLIV. ¿Los has conocido?

MED. A todos.

OLIV. ¿Qué hablaron?

MED. Con la distancia

no he conseguido cazarles  
 ni siquiera una palabra.

OLIV. Bien; poco importa.—Quevedo. . . .

MED. Leyendo estuvo la carta.

OLIV. ¿Será la misma?

MED.

Sin duda.

No habrá conocido nada.  
Luego que vos la leisteis,  
volvi de nuevo á cerrarla,  
y al punto se la entregaron  
como si estuviese intacta.

¡Oh! Con tan buenos espías. . . .  
No hay que interceptar las cartas,  
cuando el mismo que las lleva  
se encarga de interceptarlas.

OLIV.

Está bien. Cuando del templo  
la dama del manto salga. . . .  
Ya lo sabes. . . .

MED.

Ciertamente.

Mas si alguno la acompaña. . . .  
La sigues y. . . .

OLIV.

Ya, ya entiendo:  
en cualquier calle escusada. . . .

MED.

Discrecion y mano firme.  
Podeis rezar por su alma.

OLIV.

Golpe seguro.

MED.

Seguro

lo llevó Villamediana.

OLIV.

Pero aun pudo en su agonía  
escribir cuatro palabras  
con su propia sangre, y pudo  
perdernos.

MED.

Pero, á Dios gracias,  
el escrito á vuestras manos  
fué derecho y. . . .

OLIV.

No fué mala  
suerte el que yo aquella noche  
con un alcalde rondara,  
cuando se halló su cadáver

tendido junto á las tapias,  
cerrando el papel sangriento  
entre sus manos crispadas.  
Pero nunca me habeis dicho  
lo que en el Villamediana  
escribió al morir.

MED.

Medina,

OLIV.

eso ya no importa nada.  
Lo que importa es que esta noche  
no escriba tambien la dama. . . .  
No dirá Jesus.

MED.

Confio. . . .

OLIV.

Podeis tener confianza.

MED.

Pues á palacio en seguida;  
mira que aguardo con ansia.

OLIV.

Grande es sin duda el servicio.

MED.

No será menor la paga.

OLIV.

(Medina, á una seña de Olivares, saluda y entra  
en la casa.)

ESCENA VII.

OLIVARES.

OLIV.

¡Dura pension del poder! . . .  
¡Oh! luchar. . . ¡siempre luchar! . . .  
¡Enemigos por do quier! . . .  
Mas no es fácil sorprender  
á quien se empeña en velar.  
Fú con tu ardid estás hoy,  
noble duquesa, en Madrid;  
pero yo tambien lo estoy,  
y han de luchar por quien soy,  
el ardid contra el ardid.

Quisiste, al dejar á Ocaña,  
 decir al rey, por mi mal:  
 "Miente Olivares. . . ¡Te engaña!  
 Por su culpa, el rey de España  
 no es ya rey de Portugal."  
 ¡Débil, incauta muger! . . .  
 vanos tus intentos son;  
 y muy pronto hemos de ver  
 si me arrancas el poder  
 ó te arranco el corazon. *(Se dirige al fondo.)*

ESCENA VIII.

OLIVARES, MARGARITA por el fondo y con el velo  
 echado.

MARG. Ah!  
*(Como con susto al encontrarse con Olivares.)*

OLIV. Señora, perdonad. *(Dejándola paso.)*  
 ¡Con velo! . . . Es ella.)

MARG. Id con Dios.

OLIV. Yo me holgara de ir con vos.

MARG. Pláceme la soledad.

OLIV. Débeos ser muy halagüeña  
 esa soledad, señora,  
 cuando por aquí á tal hora  
 vais sin rodrigon ni dueña.  
 Mas, ya entiendo; alguna cita. . .

MARG. Adios, que se me hace tarde.

OLIV. Un momento.

MARG. Dios os guarde.  
*(Se dirige al templo.)*

OLIV. *(Despues de un momento.)*  
 ¡Oh, qué idea! ¡Margarita!

*(Margarita que empieza á subir las gradas, vuelve  
 al punto la cabeza.)*

Bien; acerté vuestro nombre.

MARG. ¡Gran Dios!

OLIV. ¡Vais á San Martin!

Ya dan las tinieblas fin.

No váyais.

MARG. ¡Quién es este hombre?

*(Dando algunos pasos hácia Olivares.)*

OLIV. *(Adelantándose.)* ¡Os habeis quedado muda?

MARG. ¡Quién sois vos?

OLIV. Nada os importe:

soy. . . un cualquiera en la corte.

MARG. Conoceis! . . .

OLIV. Sí, á cierta viuda

conocida en toda España,

que en secreto. . .

MARG. Proseguid. *(Con turbacion.)*

OLIV. Vino ayer tarde á Madrid.

MARG. ¡Desde dónde?

OLIV. Desde Ocaña.

MARG. ¡Gran Dios! ¡Soy perdida!

OLIV. ¡Oh! ¡Cuánto,

cuánto en su angustia me gozo!

MARG. Echad abajo el embozo. *(Con imperio.)*

OLIV. Cuando echeis atrás el manto.

MARG. ¡Y os atreveis! . . .

OLIV. Damas mil

van hoy sin velo; es de ley:

ved que lo ha mandado el rey.

MARG. ¡Sois por ventura alguacil? *(Con ironía.)*

OLIV. Soy, señora, un poco mas;

un hombre que ve y observa,  
que siente crecer la yerba;  
soy. . . .

MARG.

¡El mismo Satanás!

OLIV.

Bien decís. *(Riéndose.)*

MARG.

*(El es. . . . ¡Ay Dios!*

¡Quién otro pudiera. . . . quién!)

Hidalgo, os conozco bien.

OLIV.

Bien os conozco yo á vos

MARG.

Causa sois de mis pesares. . . .

OLIV.

Mi nombre. . . .

MARG.

¡Nombre maldito!

Os llamais. . . . el favorito. . . . *(Con desprecio.)*

OLIV.

Conde-duque de Olivares. *(Desembozándose.)*

MARG.

*(No me engañe. . . . ¡Siempre ese hombre!)*

OLIV.

Algo suspensa os dejó  
mi nombre.

MARG.

*(Me insulta, ¡oh! . . .)*

Yo desprecio vuestro nombre.

OLIV.

Nadie le humilló en el mundo;  
nombre es que España respeta. . . .  
Quién no teme? . . .

MARG.

¡Yo! . . . La nieta

del gran Felipe Segundo.

*(Descubriéndose con arrogancia.)*

OLIV.

Dama de la sangre real, *(Saludándola con  
que altas prendas atesora: ironía.*  
por el rey gobernadora  
del reino de Portugal.

MARG.

Algun día. . . . — Ya hace meses, *(Con  
amargura.)*

que el rey, mi primo y señor,

no tiene gobernador  
en dominios portugueses.  
Allí fuimos soberanos;  
mas gracias á vos, despues  
ese reino portugues  
se nos fué de entre las manos.  
¡Y por eso Margarita  
sufre tantas penas hoy! . . .

OLIV.

*(Como esquivando la conversacion.)*

¡Vais al templo!

MARG.

Al templo voy:  
tengo en el templo una cita.

OLIV.

¡En el mismo templo? . . . A fe. . . .

MARG.

Fuera de casa ó del templo,  
mal segura me contemplo.

*(Con gran intencion.)*

y adivinad vos por qué.

OLIV.

*(Si yo pudiese obligarla  
á volverse desde aquí  
á Ocaña otra vez. . . . Si, sí. . . .  
¡Qué interes tengo en matarla?)*

MARG.

*(Qué estará tramando ahora?)*

OLIV.

*(Así triunfo y no asesino.)*

Habeis hecho. . . . un desatino:

volved á Ocaña, señora.

MARG.

Conde-duque, delirais.

OLIV.

Yo por vuestro bien lo anheo.

MARG.

¡Por mi bien! . . . ¡No hay en el cielo  
rayos de Dios!

OLIV.

¡Qué intentais!

MARG.

Ver al rey de cualquier modo.

OLIV.

No lo lograreis acaso.

MARG.

*(Con altivez.)* Quién ha de cerrarme el paso!

OLIV. (Con frialdad.) Yo, que aquí lo puedo todo.

MARG. Todo!... (Con amargura.) Por eso, por eso tanto en Ocaña he sufrido, que soportar no he podido de mi desventura el peso. Ved estos párpados rojos de llorar. . . . ¡Os dan espanto! . . .

Es que han vertido por llanto gotas de sangre mis ojos. Sola en Ocaña ¡ay de mí! faltóme en tan negro afán hasta un pedazo de pan! . . . (Con desesperacion.) ¡Oh! ¡Tuve hambre!

OLIV. ¡Vos! . . .  
MARG. Sí, sí,

¡hombre sin Dios y sin ley! . . .  
¡Fui de convento en convento mendigando mi sustento! . . .

OLIV. ¡Vos! . . .

MARG. ¡Yo! . . . ¡La prima del rey!!!

OLIV. Yo ignoraba. . . De hoy en mas os juro. . . Tomad un coche. . . Idos á Ocaña esta noche. . .

MARG. A palacio iré quizás.

OLIV. Duquesa, volved á Ocaña: ya entraréis, cuando haya espacio, como entrar debe en palacio toda una infanta de España.

MARG. Si no me abandona Dios, entraré mañana. . . ¡Oh! sí. . . Pronto el rey sabrá por mí. . .

OLIV. Nada el rey sabrá por vos. . .

MARG. Sabrá por culpa de quien no es ya suyo el Portugal.

OLIV. Vos. . . le gobernásteis mal. . .

MARG. Y vos. . . le perdisteis bien. (Con amarga sonrisa.)

OLIV. Pero. . .

MARG. Basta ya. Cobarde sois, aunque diestro adalid. Hoy comien za nuestra lid. . . . ¡Nunca para el bien fué tarde!

OLIV. Soy poderoso enemigo.

MARG. ¡No siempre triunfó el poder!

OLIV. Sois una débil muger.

MARG. ¡Dios combatirá conmigo!!!

OLIV. Es muy desigual el duelo.

MARG. (Con orgullo.) ¡Desigual!

OLIV. Yo en esta guerra soy. . . . el poder de la tierra,

MARG. Yo la venganza del cielo.

(Con solemnidad y dirigiéndose al templo.)

OLIV. Pues que nadie os acompaña, mi mano aceptad ahora.

MARG. Sois. . . muy galan.

OLIV. Soy, señora, español.

MARG. Judas de España. (Subiendo.)

OLIV. Si no lo habeis por enojo, (Queriendo asirla la mano.) mi mano hasta arriba. . . .

MARG. Ah! No! . . . (Desviando la mano con altivez y desprecio.)

OLIV. ¡Quién ha de serviros? (Insistiendo.)





ESCENA IX.

MARGARITA, OLIVARES, QUEVEDO.

QUEV. Yo.  
*(Apareciendo entre las columnas y dando la mano á Margarita.)*

MARG. Gracias. *(A Quevedo con dulzura.)*

OLIV. *(Embozándose.)* (El es. . . ¡Qué sonrojo!)  
 Con gusto la mano os dan,  
*(Margarita sube las gradas. El conde-duque permanece abajo.)*  
 Don Francisco de Quevedo.

QUEV. Decir lo propio no puedo  
 yo á Don Gaspar de Guzman.

OLIV. Jamas competi con vos:  
 vuestro ingenio y vuestra fama. . . .

QUEV. Ved que me espera esta dama.

OLIV. No os detengo.

QUEV. Adios.

OLIV. *(Dirigese al centro de la plaza.)* Adios.

QUEV. *(En el atrio.)* Qué anhelaís en tanto apuro!

MARG. Ver al rey.

QUEV. No encuentre modo. . . .

MARG. *(Con desesperacion.)* ¡Oh!

QUEV. Mas le veréis con todo;  
 por mi salvacion lo juro!  
*(Conducéla al interior del templo.)*

OLIV. Quien no convence, asesina.  
 No quiso á Ocaña volver. . . .  
 Hicé cuanto pude hacer.  
 Lo demas lo hará Medina.

ESCENA X.

OLIVARES y MEDINA, que aparece á la puerta de la casa á tiempo que aquel se dirige á paso largo á la calle del fondo.

MED. *(En voz baja.)* ¡Conde-duque!

OLIV. ¡Y bien! *(Volviéndose.)*

MED. Lo siento;  
 mas no la mato, señor.

OLIV. ¡Pues no dijiste, traidor! . . .

MED. De lo dicho me arrepiento.

OLIV. ¡Y qué causa? . . .

MED. No os asombre.  
 Cuanto hablásteis escuché:  
 de la dama el nombre sé,  
 y está muy alto su nombre.  
 ¡Qué te importa?

OLIV. ¡Friolera!

MED. Su nombre, pardiez, me espanta;  
 no se asesina á una infanta  
 como á una muger cualquiera.

OLIV. Ya. . . comprendo. Cosa es clara:  
 si es que ha de ser bien vendida,  
 cuanto mas valga una vida  
 debe venderse mas cara. . . .  
 Golpes das á mi tesoro  
 que han de ogotarle quizás;  
 pero, en fin. . . pues quieres mas  
 oro. . . te daré mas oro.

MED. No, no es oro lo que quiero.

OLIV. De escucharte me confundo.

MED. Es que . . . no todo en el mundo se paga con el dinero.

OLIV. Tambien te colmé de honores. En palacio, como iguales, te hablan damas principales y principales señores.

Mira bien si bien te pago: del polvo te alcé á la altura, y hoy tu condicion oscura tapa esa cruz de Santiago.

(Señalando la capa de Medina.)

MED. No niego vuestra largueza.

OLIV. Pues á servirme; es tu oficio.

MED. Es que exigís un servicio en que arriesgo la cabeza.

OLIV. ¡Por mi vida! . . . Esa traicion.

MED. Os equivocais á fe; yo á la infanta mataré. . . . mas con una condicion.

OLIV. Condicion? . . . Nunca recibo. . . .

MED. ¡Sin ella. . . por Lucifer, que no mato á esa muger aunque me desuellen vivo!

OLIV. (El infierno se desata contra mí esta noche!)

MED. En fin. . .

OLIV. (Alma cobarde y ruin!) Dí tu condicion. . . y mata!

MED. Para mi seguridad he escrito arriba un papel: falta vuestra firma en él; este es el papel, firmad.

OLIV. ¡Qué dice!

MED. Oid. (Acercándose al farol.)

OLIV. (Negra suerte!)

Ya la tardanza me irrita.

MED. "A la infanta Margarita (Leyendo.) darás hoy mismo la muerte."

OLIV. ¡Vive Dios! (Colérico.)

MED. Firmad y mato. (Con frialdad.)

OLIV. (Maldito seas amen!)

Nunca! . . . A ese precio. . .

MED. Está bien:

otro lo hará mas barato.

(Embozándose y en actitud de marchar.)

OLIV. Traidor. . . ¿te vas? . . .

MED. Ya mi hazaña

es inútil, y me voy.

OLIV. (Oh! ¡Si ella no muere hoy todo lo pierdo mañana!)

MED. Resolved.

OLIV. Oye, Medina. (Preocupado.)

(Yo voy á perder el juicio.)

Aunque es duro el sacrificio. . . .

¡Fuerza es conjurar mi ruina!

MED. Pues firmad.

OLIV. Dame el papel.

(Dáselo Medina.)

¡Oh, su contacto me abrasa!

MED. Entrad, pues, en esa casa.

OLIV. (No hay medio! . . . ¡Trance cruel!)

(Dirigiéndose á la casa.)

MED. Luz os tengo en el portal

y recado de escribir:

conque. . . .

OLIV. (Entra.) (¡Tal mengua snfrir! . . .)

MED. (Despues de una pausa.)

No va el asunto muy mal.

Conde-duque, ello por ello.

Ya somos quién para quién.

*(Olivares sale y alarga el papel á Medina con señales de repugnancia y sin mirarle siquiera.)*

MED. *(Acercándose al farol y leyendo.)*

“Olivares.”—Está bien,

*(Tiene su firma y su sello.)*

*(Hecha el aliento al papel.)*

OLIV. *(Con amarga sonrisa.)*

Cuida bien que no se borre.

MED. Pues ya que os hice firmar. . . .

OLIV. *(Con ferocidad.)* Falta solo. . . .

MED. *(Interrumpiéndole.)*

Pues; matar:

y eso de mi cuenta corre.

OLIV. ¡En parte segura!

MED. ¡Oh! sí.

OLIV. ¡Todo el puñal!

MED. Eso es.

OLIV. ¡Librame de ella!

*(Marchándose y con una mirada terrible.)*

*(Despues*

yo me libraré de tí.)

*(Vase por la calle del fondo.)*

ESCENA XI

MEDINA, despues QUEVEDO.

MED. Ya te tengo bien seguro.  
Partes el crimen conmigo. . . .  
Partiré el poder contigo,  
por mi puñal te lo juro.  
Nuestra horrible comunion  
hoy con sangre he de sellar. . . .

¡Quiero mi ambicion saciar,

y alas diste á mi ambicion! . . .

Pues bien. . . —Allí se ve un bulto.

*(Mirando al templo.)*

Ya sin duda en San Martin

dieron las tinieblas fin.

Debo mantenerme oculto.

*(Se oculta en la izquierda.)*

QUEV. *(Baja las gradas con preocupacion.)*

En palacio á la duquesa

por mi fe de caballero

prometí poner. . . Bien; pero

¡Como cumplir mi promesa?

Con audacia. . . —¡Desatino!—

Por ardid. . . ese Guzman

es tan cauteloso y tan. . . .

—Dios me enseñará camino.

—Con fuertes contrarios lucho. . . .

Pueden y. . . —¡Tambien yo puedo!

—¡Quién me auxilia ¡Quién!—¡Quevedo!

Si. . . sí. . . .

*(Tocándose la frente y el pecho.)*

¡Los dos podeis mucho!

¡Grande el pensamiento aquí,

y aquí grande el corazon,

armas de victoria son. . . .

venzo de seguro. . . sí!

—Tal vez no! . . . —¡Sí!—No. . . comienzo

á dudar. . . —¡No! . . . ¡venceré!

—¡Cómo! . . . Cómo! . . . —No lo sé;

pero. . . De seguro venzo!

*(Pausa.)*

La duquesa en su posada

me citó para las diez. . . .

Ya encontraremos tal vez  
puertas que la den entrada.  
¡Por Dios! De cualquier modo,  
la ha de ver su magestad. . . .  
Pero ántes debo. . . . Es verdad;  
debe calcularse todo.

*(Vase por el fondo despues de dirigir una mirada  
á las puertas del templo.)*

MED. *(Observándole.)* El es, y se aleja: bien.  
Gente sale. *(Vuelve á esconderse.)*

ESCENA XII.

MEDINA *(oculto.)* MENDAÑA, CASTILLA y GRANA  
*saliendo del templo.*

MEND. Pues señor.

si á palacio vais, mejor:  
yo á palacio voy tambien.

GRAN. ¡Y Quevedo! . . . En algun lance. . . .

MEND. Como está tambien abierta,  
sin duda por la otra puerta  
fuese, detras de un romance.

GRAN. Por allí las damas van.

MEND. Mejor, si se fué tras ellas.

GRAN. Húbolas, á fe, muy bellas.

MEND. Mejor sin el manto están.

GRAN. *(A Castilla.)* Triste andais vos.

CAST. Sí, un acceso. . .

MEND. Nunca os encontré tan lacio.

CAST. *(De mal humor.)* En fin, ¡vamos á palacio!

MEND. Lo mejor sin duda es eso.

*(Vanse los tres por la derecha.)*

MED. ¡Qué escuché! . . . Por la otra puerta  
Salen las damas. . . . Quizás

ella tambien. . . . ¡Satanás  
túvola esta noche abierta!  
*(Con furor.)*

Marchóse por ella. . . . ¡Oh! ¡Sí!  
Todo se ha perdido. . . .

*Margarita aparece á las puertas del templo*  
¡Ah! . . . ¡no! . . . *(Con feroz alegría.)*

*(Medina se oculta. Margarita baja lentamente la  
gradas, y despues se dirige como hablando con-  
sigo misma á la calle de la derecha.)*

MARG. Solo en él confío. . . . Yo  
nada puedo hacer por mí.

MED. *(Llegó su vez al puñal.)*

MARG. No debo tener recelos. . . .  
¡Hoy velan por mí los cielos  
y Dios me libra de mall! *(Dirigese á la de-  
recha.)*  
¡Ni se ve ni se oye nada. *(recha.)*  
¡Qué soledad! . . . Tengo miedo. . . .

*(Al volver Margarita la espalda, Medina se lanza  
detras cautelosamente.)*

Es tarde. . . . tal vez Quevedo  
se impacienta en mi posada.

Voy al punto. . . . ¡Qué rumor! . . .

*(Volviéndose á Medina que estará á dos pasos.)*

¡Un hombre! . . . ¡Atrás! . . . ¡Qué quereis!

MED. *(Haciendo un movimiento bajo la capa.)*  
Vengo de paz. . . .

MARG. No os llegueis.

MED. *(Lanzándose sobre ella puñal en mano.)*  
A mataros.

MARG. ¡Ah! *(Con terror.)*

QUEV. *(Por el fondo.)* ¡Traidor!  
*(Sujetándole el brazo con una mano.)*

MED. (Soltando el puñal.) ¡Jesucristo!

QUEV. Por allí.  
(Señalando á la duquesa la calle de la izquierda, y sacando á Medina la espada.)  
Al punto os sigo. Alejaos.  
(Volviéndose á Medina que va á escapar y sujetándole por su capa.)  
Vos no os alejéis, quedaos!

(Quevedo dirige otra vez los ojos á la calle por donde ha desaparecido Margarita, y en tanto Medina suelta la capa en sus manos.)

MED. ¡Oh! me salvé. (Huyendo.)

QUEV. Quieto ahí.  
(Con voz de trueno, y levantando la espada de Medina, que se queda inmóvil. Quevedo tira al suelo la capa de aquel, y dice arrojándole su espada.)  
Ahora hierro contra hierro, nueva lid.

MED. Mas vuestro nombre. . .  
(Con acento trémulo.)

QUEV. (Desenvainando.) Si no lidiais como un vais á morir como un perro. (hombre,

MED. (Mirando al rededor como para buscar la fuga.)  
Ved. . . que. . . el duelo. . . no es igual.

QUEV. La espada teneis desnuda.

MED. Cierto. . .

QUEV. Yo tambien.

MED. Sin duda.

QUEV. No ha ventaja pues.

MED. Sí tal.  
(¡Qué diré!, . . . Por dé contado. . . yo. . . estoy sin capa. . .

QUEV. Es muy cierto.

MED. ¡Conoceis me descubierto?  
(Señal afirmativa de Quevedo.)  
Yo. . . no os conozco embozado.

QUEV. Ya que tanto alambicáis, pronto una capa se quita.  
(Quevedo se desembaraza de la capa, y al arrojarla, Medina saca una pistola, dispara y se afoga na el tiro.)

MED. ¡Ay de vos!. . .  
(Arrojando la pistola.)  
Suerte maldita!

QUEV. Mala pólvora gastais.  
(Con frescura, poniéndose en guardia, en tanto que Medina cobra su espada y se defiende en retirada.)

MED. Que el cielo os maldiga á vos.

QUEV. ¡Tiembas! . . .

MED. ¡De rabia! . . .

QUEV. ¡De miedo. . .

MED. (Con espanto y retrocediendo.)  
Oh! perdonadme.

QUEV. No puedo.

MED. ¡Ay!  
(Con voz ahogada y cayendo dentro en la calle de la derecha.)

QUEV. Que te perdone Dios. (Pausa.)  
He matado á un hombre.—Fué con razon. . .—Sí. . . pero pesa el crimen. . . ¡Ah! la duquesa. . . por aquí la alcanzaré.  
(Toma la capa de Medina que está á sus pies, y va se por el fondo. La escena queda un momento sola. Despues aparece Margarita por la misma calle que tomó al marchar.)

ESCENA ULTIMA.

MARGARITA, luego OLIVARES y ronda.

MARG. Nada se oye. . . . Tras de mí  
(Quédase á la esquina mirando y escuchando con inquietud.)

dijo que iria. . . un momento  
le aguardé tras del convento. . . .

¡Muerta vengo! . . . (Apoyándose en la pa-

Voz, dentro. Por aquí. (red.)

MARG. ¡Oh! la ronda! . . . (Quiere huir y vacila.)

ALCALD. (Dentro.) Ved si acaso. . . .

Mas un hombre en esta esquina

(La calle de la izquierda aparece iluminada por la luz de una linterna.)

yace tendido. . . .

OLIV. (Dentro y con rabia.) Es Medina!

MARG. ¡Oh! no puedo dar un paso.

(Asiéndose á la pared falta de aliento.)

OLIV. (Saliendo.) ¡Por Jesucristo en la cruz! . . .

ALCALD. (A Olivares saliendo seguido de corchetes.)  
Muerto.

(A los corchetes.) Registradle.

OLIV. (Deteniéndoles.) No.  
(Debo registrarle yo.)

(Tropieza en la capa de Quevedo.)

Mas ¡qué es esto? ¡Aquí la luz!

(Recóge la capa.)

¡Pronto, la luz necesito! . . .

ALCALD. (A los alguaciles y acercándose á Oliva-  
Ved que el matador se escapa. (res.)

(Los corchetes desaparecen por la derecha.)

OLIV. De Quevedo es esta capa.  
(Con voz de trueno despues de mirarla con la  
linterna.)

MARG. (Con terror.) ¡Muerto! . . . ¡Gran Dios! . . .  
(Vacila y cae dentro.)

OLIV. Ese grito. . . .  
(El alcalde se dirige á la izquierda y Olivares le  
sigue.)

ALCALD. (Dentro.) Una dama hay en el suelo.

OLIV. (Asomándose á la esquina.) ¡Muerta!

ALCALD. Desmayada.

OLIV. A ver. . . .  
(Oh! la infanta.) A esa Muger  
(Al alcalde que sale.)  
nadie la levante el velo.

ALCALD. Bien, señor.

OLIV. Una litera.

ALCALD. (A los corchetes que vuelven por la derecha.)  
Id por ella, y no tardeis. (Vanse.)

OLIV. Dentro á la dama pondreis. . . .  
¡Mas sin mirarla siquiera!

ALCALD. ¡Despues!

OLIV. (Mi triunfo es completo.)  
Conducidla en breve espacio. . . .

ALCALD. ¡Dónde?

OLIV. A palacio.

ALCALD. (Con asombro.) ¡A palacio! . . .

OLIV. Por el caracol secreto.

ALCALD. ¡Quién la escolta?

OLIV. Solo vos,

ALCALD. Mas vucencia. . . .

OLIV.

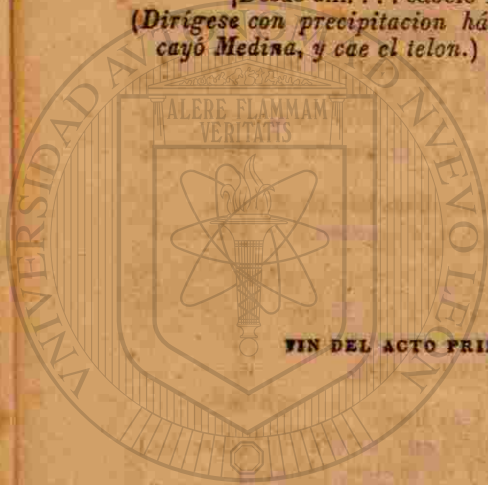
Iré detras

(Vase el alcalde por la izquierda.)

Duquesa, á palacio vas. . . .

¡Desde allí. . . sábelo Dios!

(Dirigese con precipitacion hácia la calle donde  
cayó Medina, y cae el telon.)



VIN DEL ACTO PRIMERO.



## ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio del Buen-Retiro. Puerta en el fondo que por la derecha conduce á las habitaciones de Olivares, y por la izquierda á la capilla. A la derecha, en primer término, puerta que conduce á la escalera y corredores de palacio; á la izquierda, en primer término, la cámara de la reina; en segundo la del rey. Es de noche: la escena está iluminada por un candelabro de cinco ramales, colocado sobre un mueble de la época.

### ESCENA I.

LA REINA, DOÑA INÉS.

REINA. Doña Inés, todo es inútil:  
no hay en el mundo consuelo  
para mí: padezco mucho,  
porque inocente padezco.  
¡Infeliz! Otras que sufren,  
en su desventura, al ménos,

OLIV.

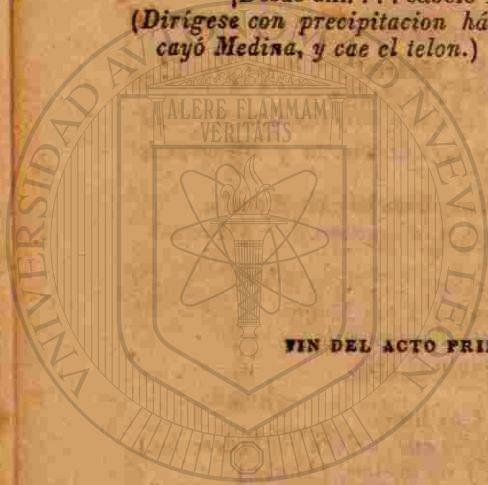
Iré detras

(Vase el alcalde por la izquierda.)

Duquesa, á palacio vas. . . .

¡Desde allí. . . sábelo Dios!

(Dirigese con precipitacion hácia la calle donde  
cayó Medina, y cae el telon.)



VIN DEL ACTO PRIMERO.



## ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio del Buen-Retiro. Puerta en el fondo que por la derecha conduce á las habitaciones de Olivares, y por la izquierda á la capilla. A la derecha, en primer término, puerta que conduce á la escalera y corredores de palacio; á la izquierda, en primer término, la cámara de la reina; en segundo la del rey. Es de noche: la escena está iluminada por un candelabro de cinco ramales, colocado sobre un mueble de la época.

### ESCENA I.

LA REINA, DOÑA INÉS.

REINA. Doña Inés, todo es inútil:  
no hay en el mundo consuelo  
para mí: padezco mucho,  
porque inocente padezco.  
¡Infeliz! Otras que sufren,  
en su desventura, al ménos,



viven ¡ay! con esperanzas. . . .  
yo sin esperanzas muero.

INES. Mas. . . .

REINA. Con esperanzas locas,  
esverdad, soñé algun tiempo:  
se han desvanecido todas  
por mi mal, y ya. . . . no sueño.  
El dolor vela. . . . ¡Mis horas  
son tan largas! . . . Yo las cuento  
por los ahogados latidos  
de este corazon enfermo.

INES. No os aflijais. . . .

REINA. Tantos dias,  
tantas noches de tormento,  
siempre lo mismo! . . . .

INES. Señora. . . .

REINA. Ni un instante de sosiego. . . .  
Viene el dia, y no reposo. . . .  
Viene la noche y no duermo. . . .  
Si he de descansar. . . . ¡Dios mio,  
dame tu descanso eterno!

INES. ¡Cómo! ¡Lloráis!

REINA. No, no lloro. . . .

INES. No me lo negueis. . . . no. . . . Veo  
húmedos ya vuestros ojos. . . .

REINA. (Con amargura.) Pronto los verás bien se-  
cos.

INES. ¡Oh! ¡Qué horror! . . . .

REINA. Padezco mucho,  
¡por qué inocente padezco! (Llorando.)

INES. Inocente. . . . ¡Y quien lo duda! . . . .

REINA. Felipe. . . . mi esposo. . . . Miento;  
ya no es el esposo. . . . el rey. . . .  
¡Rey para mí bien severo!

INES. Si él vuestro amor comprendiera. . . .

REINA. Nunca podrá comprenderlo.  
Negras sospechas le turban;  
y aunque es generoso y bueno,  
para mí tan solo tiene  
rencor y amargo desprecio.  
Y es que ve sobre mi frente  
ese imaginario sello  
del crimen. . . .

INES. ¡No ve ese llanto? . . . .

REINA. Sus dudas le tienen ciego.

INES. Pues bien; habladle.

REINA. Es inútil;  
sordo le tienen sus celos.

INES. Tal vez sus negras sospechas  
se disipen con el tiempo.

REINA. Imposible: cada dia  
toman, doña Inés, mas cuerpo;  
y es natural: Olivares,  
por odios que no comprendo,  
le habla siempre de ese crimen. . . .

INES. Pura invencion del infierno.

Vos sois la virtud, señora.

REINA. Mi virtud. . . . es un misterio:  
Tú solamente lo sabes.

INES. No, tambien lo sabe el cielo.  
Esperad en él. . . .

REINA. Es tarde;  
para mi mal no hay remedio.

INES. Si al rey llegara ese escrito. . . .

REINA. ¡Cuál!

INES. El del conde.

REINA. ¡Silencio! . . . .  
¡No pronuncies ese nombre! . . . .

¡Villamediana! . . . Su espectro  
me persigue noche y día,  
cual tenaz remordimiento.

INES. Sois inocente.

REINA. Inocente. . . .

mas di causa sin saberlo,  
á que el buen Villamediana  
fuese á puñaladas muerto.

INES. Celos del rey le mataron.

REINA. ¡Quien dio pábulo á esos celos!

INES. Dicen que el conde os amaba. . . .

REINA. Pues calló prudente y cuerdo.

Y si ese amor desdichado,  
fué, como suponen, cierto,  
jamás la reina lo supo,  
y en la tumba está el secreto.

INES. No. . . . que el conde moribundo  
se arrancó el puñal del pecho. . . .

REINA. ¡Calla!

INES. Y con su propia sangre  
pudo escribir. . . .

REINA. ¡Tal recuerdo! . . . .

INES. Puede salvaros. . . . el conde  
dicen que escribió un momento  
con su sangre. . . . y ese escrito  
se encontró sobre su cuerpo.

REINA. ¡Desdichado! . . . .

INES. Vos, señora,  
sois pura, y lo sabe el cielo.

REINA. ¡Cómo hacer que el rey lo sepa!

INES. Con ese escrito sangriento.

REINA. ¡Ay! en manos de Olivares  
cayó, segun dicen. . . . Cierto. . . .  
ese papel ya no existe. . . .

le habrá consumido el fuego.

INES. ¡Eso temeis!

REINA. Olivares

goza en mis padecimientos. . . .

¡Por qué me aborrece ese hombre!

INES. (Mirando al fondo.) Viene hácia aquí.

REINA. Retirémonos.

ESCENA X.

*Dichas, OLIVARES que entra por el fondo.*

OLIV. Si mi presencia importuna. . . .

REINA. No, conde-duque. (Con violencia.)

OLIV. Sospecho

que su magestad se aleja  
solo porque yo me acerco.

REINA Yo. . . .

INES. La reina está indispuesta.

OLIV. Sabe Dios cuánto lo siento.

REINA. Gracias.

OLIV. (¡Sabrá la venida  
de la duquesa! indaguemos.)

REINA. ¡Cómo está el rey?

OLIV. Siempre triste.

REINA. ¡No le he visto en tanto tiempo! . . .

OLIV. La duquesa Margarita. . . .

(Mirando fijamente á la reina.)

REINA. ¡Aun sola en Ocaña! (Con acento de dolor.)

OLIV. Cierto.

REINA. Haced que vuelva á la corte;

dadme ese dulce consuelo:

que vuelva. . . . ¡Me quiere tanto! . . .

¡Tanto como yo la quiero!

Prima del alma. . . . ¡Es tan buena . . .  
Si, sí, que vuelva al momento. . . . !  
¡Oh! . . . ¡Lo haréis!

OLIV. Si no os enoja,  
de conversación mudemos.

(Pausa.)

REINA. Yo de otra cosa os hablara.  
¡Me comprendeis? . . .

OLIV. Os comprendo.

REINA. Pues ese sangriento escrito. . . .

OLIV. Sangriento, es verdad, sangriento.

REINA. ¡Conque existe, pues!

OLIV. Existe.

REINA. ¡Lo teneis vos? . . .

OLIV. Yo le tengo:  
ya os lo repetí mil veces.

REINA. Entregádmele.

OLIV. No puedo.

REINA. Prueba la inocencia mia. . . .

OLIV. No del todo, segun pienso.

REINA. (Con altivez.) ¡Conde-duque!

OLIV. (Con hipocresía) Para mí  
sois de virtudes modelo;  
mas el rey. . . .

REINA. Dadle ese escrito.

OLIV. Ya se lo daré á su tiempo.

Para darle la triaca

dejad que apure el veneno. . . .

Hoy las sospechas le acosan. . . .

ya se irán desvaneciendo. . . .

Y entonces verá ese escrito. . . .

ya sin prevencion, y espero. . . .

REINA. Es que van ya muchos años  
desde que vivo muriendo,

despreciada de mi esposo. . . .  
que escucha vuestros consejos.

(Con intencion.)

Y en palacio, viuda y sola,  
sufro su amargo desprecio,  
porque aduladores viles

(Con exaltacion.)

le han trastornado el cerebro!

OLIV. ¡Que exaltacion! . . . Ved, señora,  
que está débil en extremo  
vuestra salud. . . .

REINA. ¡Conde-duque,  
no insulteis mi sufrimiento!

OLIV. Vamos á otra cosa. El príncipe  
niño, sucesor del reino,  
por su edad. . . .

REINA. ¡Hijo del alma!

OLIV. Ya del regazo materno  
debe separarse.

REINA. ¡Oh, nunca!

OLIV. Es el príncipe heredero,  
y ha resuelto el rey su padre,  
—¡lo oís! el rey lo ha resuelto;—  
darle servidumbre propia,  
libros, armas y maestros;  
y por fin cámara digna  
de su carácter excelso. . . .

REINA. (Con desesperacion.) ¡Me arrancais el hijo  
mio!

OLIV. (Con frialdad.) Elegid el aposento  
que mas le cuadre en palacio.

REINA. (Ocultando la cabeza entre las manos.)  
¡Gran Dios!

OLIV. Yo os iré diciendo;

El del jardin. . . . el de Osorio. . . .  
el de Ripalda. . . . el de Lemus. . . .  
el de Borja. . . . el de la Infanta. . . .  
elegid. . . .

REINA. *Con (arrogancia.)* Elijo. . . . el vuestro!  
OLIV. Cómo!

REINA. Ocupais en palacio  
el mas ostentoso y régio. . . .  
y entre principe y vasallo  
lo primero es lo primero.

*(La reina se retira por la puerta de su cámara.  
Doña Inés la sigue: despues, Olivares la con-  
templa con ademan terrible.)*

INES. *(Suplicante.)* ¡Oh! ¡respetadla! . . .

OLIV. *(Con furor.)* ¡Me arroja  
de aqui! . . . ¡Por Dios la prometo! . . .

INES. ¡No! . . . ¡Qué intentais? . . .

OLIV. *(Reprimiéndose y con una sonrisa.)*  
Nada, nada. . . .

buscar otro alojamiento.

ESCENA III

OLIVARES.

—Entre principe y vasallo  
lo primero es lo primero.”  
me dijo, y callé. . . . Sí, pero  
yo, para obrar, siempre callo.

—¡Vasallo quien da la ley! . . .  
Reina, me hiciste un ultraje;  
que no rinde vasallaje  
quien hizo vasallo al rey.

—Qué génio malo te acusa?

¡Cómo no te dice el alma  
que quien destruyó tu calma  
aun puede hacerte dichosa?

Débil, incauta muger. . . .

En tu desamparo triste,  
nunca tan alíva fuiste. . . .

—Ni lo volverás á ser. . . .

Yo tu dicha tengo aqui:  
si, se encierra en esta carta  
saugrienta, que no se aparta  
ni un solo instante de mí.

*(Pausa.)*

El rey te abrirá sus brazos  
si á ver llega tal escrito:  
mas primero el favorito  
se lo comerá en pedazos.

—Te amaba el rey con pasion. . . .

mas roto el lazo nupcial  
por mi astucia, sin rival  
reino yo en su corazon.

—Nadie mi secreto sabe:

muerto Medina, segura  
guardará en la sepultura  
de este secreto la llave.

Medina. . . . ¡Fatal recuerdo! . . .

El papel que me arrancó  
¿dónde ese hombre lo guardó?

Si alguien da con él, me pierdo.

La incertidumbre me abrasa. . . .

—No; lo que pensé es verdad:

para mas seguridad  
lo guardó en aquella casa.

Sí; mi presuncion es cierta:

el papel oculto está

dentro de la casa. . . y ya  
 sellé yo mismo la puerta.  
 Y no sé por qué me apuro. . . .  
 Mañana busco el papel  
 en la casa, y doy con él. . . .  
 sí, doy con él, de seguro.  
 Todo va bien. La duquesa  
 se halla, pues, á buen recaudo,  
 y yo por fin me aplaudo  
 de tan arriesgada empresa.  
 (Mirando á la derecha.)  
 Pero allí viene Mendaña  
 con el marques y Don Juan  
 de Castilla; siempre van  
 juntos en buena compañía.  
 Y por Dios que el tal Castilla  
 tiene lengua de escorpion,  
 y hácia mí poca afición,  
 segun cuentos de la villa.

ESCENA IV.

OLIVARES, MENDAÑA, GRANA y CASTILLA por  
 la derecha.

(Al entrar, Mendaña se dirige á Olivares con solitud exagerada; Grana le saluda afectuoso, y Castilla hace una leve inclinacion y se queda algo separado del grupo.)

OLIV. Buenas noches, caballeros.  
 MEND. Que el cielo os guarde, señor.  
 OLIV. Solo me encontráis.  
 MEND. Mejor.  
 OLIV. Mucho me contenta el veros.

GRAN. Gracias.  
 MEND. Honor singular.  
 OLIV. Triste anduve todo el día.  
 MEND. Mejor. . . .  
 GRAN. (Interrumpiéndole.) ¿Qué?  
 MEND. Mejor sería  
 que os fuéseis á descansar.  
 OLIV. No; son tristezas. . . .  
 CAST. (¡Historia!)  
 OLIV. Y de divertir las trato:  
 Conque, hablemos, pues, un rato.  
 MEND. Rato mejor. . . . ni en la gloria.  
 CAST. (Tanta humillacion ya es mengua.)  
 OLIV. Contadme algo de la villa  
 los tres. . . . los dos, pues Castilla  
 (Con intencion.)  
 se ha venido sin la lengua.  
 (Castilla se encoge de hombros desdenosamente.)  
 ¿Nada respondeis? (Al mismo.)  
 MEND. (Idem.) Don Juan! . . .  
 OLIV. ¿No me habláis? . . . Ved que yo os hablo.  
 CAST. (Lleve tu palabra el diablo.)  
 GRAN. (Aparte á Mendaña.)  
 (Mucho me temo un desman.)  
 MEND. ¿Al Ministro! . . .  
 CAST. (Fuera mengua.)  
 OLIV. Responded.  
 GRAN. (Mal humor gasta.)  
 CAST. Vos lo dijísteis y basta: (Desentonado.)  
 me he venido sin la lengua.  
 OLIV. (Reprimiéndose á duras penas.)  
 Ligero anduve en decir,  
 y mi error he conocido.  
 Con lengua os habeis venido. . . .

(Con cólera.)

¡Sin lengua os debiérais ir!

(Olivares se retira por el fondo con aire sombrío, seguido de Grana y Mendaña.)

ESCENA V.

CASTILLA, despues QUEVEDO.

CAST. ¡Vive Dios! Me la arrancara yo mismo, juro á mi nombre. porque no ha lanzado á ese hombre cien insultos á la cara!

(Quevedo entra por la derecha en el mayor desorden, y pasa junto á Castilla sin reparar en él, yendo á quedarse en medio de la escena, como abismado en sus pensamientos.)

¡Por Cristo en la cruz! . . . — ¡Quevedo! . . .

A ocasión dichosa viene; quiero hablarle: mas, ¿qué tiene?

(Observándole.)

Su rostro me infunde miedo.

Desde aquí le he de observar.

¡Qué temblor!

QUEV. (Con acento concentrado.) ¡Pesquisa vana!

(Despues de una pausa y con estravío.)

— ¡Ruín inteligencia humana, no sabes adivinar!

(Pausa.)

¡Oh! me pierdo en el abismo de mi propia confusion, y vacila mi razon.

CAST. (¿Qué hablará consigo mismo?)

QUEV. Ni en la calle ni en su casa

dar he podido con ella. . . .

— ¡Si. . . nació con mala estrella! . . .

Tal vez. . . — Mi frente se abrasa.—

La libré de un asesino,

y otro quizá tan cruel

la mató. . . — ¡Miseró de él

si le encuentro en mi camino!

¡Muerta? . . . No. . . Presa, quizás. . .

Olivares. . . El la esconde. . .

Sí, sí. . . ¡Pero en dónde? en dónde?

(Como fuera de sí.)

Mas! . . . razon, discurre mas!

Tú, de tan altas ideas

creadora. . . oh! . . . mente mia,

si hallas luz, alumbrá y guía! . . .

y si no. . . maldita seas!

(Quédase abismado y con la cabeza baja.)

ESCENA VI.

Dichos, MENAÑA y GRANA que salen por el fondo, derecha.

(Castilla, al verlos, les hace señas para que guarden silencio.)

GRAN. Calla. . . Quevedo. . .

MEND. Mejor:

nos dirá alguna letrilla.

GRAN. Señas nos hace Castilla.

MEND. Chist. . . al buen entendedor. . .

(Mendaña y Grana durante esta escena hablan como si quisieran no ser oídos.)

GRAN. Entendido.

MEND. Claro está.

Don Francisco en este instante

busca un feroz consonante.  
Mejor.

GRAN. Pues le encontrará.  
No le interrumpamos pues.

MEND. Eso es lo mejor.

CAST. *(Como si quisiera clavarlos con la vista.)*

Ahí, quietos.

MEND. Lo ménos quince sonetos  
nos guarda para despues.

QUEV. Nada, ó salvarla ó morir.

CAST. *(Es ya mucho meditar.)*

QUEV. Sí, sí, sí!

CAST. *(Me hace temblar.)*

MEND. Mucho nos hará reir.

QUEV. ¡Gran Dios, un rayo de luz  
entre tanta oscuridad!

MEND. Pero ¡qué miro! . . . Es verdad. . .  
brilla en su capa una cruz.

GRAN. Y es la de Santiago. . . Pero  
¿cuándo el hábito alcanzó?

QUEV. Mis sienes estallan. . .

MEND. Hoy, sin duda, caballero  
le hizo Olivares y. . . Ved;  
ya con su cruz de Santiago,  
versos le dedica, en pago  
de tan cumplida merced.

QUEV. ¡Terrible será la lucha!

—Bien. . . ¡Me sobra corazon!

*(Quevedo, al decir esto, se vuelve y se encuentra  
entre Mendaña, Graná y Castilla, que han ido  
acercándose lentamente, aquellos por la izquier-  
da y éste por la derecha.)*

¡Quien es! . . . *(Sorprendido.)*

MEND. *(Con un grito de júbilo.)*

—Letrilla. . . Atencion:

Tendrá gracia! *(A Quevedo.)*

QUEV. *(Temblando y con risa sardónica.)*

¡Mucha, mucha!

Tiene tanta. . . que yo mismo. . .

crujo de risa, *(Risa convulsiva.)*

MEND. Al instante,

recitádnosla.—Picante

será? . . .

QUEV. Mas que un sinapismo.

MEND. ¡La acabásteis!

QUEV. Falta poco.

MEND. ¡Sátira? . . .

OLIV. *(Con rabia.)* Contra los necios.

*(Reprimiéndose y echando á reir de nuevo.)*

¡Qué golpes les doy tan recios!

MEND. Siempre alegre!

CAST. *(O siempre loco.)*

QUEV. ¡¡Cuánto sufro!

MEND. Nadie triste

pudo estar donde esteis vos.

Hacednos reir. . .

QUEV. *(Estremeciéndose.)* ¡Ay Dios!

MEND. Con un chiste.

QUEV. Con un chiste

quisiera haceros reir,

y reir hasta rabiar,

y de risa reventar

y á risotadas morir!

GRAN. ¡Qué ocurrencia! *(Con extrañeza.)*

MEND. Me enamora:

nadie las tiene mejores.

QUEV. ¡¡Necios!

INES. *(Saliendo.)* La reina, señores.

ESCENA VII.

Dichos, la REINA y DOÑA INES que salen de su cámara; después OLIVARES.

GRAN. ¿Donde irá la reina ahora?

QUEV. (¡Pobre mártir!) (Mirándola con dolor.)

REINA. (A Inés) Pon mi silla.

(Doña Inés se dirige á la capilla, los cuatro hacen una reverencia á la reina.)

Adios. (Saludándoles.)

Orando un momento

voy á ver el monumento

que hoy adorna mi capilla.

(Dirigese á ella.)

CAST. Siempre triste. (A Quevedo.)

QUEV. A Dios le plugo.

(¡Pobre víctima!)

(Reparando en Olivares, que sale por el fondo derecha y se dirige á la reina.)

(¡Esto mas?)

OLIV. Señora. (Saludando.)

QUEV. (¡Siempre detras

de la víctima el verdugo!)

OLIV. ¿Vais á orar?

REINA. ¿Es cosa estraña?

La oracion presta consuelo.

OLIV. ¿Iréis á pedir al cielo. . .

REINA. (Interrumpiéndole.) La felicidad de España.

OLIV. Que eso le pidais es llano;

y eso le pedimos todos.

REINA. Sí de diferentes modos.

QUEV. (Téngame Dios de su mano.)

(La reina se halla en el fondo, Olivares á su izquierda, y los demas á su derecha, siendo Mendaña el mas próximo.)

OLIV. Si oye Dios vuestra plegaria

cuando orais en la capilla,

¡lástima que vuestra silla

(Con intencion.)

esté allí tan solitaria!

REINA. (Con exaltacion y dolor.)

Otra tuvo de igual porte

en esa mansion bendita. . .

OLIV. ¿Quién?

REINA. (Mirando á su alrededor y como sintiendo haber dicho demasiado.)

La infanta. . . Margarita. . .

QUEV. (Aparte á la reina y por detras de Mendaña, volviendo á quedarse en su puesto inmediatamente.)

(Dicen que se halla en la corte.)

(La reina, al oir á Quevedo, vuelve la cabeza y se fija en Mendaña.)

MEND. Cómo me mira. . . ¡Mejor. . .

REINA. (Agitada.) Será cierto lo que oí! . . .

(A todos y fuera de sí.)

Es cierto! . . . es cierto! . . .

QUEV. (Con énfasis é intencion.) Sí!

(Con indiferencia.) Sí.

Silla tuvo. . .

OLIV. Es un error.

REINA. (Mirando á Quevedo, el cual se ha quedado inmóvil aparentando la mayor frialdad.)

(Comprendo. . . Quevedo ha sido

quien en voz baja. . .



OLIV. La tuvo  
el rey. . . .

REINA. (A mi lado estuvo. . . .  
él fué quien me habló al oído.)  
*(La reina se dirige hácia la capilla con los ojos fijos en Quevedo.—Olivares hace un movimiento como para detenerla.)*

OLIV. Yo una súplica he de haceros.  
REINA. Decid. (¿Cómo hablar á ese hombre?)  
OLIV. Os la dirijo en mi nombre  
y en el de estos caballeros.—  
Pues sola vais á marcharos  
hácia la capilla ahora,  
¿nos concederéis, señora,  
el honor de acompañaros?

REINA. Pláceme la cortesía,  
y acepto. (Hablaré con él.)  
OLIV. Pues todos hasta el cancel  
os harémos compañía.  
*(Mendáña, Castilla y Grana se inclinan en señal de asentimiento.—Quevedo se va apartando poco á poco hasta quedarse junto á la puerta de la derecha.)*

REINA. Gracias.  
OLIV. Es nuestro el honor.  
REINA. (Me colocaré á su lado.)  
OLIV. Para hacer mas señalado  
tan eminente favor,  
un caballero escoged. . . .  
su mano hasta allí aceptad.

REINA. Sí, sí. . . . *(Con visibles muestras de alegría.)*  
OLIV. Dichoso en verdad  
el que obtenga tal merced.

*(Todos se inclinan, ménos Quevedo.)*  
QUEV. (Ya están de orgullo beodos.)  
OLIV. (Mirando á la reina con aire de triunfo.)  
Hoy mi mano has de tocar.  
*(A la reina.)*  
A esa distincion sin par  
todos aspiramos. . . . *(Recalcando.)* todos.  
*(Inclínanse de nuevo.)*

REINA. (Mirando al rededor.)  
Todos. . . . ¡Ménos vos Quevedo!

QUEV. Yo, incapaz de merecerla,  
*(Con intencion mirando á Olivares.)*  
nunca osara pretenderla.

REINA. *(Con espresion de dulzura.)*  
Pues á vos. . . . os la concedo.  
*(Quevedo se adelanta hácia la reina y todos le abren paso. Al llegar á ella, que le alarga la mano, dobla una rodilla y besa.)*

QUEV. *(Con emocion.)* Pues tal honra merecí. . .  
*(Levantándose y mudando de tono repentinamente.)*  
Gracias, Olivares.  
*(Movimiento de éste.)*  
Oh! . . .

¡Brava idea os ocurrió! . . .  
—Mas otra me ocurre á mí.  
Sin pages la reina está?  
Sola viene. . . . y es costumbre  
que su camino se alumbre  
cuando á la capilla va. . . .

OLIV. Esa observacion. . . . *(Con disgusto.)*  
CAST. *(Con viveza.)* Es cierta.  
*(La reina mira á Quevedo con curiosidad.)*

QUEV. Pues cual buenos servidores,  
justo es que todos, señores,

(Recalcando tambien el todos.)

La alumbréis hasta la puerta.

Luces. . . . (Señalando al candelabro.)

MEND.

¡Ocurrencia sabia!

(Tomando una luz de las cinco que habrá en el candelabro; acción que imitan los demas, ménos Olivares, que mira á Quevedo con asombro.)

QUEV. (Con frialdad á Olivares.)

Otra queda para vos. . . .

Y si os place, aun quedan dos. . . .

OLIV. ¡Bien contais!

(Tomando furioso y con mano trémula una de las dos luces que quedan, como dominado por la mirada de Quevedo.)

QUEV. (Tiembla de rabia.)

REINA. (A Olivares, Mendaña, Castilla y Grana, que la rodean con las luces, pero sin dejar de mirar á Quevedo.)

Gracias, gracias.

QUEV. [Idem.] Bien, por Dios! . . .

Alumbrad.—Sois, caballeros, excelentes. . . .

(Inclínanse Mendaña, Grana y Castilla.)

(Con tono incisivo y amargo.) candeleros! . . .

(Idem á Olivares y señalándole con el dedo)

Y el mas excelente. . . . vos!

(Olivares se inclina tambien con despecho. Quevedo, que ha dado la mano á la reina, se dirige á la capilla entre los cuatro alumbradores, que se colocan á la puerta para darles paso, entrando tambien despues. Al desaparecer la comitiva se presenta el capitán por la derecha haciéndose cruces.)



ESCENA VIII.

CAPITAN: luego los mismos, ménos la REINA.

CAP. (Despues de seguirlos con la vista.)  
¿Qué es esto?—¡Vaya un retablo!

Todos van en procesion. . . .

cosas de Quevedo son. . . .

Si es el mismísimo diablo.

Cuando empieza. . . . Qué pedrisco! . . .

Cada letra es una pulla. . . .

—Y Olivares. . . . pues, de bulla. . . .

le divierte Don Francisco.

(Viendo salir á Olivares, que vuelve; despues aparecen Mendaña, Grana. y Castilla que traen en medio á Quevedo.)

Hola, bien: me haré presente.

OLIV. [Con apresuramiento.] Capitan, estad aler-  
á mi voz, junto á esa puerta. (ta

(Señalando á la derecha.)

CAP. Solo?

OLIV. No, con vuestra gente, (Vase el capitán.)

(Mirando á Quevedo con ferocidad.)

(Caro pagará el desman.)

GRAN. (A Quevedo.) Recibid mi parabien.

MEND. (Idem.) De Santiago. . . . Bien, muy bien.

QUEV. (Preocupado.) ¿Qué habrá dicho al capitán?

OLIV. (A Quevedo.) Bien tocáis vuestros registros,

QUEV. Nunca me voy por las ramas.

OLIV! Muy bien os va con las damas.

QUEV. Y mejor con los ministros.

MEND. Dígalo si no. . . .

(Yendo á señalar la cruz que lleva Quevedo en la

GRAN. (A Quevedo.) Contento (capa, estareis; os da valía.

QUEV. (No los comprendo á fe mia.)  
(Mira alternativamente á los dos.)

MEND. Os la columbré al momento.

GRAN. La mereceis.

MEND. ¿Quién lo ignora?

QUEV. (Maldito si entiendo nada.)

MEND. ¡Y os está... que ni pintada!

QUEV. (¡Méno los entiendo ahora!)

GRAN. El talento es una mira.

(Poniendo en el hombro la mano á Quevedo, que le mira con asombro.)

MEND. (A Olivares.) Mirad... Ya puesta la tiene.

OLIV. Cómo!... (Esa cruz... Oh! se viene  
(Con gozo feroz.)  
con la capa de Medina.)

QUEV. (Me ahogo!)  
(Adelantándose del grupo con marcado fastidio.)

OLIV. (Aparte á Grana que se dirige á hablar á  
Callad. (Quevedo,

(Idem á Mendaña.) ¡Silencio!

QUEV. (Pues á nacer hallas prontos  
con tal perfeccion los tontos,  
yo, gran Dios, te reverencio.)

MEND. (A Olivares.) Ya... le tendreis que pedir  
versos por tan gran favor...

OLIV. Tengo que hablarle.

MEND. Mejor,  
mejor... Os hará reir.

OLIV. Pronto acabamos á fe.

QUEV. (Esperanzas... y temores!...)

OLIV. A mi habitacion, señores;

yo mismo os conduciré. (Dirigense.)

(Mirando á Quevedo al marchar.)

(No saldrás bien de este apuro.)

QUEV. (Con tono brusco.) A solas tengo que habla-

OLIV. Ya pensaba yo en buscaros. (ros.

QUEV. (Yo saldré á puerto seguro!...)

—Si no muero entre las olas!!)

(A Olivares, que aun permanece observándole des-  
Os aguardo aquí. (de la puerta.

OLIV. Está bien;

vuelvo al punto: yo tambien  
tengo que hablaros á solas.  
(Entra en su cámara.)

ESCENA IX.

QUEVEDO.

Dios nos clava frente á frente.

—Para leer en lo escondido

de ese corazon podrido,

Dios alumbrará mi mente.—

Valedor de la duquesa,

debo salvarla, ó morir... .

—Lo primero es inquirir

en dónde la tiene presa.

—Presa!... ¿Quién sabe?... Es verdad:

en su vengativa saña

Tal vez la condujo á Ocaña... .

¡O la hundió en la eternidad!

—No, no... Tan negro delito

deja helado el corazon... .

—Cabe en la ruin ambicion

de ese torpe favorito,

La dió muerte. . . Ah! de los dos uno tambien morirá. . .

El. . . y muy pronto será. . .

Misero de él. . .

(*Con desvario.*) Sí, gran Dios! . . .

¡Si he de morir á las penas

de tu infierno condenado,

muera rojo y remojado

con la sangre de sus venas!

(*Apóyase convulsivamente en el mueble donde se halle el candelabro, en el cual habrá ya una luz solamente, y aparece Olivares.*)

ESCENA X.

QUEVEDO, OLIVARES.

OLIV. (Hoy me le entrega esa cruz)

(*Se acerca lentamente.*)

QUEV. Oh! . . . (*Con angustia y furor.*)

OLIV. (Pero le sienta hablar.)

QUEV. (*Fuera de sí.*) Es necesario matar! . . .

OLIV. Matar! . . . (*A Quevedo con estrañeza.*)

QUEV. (*Soplando inmediatamente la luz, y con acento de indiferencia.*)

Sí, matar la luz.

(*La escena queda en tinieblas.*)

OLIV. Luces. (*Acercándose á la puerta de la de-*

QUEV. Bien. . . me importa poco; (*recha.*)

(*Pasándose la mano por la frente.*)

(*ya mi rostro está sereno. . .*)

Oíste y no viste. . . Bueno.) (*Entran luces.*)

OLIV. (O es muy hábil ó muy loco.)

Ya con luces. . . (*A Quevedo.*)

QUEV. Sí. . . se ve;

(*Pero no mi turbacion.*)

OLIV. Ocurrencias vuestras son;

matar la luz. . . ¿para qué?

QUEV. Segun las reglas seguras de un autor que de eso trata, siempre que la luz se mata, es. . . para quedarse á oscuras.

OLIV. Esta noche estais de humor.

QUEV. Sí, porque volcó mi coche.

OLIV. Noto ademas que esta noche,

Quevedo, estais. . . matador.

QUEV. (Sí, lo dice por Medina.)

Ya sabeis?

OLIV. Qué duda cabe?

Todo en el mundo se sabe.

QUEV. Pues; y si no, se adivina.

OLIV. Vos segun llego á saber, sois de un hombre el asesino.

QUEV. Y, por lo que yo adivino, Vos lo sois de una muger.

OLIV. Vuestras pruebas dónde estan?

QUEV. Y las vuestras?

OLIV. Quedo, quedo; deme las tuyas, Quevedo.

QUEV. Deme las tuyas, Guzman.

OLIV. Y Medina?

QUEV. Y la duquesa?

OLIV. No nos entendemos, pues.

QUEV. Lástima, lástima es.

OLIV. Mucho por cierto me p esa.

QUEV. Tengo pruebas y no en vano.

OLIV. Pues las tendrémolos dos.  
 QUEV. Y dónde tenéislas vos?  
 OLIV. Yo? las tengo ya en la mano.

*(Poniéndola sobre la cruz de Quevedo.)*

QUEV. La conservais tan cerrada. . . .

OLIV. Vaya, al seguir una pista,  
 como sois corto de vista,  
 nunca reparais en nada.

QUEV. Qué quereis decir?

OLIV. Os digo  
 que un hombre por vos fué muerto.

QUEV. Me dais pruebas?

OLIV. Os lo advierto;  
 pruebas os daré y castigo.

*(Quevedo se encoje de hombros.)*

Escuchad con atencion:  
 siempre que es muerto un cristiano  
*(Con lentitud.)*

al golpe de agena mano  
 sin hacer su confesion;  
 los vivos, que en la Infinita  
 Bondad esperan con fe,  
 dónde el hombre muerto fué,  
 clavan una cruz bendita.

QUEV. *(Interrumpiendo.)* Si no hallais mejores mo-  
 de probar. . . . *(dos.)*

OLIV. Y esa cruz santa,  
 lúgubre allí se levanta,  
 para repetir á todos,  
 —Por tragedia tan cruel  
 del cielo invocando el nombre,—  
 “Aquí mataron á un hombre. . . .  
 rogad al cielo por él! . . .”

QUEV. *(Con estrañeza.)* A mi comprension se es-  
 vuestra idea y. . . . dadme luz; *(capa.*  
 porque esa cruz. . . .

OLIV. Esa cruz. . . .  
 la llevais en vuestra capa.

*(Pónesela delante de los ojos.)*  
 QUEV. *(Asiendo la capa con ambas manos.)*  
 ¡Qué miro? ¡Gran Dios!

OLIV. *(Con solemnidad hipócrita.)*  
 El dedo

de Dios sigue al que asesina.

QUEV. *(Con desesperacion.)*  
 ¡Es la capa de Medina!

OLIV. *(Lo mismo que ántes.)*  
 ¡Hoy le asesinó Quevedo!

*(Pausa.)*  
 Pues ya mis pruebas os dí,  
 á dar mis órdenes voy.  
 Capitan. *(Con voz de trueno.)*

QUEV. Perdido estoy!

ESCENA XI.

*Dichos y CASTILLA, MENAÑA, GRANA por el fon-  
 do; despues CAPITAN con guardias por la derecha.*

CAST. *(Entrando.)* Qué diablos sucede aquí?

OLIV. Llegais á tiempo, señores.  
*(Dirigese á la puerta de la derecha con impacien-  
 cia. Los otros tres se miran con estrañeza y en-  
 cogiéndose de hombros.)*

QUEV. *(Su capa! . . . Cambio funesto! . . .)*  
*(La estruja entre las manos.)*  
 Me ha perdido. . . .—Mas, qué es esto?

En sus pliegues interiores. . . .  
(Palpándola con afán.)  
tiene un bolsillo. . . . un papel. . . .  
(Veamos.) (Le saca y lee.)

OLIV. (A los otros tres, viendo entrar al capitán con soldados.)

Mucha atención,  
Capitán, sin dilación  
prended á Quevedo.

QUEV. (Volviéndose de improviso y señalando á Olivares con la mano derecha, mientras lee en voz alta el papel que tiene en la izquierda.)

A él! . . .  
(Lee) "A la infanta Margarita  
"darás hoy mismo. . . ."

OLIV. (Lanzándose á él y en voz ronca.)  
Oh! callad!

QUEV. (A Olivares con acento reconcentrado y completando la oración.)  
"La muerte"

OLIV. (Al capitán.) Vos, apartad.

QUEV. Y firmáis! (Señalando el papel.)

OLIV. (Con desaliento) (Carta maldita!)  
(Quevedo mira con arrogancia á Olivares, que se queda inmóvil y aterrado.)

GRAN. (Cosas se ven singulares.)

CAST. (Abalanzándose á Quevedo.)  
Quevedo! . . .

MEND. (Idem á Olivares.) Señor! . . .

QUEV. (Deteniéndolos.) Templanza.  
Suponeis? . . . todo fué chanza. . . .  
chanza del buen Olivares.

(Dirigiéndose á Olivares que hace una señal afirmativa.)  
Vos. . . .

(A los demás.)  
Ya lo veis. . . . ¡Tiene días! . . .  
(Llegándose de nuevo á Olivares, y aparte como lastimándose.)

Casualidades siniestras. . . .  
por buscar las pruebas vuestras,  
fuisteis á dar con las mias! . . .

(Mendaña, Castilla y Grana, en el fondo, hablan acaloradamente.)

OLIV. Qué intentáis?

QUEV. Soy temerario.  
Y la infanta? (Con acento terrible.)

OLIV. Vive.

QUEV. (Con gozo.) Oh!  
Vive? . . . (Dudando.)  
(Señal afirmativa de Olivares.)

A tiempo maté yo  
á vuestro infernal sicario.  
Mas otro tal vez. . . .

OLIV. Lo juro:  
vive y en palacio está  
presa y oculta. . . . No, ya,  
según mandé. . . . de seguro. . . .  
Se la habrán llevado. . . .

QUEV. (Con furor.) A dónde?  
OLIV. A Ocaña. . . . —No, no. . . . De cierto  
sabrás el capitán. . . .

QUEV. Si ha muerto. . . .  
de ella este papel responde,  
Mañana. . . . —Ahorá! . . .  
(Volviéndose á los demás.)

Escuchad!

(Todos se acercan.)

OLIV. (Deteniendo á Quevedo con terror.)

CAST. (Vive, sí.)  
(Qué podrá ser?)  
OLIV. (Vive!)  
(Lo mismo que ántes.)  
MEND. Nos vais á leer. . . .  
OLIV. (Con prontitud.)  
Nada. . . un soneto. . . .  
QUEV. (Preocupado.) Es verdad.  
(Quédase Quevedo muy pensativo.)  
MEND. Mejor. . . me place la idea.  
CAST. (Ap. á Grana.) (Yo me pierdo en congetu-  
qué es esto? (ras.)  
GRAN. (Yo estoy á oscuras.)  
MEND. Que se lea, que se lea.  
QUEV. Lo que me pedis negué  
á Olivares ya, y por eso  
trató de ponerme preso. . . .  
OLIV. (Con risa forzada.) Chanza. . . .  
QUEV. Muy pesada á fe.  
—Y yo, por tomar venganza,  
mi soneto he de guardar.  
MEND. No nos deis ese pesar.  
QUEV. (Después de mirar atentamente á la guar-  
Es que me asustó la chanza. (dia.)  
OLIV. (Con violencia.) Por ella. . . os pido perdon.)  
MEND. Pues dad principio, Quevedo:  
vamos, conceded. . . .  
QUEV. Concedo. . . .  
(Después de un momento de reflexion.)  
Mas con una condicion.  
(Todos escuchan con curiosidad.)  
Pues que á prenderme ha venido  
—Aunque en chanza—el capitan. . . .  
Con los que á su mando van,

—Chanza tambien,—muy erguido  
marchará luego ante mí  
dándome guardia de honor.  
MEND. Brava ocurrencia.  
CAP. (A Olivares.) Señor. . . .  
OLIV. Capitan, hacello así.  
QUEV. (Al capitan.) Lo entendeis? . . y con buen  
que me obedezcais espero (modo  
en todo y por todo. . . .  
OLIV. (Interrumpiéndole.) Pero. . . .  
QUEV. (Desdoblando el papel con aire amenazan-  
Conde-duque. . . . (te.)  
OLIV. (Al capitan.) En todo, en todo.  
CAP. (A Quevedo.) Fiel obediencia os prometo.  
QUEV. (A todos con aire risueño.)  
Pues oid.  
(Olivares sigue sus movimientos con inquietud.)  
MEND. Al punto, al punto.  
QUEV. (Leyendo.) "A. . . una. . . nariz."  
MEND. (Frotándose las manos.) Bravo asunto!  
QUEV. (Aparte á Olivares.)  
Y escuchadme bien.  
(A todos, leyendo.) "Soneto."  
(Quevedo se acerca á la luz, al lado de Olivares;  
los demas permanecen á cierta distancia. Que-  
vedo leerá con lentitud y voz sonora los ocho ver-  
sos de su conocido soneto A una nariz, que están  
subrayados, diciendo á Olivares aparte y con el  
tono conveniente los intercalados en los dos  
cuartetos. Los otros, y en particular Mendaña,  
escuchan la lectura con gran contentamiento.)  
"Erase un hombre á una nariz pegado;  
(como al rey el privado que aquí priva:)

érase una nariz superlativa;  
 (como la audacia loca del privado:)  
 érase una nariz sayon y escriba;  
 (estais verde. . . amarillo. . . jaspeado:)  
 érase un peje-espada muy barbado;  
 (os veis como un raton en una criba:)  
 Era un reló de sol, mal encarado;  
 (como vos, al tragar tanta saliva:)  
 érase una alquitara pensativa:  
 (de ver á un favorito. . . alquitarado:)  
 érase un elefante boca arriba;  
 (como están hoy las cosas qel estado:)  
 era Ovidio Nason mas narizado;  
 (En tono amenazante.)

OLIV. (Rogad al cielo que la infanta viva!)  
 QUEV. (Vive! . . . )  
 MEND. (Si ha muerto, ay de vos!)  
 QUEV. Proseguid. . .  
 (Volviéndose á los demas de improviso)

Torpe y confusa  
 mi cabeza. . . estoy sin musa.  
 (En actitud y tono militar.)  
 —Capitan! . . . en marcha! . . .

(A los demas con magestad grotesca al retirarse.)

Adios!  
 (Vase por la derecha con la guardia.)

ESCENA XII.

OLIVARES, MENDAÑA, CASTILLA y GRANA.

MEND. Siempre alegre Don Francisco.  
 OLIV. (Maldito de Dios su nombre!)

MEND. Y al fin no acabó el soneto. . . .  
 Voto á Polimnia y Caliope.

GRAN. (Mirando á la derecha.)  
 Ya atraviesa con su guardia  
 los últimos corredores.

MEND. ¡Dejarnos así. . . por vida. . .  
 si es un torbellino ese hombre.

OLIV. (¡No me burlará mañana,  
 como me burló esta noche!)

GRAN. Solo ocho versos nos dijo. . .

MEND. Y un soneto. . . de catorce.

GRAN. (A Castilla.) Vos, ¿nada hablais?

CAST. (Aparte á Grana.) Nada, nada.

No quiero que me la corten.

(Señalando la lengua.)

GRAN. (Idem.) Callad. . . prudencia.

MEND. (Llamando la atencion sobre Olivares,  
 que aparece ensimismado.)

A Olivares

quizás la musa le sople  
 tambien, y. . . ¡mejor! . . . Miradle:  
 por su actitud se conoce. . . .

Quiere dar fin al soneto,  
 y discurre el estrambote.

OLIV. (Agitando la cabeza y volviendo sobre sí.)  
 (Mañana será otro día!)

MEND. (A Grana y Castilla, al notar el movimien-  
 to de Olivares.)

Silencio; atencion, señores.

GRAN. Hacia aquí la reina sale.

OLIV. (Largas son sus oraciones.)





ESCENA XIII.

*Dichos y la REINA que sale de la capilla, apoyándose en Doña Inés.)*

REINA. Es verdad, me siento débil;  
débil cual nunca esta noche.  
*(Reparando en ellos.)*

¡Aun estais aquí!

OLIV. Señora,  
nuestro deber nos lo impone.—  
Antes,—con luces,—servimos  
á la reina; y como entónces,  
—bien que sin luces—estamos  
prontos á cumplir sus órdenes.

*Todos se inclinan. La reina escucha con distraccion.)*

Como veis solo, señora, *(Con tono ligero.)*  
de entre tantos servidores  
falta vuestro caballero. . . .

y ¡por Dios que anduvo torpe! . . .  
Que el honor de dar la mano  
á una reina hermosa y jóven,  
ni un galán lo cede nunca,  
ni jamas lo olvida un noble.

REINA. Basta ya. . . basta, Olivares.

INES. Es hora de que repose  
vuestra magestad.

OLIV. Pues disteis  
fin á vuestras devociones,  
debeis descansar. . . .

REINA. Es cierto.

OLIV. *(Con intencion.)*  
¡Tristes serán nuestras noches!

REINA. *(Sin oírle.)*  
—(Oh! la infanta Margarita  
dicen que vino á la corte. . . .)

OLIV. *(Dirigiéndose á su cámara.)*  
Permitidnos. . . .

REINA. No, quedaos.  
*(Todos se inclinan. Mendaña, Castilla y Grana  
hablan para sí; Olivares contempla con una son-  
risa á la reina, que se encamina lentamente á su  
cámara.)*

REINA. ¡Quién la detiene y en dónde!  
¡Cuánto consuelo hallarian  
juntos nuestros corazones! . . .  
Margarita . . . ¡Alma sublime! . . .  
¡Cuál mis acerbos dolores  
calmaria!—¡El nos separa. . . .  
*(Llorando.)*

Dios su maldad le pe done!

ESCENA ULTIMA.

*Dichos y QUEVEDO: despues MARGARITA y guardia.*

QUEV. *(Entrando por la derecha.)*  
Hoy de vuesa magestad  
una audiencia solícita. . . .

REINA. *(Desde la puerta de su cámara y sin vol-  
ver la cabeza atrás.)*  
¡Quién?

QUEV. La infanta Margarita.  
*(Introduciéndola de la mano seguida de la guardia)*

REINA. ¡Gran Dios! (Con acento de júbilo, volviéndose y precipitándose en sus brazos.)

MARG. (Idem.) ¡Qué felicidad!

OLIV. (Fuera de sí.) ¡Flla! . . . aun estaba en palacio!

)Quevedo contempla con los brazos cruzados á Olivares, que da muestras de desesperacion.)

REINA. ¡Soy feliz!

MARG. ¡Te he vuelto á ver!

REINA. Pero, ¡cómo, cómo! . . .

MARG. Ayer . . .

(Reparando en Olivares.)

Todo lo sabrás despacio.

(La reina, conducida por Margarita, se dirige á su cámara por entre los guardias que las abren paso y seguidas de Mendaña, Castilla y Grana que las acompañan hasta la puerta.)

QUEV. (A Olivares con sarcasmo.)

Prevenidla con afán,

flores festejos y galas . . .

(Quevedo se incorpora tambien á la comitiva que hace su despedida á las damas.)

OLIV. (Furioso.) (Yo te cortaré las alas!

¡Oh! . . . Su prision! . . . ) Capitan. (Llamándole.)

QUEV. (Volviendo otra vez con Grana, Mendaña y Castilla.)

Pages prevenidla y coches.

OLIV. (Al capitan, que á su voz se acerca por el lado opuesto.)

Llevad! . . . (Señalando á Quevedo con aire feroz.)

QUEV. (Desdoblando un papel y con el aire mas natural.)

Soneto.

(Al oír esto se acercan todos con curiosidad.)

OLIV. (Aterrado por el ademan de Quevedo.)

(¡Oh! ¡me espanta!)

QUEV. (Al capitan y como concluyendo la frase de Olivares.)

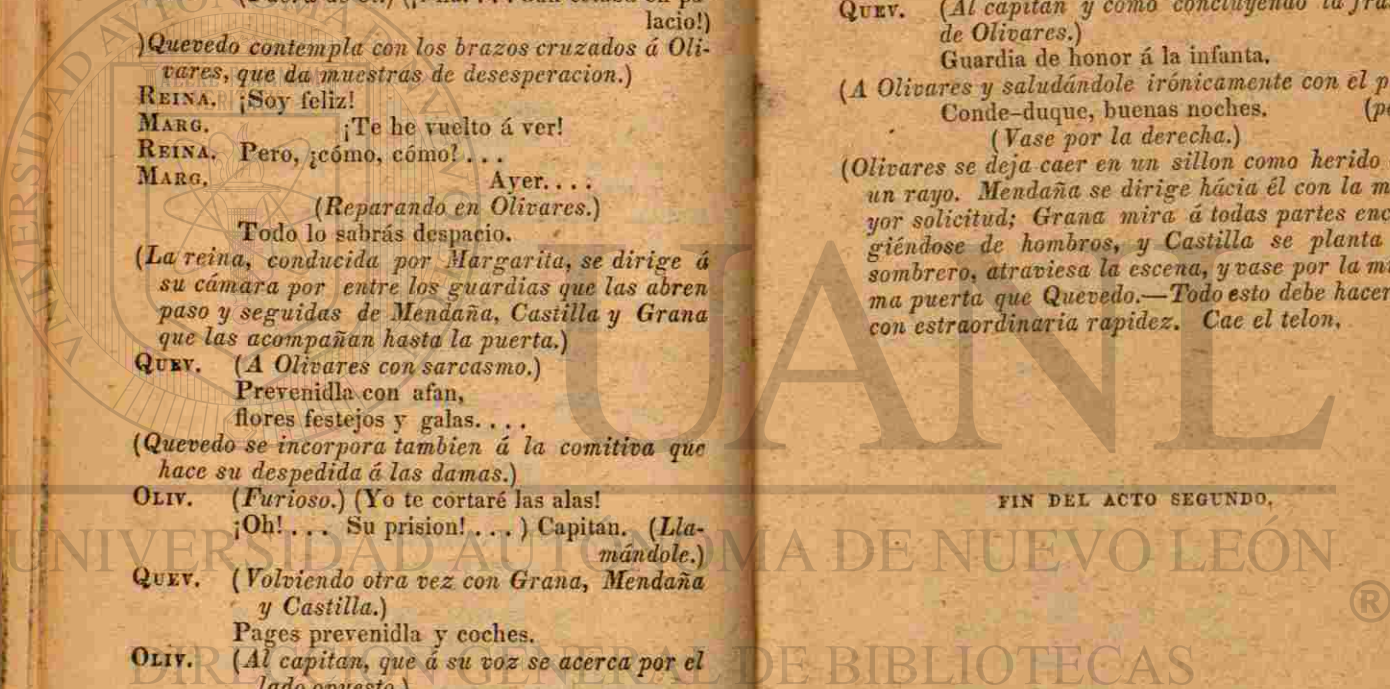
Guardia de honor á la infanta.

(A Olivares y saludándole irónicamente con el pa- Conde-duque, buenas noches. (pel.)

(Vase por la derecha.)

(Olivares se deja caer en un sillón como herido de un rayo. Mendaña se dirige hácia él con la mayor solicitud; Grana mira á todas partes encogiéndose de hombros, y Castilla se planta el sombrero, atraviesa la escena, y vase por la misma puerta que Quevedo.—Todo esto debe hacerse con extraordinaria rapidez. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.





## ACTO TERCERO.

*La decoracion del anterior.*

### ESCENA I.

MARGARITA.

Un mes ya! . . . tan largo plazo  
para jornada tan corta! . . .

La tardanza de Quevedo  
me desconcierta y me asombra.

¿Qué podrá ser? El camino  
desde Madrid á Lisboa

no es hoy seguro y, acaso. . . .

Vagas sospechas me acosan.

Vengativo el conde-duque,

nunca olvida ni perdona,

y si á su fin le conducen,

poco los medios le importan.

En el mundo hay asesinos

que con el oro se compran. . . .

Olivares es malvado. . . .

—Tal vez Quevedo á estas horas. . . .

Oh! Dios mio! . . . —Dios lo sabe:

nunca fuí supersticiosa;

pero esta idea terrible  
es un dogal que me ahoga.  
—Varonil y fuerte, nunca  
temblé de terror. . . y ahora,  
al pensar en él ¡ay! tiemblo  
como en el árbol la hoja. . . .  
—Qué pasa por mí? . . . Quevedo. . . .  
—Siempre fijo en mi memoria!—  
Oh, la gratitud. . . sin duda. . . .  
no puede ser otra cosa. . . .  
Cierto! . . . la altiva duquesa  
Margarita de Saboya,  
que no conoció en su vida  
mas voluntad que la propia;  
la que, nunca dominada,  
siempre fué dominadora,  
con su voluntad de hierro  
y su corazón de roca,  
esa muger. . . soberana,  
con su altivez por corona,  
siempre es la misma, la misma. . . .  
—No! . . . delante de él es otra. . . .  
Otra sí. . . Nadie en el mundo  
logró lo que este hombre logra. . . .  
Quevedo ¡ay Dios! me fascina. . . .  
—Jamás! . . . Qué digo? estoy loca!  
—No; delante de Quevedo  
mis mejillas se coloran,  
y mis ojos se humedecen  
y mi mente se trastorna! . . .  
Sí! . . . Siempre al sentir sus pasos,  
temblé. . . como tiemblo ahora  
sin sentirlos. . . ¡Sin sentirlos! . . .  
—No. . . los siento en mi memoria!

ESCENA II.

MARGARITA, la REINA, que sale de su cámara.

REINA. Margarita. . . .  
MARG. (*Volviendo sobre sí.*) Oh! . . .—Me buscá-  
REINA. Sí; el hallarte tan sola, (bas. . . .  
me sorprende. . . Tú llorando!  
MARG. Cómo?  
REINA. Tú, que nunca lloras!  
MARG. Qué ilusión. . . Tú lo dijiste:  
nunca del llanto las gotas  
por mi mejilla corrieron.  
REINA. Plegue á Dios que nunca corran!  
MARG. Yo así lo espero. . . —Las lágrimas  
siempre son infructuosas.  
REINA. El llanto calma las penas.  
MARG. El valor triunfa de todas.  
—En eso mismo pensaba  
cuando llegaste.—La hora  
de vencer á la desgracia  
se acerca para nosotras.  
REINA. Loca esperanza!  
MARG. Qué dices?  
Si hoy mismo Quevedo torna,  
para triunfar de Olivares  
armas traerá de Lisboa.  
REINA. Esas armas. . . .  
MARG. Son seguras;  
y han de darnos la victoria,  
descubriendo del ministro  
las maquinaciones sordas.  
—Bien lo sabes: Portugal,

ántes provincia española,  
se hizo reino independiente  
siendo yo gobernadora. . . .  
Que no fué por culpa mía,  
bien en mis despachos consta;  
con tiempo avisé el peligro  
y pedí dinero y tropas. . . .  
Pero sordo el conde-duque  
á mis peticiones todas,  
juzgó sueños mis temores,  
me creyó débil ó loca.  
Pues bien: ya que la experiencia,  
aunque por mi mal, me abona,  
por las cartas de Olivares,  
llenas para el rey de mofa,  
sabr  el rey que ese ministro,  
con escándalo de Europa,  
ne o   traidor, ha vendido  
un joyel de su corona.

(La reina va á hablar.)

Quevedo hallar  esas cartas  
que ocultas dej  en Lisboa. . . .

Una sola puede darnos  
venganza terrible y pronta!

REINA. Me haces temblar.

MARG. El malvado,  
por dar fin   sus zozobras,  
quiso asesinarme. . . .

REINA. Cielos! . . .  
No recuerdes esa historia.

MARG. S ; y   no ser por Quevedo  
que brotó de entre la sombra,  
el sicario de Olivares. . . .

REINA.  Y   qué recordarlo ahora?

Vives y estás   mi lado. . . .  
ya Olivares no lo estorba. . . .  
 Oh! tal vez arrepentido  
ya de su accion se sonroja. . . .

MARG. Le conoces mal.

REINA. Con todo:  
de ello responden sus obras,  
El es el rey. . . . y en palacio  
desde aquella noche moras;  
y hace un mes que el de Olivares  
te consagra sus lisonjas,  
te distingue. . . .

MARG. Y sin embargo,  
en su corazon me odia.

REINA. Y cómo esplicar. . . .

MARG. Quevedo

al partir para Lisboa,  
ense andolo un papel,  
le dijo con risa irónica:  
"Pues con vos queda la infanta  
Margarita de Saboya,  
conmigo va este soneto,  
para que de ella responda."

REINA. No comprendo. . . .

MARG. De mi vida  
 l responde con la propia;  
tiene las manos atadas.

—Y si al fin Quevedo torna,  
la ruina del favorito  
será inevitable y pronta.

REINA.  Qu  intentas?

MARG. Salvar   España  
de un yugo que la deshonra;  
comprar tambien el castigo

del tirano. . .

REINA. Si es á costa  
de mi eterna desventura,  
caro su castigo compras! . . .

MARG. ¡Oh! qué dices?

REINA. La esperanza  
jamás al triste abandona;  
y yo, en mi delirio á veces  
aun espero ser dichosa.

—Solo hay un medio: Olivares  
con intencion cautelosa  
guarda ese escrito sangriento  
en que mi inocencia consta, . . .

—Y en mi tomará venganza,  
si tú su rencor provocas,  
aniquilando ese escrito  
que es ¡ay! mi esperanza sola.

MARG. Calla! calla!

REINA. Margarita:  
tú tan buena y generosa,  
no harás uso de tus armas,  
si han de volverse en mi contra.

MARG. ¿Qué dices?—España sufre. . .  
Dios en mis manos coloca  
su remedio. . . —Antes que todo,  
es esta nación heróica!

REINA. Y tu amor?

MARG. El mismo siempre.

REINA. Salva mi dicha y mi honra!

MARG. Despues. . .

REINA. (Con desaliento y amargura.)

Ay! será muy tarde.

MARG. (Gran Dios! mis fuerzas se agotan!  
no puedo mas!)

REINA. Margarita;  
tú serás mi salvadora.  
—El castigo de Olivares  
puede aplazarse y. . .

MARG. (Con exaltacion.) ¿Qué importa  
si en tanto ese hombre? . . . —Imposible!  
La corte y España toda  
sufren su tirano yugo  
y sus desafueros lloran.  
REINA. Hombre fatal!

MARG. Por su causa,  
la España, terror de Europa  
y del mundo en otro tiempo,  
duerme en el olvido ahora.  
Por él lloramos perdidas  
tantas conquistas gloriosas;  
unas al hierro entregadas,  
y al oro vendidas otras.  
Mas de trescientos navios  
tragaron del mar las olas  
por él; y por él perdimos  
á Esthin, Wiranzan y Dola,  
y á mas las Islas Terceras,  
y el ducado de Borgoña,  
y el Brasil, y el Rosellon,  
y Ormuz, Fernambuco y Hoa! . . .  
y no ha mucho Portugal.

(Con énfasis.)

siendo yo gobernadora.  
Por su rey al de Braganza  
coronó en Villaviciosa. . .

REINA. Calla! . . . (Mirando hácia la derecha.)



ESCENA III.

*Dichas y OLIVARES: MENAÑA, GRANA y CASTILLA; que entran muy engolfados en su conversacion por la derecha. Al verlos la reina, se va retirando hácia su cámara acompañada de Margarita.*

OLIV. Sabré quién ha sido.  
 MEND. Mejor! morirá en la horca.  
 REINA. (Piénsalo bien.)  
 MARG. (Hasta luego.)  
*La reina entra en su cámara: Margarita la contempla con espresion de ternura.*  
 OLIV. Fué solo un susto.  
 GRAN. No importa.  
 MEND. Mejor, mejor.  
 OLIV. Mas, . . . la infanta, . . .  
 MEND. La infanta? . . . mejor.  
*(Todos saludan á Margarita, que se va acercando hácia ellos.)*  
 OLIV. Señora, . . .  
 MARG. Pálido estais, conde-duque  
 MEND. No es para ménos la cosa.  
 MARG. Pues ¿qué ha habido?  
 OLIV. Nada. . . nada, . . .  
 MEND. Un disparo á quema-ropa!  
 OLIV. Bien, no me ha herido.  
 MEND. Mejor.  
 MARG. Conde-duque, estoy absorta,  
 OLIV. No nos ocupemos de ello.  
 (A los tres.)

—Sobre asuntos de mas monta tengo que hablar á su alteza;— conque, . . . dejadnos á solas, . . . *(Saludando.)* Hasta despues. *(dándolos.)*

*(Los tres se inclinan, y vanse por la derecha.)*  
 MEND. *(Marchándose.)* Despacito *(A los dos.)* voy á examinar ahora el estrago que las balas hicieron en su carroza.

ESCENA IV.

MARGARITA, OLIVARES.

MARG. Conde-duque, mal os quieren.  
 OLIV. Vos interpretais las cosas de una manera, . . .—Ese tiro fué casualidad, señora.  
 MARG. ¿Eso pensais?  
 OLIV. ¿Quién lo duda?  
 En honor á mi persona, como siempre, en las Salinas hizo una salva la tropa, . . .  
 MARG. Si hay plomo en los arcabuces, las salvas son peligrosas, . . .  
 OLIV. Nada temais.  
 MARG. No os conviene gastar en salvas la pólvora.  
 OLIV. La torpeza de un bisoño no os debe causar zozobra.  
 MARG. No; mas tened vos en cuenta que hay mucha gente bisoña.  
 OLIV. Vivid tranquila: las balas no han de quemarme la ropa, . . .

—Para tiros mas seguros  
pienso prevenir mi cota.

MARG. ¿Otros teneis, conde-duque?

OLIV. Certeros y de arma sorda:

son los tiros de la infanta

Margarita de Saboya. . .

MARG. ¡Oh! Pues diz que ella dispara  
siempre al corazon.

OLIV. Hay otras  
opiniones. . . Diz que apunta,  
y al tirar. . . tiembla. . . ó perdona.

MARG. Mal la conoceis.

OLIV. Con todo;

un mes hace por ahora  
que á mi privanza la guerra  
declaró en debida forma;  
y hasta el presente no he visto  
las hostilidades rotas. . .

Y es que en ausencia de Marte  
duerme sin duda Belona.

MARG. Los plazos al fin se cumplen;  
las deudas al fin se cobran.

OLIV. Yo, á la verdad, no comprendo  
cómo estais tan ociosa.

MARG. Vos lo habeis dicho: le aguardo.

OLIV. Ya. . . no os atreveis vos sola.

MARG. ¡A todo!

OLIV. ¿Pues qué os detiene?

MARG. ¿Teneis preguntas muy hondas!

OLIV. ¡Conque le aguardais!

MARG. Le aguardo  
como el labrador la aurora.

OLIV. ¡Y si acaso no volviese!

MARG. ¡Gran Dios!

OLIV. La fortuna es loca,  
y á veces, por sus caprichos,  
el plan mas hábil aborta  
y se pierden como el humo  
las mas diestras maniobras.

MARG. ¡La justicia triunfa siempre!

OLIV. Cuando el ardid no lo estorba;  
bien lo sabeis.

MARG. ¡Conde-duque,  
sé que hay puñales!

OLIV. (Oh! floral!)

MARG. Pero sé tambien,—y acaso  
lo debo á vuestra persona—  
que una espada de buen temple  
para cien puñales sobra.

OLIV. (Acercándose á ella, en voz baja y acento  
siniestro.)

¡Pues no aguardéis á Quevedo!

MARG. (Aterrada y con vehemencia levantando  
las manos al cielo.)

(Oh! . . . Virgen. . . misericordia!)

ESCENA V.

Dichos y QUEVEDO por la derecha y en traje de  
camino.

QUEV. Aquí estoy, porque he venido.

OLIV. (Oh furor!)

MARG. (Mirando al cielo y con las manos juntas.)  
Gracias, Señora!

OLIV. Vos, Don Francisco. . . (En tono ligero.)

QUEV. Acabad:

Quevedo y Villegas. . .



OLIV. Pues;  
caballero santiagues. . . .  
gracias. . . .

QUEV. Al diablo.

OLIV. Es verdad.

QUEV. Y á la cruz.—Yo á todos pago:  
que si de Santiago soy  
caballero, gracias doy. . . .

OLIV. Sí, á Medina.

QUEV. No, á Santiago.  
—Al tornar de mi viage,  
por veniros pronto á ver,  
no me quise detener  
ni aun para cambiar de traje.  
Mucho estimo tal fineza.

OLIV. (Reparando en Margarita.)  
Señora. . . . (A Olivares.) Pálida está! . . .  
Si un ultraje. . . . (Amenazante.)  
Ella os dirá.

OLIV. (Saludando para retirarse.)  
Adios.

QUEV. Serviré á su alteza.  
(Acompañala hasta la puerta.)

MARG. (Aparte á Quevedo.)  
Y bien?

QUEV. (Idem.) Nuestra es la jornada!

MARG. Vienen los papeles?

QUEV. Sí;  
mas no vienen sobre mí  
por temor de una emboscada.

MARG. Bien.—La reina está mortal. . . .  
teme. . . .

QUEV. Con razon á fe,

MARG. Salvadla!

QUEV. La salvaré.  
MARG. (Despues de despedirse.)  
(Tiene una alma celestial!)

ESCENA VI.

QUEVEDO, OLIVARES.

QUEV. (Contemplándola al partir.)  
(¡Es muger ó es ilusion! . . .  
—¡Oh! Por ella con fe pia,  
gota á gota vertería  
la sangre del corazon!)

(Quevedo se queda inmóvil: Olivares, que ha contemplado á los dos fijamente, se acerca á él.)

OLIV. (¡Vive Dios que está despacio!)  
(Pónele la mano sobre el hombro.)

QUEV. (Volviéndose rápidamente.)  
¡Quién! . . . .

OLIV. Tan ceñudo y suspenso,  
¡qué es lo que pensais!

QUEV. No pienso.  
Nunca se piensa. . . . en palacio.

OLIV. Pues ¡qué haciais de ese modo?

QUEV. Repasaba en mi memoria  
cierta peregrina historia.

OLIV. ¡De amores?

QUEV. Tiene de todo.

OLIV. Será entretenida. . . .

QUEV. ¡Oh! Mucho.  
(Despues de un momento.)  
¡Quereis la historia saber?

OLIV. Me será de gran placer.

QUEV. Pues escuchadme.

OLIV. Os escucho.  
 QUEV. Erance un rey muy celoso,  
 y una reina muy hermosa;  
 la reina del rey esposa,  
 y el rey. . . de la reina esposo.  
 Y así unidos ante Dios,  
 como á un árbol dos raices,  
 eran los dos muy felices,  
 porque se amaban los dos.  
 —Pero un hombre— un favorito—  
 que en la dicha y el poder  
 solo ambicionaba ser. . .  
 (Movimiento de Olivares.)  
 Oid.— Ese hombre maldito,  
 por influir sin rival  
 del rey en el corazon,  
 alzó de infamia un padron  
 entre la pareja real.—  
 Con habilidad cruel,  
 —le hizo muy hábil su estrella—  
 mintiendo culpas en ella,  
 encendió celos en él.  
 Y el rey maldijo en sus celos  
 á la reina por impura;  
 y la reina. . . era tan pura  
 como un ángel de los cielos.—  
 Y desde entonces los dos  
 no se han vuelto á unir jamas;  
 y él vive triste quizas,  
 y ella. . . ¡dudando de Dios!  
 OLIV. Permitidme que os ataje;  
 porque, ó miente mi memoria,  
 ó vos, al contar la historia,  
 olvidais un personaje.

(Quevedo quiere interrumpirla.)  
 Ya esa historia me contó  
 no sé quién, cómo, ni dónde;  
 y anda en ella cierto conde. . .  
 El amante.

QUEV. ¡No!  
 OLIV. Si.  
 QUEV. ¡No!!  
 OLIV. (Con frialdad.)  
 De ese buen conde afirmaron  
 que con la reina le vieron  
 amante feliz. . .  
 QUEV. Mintieron.  
 OLIV. Pues así me lo contaron.  
 QUEV. Yo os lo contaré mejor.  
 OLIV. El conde á la reina amaba.  
 QUEV. Pero la reina ignoraba  
 su desatinado amor.  
 OLIV. ¡Y quién lo podrá probar? . . .  
 QUEV. Hay una prueba sangrienta. . .  
 OLIV. Como nadie la presenta. . .  
 QUEV. No la quieren presentar.  
 Escuchadme.— El favorito  
 que á la reina calumnió,  
 tal delito coronó  
 con otro nuevo delito.—  
 Sabedor de la verdad,  
 el conde solo podia  
 poner en claro algun dia  
 tan cobarde iniquidad,  
 Era un testigo harto fiel. . .  
 —Pero ya resuelto á todo,  
 halló el favorito modo  
 para deshacerse de él.—

Y al pié del alcázar real  
diz que una noche, á traición,  
pasó al conde el corazon. . . .

OLIV. *(Con disgusto interrumpiéndole.)*  
Sí, una espada.

QUEV. ¡No, un puñal!  
¡Lo oí! . . . Para hazañas tales  
no presta el valor espadas. . . .

OLIV. *VER.* Mas. . . .  
QUEV. Para muertes compradas  
la traición vende puñales.

OLIV. Basta.  
QUEV. Oid.—Al espirar,  
el conde escribió un papel  
con sangre. . . —Vengo por él.

OLIV. ¡Cómo!  
QUEV. Y me le vais á dar.

OLIV. ¡Nunca!  
QUEV. Sí, sí, por quien soy. . . .  
*(Saca un papel.)*  
De ello esta firma responde.

OLIV. Pero. . . .  
QUEV. *(Con imperio.)* ¡El escrito del conde!

OLIV. *(Después de un momento y señalando con  
timidez el papel de Quevedo.)*  
Dadme ese en cambio.

QUEV. *(Después de un movimiento de estrañeza  
y con tono despreciativo.)*

OLIV. *(Con asombro.)* Os le doy.  
¡Me le dais!

QUEV. Lo dije ya.  
OLIV. *(Dirigiéndose á la izquierda.)*  
Vuelvo. . . .

QUEV. Sin esto—lo sé,—

ya sin armas quedaré;  
mas ¡qué importa!

OLIV. ¡Bien está! . . . *(Vase.)*

QUEV. Entre hacer el bien del bueno  
y el mal del malo, dudará  
solo un hombre que abrigara  
ese corazon de cieno!

ESCENA VII.

QUEVEDO, después MENDAÑA, CASTILLA y GRANA,  
que entran por la derecha, y vuelven á salir por  
el fondo, izquierda.

QUEV. Bravo, corazon, muy bien;  
estoy contento de tí. *(Mirando á la dere-  
cha.)*

Mas. . . —Que á punto siempre esten  
los necios. . . —Si ahora me ven,  
no podré echarlos de mí. *(Se oculta.)*

MEND. *(Entrando con los otros dos.)*  
Conde-duque. . . *(A los dos.)* Pues no está.

GRAN. Sin duda en aquellas salas. . . .

MEND. Vamos á buscarle allá.

CAST. Pues; con eso nos dirá  
cómo le suenan las balas. *(Vanse.)*

QUEV. No me han visto.—Es fuerte apuro,  
que me hayan de perseguir  
necios siempre, y de seguro  
con este infame conjuro:

“Quevedo, hacednos reir.”—  
Y es, por Dios, contraste horrendo,  
y aun vice-versa, nefando,  
y hasta sarcasmo estupendo,  
que ellos escuchen riendo

lo que yo digo rabiando.

—Tal vez, porque se desvíen,  
suelto un chiste insulso y frío. . .  
mas de gusto se deslían,  
y tanto á veces se rien,  
que al fin. . . yo tambien me río,

—Risas hay de Lucifer. . .  
risas preñadas de horror! . . .

Que en nuestro mezquino ser,  
como su llanto el placer,  
tiene su risa el dolor!

—Necios, los que abris las bocas,  
abrid los ojos. . . Quizas  
veréis que mis risas locas  
son de lástima no pocas,  
y de tedio las demas! . . .

—¡No! . . . Con su chata razon  
no comprenden, cosa es clara,  
que mis chistes gotas son  
de la hiel del corazon  
que les escupo á la cara.

—Y jamas librarme puedo  
de ese infernal retintin  
que ya me produce miedo:

“divertirnos vos, Quevedo.”

—y hablo. . . y los divierto al fin.—

¡Qué tal!—“Me divierte mucho.”  
dice, al divertirse un bicho,  
ya en diversiones muy ducho. . . .

—Y con qué temblor lo escucho  
yo, que en mi vida lo he dicho!

—Sí. . . los necios, de mil modos,  
que se divierten discurro  
hasta por cogote y codos. . . .

Y yo, al divertirse todos,  
siempre me canso y me aburro.

(Pausa.)

Cansado estoy de cansarme,  
y aburrido de aburrirme. . . .

—¡Necios! . . . venid á enseñarme  
cómo tengo de arreglarme  
para saber divertirme!

—Y si en torno, hasta morir,  
Solo necios me he de hallar  
y con necios soureir  
y entre necios divertir,

viendo á los necios bailar;  
—¡Padre Adan! . . . tu parentela  
miré yo, en corro infinito  
á la luz de una pajucla,  
bailando la tarantela. . . .  
pues. . . y el baile de San Vito!

ESCENA VIII.

QUEVEDO, OLIVARES.

OLIV. (Dándole un papel.)

Carta póstuma, Quevedo.

QUEV. (Después de mirarlo por todos lados y entregando á Olivares el otro.)

Carta inédita, Olivares.

OLIV. Pláceme, por Dios, el truco.

QUEV. Por Dios, que tambien me piace.

OLIV. (Leyendo.) “A la infanta Margarita. . . .”

QUEV. La órden era terminante.

OLIV. “Darás al punto la muerte.”

QUEV. Sentencia que vos firmásteis.  
OLIV. Es verdad.—Y este soneto,  
como dimos en llamarle,  
sí . . . me ha puesto algunas veces  
descolorido el semblante.

QUEV. Pues este escrito sangriento  
—ved lo que son los contrastes!—  
ha de volver los colores  
al puro rostro de un ángel.

OLIV. *(Con gran complacencia.)*  
¡Soneto impió!—Quevedo,  
permitidme que le rasgue  
sin demora. . . —No; imagino  
que es mas seguro quemarle.

QUEV. ¡Carta feliz!—Conde-duque,  
permitidme que repase  
sus renglones. . . —De la reina  
quiere en la dicha gozarme.

OLIV. ¡Y esperais! . . .

QUEV. *(Con tono solemne.)* En este escrito,  
hoy habla al rey un cadáver! . . .

*(Leyendo.)*

“ Al rey.”—Oid cómo escriben  
los moribundos con sangre:

—“ Muero, es justo; la beldad

“ amé, que en el trono vi. . .

“ Pero siempre,—es la verdad!—

“ ignoró su magestad

“ este ciego frenesí.

“ Jamas hablamos los dos. . .

“ ¡Lo jura una alma cristiana

“ ya en la presencia de Dios!

“ Muero. . . ¡perdonadme vos! . . .

“ Con sangre. . . Villamediana.”

De la fe de un moribundo  
ni el rey dudará ni nadie.

OLIV. Pero vos, al recibirla,  
me parece que dudásteis. . . .

QUEV. ¡De su origen, conde-duque! . . . .  
Porque, como sois tan hábil,  
me asaltó al punto un recelo. . . .

OLIV. Pues me hicisteis un ultraje.  
—No falsifica papeles

la raza de los Guzmanes! . . . .

QUEV. Pero si un Guzman se nombra  
conde-duque de Olivares. . . .

OLIV. *(Con arrogancia.)* ¡Nunca falsifica! . . . .

QUEV. *(Con frialdad y sarcasmo.)* Cierto. . . .  
Cartas. . . escritas con sangre.

Y es que tal vez le repugna. . . .

OLIV. ¡Sí! . . . ¡envilecerse!

QUEV. O sangrarse.

OLIV. Nunca, y lo sabrás muy pronto,  
nunca pequé de cobarde.

QUEV. Sois audaz. . . y aun está en pleito  
el valor de los audaces.

*(Pausa.)*

OLIV. *(Afectando tono natural.)*

Quevedo, un mes hace ahora,

—no quisiera equivocarme,—

que en esta cámara misma. . . .

—Cierto, en esta fué. . . .

QUEV. Adelante

OLIV. Yo entónces, para prenderos. . . .

QUEV. Pues, á la guardia llamásteis,

que, por venir á prenderme,

tuvo despues que escoltarme.

OLIV. Un soneto os salvó entónces.

QUEV. Sonetos de vos me salven.  
 OLIV. *(Mostrándole el papel y dirigiéndose á la puerta de la derecha.)*  
 Hoy os falta ya el soneto.  
 QUEV. *(Con naturalidad.)*  
 Pues . . . me salvará un romance.  
*(Olivares vase sonriendo, por la derecha.)*

ESCENA IX.

QUEVEDO, despues MARGARITA.

*(Al desaparecer Olivares, Quevedo se dirige con rapidez á la puerta de la cámara de la reina.)*

QUEV. *(Llamando.)* Duquesa... Duquesa.—Quiero darla estas letras de sangre sin demora. . . — Mas. . . *(Impaciente.)*

¡Duquesa!

¡Salid. . . ¡Oh! ¡dicha! . . . Ya sale.

MARG. ¡Erais vos?

QUEV. Perdonad, si anduve osado.

MARG. ¿Que eso digais?

QUEV. Como ofrecí, señora, sin grande desazon para el privado, esta carta sangrienta he rescatado, y os la presento ahora.

*(Margarita la toma y pasa por ella una mirada.)*

MARG. ¡Sois el genio del bien!

QUEV. Dadme otro nombre. Mezquino entre los hambres me confundo, y hombre frágil tambien. . .

MARG. Si sois un hombre, ¡habeis nacido para honrar al mundo!

QUEV. ¡Callad, por compasion!

MARG. ¡Cuánto os admiro!  
 Alma teneis de celestial esencia. . .  
 —¡Oh! bendita de Dios vuestra existencia consagrada. . .

QUEV. Al estudio y al retiro, señora, y nada mas.

MARG. Y á los que gimen consagrada tambien. . . —Oh! sí, bendita un alma, cual la vuestra, que se agita en pro de la virtud y contra el crimen!

*(Movimiento de Quevedo.)*

¡Y no me lo negueis! . . . —De la ventura nuncio mortal, por bien de los mortales, desterrais de las almas la amargura; y, olvidado tal vez de vuestros males, vivís por dar alivio á los ajenos, y amparo á la virtud, y al crimen guerra. . . —¡Oh! ¡Seréis muy feliz!

QUEV. *(Con amargura.)* ¡Nunca! —En la tierra nadie es feliz, señora.

MARG. ¡Ni aun los buenos? . . .

QUEV. “ De una madre nacimos los que esta comun aura respiramos; todos muriendo en lágrimas vivimos desde que en el nacer todos lloramos!” (\*)

MARG. ¡Teneis harta razon! —Mas yo creía que á vos el cielo con largueza os daba ventura y alegría; que á vos eterno el bien os sonreía. . .

QUEV. ¡Oh! Tarde empieza el bien y pronto acaba!

MARG. Yo pensé que el placer libre de enojos, Era en Quevedo condicion precisa. . .

(\*) Quevedo, Musa I.

- QUEV. Nunca busqueis la flor en los rastrojos! . . .
- MARG. Yo vi siempre el contento en vuestros ojos, y en vuestros labios contemplé la risa! . . .
- QUEV. ¡Risa fatal de la tristeza loca!
- MARG. (¡Oh! ¡qué aspecto y qué vos! . . . Me ha enternecido!)
- QUEV. Me comprendisteis mal. . . (Es una roca.)
- MARG. (Acercándose con vivo interes.)  
Estais descolorido. . . .
- QUEV. Tal vez. . . . (Turbado.)
- MARG. (Como dejándose arrastrar por una fuerza irresistible de sentimiento.)  
¡Quevedo! . . .
- QUEV. (Fuera de sí, precipitándose hácia ella.)  
¡Comprenderme os toca!
- MARG. (Rechazándole con espresion, que á la actriz sola es dado determinar, y retrocediendo.)  
¡Mas siempre una sonrisa en esa boca! . . .
- QUEV. (Con desfallecimiento y amargura.)  
¡Y en este corazon siempre un gemido!
- MARG. (Resonaba en su voz el sentimiento. . . .)
- QUEV. (Yo he de perder al cabo la cabeza.)  
Vuestra alteza. . . . tal. . . . vez. . . .
- MARG. (¡Fáltame aliento!)
- QUEV. De mi loca tristeza  
no haga caso ninguno vuestra alteza. . . .
- MARG. Dejad la alteza ahora. . . .  
Escusad nombres vanos. . . .  
—Amiga, y no señora. . . .
- QUEV. (Interrumpiéndola). La carta salvadora  
que puse en vuestras manos,  
á la reina entregad. . . . —Con razon harta  
será alivio á sus penas esa carta.

- MARG. Es verdad.
- QUEV. Ante todo,  
—como amigo os lo ruego—  
haced que al punto y de cualquiera modo  
á las manos del rey pase este pliego.  
(Dala un pliego grande y sellado.)
- MARG. Bien, bien.
- QUEV. (Me reconcilia  
con la ruin sociedad alma tan pura.)
- MARG. ¡Será de Portugal! . . .
- QUEV. Es de Sicilia.  
—Llegado á Portugal, en derechura  
me encaminó á Palermo mi ventura.  
Y ese pliego es de allí.
- MARG. ¡Vuestra tardanza  
comprendo bien ahora.  
¡Qué contiene este pliego!
- QUEV. Una esperanza.
- MARG. Voy á entregarlo al rey. (Con afan.)
- QUEV. Gracias, señora.—  
Y luego, estad alerta  
de la cámara real junto á la puerta.  
(Entra Margarita en la cámara del rey.)

## ESCENA X.

QUEVEDO, despues OLIVARES.

- QUEV. Y ella tambien, cual todos se ha engañado,  
y muy feliz, cual todos, me ha creído. . . .  
—¡Cómo insultan mi ser desventurado  
“ los que ciego me ven de haber llorado,

y las lágrimas saben que he vertido!" (\*)

—¡Ellos! . . . ¡prole raquítica y liviana! . . .

Si ojos hoy para verme no ha tenido,

(*Marcada ironía.*)

¡claros su prole los tendrá mañana!

(*Con amargura.*)

—Es verdad! . . . Yo lo espero,

vive Dios! . . . —En tiempo venidero,

al nombrarme las gentes

se reirán á mandíbulas batientes. . . .

(*Con risa sangrienta.*)

—De pensarlo no mas me inunda el gozo! . . .

Si, Quevedo, los hombres ¡oh ventura!

allá en la edad futura,

te honrarán. . . . con chacota y alborozol

—Y al ver tu calavera, alegre risa

(*Sarcasmo sangriento.*)

llamarán á su gesto; y, por laureles,

al son de un tamboril, despues de misa,

ceñirán á su frente blanca y lisa,

corona. . . . de jugar. . . . con cascabeles!

(*Entrando por la derecha.*)

OLIV.

Ya me teneis aquí.

QUEV.

Tal compañía

me era inútil á fe.

OLIV.

Por vida mía

que de vos me ocupaba hace un instante.

QUEV.

Gracias.

OLIV.

Caprichos.—Me divierte veros

en regia magestad y aire triunfante

con escolta imperial de alabarderos. . . .

—Un mes hará que hicisteis esta escena,

(\*) QUEVEDO. Musa IV.

y hoy la haréis otra vez. . . . porque es mu-

Ya mis órdenes di. . . . (buena,

QUEV.

Si; hablemos claros;

para prenderme.

OLIV.

Pues. . . . para escoltaros.

QUEV.

(*Con conviccion.*)

Tambien me escoltarán.

OLIV.

De otra manera.

—Hoy, para honraros, os saldrá al encuen-

la guardia en la escalera. . . . (tro

Y hoy no con vos la guardia se irá fuera,

porque vos con la guardia os vendreis den-

Muy bien trazado á fe. (tro.

QUEV.

OLIV.

Para este lance

no teneis un soneto. . . .

QUEV.

Y quién se aflige?

Al fin, y ya os lo dije,

yo, en cualquiera ocasion, tendré un roman-

OLIV.

Estais loco sin duda.— (ce.

De mi pensais libraros?—Algun dia

un ilustre señor os protegia. . . .

mas ya en esta ocasion no os dará ayuda.

Ese altivo Giron, á quien se nombra

el gran duque de Osuna, ya no existe. . . .

El, que grande y feliz os prestó sombra,

ya murió pobre y olvidado y triste.

(*Indignado.*) Respetad á los muertos!

QUEV.

OLIV.

Sus pesares

de su gloria nacieron. . . .

QUEV.

Olivares! . . .

—“Faltar pudo su patria al grande Osuna

pero no á su defensa sus hazañas:

diéronle tumba en cárcel las Españas,

de quien él hizo esclava la fortuna.



“Lloraron sus envidias una á una  
con las propias naciones las extrañas. . .  
Su tumba son de Flandes las campañas  
y su epitafio la sangrienta luna” (1).

OLIV. (Interrumpiéndole.) Muy bien contais su

QUEV. ;Y quién la vuestra contará? (gloria,

OLIV. La historia

repasad, buen Quevedo, y pues en Flandes  
á los Girones encontráis tan grandes,  
buscad á los Guzmanes en Tarifa,  
y enseñad á la gente

QUEV. Guzmanes y Girones frente á frente.

Guzmanes! . . . Si tan ínclitos varones  
crecido hubieran con bastardos planes  
como vos, que heredásteis sus blasones. . .

OLIV. Frente á frente Guzmanes y Girones,

no diera yo un Giron por cien Guzmanes!

QUEV. Vive Dios! . . .

Un Guzman, con su heroísmo  
nombre de Bueno conquistó en Tarifa! . . .  
—Hiciérais vos lo mismo!

Ese ilustre Guzman de pecho fuerte,  
mas fuerte que su malla,  
su cuchilla arrojó por la muralla

y á un hijo dió la muerte. . .

—Padre noble y leal— Misero padre!

Si él en el hondo porvenir leyera,  
la muerte á todos con sus manos diera,  
y, ahogando en pos á la inocente madre,

su lanzon por un báculo trocará,

y en un claustro muriera,

y, estinguida su raza, nunca hubiera

(\*) QUEVEDO, Musa I.

un Guzman, como vos, que le afrentara!

OLIV. Basta, basta! . . . —Partís?

QUEV. Si. . . por no veros.

OLIV. (Con bárbara complacencia.)

Al fin logro perderos! . . .

—Entrásteis. . . no saldréis. . . no, por mí

QUEV. Yo por la entrada buscaré salida. (vida!

OLIV. No!—Y aunque halleis salida por la entrada,  
despues os prenderán por asesino! . . .

QUEV. Libre la puerta. . .

OLIV. La hallareis cerrada!

QUEV. (Al partir.) Yo me abriré camino con mi es-

OLIV. Despues. . . (pada.

QUEV. (Volviéndose desde la puerta.)

El cielo me abrirá camino! (Vase.)

ESCENA XI.

OLIVARES, luego MENDAÑA, CASTILLA y GRANA

OLIV. (Furioso y con desvario.)

Qué placer!—Sin dilacion  
preso lo traerán aquí. . .

—Yo quiero testigos, sí,  
que vean su hamillacion.

(Llamándolos.)

Mendaña, Grana!—Sí, á te.—

Os llamo, señores. . . —Oh!

El ante ellos me burló,

yo ante ellos le humillaré!

—Ya se acercan.—Mi venganza

será solemne.

MEND. (Entrando con Grana y Castilla.) Señor. . .

OLIV. Os hice venir. . .

MEND. Mejor.  
 OLIV. Para una. . . famosa chanza.  
 GRAN. Una chanza?  
 OLIV. Sí. . . —Hará un mes  
 que aquí con discretos modos  
 nos burló Quevedo á todos. . .  
 Y yo, por burlarle. . .

MEND. Pues! . . .  
 OLIV. Voy. . . á prenderle.  
 MEND. Es razon.

—Pendiente dejó un soneto. . .  
 si hoy no le dice, y completo,  
 diez minutos de prision.  
 Y eso conforme y segua.

OLIV. Oid! . . . (Ruido dentro á la derecha.)

CAP. (Dentro.) La espada. . .

QUEV. (Ídem.) Oh! Jamas!

CAP. Soldados, matadle!

QUEV. (Entrando espada en mano acosado por el  
 capitan y guardia.) Atras! . . .

MEND. (Sujetándole la espada por detras y rién-  
 Faltan seis versos aun. (dese.)

(Los soldados rodean á Quevedo: el capitan le arran-  
 ca la espada, y Olivares le contempla con aire de  
 triunfo. Quevedo permanece impassible miran-  
 do á todos lados. Rapidez.)

ESCENA ULTIMA.

Dichos y MARGARITA, que aparece á las hojas de la  
 cámara del rey á tiempo de prender á QUEVEDO.

OLIV. (Viéndola y con alegría.)  
 (Ella! . . . hoy todo lo concilia

MARG. para mi triunfo el destino!)  
 (Que al ver á Quevedo entre los guardias  
 ha hecho un movimiento de terror.)

Al embajador que hoy vino  
 de la corte de Sicilia,  
 quiere ver su Magestad.

OLIV. (Con estrañeza á Margarita.)  
 Dónde está ese embajador? . . .

QUEV. Aquí, con guardia de honor!

OLIV. (Aterrado.) Cómo!

MARG. Es verdad! (Entra en la cámara.)

(Los soldados dan en tierra con el cuento de sus  
 alabardas, puestas éntes en alto. Quevedo pasa  
 por entre ellos, que le dejan paso, y el capitan le  
 entrega la espada rodilla en tierra. Este movi-  
 miento y las muestras de asombro de Mendaña,  
 Castilla y Grana, han de ser instantáneos.)

QUEV. (A Olivares con sorna, cavainando su es-  
 Es verdad. (pada.)

(Los cortesanos hablan entre si y con el capitan.)

OLIV. (Misero de mí!  
 (Con desesperacion.)

QUEV. (A Olivares aparte.) Del lance  
 salí con dicha completa.

OLIV. Sois! . . .

QUEV. (Interrumpiéndole.) Embajador-poeta,  
 con mi credencial-romance.

(En alta voz.)

Paso á la cámara real.

(Saludando.) Señores. . . —Pero es de ley  
 que hoy el ministro del rey  
 me acompañe. . .

(Aparte á Olivares, que se acerca para hacerlo así.)  
 (Hasta el humbral!)

(Diríjense los dos á la cámara del rey.)

MEND. (A los demas.) Qué Quevedo y que Olivares!  
(Hablan todos con calor.) (res!..)

OLIV. Ved lo que haceis.

QUEV. Teneis miedo?

OLIV. ¡Eso imaginais, Quevedo!

QUEV. Mucho se encrespan los mares.

OLIV. Soy piloto.

QUEV. Conde-duque. . . .

Dije mal. . . . Señor piloto,  
sopla furibundo el noto,  
y hace agua ya vuestro buque.

OLIV. (Oh! me hace temblar!)

QUEV. Qué manos

Tan frías! . . . Cosa tan rara! . . .

Reid! . . . Poneis una cara! . . .

—Qué dirán los cortesanos!

Vedlos ya mustios y tristes. . . .

Tal vez harán ya un misterio,

de que os mantengais tan serio,

miéntras yo os abrumo á chistes.

—Reid, reid! . . . (A todos.)—Oh! señores, . . .

Su escelencia honra á mi númen.

Dice que de este cacúmen

nunca oyó chistes mejores.

(Como lastimándose.)

Y os habeis quedado á oscuras! . . .

—Pues ved. . . . de risa Olivares

aun se aprieta los hijares,

y va á echar las asaduras.

Gracias le dije á montones. . . .

—Si os las cuenta bien contadas,

(Riéndose.)

ya vereis. . . . qué carcajadas!

(Aparte á Olivares al entrar, y en el tono que mejor le parezca al actor.)

(Ya vereis. . . . qué convulsiones!)

(Saluda y entra.)

MEND. Va que se le lleva el aire!

OLIV. (Con terror.)

(Hombre infernal! . . . Tengo miedo! . . .)

MEND. (Acercándose á Olivares con todos los demas y en tono jovial ó riendo.)

Qué donaire el de Quevedo! . . .

OLIV. (Estremeciéndose.)

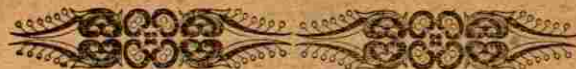
Quevedo! . . .

(Haciendo un esfuerzo para reirse, pero con amargura.)

—Sí. . . . qué donaire! . . .

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.



## ACTO CUARTO.

*Salon del palacio del Buen-Retiro. En el fondo una galería de poca altura, á la cual conduce una ancha gradería con dos ramales á derecha é izquierda. Sobre la meseta, á donde parten estas tres escaleras, se abre en el fondo una puerta de dos hojas que conduce á la antecámara y habitaciones del rey, de modo que, abiertas las hojas, dejan ver un rompimiento de salones al nivel de la meseta. A la derecha, en primer término, puerta que guía á la parte exterior del palacio; en segundo, la de la cámara de la reina: á la izquierda, en primer término las habitaciones de Olivares; en segundo, una puerta secreta.*

### ESCENA I.

*Al levantarse el telon, aparecen QUEVEDO y MARGARITA subiendo á la meseta por los ramales de derecha á izquierda, con papeles en la mano. Al llegar ellos arriba, se abren las dos hojas, y sale OLIVARES que los detiene al tiempo ya de entrar.*

QUEVEDO, MARGARITA, OLIVARES.

- OLIV. Cómo! . . . adentro? . . . Pues afuera.  
— Ambos subís á la par. . . .  
Volved ámbos á bajar. . . .  
— Son percances de escalera. . . .  
(Movimiento de Quevedo y Margarita)  
Tres pasos hay espeditos,  
(Señalando las tres bajadas.)  
con que. . . . (Comenzando á bajar por la  
de en medio.)
- QUEV. (A Margarita con resignacion afectada.)  
Acatemos sus leyes. . . .  
(Bajan los tres, cada cual por su lado.)
- MARG. (A Olivares señalando el centro y como  
reprochándole.)  
Por allí bajan los reyes.
- OLIV. Y tambien los favoritos—  
(Después de mirarlos alternativamente.)  
Á las puertas principales,  
prefiriendo estos cancelles,  
ibais al rey con papeles. . . .  
son, por dicha, memoriales?
- QUEV. Si; y el que tengo en la mano  
dice al rey:—“Señor, piedad  
para España! . . . Del tirano  
sálvenos su magestad.”
- OLIV. (A Margarita con frialdad.)  
Y el vuestro?
- QUEV. Con sangre escrito,  
dice al esposo:—“Señor,  
en la virtud no hay delito! . . .

- Castigad al impostor!”
- OLIV. Y esperais?  
(Señal afirmativa de Quevedo. Margarita aparece  
pensativa.)
- Mucho me alegro.  
Lo pintais de azul? . . . —Distintas  
son de las vuestras mis tintas,  
y os lo pintaré de negro.  
(Con inquietud.) (Qué designios? . . .)
- MARG. Desde ayer
- OLIV. os observo sin cesar,  
y es difícil engañar  
á la astucia y al poder.
- QUEV. Contra el poder hay poderes. . . .
- OLIV. No los teme mi privanza.
- MARG. Aun nos queda la esperanza. . . .
- OLIV. Prendida con alfileres. (Sonriéndose.)  
—Ni la audacia ni el ardid  
os salvan. . . . Por vuestro mal,  
el rey parte al Escorial  
y yo. . . me quedo en Madrid.
- MARG. (Oh!)
- OLIV. Tarde dais la batalla.  
Cuando al rey ayer hablásteis,  
¿dónde ese escrito dejásteis? . . .
- QUEV. Es buen cañon de metralla!
- OLIV. Pero inútil ya.
- MARG. (Gran Dios!)
- OLIV. Hoy, para mí solo abiertas,  
ciérranse del rey las puertas  
para vos. . . y para vos. . . .  
—Como enconzásteis cerrada  
ya la puerta principal,  
para la cámara real

elegísteis la escusada. . . . (Señalando al  
Pues todas, todas lo estan. (fondo.  
No entrareis, no.

MARG. (Dios eterno!)

QUEV. Aunque se oponga el infierno,  
estas cartas entrarán.

OLIV. Mucho confiais. . . .—La infanta  
confía menos. . . . Sin duda,  
al ver la verdad desnuda,  
vuestra situacion la espanta.  
Reparad en su afliccion. . . .  
(Movimiento de Margarita.)  
Mirad. . . . Ella es el espejo  
donde se ve, por reflejo,  
vuestra pobre situacion.  
Vedla. . . . temblando quizás. . . .

MARG. No! . . . La infanta Margarita,  
noble, ante el crimen se irrita;  
—Pero no tiembla jamas.

QUEV. (Bien, muy bien!)

MARG. Valor, Quevedo!

QUEV. Nunca me asustan azares.

MARG. (Con dignidad y retirándose hácia la de-  
Yo nunca tiemblo, Olivares. (recha.

(A Quevedo que la acompaña.)

(Estoy temblando de miedo!  
—Guardadme esa carta. . . . Ay Dios!)

QUEV. (Confiad en vos.)

MARG. (Oh! sí,  
yo confío mucho en mí;  
pero mas confío en vos.) (Dale el papel y  
entra en la cámara de la reina.)



ESCENA II.

OLIVARES, QUEVEDO.

QUEV. De la corte de Sicilia  
soy á esta corte enviado. . . .

OLIV. (Interrumpiéndole.)  
A tratar cosas de Estado,  
y no asuntos de familia.

QUEV. Pues al rey quiero hablar hoy,  
conque introducidme al punto.

OLIV. Yo, si es de Estado el asunto,  
ministro de estado soy.

(Quevedo dirige una mirada al rededor. Oliva-  
res se sonrie.)

QUEV. Quereis jugar un albur! . . .

OLIV. Sí, somos quién para quién.

QUEV. Nos conocemos muy bien.

OLIV. Va de tahir á tahir.

—Así, pues, hablemos claros.

QUEV. Es verdad; seamos sinceros.

OLIV. Yo hice voto de perderos.

QUEV. Voto hice yo de arruinaros.

—Oh! siempre os quise infinito.

OLIV. Hoy lo veo. . . . y lo ví ántes

por cien sátiras picantes

que contra mí habeis escrito.

—Yo siempre os tuve aficion.

QUEV. Sí, sí. . . . me responden de eso

los años que estuve preso

en San Marcos de Leon.

(Con amargura.)

Mucho frío, hambre no poca,  
y con grillos en los pies,  
solo me faltaba. . . .

OLIV. Pues;  
una mordaza en la boca.

QUEV. Vive Dios!

OLIV. Si hoy, ú otro día,  
volvéis allá por fortuna,  
mandaré poner os una. . . .  
y enmudecerá Talía.

QUEV. Es que no pienso volver  
á San Márcos de Leon;  
—Pienso, y yo sé la razon,  
derrocar vuestro poder.

OLIV. Ya. . . . lo pensáis. . . .

QUEV. Este escrito  
prueba de un modo fatal  
que el rey perdió á Portugal  
por culpa pel favorito.  
Y aunque, según las razones  
de éste, España en aquél día  
por un cetro que perdía  
ganaba muchos millones;  
sabido de todos es  
que el buen monarca lloró  
cuando Braganza se alzó  
con el cetro portugues.—  
Pues bien, tenedlo presente:  
cuando el rey lea este escrito. . . .

OLIV. Bien, se pierde el favorito;  
lo confieso llanamente.

—Pero el rey no lo leerá.

QUEV. Lo adivináis?

OLIV. Lo adivino.

QUEV. Ya buscaremos camino. . . .

OLIV. No os queda ninguno ya.  
—El rey saldrá por la puerta  
principal. . . . En este espacio,  
para cruzar el palacio  
no hallareis ninguna abierta.

—Los que entren hasta las salas  
que por ese lado están,  
ya al otro lado no irán.

—á no ser que tengan alas.—  
Saldrá el rey. . . .—Y ni allá fuera  
podreis hablarle al partir;  
pues no os dejarán salir  
ni á los zaguanes siquiera.

QUEV. Es decir. . . .

OLIV. Que en mi opinion,  
no derrocaís mi poder;  
y que al fin vais á volver  
á San Márcos de Leon.

QUEV. No.—Mi esperanza. . . .

OLIV. Está ya,  
como dije ántes. . . .

QUEV. Perdida?

OLIV. Con alfileres prendida:  
(Saluda, y vase por el fondo.)

ja, ja. . . .

ESCENA III.

QUEVEDO, luego GRANA, MENDEÑA y CASTILLA.

QUEV. (Dspues de un momento de reflexion.)  
Ja, ja, ja ja, ja! (Carcajada natural.)

Con alfileres. . . . A ver. . . . (Discurrien  
—Sí, conde-duque. . . . Sin duda. . . . (do.  
Vuestra ocurrencia es. . . . aguda. . . .  
como. . . . punta de alfiler!

GRAN. (Por la derecha.)

—Don Francisco de Quevedo. . . . (Saludan-

QUEV. Señor marques de la Grana. . . . (do.

GRAN. Cómo! Os vais!

QUEV. De mala gana,  
si os quedais vos.

GRAN. Sí, me quedo.

QUEV. Y haceis bien.—Yo, aunque me voy,  
volveré aquí. . . . Lo deseo,  
porque mucho, según creo,  
nos divertiremos hoy.

MEND. (Entrando con Castilla.)

Hoy en palacio es gran día.

QUEV. Juntos os dejo á los tres.

—Contad, Mendaña, al marques  
eso de Fuenterrabía.—

Conque, hasta luego, señores. . .

MEND. Qué llevais en el magin?

QUEV. Nada.

MEND. Nequaquan.—En fin,  
¿qué trazais?

QUEV. Varias labores. . . .

Sí, labores de mugeres. . . .

MEND. Mejor! . . . Siempre estais en chanza.

QUEV. Quiero prender la esperanza,  
y ando. . . . en busca de alfileres.  
(Vase por la derecha.)



ESCENA IV.

Dichos, ménos QUEVEDO.

MEND. Siempre zumbon y chancero.

CAST. Siempre venático y loco.  
Vive Dios que hemos de verle. . . .

MEND. Dónde?

CAST. En Toledo y muy pronto.

Sí, pardiez, esa cabeza,  
tiene ya seco el meollo.

GRAN. Sí, Don Francisco. . . .

CAST. Por ménos

están enjaulados otros.

GRAN. Y ahora recuerdo: me dijo  
que hoy aquí debemos todos  
ver. . . .

MEND. Una gran ceremonia:  
sí, la de la copa de oro.

GRAN. Qué copa es esa?

MEND. Ignorais? . . .

Yo os enteraré de todo.

Es una gran ceremonia  
que ha de llenaros de asombro.

—El consejo de Castilla  
en el año treinta y ocho

consultó. . . . —Mejor que nadie  
sé lo que hubo en el negocio.

—Es el caso, que Olivares,  
mandando socorro pronto,

nos salvó á Fuenterrabía  
que á no ser por él. . . . ¡Demonio!

Pues bien; en premio debido  
á su proceder heróico. . . .



CAST. *(Que se ha vuelto á otro lado desde la narracion de Mendaña.)*

Pues qué, socorrióla él mismo!

MEND. No; pero envié el socorro.

—Y en recompensa, y por juro de heredad, alcaide propio y perpetuo le nombraron de la ciudad. . . . Pero, cómo! . . .

Con el ítem de que el rey, de su amor en testimonio, siempre al ministro, en tal día, por recuerdo tan glorioso le ha de enviar un presente digno de su real decoro, para honrar de tal jornada los aniversarios todos.

—Y hoy, lo mismo que otros años, como es público y notorio, el rey envía á Olivares una sin par copa de oro. . . .

Y además, en un billete, —billete de puño propio!— colocado en tres dobleces de la gran copa en el fondo. . . .

CAST. *(Con impaciencia.)*

Pues, el rey Felipe Cuarto con esquisitos piropos, da las gracias á Olivares de lo que sudaron otros.

MEND. Mejor es callar. —El caso es que el rey de puño propio, escribiendo al de Olivares, le dice con mil encomios: "Que al aceptar en tal día

de su rey la copa de oro, brinde con ella tres veces por la patria y por el trono." Por el trono y por la patria! . . . El los ha hundido en el polvo. . . . Vive Dios! . . .

CAST.

MEND.

GRAN.

MEND.

CAST.

MEND.

El rey, Castilla, sabrá mejor que nosotros. . . .

Con que hoy es la ceremonia? . . .

Ciertamente.—Si es famoso este gran aniversario.

Yo, como extranjero, ignoro. . . .

Pues ya vereis. . . . A las cinco por allí *(Señalando al fondo.)*

Si es un asombro! . . .

Oh! qué pompa, qué aparato! . . .

Ni la procesion del Corpus! . . .

ESCENA V.

*Dichos y OLIVARES por el fondo, y cerrando las hojas tras de sí.*

OLIV. Señores, pláceme veros hoy en palacio tan pronto.

MEND. Como es la gran ceremonia. . . .

OLIV. Sois muy puntuales.

MEND. El gozo. . . .

OLIV. Desde aquí á las cinco hay tiempo.

—Hoy me ocupan mil negocios. . . .

—Ah! . . . su magestad hoy mismo parte al Escorial.

GRAN.

Supongo que ireis con él.

OLIV. No, por cierto.  
 MEND. Ya . . . conquie el rey parte solo! . . .  
 OLIV. Yo con vosotros me quedo.  
 MEND. Pues mejor para nosotros.  
 OLIV. Pero el rey á su partida sabio dispondrá que, como siempre, al sonar hoy las cinco, se me dé la copa de oro.  
 MEND. Mejor, mejor.  
 OLIV. Su partida no puede ser un ostorbo: —si, vereis la copa este año como la visteis los otros.  
 MEND. Mejor que mejor.  
 GRAN. ¿Y cuándo parte el rey?  
 OLIV. Dentro de pocos momentos.—Si su salida quereis presenciar vosotros, á las puertas de palacio acudid, y acudid pronto.  
 MEND. Es verdad.  
 OLIV. Para su marcha ya está prevenido todo; con que . . .  
 GRAN. Vamos, pues.  
 MEND. Al punto.  
 OLIV. *(Abriendo la puerta secreta con una llave pequeña.)*  
 Venid, por aquí es mas corto.  
 MEND. Vos mismo! . . . Gracias! *(Pasan los tres.)*  
 Sois el hombre mejor que conozco.



ESCENA VI.

OLIVARES, MARGARITA, la REINA.—*Es ta, condu- cida por aquella de la mano, sale de su puerta secreta.)*  
 MARG. *(Pero eres la reina! . . .)*  
*(A Olivares con acento imperioso.)*  
 —Oid,  
 que os habla su magestad.  
*(Olivares se vuelve inmediatamente y hace una reverencia irónica.)*  
 REINA. *(Valor!) (Aparte á la reina.)*  
*(Yo tiemblo. . . .)*—¿Es verdad que hoy . . . parte el rey . . . de Madrid?  
 OLIV. Verdad, Señora.  
 REINA. Pues . . . yo . . . quisiera . . . verle un momento . . .  
 Con que así . . .  
 OLIV. Mucho lo siento; es imposible.  
 REINA. Ay!  
 MARG. No, no!  
 REINA. Concededme esa demanda . . .  
 OLIV. El rey á todos la niega.  
 REINA. Si, si . . . La reina os lo ruega . . .  
 MARG. No, no! . . . la reina os lo manda! . . .  
 OLIV. *(Sanriéndose.)*  
 La obediencia . . .  
 MARG. *(Dirigiéndose al fondo.)* En vos es ley.  
 OLIV. Si el rey lo manda, señora, entrareis luego . . .

MARG. No; ahora!  
 (En acento seguro.)  
 Luego que lo mande el rey. (Sube y entra.)

ESCENA VII.

MARGARITA, la REINA, despues QUEVEDO.

REINA. Lo ves? . . . Tan inútil paso. . . .

MARG. Veo, con grande afliccion,  
que no tienes corazon  
de reina. . . .

REINA. Y lo soy acaso?

MARG. No sabes serlo.—Has pedido,  
y él con razon ha negado. . . .  
Mas si hubieras tú mandado,  
él hubiera obedecido.

REINA. Ese hombre me infunde miedo.

MARG. Qué pálida estás! . . .

REINA. Ay Dios!

MARG. (Mirando á la derecha.)  
Alguien se acerca.—Sois vos?  
Ah! venid, venid, Quevedo,

QUEV. (Entrando.) Vuesa magestad. . . .

MARG. Un modo  
discurrid vos. . . .

QUEV. Ni una puerta  
hay por ese lado abierta.

MARG. Todo se ha perdido, todo!

QUEV. El rey partirá al momento,  
—si es que no ha partido ya. . . .  
—Y Olivares donde está?

MARG. Vedle.

(Señalando el fondo, por donde aparece Olivares.)

ESCENA VIII.

Dichos y OLIVARES.

OLIV. (A la reina, bajando.) Señora, lo siento.

MARG. Qué tracis?

OLIV. La despedida  
del rey traigo; y no os asombre:  
dice el rey que yo en su nombre  
de la reina me despida.

MARG. Sois! . . .

OLIV. Un súbdito obediente  
que del rey cumple el mandato.

REINA. Mas el rey. . . .

OLIV. Dentro de un rato  
partirá.

QUEV. (Perfectamente. . . .  
no ha partido el rey aun. . . .)

REINA. Me retiro.

OLIV. Guárdeos Dios.

MARG. (A la reina que con ella se dirige á la cá-  
mara.)  
Lloras!

REINA. (Con angustia.) Ay! (Entra.)

OLIV. (A Quevedo.) Pobre de vos! . . .

QUEV. Eso. . . . conforme y segun,  
como se suele decir.

OLIV. El rey parte.

QUEV. Bien, que parta.  
—Pienso. . . . escribirle una carta.

OLIV. Si os la dejan escribir.

QUEV. Pienso. . . . que la tengo escrita.

OLIV. Quién va á llevarla ademas?

QUEV. Quién? El demonio quizas.

OLIV. Bien.—La infanta Margarita,

(Dirigiendo una mirada á Margarita, que despues de acompañar á la reina hasta el umbral, se ha quedado inmóvil á la espalda como dominada por su situacion.)

que ya el desengaño toca, ved. . . no acude como vos al demonio. . . Acude á Dios, ya con el credo en la boca.

MARG. (Con indignacion.)  
(Me insulta.)

OLIV. Rezais!

MARG. No rezo. . .  
no. . . pues al ver que en su abismo Dios no os confunde. . . ahora mismo á dudar de Dios empiezo! . . .  
—No, no, Dios mio, perdon!!

OLIV. Delirais. . . y no lo extraño; víctima de un desengaño. . .

MARG. ¿Os lo dice el corazon?  
—Victima será la infanta Margarita de Saboya; pero en su valor se apoya como una victima santa.

OLIV. Víctima.

MARG. Firme y enhiesta. . . capaz, porque á Dios le plugo, de humillar á su verdugo con una risa. . . Oh! como esta. (Risa viva)

OLIV. Vive Dios! . . . El soberano va á partir. . . y yo me quedo: ay de vos y de Quevedo! . . . (lenta.)

QUEV. Puede que el rey parta en vano.

OLIV. Aun esperais que el demonio lleve al rey aquel escrito! . . .

QUEV. Si.

OLIV. Pues me alegro infinito. Dadme despues testimonio.

QUEV. Puede que lo tenga ya.

OLIV. Pues, aunque el demonio encuentra, temo que el papel no entre.

QUEV. Lo ofreci yo y entrará.

OLIV. Lo ofrecisteis?

QUEV. Lo ofreci.

OLIV. Cumplido.

QUEV. Lo cumpliré.

OLIV. No á fe, Quevedo.

QUEV. Si á fe.

OLIV. No, por Dios.

QUEV. Por Dios que sí!

OLIV. La esperanza es en los seres. . .

QUEV. Todo.—Y cual decís en chanza, yo, por tener esperanza, la prendí con alfileres.

OLIV. Pues la esperanza guardad, y el papel tambien (Sonriéndose.) los dos. . .  
(Hace movimiento para retirarse.)

MARG. (Ap. á Quevedo con ansiedad.)  
(Quién lleva el papel! . . .)

OLIV. Y adios.

(Olivares se retira haciendo una cortesía irónica.)

MARG. (Con afán á Quevedo.) Quien? . . .

QUEV. El demonio. . . mirad!  
(Señalando á Olivares, que al volverse y subir la gradería, enseña el papel que Quevedo le ha prendido á la espalda. Entra Olivares.)

ESCENA IX.

QUEVEDO, MARGARITA.

MARG. Gran Dios! . . .  
 QUEV. A muerte ó á vida.  
 Ya no quedaba otro medio.  
 MARG. Nuestra suerte. . .  
 QUEV. Sin remedio,  
 ya está ganada ó perdida.  
 MARG. Si viese el papel. . .  
 QUEV. Propicios  
 serán los cielos. . . .  
 MARG. Mas él. . . .  
 QUEV. Lleva á la espalda el papel  
 como el costal de sus vicios.  
 Desechad, señora, el miedo.  
 MARG. Ay! . . .—Esto á nadie lo digo,  
 sino á vos. . . que sois mi amigo:—  
 ¡Yo estoy temblando, Quevedo!  
 (Pausa.)  
 Y vos no temblais? . . .  
 (Asiéndole de una mano como para cerciorarse.)  
 QUEV. (Agitado.) Señora. . . .  
 MARG. (Con asombro.)  
 Sereno! (Pausa.)—Ahora, no! . . .  
 QUEV. (Ay de mí!)  
 MARG. Temblais, como yo! . . .  
 QUEV. Sí, sí. . . .  
 comienzo á temblar ahora! . . .  
 MARG. También! . . .  
 QUEV. También. . . ya lo veis. . . .  
 Tiemblo. . . —Mas no de terror. . .  
 de. . .

MARG. No lo digais! . . . (Alejándose.)  
 QUEV. (De amor!)  
 MARG. No me habéis. . . ni me mireis! . . .  
 QUEV. Tiene razon.  
 (Quevedo queda á la izquierda; Margarita se ha apartado bastante hacia la derecha.)  
 MARG. (Estoy loca! . . .  
 Qué hice yo? . . .—Su mano ardia. . . .  
 Tal vez la abrasó la mia! . . .)  
 QUEV. (Al fin me estrellé en la roca.)  
 MARG. (No le quiero hablar. . . ni aun ver! . . .  
 Pediré fuerzas al cielo. . .) (Queda como-  
 QUEV. (Corazon, si eras de hielo, (si orase.  
 ¿cómo es que hoy te siento arder?  
 El amor! . . . Cierto, así empieza. . .  
 —Y este afan, esta zozobra. . . .  
 Ay! el corazon me sobra,  
 y me falta la cabeza.)  
 (Margarita desde este verso sigue afanosa todos  
 los movimientos de Quevedo.)  
 —(Amor. . . Tú dices que sí. . . .  
 Tú has dicho siempre que no. . . .  
 Cierto, yo tengo otro yo,  
 que combate contra mí!  
 —El corazon y la mente. . . .  
 —El sentimiento y la idea. . . .  
 El espíritu que crea,  
 y el espíritu que siente! . . .  
 Si entrambos contrarios son,  
 ¿quién? . . .—Segun lo que aquí siento,  
 mal sujeta el pensamiento.  
 las alas del corazon!)  
 (Quevedo se vuelve de improviso á Margarita.)  
 Vos. . . (La tendiera mis brazos!)

MARG. Vos. . . .

(Entrambos se miran fijamente sin dar un paso.)

OLIV. (Apareciendo en el fondo.)

Mientras yo, como es ley,  
voy á despedir al rey. . .  
id uniendo esos pedazos!

(Arroja al pasar varios pedazos de papel y desaparece por la puerta secreta. Margarita da un grito de terror.)

MARG. (Aproximándose á Quevedo.)

Todo perdido! . . . Mirad! . . .

QUEV. (Desviándose.) Sí, por mi culpa. . . . Y ahora,  
¡no me aborrecéis, señora!

MARG. Callad, Quevedo, callad!

QUEV. Yo, que soñé en mi delirio  
la palma del triunfo daros,  
y al fin logro coronaros  
con la palma del martirio!

MARG. Comun-nos será esa palma.

QUEV. Yo soy quien os pierde á vos. . . .

Yo, sí. . . —Confúndame Dios!

MARG. Me estais desgarrando el alma.

QUEV. Maldecidme, y de ese modo. . . .

MARG. Nunca!

QUEV. Mi tormento veis. . . .

pero no, no comprendéis. . . .

MARG. Todo! . . . lo comprendo todo!

QUEV. Ved mi dolor!

MARG. Ved mi llanto!

(Ya fuera un crimen callar.)

QUEV. Causa teneis para odiar  
al hombre. . . . que os ama tanto!

MARG. Odiaros! . . . Teneis razon. . . .

y para saberlo bien,

preguntadlo. . . .

QUEV. A quien á quien!

MARG. A mi pobre corazon!

QUEV. Yo. . . .

MARG. Yo tambien, ay de mí. . . .

yo. . . . que no tengo suspiros,

yo. . . . —No sé cómo deciros. . . .

cómo espesaros. . . . —Oh! . . . así! . . .

(Tendiendo con ternura una mano á Quevedo, que es la besa apasionadamente.)

No! . . . no habéis. . . . no; por piedad! . . .

ya perdidos, un deber

santo nos resta. . . . Poner

en salvo á su magestad.

—id; que esa prueba sangrienta

guarde ella misma. . . .

QUEV. (Encaminándose á la derecha.)

Sí, sí. . . .

Pero ella viene hácia aquí.

ESCENA X.

QUEVEDO, MARGARITA, la REINA. Despues OLIVARES, MENAÑA, CASTILLA y GRANA por la puerta secreta.

REINA. Ya partió el rey.

MARG. La tormenta

sobre nosotros avanza! . . .

Perdidos Quevedo y yo. . . .

REINA. Todo se ha perdido. . . .

MARG. No!

Todo. . . . ménos tu esperanza!

QUEV. Y pues solo en vuestra mano

Estará sin riesgo ahora,  
vos. . . Guardadla vos, señora.  
(Dándola la carta del conde.)

REINA. Sangre! No. . . vos. . .  
QUEV. Y el tirano!  
ved que estoy bajo su ley.

REINA. Guárdala tú. (A Margarita.)

MARG. Cómo! en dónde!

QUEV. (Arrodillándose.) Tomad la carta del conde!

OLIV. (Apareciendo por la puerta secreta con  
Mendaña, Castilla y Grana.)

Esta primero. . . Es del rey!

(La reina, que iba ya á tomar la carta de Quevedo,  
toma la que le ofrece Olivares. Quevedo se le-  
vanta, y guarda la suya con despecho.)

Al entrar en su carroza  
"para la reina" me dijo.

REINA. (Después de leer un momento.)

No estuvo el rey muy prolijo.

(Cuánto en mi dolor se goza!)

Ordenes son que en su ausencia  
el rey me encomienda á mí.

OLIV. Señora, todos aquí  
os debemos obediencia.  
Con la puerta principal  
hice abrir hará un momento  
la que une vuestro aposento  
á la cámara real.

REINA. Cuanto al dejar su merada  
mandó el rey. . .

OLIV. En cierto modo,  
fué para la reina todo.

REINA. (Y para la esposa nada!)

OLIV. Hoy, humildes servidores,

al rey miramos en vos.

REINA Basta, Olivares.—Adios (Despidiéndose.)

OLIV. Saludo. . . á mi rey.—Señores,  
id. . . Muy contentos y ufanos  
hoy con un rey de ese porte,  
pienso que le hareis la corte  
como buenos cortesanos.

(La reina entra en su cámara acompañada de Mar-  
garita y seguida de Mendaña, Castilla y Grana.)

ESCENA XI.

QUEVEDO, OLIVARES.

OLIV. Vos, no vais. . .

QUEV. Porque me quedo.

OLIV. (Señalando los pedazos de papel.)

Ved. . . trocitos de esperanza. . .  
¿no los unisteis, Quevedo?

(Quevedo se sienta en un sillón.)

Cómo! . . . os sentais? Yo no puedo  
permitir. . .

QUEV. Parece chanza,  
y así estoy mas descansado.

OLIV. Venzo al fin, y estais perdido.

QUEV. Pues me perderé sentado.  
Mas, si venzo, estoy ganado. . .

OLIV. (Interrumpiéndole.)  
Cómo os ganareis. . .

QUEV. Tendido.

OLIV. Al respeto me faltais!

QUEV. Nada temo, si perdeis;

nada espero, si ganais;  
y en mí, ganeis ó perdais,  
ya ni quitais ni poneis.

OLIV. Parece que estais de humor.

QUEV. Mucho!

OLIV. Os le quiero seguir.

QUEV. Bravo! . . . Mejor que mejor,  
como en placer y en dolor  
suele Mendaña decir.

OLIV. La esperanza que os rasguó  
y ahí en trocitos está. . . .  
La de la espalda. . . .

QUEV. Ya sé. . . .

OLIV. Cayó en mis manos. . . . A fe  
que el cómo gracia os hará.  
—El buen rey se paseaba,  
y yo en su mesa escribía;  
pero él, que á mi espalda estaba,  
muy curioso me miraba. . . .

Y al fin con sorpresa mía:  
—Quién á mi buen favorito  
pone mazas sin respeto?  
dijo, y me dió el papelito.

QUEV. Cómo! . . . El rey os dió el escrito!

OLIV. (Riéndose.) Sí.

QUEV. (Levantándose.) Pues. . . anduvo discreto.

OLIV. Suponeis?

QUEV. Que lo leyó.

OLIV. Eso al pronto me temí. . . .  
mas conmigo se rió  
de la gracia y. . . . ví que no.

QUEV. Pues luego vereis que sí.

OLIV. No.—Al partir, muy lisonjero  
me habló el rey. . . . Besé su mano, . . .

QUEV. Pues así besa el cordero  
la mano del carnicero. . . .

OLIV. Delirais.—El soberano  
con su real mano despues  
puso una carta en las mias  
para la reina. . . .

QUEV. Eso es. . . .

¿Y no os ha ocurrido, pues,  
que era la carta de Urias?

OLIV. Eso pensais!

QUEV. Sí, por Dios!

Todo el rey lo sabe ya;  
ya no sois uno los dos! . . .  
Ya el rey os execra á vos. . . .  
Y en su carta. . . .

OLIV. Claro está. . . .  
prevendrá el rey (Dios le guarde)  
á la reina, con decoro,  
que ella misma en regio alarde  
á las cinco de esta tarde  
me ofrezca la copa de oro.

QUEV. No.

OLIV. Las cinco van á dar.

—El rey á la reina ha escrito,  
y hoy la reina á su pesar  
debe al favorito honrar. . . .

QUEV. O perder al favorito.

— Ya nõ hay copa de oro. . . . no.

(Da la primer campanada de las cinco.)

OLIV. Escuchad. . . . llegó el momento.

QUEV. (Me asesina ese reloj.) (Pausa.)

Cinco. . . . campanadas. . . .

OLIV. (Mirando á la puerta del fondo con terror.)

Oh!

QUEV. (Despues de un momento.)

No hay copa!

OLIV. (Estoy sin aliento.)



QUEV. Dió la postrer campanada. . .  
 mas no se abre aquella puerta. . .  
 (Sonrisa de Quevedo y espanto de Olivares.)  
 no. . . no se abre. . . nada. . . nada. . .  
 Mirad. . . cerrada. . . cerrada. . .

(La puerta se abre.)

Oh! (Con rabia.)

OLIV. (Con sonrisa de triunfo.)

Mirad. . . abierta. . . abierta! . . .

ESCENA XII.

Dichos, y al abrirse las hojas del fondo aparece MENDAÑA trayendo en una bandeja una copa de oro con un billete cerrado en el fondo. Al lado de MENDAÑA salen GRANA y CASTILLA. Durante los versos que siguen, el primero baja la gradieria del centro, seguido de un ugiar; y los otros dos, por los ramales de derecha á izquierda, abriendo la marcha á dos filas de caballeros, pages, damas y meninas que se colocan luego en semicírculo, dejando en el centro á MENDAÑA con el ugiar á la espalda.—Al bajar la comitiva, la REINA aparece en la galería entre MARGARITA y DOÑA ISÍA.

QUEV. (Siempre la loca fortuna  
 mala fué para los buenos! . . .  
 —El cielo. . . —Allí está la luna,  
 y esa no da luz ninguna  
 cuando la noche es de truenos!)

OLIV. Mato al fin vuestra esperanza.  
 —En San Marcos de Leon  
 será horrible mi venganza! . . .

QUEV. Teneis. . .

OLIV. Poder y privanza. . .

Mirad! . . .

UGIER. Silencio! atencion!

REINA. Conde-duque, sentaos y cubrios. (Hácelo  
 (Me querrá ver el rey, mas humillada.) (así.  
 Gozais de tan cumplida preeminencia  
 desde que el rey os concedió esta gracia.

(La reina debe decir esto lentamente y como haciendo un esfuerzo para ello.)

H oy, al partir el rey á San Lorenzo,

para la reina os entregó una carta;  
 me la disteis: en ella me previene  
 el rey, bajo su firma soberana,  
 que en honor. . . vuestro, y en servicio su-  
 Yo, que la reina soy de las Españas, (yo,  
 solemnice tambien la ceremonia  
 que él dejó á su partida preparada.  
 Y así, con mi presencia enalteciendo  
 una régia merced, que es ya tan alta,  
 Yo—la reina— á ofreceros he venido,  
 porque el rey, mi señor, así lo manda,  
 ese presente real que sobre el trono,  
 bajo el rico dosel, en la real cámara,  
 dejó para esté fin el soberano  
 que os acuerda merced tan señalada.  
 Como todos los años, en la copa  
 un pliego para vos puso el monarca. . .  
 Recibid esa copa y ese pliego,  
 y. . . Dios. . . os dé. . . (Pausa.)

(Olivares mira á la reina, que se echa llorando en brazos de Margarita.)

MARG. (Concluyendo la frase de la reina y con solemnidad.)

Lo que ¡Dios os falta!

OLIV. Como súbdito fiel, cumplir me toca  
 La voluntad del rey, siempre sagrada.  
 Hoy me prescribe que su copa acepte:  
 yo la acepto á mi vez.—Debo aceptarla.

[Toma la copa que Mendaña le presenta con una rodilla en tierra. El ugiar toma tambien la bandeja, y se retira seguido de la gente palaciega, subiendo las escaleras laterales, y entrando por detrás de la reina. Entretanto, Mendaña y los demas van pasando delante de Olivares para hacerle un saludo de parabien; Quevedo pasa el último, y al llegar á su lado, se vuelve á la meseta y saluda á la reina; todo esto durante el tiempo que se tarda en decir los versos que siguen.]

MARG. (Ap. á la reina.)

(Lloras! . . . Reina, valor! . . . Ojos enjutos y frente real, desprecio y arrogancia.)

REINA. (Angustia, humillacion.)  
 MARG. (Orgullo, reina,  
 que el orgullo engrandece la desgracia!)  
 OLIV. Como siempre, en la copa viene un pliego,  
 todo de puño real, con régias armas,  
 en que recuerda los servicios mios  
 —bien escasos á fe.—nuestro Monarca.  
 En este pliego, como siempre, ahora  
 El gran Felipe Cuarto, honor de España,  
 frases de amor sincero me dirige,  
 que yo—sábelo el rey—grabo en el alma.  
 —Segun uso y costumbre, un caballero,  
 el mas ilustre y distinguido que haya  
 presente é la sazón, debe á su turno  
 abrir el pliego real, y en voz bien alta,  
 delante de la corte, repetirme  
 su contesto, palabra por palabra. . . .  
 —Si Quevedo se digna. . . .  
 QUEV. (Con rabia.) Yo! . . . (Reprimiéndose.) Me  
 (Ap. á Olivares.) (digno,  
 (Por respeto á esa reina desgraciada.)  
 OLIV. Pues tomad el papel.  
 (Ap. á Quevedo.) (Bravo soneto!)  
 QUEV. (Idem.) (Sonetos hay pardiez. . . .  
 OLIV. (Sin consonancia.  
 Tales los hay á veces—y ese es uno—  
 que al lector mas robusto le atragantan.)  
 —Señores, atencion:—Leed, Quevedo,  
 en voz sonora y halagüeña y clara. . . .  
 QUEV. Sonora y halagüeña y clara, como  
 el órgano, y el céfiro, y el agua.  
 (Mirando el pliego.)  
 MARG. (Su amor consagra el rey á su enemigo.)  
 REINA. (Y á su esposa infeliz que la consagra?)  
 MARG. (No llores, por piedad.)  
 QUEV. (Cariño imbécil  
 el de ese imbécil rey.—Dice la carta:

(Leyendo.)  
 “A nuestro muy querido. . . (Deteniéndose-  
 El conde-duque.” (sa.)  
 OLIV. Proseguid, proseguid.  
 QUEV. (Leyendo.) “Salud.”—(Tercianas!) (Ap.)  
 (Olivares se inclina.)  
 OLIV. Sobrescrito feliz. . . Romped la nema,  
 pues lo mas principal es lo que falta.  
 Las lisonjas del rey; esos elogios  
 que al nivel de su trono me levantan. . . .  
 —Hoy el rey, mi señor, me hace dichoso!  
 QUEV. (Desgarrando á la reina las entrañas!)  
 (Rompe el sello con cólera.)  
 OLIV. Repetidme sus frases cariñosas.  
 REINA. (El corazon del pecho se me arranca.)  
 OLIV. Señores, atencion.—Leed, Quevedo,  
 en voz sonora y halagüeña y clara. . . .  
 QUEV. (Conde-duque!) (Aparte á Olivares.)  
 OLIV. Leed.—(Mirad mis ojos  
 radiantes de rencor y de venganza!)  
 QUEV. (Os desprecio!)  
 (A todos.) Escuchad.—(No! no hay justi-  
 cia. . . .)  
 MARG. (A la reina, que manifiesta terrible angus-  
 (Valor! valor!) (tia.)  
 REINA. (Mi espíritu desmaya.)  
 (Se echa en brazos de Margarita.)  
 OLIV. Ya vereis cuánto honor! . . . —Al punto.  
 QUEV. (Preparándose á leer.) Al punto.  
 REINA. (Ciegan mis ojos. . . .)  
 QUEV. (A todos.) Escuchad. (Oh, rabial)  
 (Leyendo.) “Mi buen Olivares: no he menester encareceros mi  
 gran cariño, que es superior, y tú lo sabes, á todo encareci-  
 miento. Aunque públicos son en estos reinos las pruebas del  
 amor con que te distingo, hoy he de darte una mayor que to-  
 das, y dártela quisero como amigo, que no como monarca.—May  
 luego daré á Madrid la vuelta: y como cumplo á mis desig-  
 nios que tú conozcas ántes esa prueba de mi buena amistad,  
 no debo diferirla.—Es un aviso cariñoso de mi corazon: ten en

cuenta el aviso, porque te importa mucho.—Olivares! . . . si estuvieses en mi alcázar á mi regreso, el amigo te dará sus brazos. . . . El rey . . . su verdugo."

(Movimiento general de asombro.)

OLIV. (Soltando la copa y con un grito de an- Ah!

REINA. (Con emoci3n y júbilo:) Gran Dios!

MARG. (Conteniendo á la reina, y como si quisiera escuchar aun el eco de las últimas palabras de la carta.) Silencio!

QUEV. (Poniendo á Olivares el papel delante de los ojos, pero con dignidad.) Ved.

OLIV. (Dajándose caer en su sill3n con desaliento.) Misero de mí!

(Quevedo se dirige hácia la reina: Mendaña y Grana separándose de Olivares, le salen al encuentro. Castilla permanece cruzado de brazos cerca de Olivares.)

MEND. (A Quevedo.) Qué asombro!

QUEV. Y así le dejais! . . . Volved! . . . Si os dió arrimo una pared y se hunde, . . . arrimadla un hombro.

(Movimiento en los dos.)

Sombra y nido á vuestro gusto os dió un árbol. . . . cayó allí! . . .

Mas si al dejarle con susto, buscáis otro mas robusto. . . .

No le encontraréis en mí! Nunca, no.—Sobre cascajos, tronco soy de rudas quiebras, que, creciendo entre espantajos, ni ofrece nido á los grajos, ni da sombra á las culebras.—

Ya en la cortesana grey no hay reyezuelos. . . . Hay dos

reyes. . . . La reina y el rey! . . . (Volviéndose á la reina.)

Señora, cambió la ley.

REINA. Quevedo, que os oiga Dios!

QUEV. Hoy que Dios en su bondad la luz del bien nos envía tras de tanta oscuridad, para vuestra magestad ¡grande, señora, es el día! Hoy ante el solio español se dilata el horizonte, y entre nubes de arrebol mas claro amanece el sol porque se derrumba el monte.

(A todos.)

El rey. . . . la reina despues!

CAST. Si hoy, por fin de sus pesares, ya la reina reina es, sirva de alfombra á sus piés el sombrero de Olivares.

(Se lo arranca de la cabeza, y lo arroja á los piés de la reina, que baja las gradas con Margarita y Doña Inés)

UN PAGE. (Entrando.) Para la reina este pliego del rey, que en Atocha está. (Quevedo lo presenta á la reina.)

REINA. (A Quevedo.) Yo en vuestras manos lo entrego. (Quevedo lo abre y lee.)

MARG. (Acercándose á Olivares despues de tomar el sombrero del suelo.)

Conde-duque, á vos me llego, pero sin rencores ya.— Contrarios fuimos los dos; pero aquí cesa mi encono.— Matarme quisisteis vos. . . . —Pues bien; que os perdone Dios, lo mismo que yo os perdono!

Y pensad en vuestra cuita  
 que si audaz un caballero  
 hoy hasta el sombrero os quita. . . .  
 Yo. . . la infanta Margarita,  
 hoy. . . os devuelve el sombrero.

(Da el sombrero á Olivares, que lo toma confuso.)

REINA. (A Quevedo, que ha leído ya el pliego.)  
 Ordones del rey serán?

QUEV. Que se cumplan sin demora  
 quiere el rey.

REINA. Se cumplirán.  
 (Quevedo la ofrece el pliego.)  
 bien en vuestra mano están.

Vos. . . .  
 QUEV. Obedeceo, señora.  
 (A Olivares.)

Y vos no os hagais rehacio:  
 por orden del rey, salid  
 — sin mas término ni espacio, —  
 ahora mismo de palacio,  
 y mañana de Madrid.

(Olivares se dirige á la puerta como maquinamen-

MEND. (A Quevedo.) Bien: mejor! (te.

QUEV. Vos, á su lado. —

Como un perro y mas puntual  
 seguisteis siempre al privado. . . .  
 Seguid, pues, al desterrado,  
 y seréis perro leal!

MEND. Para mí tanta dureza!

QUEV. Comprended, si no sois perro,  
 que uno acaba y otro empieza:  
 os dió sombra en su grandeza. . . .  
 dadle sombra en su destierro!

MEND. Pero. . . . hacerme de desterrar! . . .

QUEV. Eso, segun vuestro humor,  
 es mejor. . . .

MEND. (Con asombro.) Mejor!

QUEV. Mejor.  
 que si os hiciesen ahorcar!

MEND. Mejor, mejor por mi vida!

OLIV. (Con desvario.) Todo convertido en nada!

MEND. (Dando el brazo á Olivares.)

Conde-duque, de partida.

OLIV. (Preocupado.) Dónde?

MEND. A buscar salida,  
 porque se cerró la entrada.

(Los dos se dirigen á la puerta de la derecha.)

Si el verdugo ha de apretaros. . . .

OLIV. (Con profunda angustia.)  
 Ay Mendaña!

MEND. Ea, valor!

OLIV. Desterrarme!

MEND. Desterrarnos!

OLIV. Nos destierra!

MEND. Pudo ahorcarnos! . . .

Conque. . . . mejor que mejor. (Vánse.)

QUEV. El rey anuncia ademas  
 que no ha de haber favoritos  
 ya en su palacio jamas. . . .

(Rumor lejano.)

— Pero ese rumor. . . . — Quizás  
 llega ya el rey.

REINA. Esos gritos. . . .

QUEV. De gozo, señora, son:  
 El pueblo con sus clamores  
 celebra su rendición! . . .

GRAN. Pues que el rey llega. . . .

REINA. Es razon;  
 id á su encuentro, señores.

QUEV. (A Castilla.)

Decid á Mendaña vos,  
 que si el destierro le es duro,  
 vuelva á entrar del rey en pos.

(Vánse Castilla y Grana por la derecha.)

MARG. ¿Dejará solo ¡Gran Dios!  
á Olivares?

QUEV. De seguro.

MARG. ¡Qué barbarie!

QUEV. *(Con amarga ironía.)*  
No, es piedad. . . .

El dolor, por el contrario,

Diz que ama la soledad. . . .

*(Con sarcasmo sangriento.)*

Por eso la humanidad  
deja al dolor solitario!

ESCENA XIII.

QUEVEDO, MARGARITA, la REINA.

QUEV. *(A Margarita, sacando la carta del conde.)*  
Vos señora. . . .

MARG. *(Tomándola.)* Dadme luego. . . .

QUEV. Al paso, en cualquiera parte.

MARG. Sepa el rey que estuvo ciego. . . .

*(Dirigese á las gradas rápidamente.)*

REINA. ¿Dónde vas?

MARG. *(Agitando el papel desde la meseta.)*  
Voy á salvarte. *(Entra.)*

QUEV. Esa carta salvadora,  
de vuestra virtud responde:  
La escribió con sangre el conde,  
y el rey va á leerla ahora.

REINA. Será inútil. . . . Tantos dias  
de olvido y separacion! . . .  
Ya del rey el corazon  
entre torpes mancebías. . . .

QUEV. Ya su ángel malo en el cieno,  
no podrá hundirle en el vicio.

REINA. Le dejó en el precipicio! . . .

QUEV. Que le salve su ángel bueno.  
Sedlo vos.

REINA. Y su desden?

QUEV. Del bien le alejaron ya! . . .  
Vuestra mano bastará  
para conducirle al bien.

—Ya no hay quien siembre zizaña;  
amadle, y que os ame á vos;  
y hacéd, unidos los dos,  
la felicidad de España!

REINA. Fuera en ello tan dichosa!

MARG. *(Apareciendo en el fondo.)*

El rey. . . .

REINA. ¿Quiere ver quizás  
á la reina?

MARG. Mucho mas!

Quiere abrazar á la esposa.

*(La reina y Quevedo suben las gradas.)*

REINA. *(Azorada.)* El rey. . . .

MARG. *(Señalando el fondo por entre las hojas en-  
treabiertas.)*

Mírale. . . . hácia aquí  
con toda su corte avanza. . . .

REINA. El temor y la esperanza. . . .

*(Siéntense en el fondo pasos y ruido que se apro-  
ximán.)*

MARG. Ven á su encuentro! . . .

QUEV. Si, sí!

Y á la clara luz del sol  
al rey amando leal,  
dadle tan solo un rival. . . .

*(Gritos del pueblo.)*  
ese buen pueblo español.

*(La reina, conducida por Margarita, entra y se dirige á la izquierda.  
Al abrirse las hojas, en el fondo aparecen caballeros, y en primera  
línea Mendaña, Castilla; pajes y guardias que van desfilando há-  
cia la izquierda.)*

MARG. Ven.

REINA. *(Dentro con un grito de júbilo.)*  
Mi esposo. . . . Dicha entera!

Que mis brazos te reciban! . . .

MEND. Vivan nuestros reyes! . . .

TODOS. Vivan! . . .

MEND. (Dirigiéndose á la izquierda.)

Todos adentro!

(Todos marchan á la izquierda, de modo que se note el movimiento de cerrar Quevedo las puertas.)

QUEV. (Saliendo y cerrando tras de sí la puerta.)

Y yo afuera.

ESCENA XVI.

QUEVEDO, luego MARGARITA.

QUEV. Todos se van.—Yo me quedo.

—Bien; importe por importe,

si se restan con el dedo,

debe la corte á Quevedo

lo que Quevedo á la corte.

Todos, en tan fausto día,

van á donde el viento va

en revuelta algarabía. . . .

—Quevedo. . . . en tanta alegría

quién de tí se acuerda ya?

(Margarita aparece, y al ver que Quevedo comienza á bajar por la izquierda, baja por la derecha mirándole con asno.)

Con su ayer y sus historias,

un recuerdo. . . . está perdido

siempre en el hoy de las glorias! . . .

Que al fin, siempre las memorias

son merienda del olvido!

Tu presencia en tal morada

fuera un recuerdo importuno. . . .

Y hoy, al fin de la jornada,

al pensar todos en nada,

ya no piensa en tí ninguno.

En tí, ni aun despues de todo

—si á buena luz lo escudriñas—

pensarán. . . . como el beodo

piensa, al empinr ela codo,

en el que plantó las viñas.

—¿Quién se acuerda ya? . . . Lo sé. . . .

(Baja el último escalon, y se vuelve hácia la derecha; Margarita á su vez sigue el movimiento contrario.)

Ninguno, ninguno. . . . (Viéndola.) Ah! Si. . . .

(Se acercan.)

En este momento á fe

pensaba. . . .

MARG. Comprendo en qué. . . .

Y errásteis pensando así.

QUEV. Perdonadme. . . . En tal momento. . . .

MARG. Que así me ofendiésteis vos! . . .

QUEV. Yo siento. (Con emocion.)

MARG. (Idem.) Tambien yo siento. . . .

QUEV. Dulce y comun sentimiento,

que es el alma de los dos!

MARG. (Señalando el corazon.)

Siempre aquí!

QUEV. (Idem.) Tambien aquí!

Inmenso ideal, profundo! . . .

MARG. Digno de vos y de mi,

QUEV. (Asiendo las manos de Margarita.)

Y eterno, eterno!

MARG. Si, sí. . . .

—Pero que lo ignore el mundo!

QUEV. A ser nacimos quizás

siempre amantes. . . .

MARG. Siempre buenos. . . . (R)

Ay! venturosos. . . . jamas! !

(Separándose con dolor.)

QUEV. ¿Por qué yo no nací mas?

MARG. ¿Por qué yo no nací ménos?

—Lo hizo Dios. . . . y él nos lo advierte:

un loco amor dió por fruto,

—no siendo comun su suerte—

á Villamediana muerte,

y á la reina llanto y luto! . . .

Tales son sus condiciones. . . .  
mi sosiego y vuestra vida  
por fugaces ilusiones. . . .  
—Dénse nuestros corazones  
su postrera despedida!

QUEV. Qué desventurado soy!

MARG. (Con acento de persuasión.)

Muerto fué Villamediana. . . .

(Movimiento desdeñoso de Quevedo.)

y la reina. . . .

QUEV. (Interrumpiéndola.) Basta.—Hoy  
mismo á mi Villa me voy.

MARG. Bien! Yo á un convento mañana!

QUEV. Y allí con honda querella  
diré á mi suerte cruel:  
¿por qué me separas de ella?  
Y vos. . . .

MARG. Yo diré á mi estrella:

¿por qué me separas de él?

QUEV. (Con amargura.)

Adios!

MARG. Adios!

QUEV. (Aparte y alejándose lentamente por la  
derecha.)

(A la orilla  
morir ahogado! . . . Oh tormento!

MARG. (Idem, idem por la izquierda.)

(Arde el llanto en mi megilla!)

QUEV. (Con profundo dolor, volviéndose desde la  
No os olvidéis de la Villa! (puerta.)

MARG. (Llorando y volviéndose tambien por el la-  
do opuesto.)

Pensad vos en el convento! !



ESCENA ULTIMA.

Dichos y MENDAÑA. CASTILLA, GRANA con varios caballeros que en  
este momento aparecen abriendo las hojas del fondo, y bajan á la es-  
cena. Al verlos Quevedo, que ya iba á salir, se detiene notando un  
movimiento de terror en Margarita, que se esfuerza por ocultar su  
turbacion y sus lágrimas.

MEND. Su alteza! . . .

QUEV. (Sonriéndose.) Mirad! . . . La infanta  
llora. . . de risa! . . .

(Con violencia.) Eso es. . . .

chistes de Quevedo. . . .

Pues!

MEND. Mejor! . . . Cuánta gracia, cuánta!

QUEV. ¡Mehor hoy con gracioso porte

que mil gracias ensarto,

al fin de mis gracias harto,  
dejo, por gracia, la corte.

MEND. Y aun muy gracioso al marchar. . . .

QUEV. Un chiste acerté á decir. . . .

MEND. Que hizo á su alteza reir. . . .

QUEV. Pues; y de risa. . . . llorar.

Que, unidos en un engaste,

por lo alegre y por lo triste,

una lágrima y un chiste,

son. . . . un chistoso contraste!

GRAN. Es verdad!

QUEV. Si bien lo mira  
la excelente humanidad,  
todo en el mundo es verdad! . . .

CAST. Cómo!

QUEV. Cuando no es mentira.

MEND. Ya que sin vuestra persona

en la corte nos quedamos,

¿qué de chistes aguardamos

de esa musa juguetera! . . .

Desde allá vos. . . ya lo sé;

sois en el chiste muy ducho;

QUEV. (A Mendaña.)



Mucho! mucho!  
(A Margarita.) Mucho!  
(A todos.) Mucho! ! !

MEND. Escribid!  
QUEV. Escribiré.

Que al surear simples y mansos  
las cortesanas espumas,  
me han provisto ya de plumas  
muchos, muchísimos ganzos.  
Y van dispuestos y prontos  
en mi alquitara mental. . . .  
mil sonetos! . . .

MEND. Mil!—Qué tal?  
Sobre qué?

QUEV. Sobre los tontos.  
Ya os tendré presente á vos. . . .  
(A todos.)

La amistad. . . entre los dientes! . . .  
Yo os tendré á todos presentes. . .  
porque. . .

*(Quevedo se interrumpe á un momento de angustia que hace Margarita, la cual saluda á todos con una inclinación de cabeza, y se dirige á la gradilla, profundamente afectada. Quevedo se dirige también á darla la mano para subir, despues de hacer á los cortesanos una seña, como si quisiera decirle: "Concluire al punto.")*

MARG. (A Quevedo despidiéndose en la meseta y con profundo dolor.

Adios!

QUEV. (Idem besándola la mano.)  
Adios!

*(Margarita entra por el fondo. Quevedo, despues de seguirla con la vista, baja tenazmente las gradas. Los cortesanos se dirigen á él, que los detiene con un ademán imperioso. Todos callan, y Mendosina se frota las manos maliciosamente, como quien espera muchos chistes.)*

QUEV. (A todos, con una risa violenta de anargo áprecio, y en el tono que al actor le parezca mas conveniente.)

Adios! . . .

*(Quevedo atraviesa la escena, cúlase el sombrero, se emboza y vase por la derecha; los cortesanos se miran unos á otros y cae el telon.)*

FIN DEL DRAMA.

# LA RUEDA

DE

# LA FORTUNA.

SEGUNDA PARTE.

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

de don

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

EDICION DE LA CIVILIZACION.



MEJICO.

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,  
Calle de Chiquis núm. 6.

1852.





---

### PERSONAJES.

LA MARQUESA DE TORRECUSO.—DOÑA INES DE SANDOVAL.—EL MARQUES DE LA ENSENADA.—DON RICARDO VAL.—MAURICIO.—MISTER KEEN, *embajador de Inglaterra*.—EL DUQUE DE DURAS, *idem de Francia*.—OSORIO.—QUÍNGONES.—INCLAN.—GUTIERREZ.—UN CAPIITAN.—UN PORTERO DE ESTRADOS.—*Damas, cortesanos y pajes*.—Año de 1754.  
—La accion principia al oscurecer.

---

### ACTO PRIMERO.

---

Antecámara en el palacio real: á la izquierda la cámara del rey, á la derecha la de la reina: una espaciosa galeria en el fondo.

### ESCENA PRIMERA.

DON RICARDO. — KEEN. ®

*Keen.* Señor don Ricardo, tal de orgullo lo encontrareis que apenas conocereis á vuestro antiguo rival.

*Ricard.* ¿De veras?

*Keen.* Como os lo digo.  
Ya lo vereis mas despacio:  
no le ha quedado en palacio  
por su altivez, ni un amigo.

*Ricard.* Kin, aquí para los dos:  
¿por su altivez solo?

*Keen.* Si.

*Ricard.* ¿Y á vos . . . no debe . . .

*Keen.* No; á mí . . .  
casi lo mismo que á vos.

*Ricard.* ¡Siempre igual! nadie os engaña:  
apuntais lo que conviene. . . .  
¡Oh! ya sabe lo que tiene  
aquí en vos la gran Bretaña.

*Keen.* Gracias. . . huyo los reveses. . . .  
las tempestades conjuro. . . .  
y representar procuro  
con lealtad sus intereses.  
Cuál trabajo en la campaña  
por demás habreis sabido  
vos, que en Londres habeis sido  
representante de España.

*Ricard.* Sí, sí; y en este momento,  
por los servicios prestados,  
están de vos muy pagados  
gabinete y parlamento.

*Keen.* En eso tambien los dos,  
señor don Ricardo Val,  
tenemos fortuna igual.

*Ricard.* ¿Seguro estais?

*Keen.* Como vos.

*Ricard.* No sé lo que en esta tierra. . .

*Keen.* ¡Oh! venís muy reservado.  
Bien mostrais que habeis estado  
de ministro en Inglaterra.

*Ricard.* Os juro que no he sabido. . . .

*Keen.* Don Ricardo, no os canseis:  
¿por ventura pretendéis  
que os regalen el oído?  
Bien podeis imaginar  
que yo, aunque escaso de ciencia,  
por costumbre y experiencia  
el tiempo sé aprovechar.

Debeis no olvidar tambien  
que estoy tal cual iniciado  
en los secretos de estado  
y que los guardo muy bien.

Sé que á vos en esta lid,  
de que hemos sido testigos,  
os llaman vuestros amigos  
á la corte de Madrid.

Porque el de Ensenada está  
sin crédito ya, y á vos  
os señalan mas de dos  
como sucesor. . . .

*Ricard.* ¡Ja! ¡ja! . . . .

no creais esas patrañas;  
nadie se acuerda de mí. . . .  
ni yo vengo á ser aquí  
ministro de las Españas.

Que aunque el peso de los años  
aun no me abruma bastante,  
ya recogí una abundante  
cosecha de desengaños.

He dejado la Inglaterra  
por mi salud quebrantada;  
pero lo que es á Ensenada  
no pretendo hacer la guerra.

El clima aquel, os lo juro,  
me es fatal. . . . vuelvo á mis lares. . . .

*Keen.* A orillas del Manzanares

*Ricard.* mejor os irá. . . ¡seguro!  
Lo espero así.

*Keen.* Y esperais  
con fundamento.

*Ricard.* Veremos. . .

*Keen.* ¡Oh! . . . todos procuraremos  
que la salud consigais.

*Ricard.* No deis tormento al sentido  
de mis palabras por cuanto  
mas aprecieis.

*Keen.* Otro tanto,  
Señor don Ricardo, os pido.

*Ricard.* En cuanto á mí, yo no os puedo  
hablar con mas sencillez.

*Keen.* Ni yo en punto á candidez  
ahora tampoco os cedo.

*Ricard.* Bien está.

*Keen.* ¿Con que es decir,  
que aunque os doy estos avisos  
vos no aceptais compromisos. . .  
allá para el porvenir? . . .

*Ricard.* Es que habeis dado en soñar,  
mister Kin, de una manera. . .  
¿no veis que todo es quimera? . . .

*Keen.* Ved que eso no es contestar.

*Ricard.* ¿Y qué ha de hacer el que ignora. . .

*Keen.* Vamos claros, don Ricardo,  
un sí ó un no es lo que aguardo,  
y de que lo deis ya es hora:  
tal vez llegará á caer  
el orgulloso Ensenada. . .

Dejadme á mí la jugada:  
vos ¿le quereis suceder?  
Si aceptais, ni una exigencia  
de parte mia tendreis,  
y en el poder obrareis

con entera independendencia.  
Sí, con toda libertad,  
con tal, y esto es lo mas grave,  
de que para siempre acabo  
tan larga neutralidad.

Pues perdonad que os lo diga,  
ser quiere la Gran Bretaña  
ó estrecha amiga de España,  
ó su implacable enemiga.  
Mirad bien si esto es hablar,  
don Ricardo, con llaneza.  
¿Podré con igual franqueza  
de vos respuesta esperar?

*Ricard.* Asunto grave es á fe,  
y que me abruma, os confieso,  
la enormidad de su peso. . .

*Keen.* Mister Kin, lo pensaré.  
Sea pronto si os parece;  
hay mucho que trabajar,  
y la precision de obrar  
á cada momento crece.  
Pensad bien que la marquesa  
hoy por demás enojada  
está con el de Ensenada,  
y en su daño se interesa.

*Ricard.* ¡Ah! . . . pues entonces se hundió. . .

*Keen.* No hay mucho que confiar:  
¿habeis llegado á olvidar  
que el de Ensenada envidó?

*Ricard.* Sí; pero nuevos amores  
esclavizan su alberio. . .

*Keen.* Pues bien: con ellos confio  
hacer de esta vez primores.

*Ricard.* Y los hareis con acierto,  
porque sois capaz de todo.

*Keen.* Allá veremos el modo. . .

(Señalando á la cámara de la reina.)  
¡No entráis á oír el concierto?

Ricard. Antes quiero saludar  
al rey: después. . . .

Keen. En buena hora.

Ricard. Oiré á Farinelli.

Keen. Ahora  
tal vez principia á cantar.

Ricard. Pues voy á ver si procuro. . . .  
¡Renunciáis ó oírle vos?

Keen. No tardaré. . . .

Ricard. Bien, á Dios.

Keen. A Dios, ministro futuro.

Ricard. Nada sé ni he dicho nada.

Keen. Teneis razon.

Ricard. Adelante.

Keen. (Callando has dicho bastante.)

Ricard. (¡La que te espera, Ensenada!)  
(Entra en la cámara del rey.)

ESCENA II.

KEEN.

En popa el negocio va;  
esté ha sido un gran registro. . . .  
¡Oh! . . . con tal de ser ministro  
por todo atropellará.  
Aunque ocultarla procura,  
su ambicion es extremada;  
y no tiene de Ensenada  
el talento y travesura.  
Ensenada. . . ¡hombre fatal!  
¡Tú ignoras que la Inglaterra  
le ha declarado la guerra

á tu poder colosal!  
Veremos en conclusion  
si con los esfuerzos míos  
se construyen mas navíos  
en esta rica nacion.  
Preténdase dominar  
en hora buena por tierra;  
mas. . . dejen á la Inglaterra  
el dominio de la mar.  
Esto será lo mejor:  
un fiel igual se desea,  
y si se inclina. . . que sea  
un poco á nuestro favor.  
Pero la marquesa allí. . . .  
tan sola. . . pues ¿dónde andaba?  
que hace dos horas que estaba  
en la cámara creí.

ESCENA III.

LA MARQUESA.—KEEN.

Keen. Marquesa, que el cielo os guarde.

Marq. A Dios, Kin.

Keen. ¿Cómo, señora,  
os dejais ver á una hora  
tan avanzada?

Marq. No es tarde.

Keen. Sí tal; para el que os profesa  
desde hace tiempo en verdad  
respetuosa amistad,  
nunca es temprano, marquesa.

Marq. Muy bien, Kin, por mi vida.

Keen. ¿Os amaga algun fracaso?

Marq. ¿Por qué?

*Marq.* ¡Me salís al paso con tanta galantería! . . .

*Keen.* Siempre, aunque en esta ocasión lo deis, señora, al olvido, con justicia os he rendido respeto y admiración. Hay quien dice á mi despecho que lleva el sencillo Kin en todo segundo fin. . . .

*Marq.* Y que lo acierta sospecho.

*Keen.* No, marquesa, ¡por piedad! bien os consta lo que digo, y dar no podéis abrigo á tanta vulgaridad.

*Marq.* Eso, Kin, no os dé cuidado: vivid tranquilo por Dios, que yo, respecto de vos, mi opinión ya he formulado.

*Keen.* Y ¿cuál es, marquesa hermosa?

*Marq.* La misma del vulgo necio: como hombre fino, os aprecio; como inglés. . . ya es otra cosa.

*Keen.* Hay que perder la esperanza; lo habeis dicho, y bien se ve. . . . Señora, ¿nunca podré ganar vuestra confianza? Jamás, aunque nada valgo, la llegareis á alcanzar.

*Marq.* ¿Ni aun como particular?

*Keen.* ¡Ah! . . . eso sí.

*Keen.* Vamos, ya es algo.

*Marq.* Bien poco, por vida mía; mi amistad no vale nada.

*Keen.* No tal, dígalo Ensenada; hoy sin ella ¿qué sería?

*Marq.* ¿A qué recordais ahora

esas memorias que huyeron y en el olvido se hundieron?

*Keen.* Cierto; perdonad, señora, si alteré vuestra quietud: hablaros no debí yo del que con vos se portó con tan negra ingratitud.

*Marq.* ¡Ingratitud! no consiento que calumniéis á Ensenada. A mí no me debe nada. Pues ¿á quién?

*Keen.* A su talento.

*Marq.* Al vuestro direis mejor.

*Keen.* ¿Otra vez volveis á mí?

*Marq.* ¿Qué quereis? todos aquí. . . .

*Keen.* A otra cosa, embajador.

*Marq.* Si lo pedís tan formal, lo haré, aunque no de buen grado.

*Keen.* ¿Con que dicen que ha llegado á España Ricardo Val?

*Marq.* ¿A España?

*Keen.* ¿Qué! . . . ¿no llegó?

*Marq.* ¿Que eso vos me preguntéis?

*Keen.* ¿Por qué?

*Keen.* Porque vos debeis saberlo mejor que yo. Cuidado que usais aquí hoy por demás la ironía.

*Marq.* Marquesa, no es culpa mía, la da el asunto de sí. Y la razón fácil es: por Val me habeis preguntado, cuando dicen que ya ha estado á ponerse á vuestros pies. Pues han mentido.

*Marq.* ¿Sí? ¡ah!

no fué mi objeto ofenderos. . .  
ya sabeis que de embusteros  
plagada la corte está.

Marq. En todos tiempos y edades  
hubo gente embaucadora. . . .

Keen. Muy cierto, sí; pero ahora  
dicen tantas necesidades! . . . .

Marq. ¡Mas, dicen?  
Keen. ¡Vaya! no es nada.

Marq. Explicaos, por vuestra vida.  
Keen. No. . . . dicen que resentida

estais con el de Ensenada,  
y ya en don Ricardo Val. . . .  
oid si deliran bien,  
vuestros cortesanos ven  
un venturoso rival.

Marq. Quién sabe si el soberano. . . .  
bien puede mediante Dios. . . .

Keen. Además, cuentan de vos  
que le honrais con vuestra mano. . . .

Marq. ¿A quién, al marqués?  
Keen. No, á Val.

El marqués de vos se aleja,  
pues ya sabreis que festeja  
á doña Inés Sandoval.

Marq. Festéjela en muy buena hora;  
es linda, alabo su gusto.

Keen. Que así lo digais es justo;  
pero. . . á la verdad, señora,  
al romper vuestra alianza  
con él en esta ocasion,

¡no dais en el corazon  
abrigo á alguna venganza?

Marq. Pero á vos, ¿quién os ha dicho  
que estoy enojada, quién?  
A doña Inés ama. . . . bien,

respetemos su capricho.  
Jamás hubo entre los dos  
alianza mas cumplida:  
no hay nada que nos divida. . . .  
y esto bien lo sabeis vos.

Keen. ¡Y qué sabemos, señora,  
lo que puede acontecer?

Marq. Nada atrás me hará volver.  
Keen. No opino con vos, señora.

Vos le habeis de derribar.  
Marq. No falta quien lo desea;  
pero mientras bueno sea,  
las riendas ha de empuñar.  
Que aquí, señor extranjero,  
como ya pudisteis ver,  
entre el amor y el deber  
el deber es lo primero.

Keen. Reparad que ha sido broma  
cuando os dije. . . . yo no dudo  
que le sirviese de escudo. . . .  
mas. . . . ¡no es él el que allí asoma?

(Aparecen por el fondo doña Inés dando el brazo á  
otra señora, y conversando con el marqués de la  
Ensenada: seguidos de damas y caballeros que  
lentamente se dirigen á la cámara de la reina.)

ESCENA IV.

LA MARQUESA.—KEEN.—DOÑA INÉS.—ENSENADA.—  
DAMAS.—CABALLEROS.

Marq. Sí. . . . sí. . . . (¡Atrevimiento igual!)

Keen. Ved lo que os dije ha un instante. . . .  
(Deja caer doña Inés el ramillete que trae en la ma-  
no, y Ensenada lo recoge y se lo presenta.)

Por Dios que viene galante  
con doña Inés Sandoval.

Marq. Hace bien. . . . es su elemento. . . .

Keen. Vuestra bondad es inmensa.

Inés. *(Arrancando una flor del ramillete y dándosela á Ensenada.)*

¡Oh! mereceis recompensa.

Ensen. ¡Y qué es ello?

Inés. Un pensamiento.

Keen. ¡Ah, señora! ese marqués  
os hace daño.

Marq. ¡Locura!

Keen. *(Al oído de la marquesa.)*

No me parece que dura  
en el ministerio un mes.

*(Vase por el fondo.)*

Marq. Tanto puede la balanza  
inclinarse de mi paciencia,  
que haga trocar la clemencia  
en implacable venganza.

*(Las damas y caballeros han entrado en la cámara de la reina, menos doña Inés y Ensenada, que se han quedado á la puerta.)*

Inés. ¡Qué! ¿nos dejais?

Ensen. Perdonad.

Seguiros siempre es mi ley;  
mas. . . . tengo que ver al rey. . . .

Inés. Cumplid con su majestad;  
pero no tardeis, marqués.

Ensen. Yo en ello gano, señora.

Inés. ¿Vendreis?

Ensen. Antes de una hora  
me tendreis á vuestros piés.

ESCENA V.

LA MARQUESA.—ENSENADA.

Marq. Por cierto me maravilla  
que vos por un pensamiento  
os mostreis tan desatento  
conmigo, Somovedilla.

Ensen. Que yo desatento fuí  
con vos. . . . perdonad si dudo. . . .

Marq. No os he debido un saludo  
desde que entrásteis aquí.

Ensen. Verdad que en esta ocasion  
no sé cómo. . . . distraído. . . .  
pero en ello no ha tenido  
parte alguna la intencion.

Marq. Señor marqués, será así;  
mas recordad que hubo un dia  
en que nada os distraía  
si se trataba de mí.

Cumplíais vos mis antojos  
con notable exactitud,  
y en medio la multitud  
me buscaban vuestros ojos.  
Pero ahora, á la verdad,  
que, ó encontrarme no quereis. . . .  
ó por Dios que os distraeis  
con harta facilidad.

Ensen. Grandes serán mis errores,  
ó muy enojada estais,  
cuando así en rostro me echais  
vuestros antiguos favores;  
pero vos debeis saber

que al que con tanto rigor  
le recuerdan un favor,  
le eximen de agradecer.

*Marq.* No busco en vos gratitud,  
Ensenada, os engañais:  
sé muy bien que no abrigais  
en el alma esa virtud.

Solo mi labio os reclama  
atención, urbanidad. . . .  
si no por mi calidad,  
á lo menos por ser dama.

*Ensen.* No es eso, aunque bien quisiera  
equivocarme.

*Marq.* ¿Dudais?  
*Ensen.* Sí, que hace tiempo que estais  
conmigo injusta y severa.

*Ensen.* ¿Injusta con vos, marqués?  
por cierto podeis quejaros,  
cuando no es posible hallaros  
sin hallar á doña Inés.

Vos habeis sido, en verdad,  
el que jamás satisfizo. . . .

*Ensen.* Marquesa, yo no esclavizo  
por nada mi voluntad.

Libre soy, lo sabeis bien,  
en el consejo de Estado,  
y soy como hombre privado,  
señora, libre tambien.

*Marq.* Es verdad, teneis razon,  
y os aseguro, Ensenada,  
que mucho oiros me agrada  
tan ingenua confesion.

*Ensen.* Algo de veneno encierra  
lo que decís.

*Marq.* ¡Ps! tal cual.

*Ensen.* Entonces esto es igual

*Marq.* á un rompimiento de guerra.  
Parece que con extremo  
lo estais anhelando ahora.

*Ensen.* ¿Anhelarlo? no señora;  
ni lo busco. . . . ni lo temo.

*Marq.* Pues sea. . . .

*Ensen.* Bien, ¿por qué no?  
principie, pues lo quereis;  
pero mirad lo que haceis,  
que soy el mas fuerte yo.  
Y no quisiera. . . . os lo fio,  
que á vos, la perla de España,  
os llevara á tierra extraña!  
tan desigual desafio.

*Marq.* ¿Me amenazais ya?

*Ensen.* No, no. . . .

os prevengo. . . .

*Marq.* A no dudar,  
bien os sabrá derribar  
la misma que os elevó.

*Ensen.* Pasaron aquellos dias.

*Marq.* Otros vendrán. . . . ¿qué sabeis!

*Ensen.* ¡Tal será que os empeñeis. . . .

*Marq.* Dejémonos de ironías.

Hace un rato que esa flor  
lozana visteis ufano:

vedla ahora en vuestra mano  
marchita ya y sin color.

Tal vez lo mismo suceda  
con vuestro inmenso poder,

*Ensen.* Es que yo flor no he de ser,  
á lo menos mientras pueda.

Y en esta lucha tan doble  
no compareis á Ensenada

con una flor delicada,  
sino con el fuerte roble.



*Marq.* Tambien en su cruda saña  
después de largos afanes  
arrancan los huracanes  
al roble de la montaña.

*Ensen.* Os las prometeis felices;  
pero os advierto de paso,  
marquesa, que por si acaso,  
eché profundas raíces.

*Marq.* Bien; al tiempo lo dejad.

*Ensen.* Obedeceros es ley.

*Marq.* ¡Y no entráis á ver al rey!

*Ensen.* Perdone su majestad;  
que á estas horas al marqués  
ya lo esperan. . . .

*Marq.* Caballero. . . .  
¿en vos la dama es primero? . . .  
¡venturosa doña Inés!  
¡Oh! . . . no os hagáis esperar:  
no tardeis, que el tiempo avanza,  
y acaso con la tardanza  
la pudiérais enojar.

*Ensen.* Señor marqués, id en pos. . . .  
Bien, iré, marquesa bella,  
mas que por ir junto á ella,  
por complaceros á vos.

*Marq.* Que premie vuestros desvelos.

*Ensen.* Que el cielo os oiga y os guarde.

*Marq.* (Dirigiéndose á la cámara del rey)  
(Lo sentirás. . . . pero tarde.)

*Ensen.* (Entrando en la de la reina.)  
Poca cosa, nada. . . . ¡zelos!

ESCENA VI.

KEEN.

¡Magnífico! se juraron  
uno y otro guerra á muerte,  
y ya de los dos ninguno  
el paso atrás volver puede.  
Herida está la cuestion  
en el punto que conviene,  
y el fruto recogeremos  
del afan de tantos meses.  
Vamos, en tanto que allí  
el ministro se divierte,  
á irritar de la marquesa  
los zelos impertinentes.  
¡Ah, Ensenada! te faltó  
hoy la astucia de otras veces,  
pues perdiendo á la marquesa  
no has notado que te pierdes.

(Va á dirigirse á la cámara del rey, y se detiene al  
ver entrar á Mauricio, que se adelanta por el  
fondo.)

ESCENA VII.

MAURICIO.—KEEN.

*Keen.* Mas. . . . ¿quién se acerca? . . . ese hombre  
no es de la corte. . . . ¿qué quiere. . . .  
ó qué se le habrá perdido  
en la mansion de los reyes?

*Maur.* Dios os guarde, caballero.

*Keen.* Y á vos, buen hombre. Parece

BIBLIOTECA CENTRAL



*Maur.* que en busca venís de alguno. . . .  
*Keen.* Sí vengo.

*Keen.* ¿Puede saberse del que buscando venís el nombre?

*Maur.* Vaya si puede. Y os lo diré, porque vos debéis tambien conocerle: tres dias hace que voy detrás de él como un cohete después de haber caminado cien leguas. . . .

*Keen.* ¿De dónde viene?

*Maur.* De la Rioja.

*Keen.* Buen país.

*Maur.* Mucho, señor; mejor que este. Si allí buscáis á cualquiera, no haya miedo que se niegue, porque á todo lo que ocurre la cara allí damos siempre.

*Keen.* Pero. . . ¿aquí? ya es otra cosa: Cuidado si hay perendengues. . . .

*Keen.* Aun no me habeis dicho el nombre. . . .

*Maur.* Pues nada de extraños tiene porque estoy muy amoscado con el que lo lleva. . . ¿entiende?

*Keen.* Hombre, aunque fuera el ministro. . . .

*Maur.* Pues, el ministro; ese, ese.

*Keen.* ¡Calle! . . . ¿buscáis á Ensenada?

*Maur.* Pero cómo, de tal suerte, que ¡por Dios! . . . no he de parar hasta hablarle frente á frente.

*Keen.* ¡Buenas cosas ha de oír, aunque la trampa me lleve!

*Keen.* (Este es algun descontento. . . . nos viene perfectamente.)

Pues ya podeis renunciar á vuestro intento de verle

*Maur.* ¿Por qué?

*Keen.* Ensenada no es hombre á quien se ve fácilmente. . . . á no ser que se le busque en medio de los placeres. . . .

*Maur.* ¿Con que tambien por aquí en mala opinion le tienen?

*Keen.* ¿Por aquí? bien se conoce que lejos vos del torrente cortesano. . . . allá en la Rioja ignorais lo que sucede.

Aquí ha perdido ya el crédito: ambicioso, inconsecuente, no tiene ningun prestigio en la corte ni en la plebe. Por seguir un galanteo, los negocios desatiende. . . . y aun se dice que de Francia apoya los intereses. . . .

*Maur.* ¡Voto á bríos! ¡y no hay aquí una voz que le aconseje, ni un hombre que le hable claro y al buen camino le lleve?

*Keen.* No faltan; pero hasta ahora ninguno quiso atreverse. . . .

*Maur.* Pues ya vereis como yo sin andarme con ribetes le digo lo que hace al caso.

*Keen.* ¡Vos!

*Maur.* ¿Pues no? . . . donde le encuentre.

*Keen.* ¿Y si es aquí?

*Maur.* ¿Qué le hace? no me asusta á mí la gente. Cuanta mas haya, mejor. . . .

BIBLIOTECA GENERAL



Keen. lograré que se avergüence.  
(Este hombre es una alhaja,  
y es fuerza que yo aproveche. . . .)  
¿Quereis esta misma noche  
hablarle?

Maur. ¿Dudarlo puede?

Keen. (Señalando á la cámara de la reina.)  
Pues por allí ha de salir.

Maur. ¿Por allí?

Keen. Sí, porque en breve  
el concierto concluirá. . . .

Maur. ¡Oh! . . . ¿ahora se entretiene  
con la música?

Keen. Así es.—

Maur. Y así anda ello.

Keen. Pues ese  
de todos sus pasatiempos  
es hoy el mas inocente.

Maur. No es de vuestra devocion  
nuestro hombre, á lo que parece. . . .

Keen. Al contrario, soy su amigo. . . .  
y por lo mismo me duele. . . .

Maur. Vos no sereis de esta tierra. . . .

Keen. Aunque el decirlo me pese,  
no he sido tan venturoso. . . .

Maur. (Si lo dije, á extranjis huele.)

Keen. ¿Con qué le esperais aqui?

Maur. Aquí aunque me desespere.

Keen. Habladle al alma.

Maur. Y al cuerpo  
le hablaré si á mano viene.

Keen. ¡Bien, muy bien! (loco es sin duda)  
sois todo un hombre valiente. . . .

A Dios. ¡Ja, ja, ja! . . . ¡va á ser  
el escándalo solemnel)

(Entra en la cámara del rey.)

ESCENA VIII.

MAURICIO.

¡Cuidado si en mi favor  
este señor se declara!  
No me gusta, tiene cara  
por lo menos de traidor.  
Voto á tal, que de esta hecha  
nuestro marqués se ha portado:  
amigo, la habeis errado  
desde la cruz á la fecha.  
Subisteis por buenos modos:  
empezásteis bien, marqués,  
eso sí; pero después  
habeis hecho lo que todos.  
Abandonar la nacion. . . .  
cumplir de Francia el deseo. . . .  
vamos, señor, yo no creo  
tanta infamia en mi Zenon.  
Sin embargo, ese rapaz  
de mis consejos se olvida. . . .  
y el que su tierra no cuida,  
de todo será capaz.  
Veremos: yo he de vencerle,  
y hasta hablarle no descanso;  
mas de esperarle me canso  
y estoy por entrar á verle.  
¿Por qué no? ya no hay aguante. . . .  
tres dias ha que en un puesto  
estoy sin moverme. . . . y esto  
para mi genio es bastante.

Allá voy. . . pero á salir principian. . . ¡Dios sea loado! pongámonos á este lado y estemos á ver venir.

(Se coloca á la izquierda, y salen de la cámara de la reina, sin reparar en él, Osorio, Quiñones, Inclan y algunos cortesanos.)

ESCENA IX.

MAURICIO.—OSORIO.—QUIÑONES.—INCLAN.—  
CABALLEROS.

Quiñ. Jamás en Madrid se ha oido un canto que mas asombre.  
 Inc. Farinelli es un gran hombre.  
 Osor. ¡Qué voz!  
 Quiñ. ¡Mucho! . . . se ha lucido.  
 Osor. No ha sido él solo  
 Quiñ. Así es.  
 Inc. ¿Pues cómo? . . . yo no he notado. . .  
 Osor. Hombre, ¿no habeis observado al opulento marqués?  
 Inc. ¡Ah! . . . ya. . . sí, por otro estilo. . .  
 Osor. Con las damas. . .  
 Inc. Es verdad.  
 Quiñ. Y hasta la reina.  
 Inc. }  
 Osor. } ¡Callad!  
 Quiñ. Bien puede vivir tranquilo.  
 Inc. Hace bien; no se descuida.  
 Quiñ. Mucho prestigio atesora.  
 Osor. Con efecto; por ahora no es de temer su caída.

Quiñ. A mí. . . el cielo me confunda si el ministro no me agrada.  
 Inc. Pues. . . ¿y á mí? no digo nada.  
 Osor. ¡Oh! y á mí. . . (hasta que se hunda.)  
 Quiñ. Tiene un genio tan marcial, que yo no puedo en conciencia. . . me ha ofrecido una tenencia en la marina real.  
 Osor. Pues á mí, de una embajada me da la secretaría. . .  
 Inc. A mí no. . .  
 Maur. ¿Está todavía dentro el marqués de Ensenada?  
 Osor. ¡Qué! . . . ¿venís de pretension? volved mañana, buen viejo, porque ahora, ós lo aconsejo, no es la mejor ocasion.  
 Maur. Nada le vengo á pedir; antes bien le vengo á dar. . . ved lo que tiene el charlar no mas que así. . . por decir.  
 Osor. Amigo, no te acalores. . . ¿qué insolente es la vejez! ¿vienes á darle tal vez algun billete de amores?  
 Maur. (Le contempla con altivez breves momentos, y le vuelve la espalda diciendo para sí:) Téngame Dios de su mano, porque voy á hacer si no. . .  
 Inc. ¿Qué os ha dicho?  
 Osor. Qué sé yo. . . atrevido es el villano.  
 (Sale Keen de la cámara del rey.)

ESCENA X.

MAURICIO.—KEEN.—OSORIO.—QUINONES.—INCLAN.

CABALLEROS.

Keen. *VEL.* ¿Le visteis?

Maur. No.

Keen. Ya saldrá,

Maur. Un siglo tarda.

Keen. ¡Valor! . . .

Quiñ. ¡Chut! . . . con el embajador  
inglés habla. . . .

Inc. ¿Quién será?

Keen. *(Señalando hácia la cámara de la reina.)*  
¡No os lo dije! . . . vedle allí.

Maur. Gracias á Dios no me pesa. . . .

Keen. *(Mirando á la cámara del rey)*

*(¡Oh! . . . ¡y qué á tiempo. . . ! la marquesa  
con su rival por aquí.)*

*(Salen por la derecha damas y cortesanos, que lentamente van retirándose por el fondo: detrás Ensenada dando el brazo á doña Inés Sandoval, al propio tiempo que por la izquierda y en la misma forma sale la marquesa con don Ricardo Val, quienes sin reparar en los que están en la escena, desaparecen por el fondo.)*

ESCENA XI.

LA MARQUESA.—DON RICARDO.—ENSENADA.—DO-

ÑA INÉS.—MAURICIO.—KEEN.—OSORIO.—QUINO-

NES.—INCLAN.—DAMAS.—CABALLEROS.

Ricard. La enhorabuena me doy.

Marq. ¡Por qué si el favor no es tal. . . .

Ensen. *(Deteniendo el paso.)*

*(¡Calle! . . . la marquesa y Val. . . .)*

Ricard. Creedme. . . .

Marq. ¡Ja! . . . ¡ja! . . . ya estoy. . . .

*(Siguen aparte, y salen por el fondo.)*

Keen. *(A Mauricio.)*

Vedle. . . . aquel es Ensenada.

Maur. Si señor, ya sé quién es.

Inés. ¿Por qué os deteneis, marqués?

Ensen. Perdonadme, Inés, por nada.

Keen. *(A Mauricio.)*

Aprovechad la ocasion.

Ensen. ¿Vamos? . . . no sé. . . . me distraje. . . .

¡no os parece un lindo traje. . . .

Maur. *(Acercándose.)*

Buenas noches, don Zenon.

Ensen. ¡Cielos! . . . ¿qué llevo á mirar?

¡Señor! ¿aquí vos?

Maur. Aquí.

Ensen. Dadme un abrazo. . . .

Maur. Alto ahí.

Tenemos antes que hablar.

**Osor.** ¡Un abrazo!  
**Inc.** ¡Y se negó! . . . .  
**Ensen.** Permitid que lleve al coche  
 á esta dama. . . .  
**Inés** No. . . .  
**Maur.** La noche  
 es bien larga: ¿por qué no?  
 Hasta el coche. . . . bueno, sea:  
 llévala; pero después  
 audiencia larga, marqués,  
 has de darme.  
**Quiñ.** ¡Y le tutea!  
**Ensen.** Cuanto queráis.  
**Maur.** Me da grima. . . .  
 há tres días que he venido,  
 y hasta ahora no he podido  
 echarte la vista encima.  
**Ensen.** ¡Es posible! . . . .  
**Maur.** Es la verdad.  
**Ensen.** Con toda el alma lo siento. . . .  
 Venid á casa al momento. . . .  
 (Llevándose á doña Inés.)  
 Es mi padre. . . . perdonad.

ESCENA XII.

MAURICIO.—KEEN.—OSORIO.—QUINONES.—INCLAN.

—CABALLEROS.

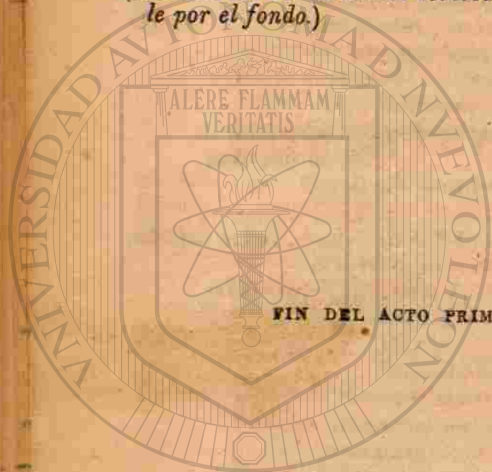
**Keen.** Hidalgo, ¿y era eso todo?  
**Maur.** Os tomáis mucho interés. . . .  
 ¿qué os importa que al marqués  
 le hable de este ó de otro modo?

**Keen.** ¡Oh! . . . . mi interés es muy vago:  
 yo por mí nada os exijo. . . .  
**Maur.** Señor extranjero, es mi hijo,  
 y sé bien lo que me hago.  
 Ya nos veremos las caras;  
 pero en tanto, ¡voto á bríos!  
 no os vengáis á meter vos  
 en camisa de once varas.  
**Keen.** Pero. . . . ¡atended! . . . .  
**Maur.** (Dando algunos pasos para salir.)  
 No en mis días,  
 que ya aburrido me tienen  
 los que aquí. . . .  
 (Se detiene delante de los cortesanos, que le saludan  
 con la mayor atención y respeto.)  
 ¡Vaya! . . . . ¡já qué vienen  
 ahora esas cortesías?  
**Osor.** Queremos asegurar  
 de nuestra atención. . . .  
**Maur.** Venís en mala ocasión;  
 caballeros, no ha lugar.  
 No gusto de adulaciones.  
 Lo que llegásteis á hacer  
 ¡lo pretendéis componer  
 con gestos y contorsiones?  
**Osor.** ¡Caballero! . . . .  
**Maur.** Mas que vos,  
 eso sí, de ello me precio. . . .  
 y por lo mismo os desprecio. . . .  
**Quiñ.** Nos insultáis, ¡vive Dios!  
**Maur.** ¡Toma! . . . . pues ¿qué duda os queda?  
 La justicia siempre ha sido  
 mi norte: me hais ofendido,  
 y os pago en igual moneda.  
 Y basta ya, hombres reacios:  
 abrid paso, que es razon. . . .

(Pasando por en medio de ellos, y mirándolos con desprecio.)

¡Hum! . . . no teneis corazon,  
polilla de los palacios.

(Movimiento de ira en los cortesanos: Mauricio sale por el fondo.)



FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

Habitacion en la casa del marqués de la Ensenada. A la derecha una puerta secreta; á la izquierda la de su alcoba. En lugar conveniente la mesa del despacho; cubren las paredes del aposento cuadros que representan todos los buques de la armada española: sobre otra mesa una esfera armilar, cartas geográficas é instrucciones de geometría.

### ESCENA PRIMERA.

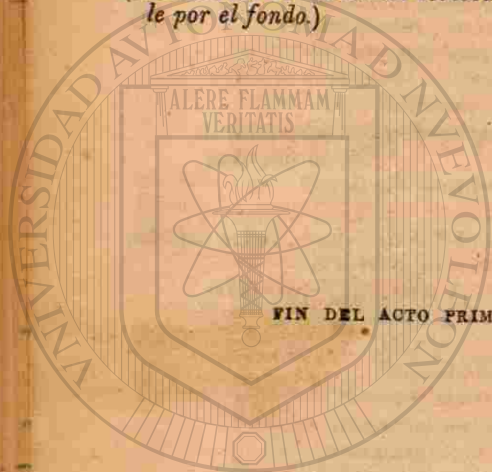
GUTIERREZ, saliendo con luces que coloca sobre la mesa del despacho. ®

Bueno será que pongamos las luces sobre la mesa, por si luego se le antoja trabajar á su excelencia. Son las nueve. . . aun es temprano; para la vida que lleva, tal vez en toda la noche. . . mas, sin embargo, pudiera

(Pasando por en medio de ellos, y mirándolos con desprecio.)

¡Hum! . . . no teneis corazon,  
polilla de los palacios.

(Movimiento de ira en los cortesanos: Mauricio sale por el fondo.)



FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

Habitacion en la casa del marqués de la Ensenada. A la derecha una puerta secreta; á la izquierda la de su alcoba. En lugar conveniente la mesa del despacho; cubren las paredes del aposento cuadros que representan todos los buques de la armada española: sobre otra mesa una esfera armilar, cartas geográficas é instrucciones de geometría.

### ESCENA PRIMERA.

GUTIERREZ, saliendo con luces que coloca sobre la mesa del despacho. ®

Bueno será que pongamos las luces sobre la mesa, por si luego se le antoja trabajar á su excelencia. Son las nueve. . . aun es temprano; para la vida que lleva, tal vez en toda la noche. . . mas, sin embargo, pudiera



hallarnos desprevenidos. . . .  
¡Nada, Gutierrez, alerta!  
En un pié como las grullas,  
que no siempre se presentan  
amos ministros que paguen  
con tanta magnificencia.  
¡Oh! . . . y lo que es yo, sostendré  
el pabellon mientras pueda. . . .  
¡Digo! . . . ¿es poco hacerse rico  
sin que ninguno lo advierta?  
este oficio es una mina,  
y ya le encontré la veta.  
¡Y el cariño y atencion  
con que siempre me rodean  
los pretendientes! . . . allí  
quisiera yo que me vieran  
los infelices hidalgos  
señores allá en mi tierra.  
¡Oh! . . . ¡qué envidia les daria  
si en esa antesala régia  
me vieran tan estirado  
cuando salgo á dar audiencia!  
hábitos, cruces y bandas. . . .  
¡con cuánto amor me festejan!  
—Señor Gutierrez, tomad,  
entregadle á su excelencia  
este memorial. . . . — Veremos. —  
—Ahí va ese recuerdo. . . . — Venga:  
se le entregará esta noche. . . .  
—Señor Gutierrez, quisiera  
hablar al señor marqués. . . .  
—¡Imposible! . . . — Me interesa. . . .  
ahí va de mi gratitud  
esa anticipada muestra. . . .  
(Fingiéndose que se embolsa algo.)  
—Se le pasará recado:

entrareis. . . . tened paciencia. . . .  
—Y ¿qué tal, señor Gutierrez,  
va mi negocio?— Navega. . . .  
—¡Hablásteis al oficial. . . .  
—Le hablé.— Vaya, en recompensa. . . .  
(Vuelve á embolsar.)  
—Mil gracias. . . . ¡Oh, qué antesala!  
¡canongia como ella!  
¡No suelto yo á dos tirones  
tan exquisita prebenda!—  
(Sale la marquesa envuelta en un manto por la  
puerta secreta.)

## ESCENA II.

LA MARQUESA.—GUTIERREZ.

Marq. (Aun no ha venido.) ¿Gutierrez? . . .  
Gutier. ¡Ah! ¿quién? . . . ¡Señora marquesa!  
¿vos por ahí?  
Marq. ¡Qué! . . . ¿te admiras!  
no es esta vez la primera. . . .  
Gutier. Sí. . . mas como en tanto tiempo  
no se ha dignado vucencia  
venir á honrar esta casa. . . .  
Marq. Hubo razones inmensas  
que á proceder me obligaron,  
Gutierrez, de tal manera.  
Pero hoy cesaron todas. . . .  
Gutier. Mucho, señora, celebra  
Gutierrez esa mudanza,  
y espero que cuando vuelva  
el señor marqués, tambien  
será su alegría extrema. . . .  
Marq. Tal vez; pero por ahora

es preciso que no sepa  
que estoy aquí.

*Gutier.* ¿Qué decís?

*Marq.* Que ha de ser muda tu lengua:  
¿a nadie has visto, ¿lo entiendes?  
cuidado con la reserva.

*Gutier.* Pero... señora...

*Marq.* Mañana  
mi mayordomo hará entrega  
á Gutierrez de cien pesos...  
si se porta con prudencia.

*Gutier.* ¡Ah!... ¡señora!... me abrumais...  
vuestra bondad me encadena...

*Marq.* Silencio; puedes dejarme.  
Suceda lo que suceda,  
tú nada sabes.

*Gutier.* Señora,  
confiad en mi experiencia...

*(Retirándose.)*

*(Cien pesos... por no hacer nada...  
lo dicho, es una prebenda...)*

ESCENA III.

LA MARQUESA.

No puede tardar... veamos  
si son ciertas mis sospechas:  
tal vez entre esos papeles  
encontraré algunas pruebas...  
¡Plegue á Dios que no las halle!  
que aunque vengarme quisiera,  
anhelo mas que el honor  
del ministro resplandezca.

*(Examina algunos papeles.)*

Nada... tampoco... son notas

de las cortes extranjeras  
sobre asuntos de comercio...  
¿Un billete?... bueno fuera  
aquí de la Sandoval  
hallar la correspondencia...  
no, es el duque embajador  
de Francia... ¡mucho me pesa!...

*(Lee.)*

“Esta noche, si el marqués  
otra cosa no me ordena,  
podrá tener en su casa  
lugar nuestra conferencia.  
A las diez...” Y es esta noche,  
sí, cabal... de hoy es la fecha.  
¡Hola, hola!... ¡ya tenemos  
misteriosas conferencias  
con el de Francia?... yo debo  
oir cuanto se hable en ella.  
Cuidado, señor marqués,  
con enredar la madeja,  
pues si os dejais dominar  
por extrañas influencias...  
acaso perdais á un tiempo  
con el poder la cabeza.

*(Ruido de un carruaje.)*

Ese ruido... sí, es su coche:  
lo celebro, á tiempo llega.  
Corramos esta aventura...  
nada arriesgo si me encuentra,  
y ganar podemos mucho  
si permanezco encubierta.  
*(Ocúltase detrás de las cortinas.)*

ESCENA IV.

ENSENADA.—GUTIERREZ que se queda en el fondo.

*Ensen.* Que pasen dentro de un rato  
cuantos hablarme pretendan,  
y advierte que hasta las diez  
esta noche doy audiencia.

*Gutier.* Bien, se hará como decís. (*Vase.*)

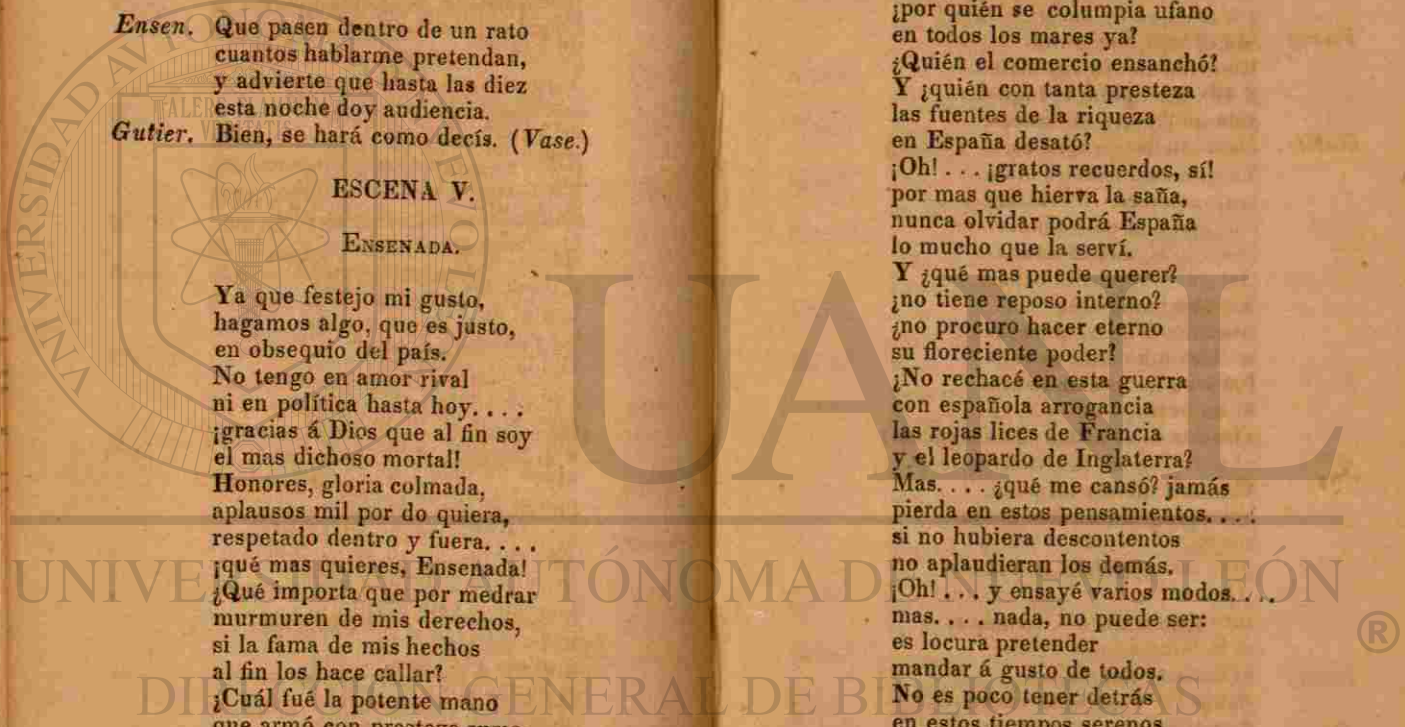
ESCENA V.

ENSENADA.

Ya que festejo mi gusto,  
hagamos algo, que es justo,  
en obsequio del país.  
No tengo en amor rival  
ni en política hasta hoy. . . .  
¡gracias á Dios que al fin soy  
el mas dichoso mortal!  
Honores, gloria colmada,  
aplausos mil por do quiera,  
respetado dentro y fuera. . . .  
¡qué mas quieres, Ensenada!  
¡Qué importa que por medrar  
murmuren de mis derechos,  
si la fama de mis hechos  
al fin los hace callar?  
¡Cuál fué la potente mano  
que armó con presteza suma  
esa marina que abruma  
la espalda del Océano?  
y ¡quién sin azar ni albur  
nuestra gloriosa bandera,

rica y libre por do quiera  
llevó desde el Norte al Sur?  
Do quiera que hay fondo va;  
y el pabellon castellano  
¡por quién se columpia ufano  
en todos los mares ya?  
¿Quién el comercio ensanchó?  
Y ¡quién con tanta presteza  
las fuentes de la riqueza  
en España desató?  
¡Oh! . . . ¡gratos recuerdos, sí!  
por mas que hierva la saña,  
nunca olvidar podrá España  
lo mucho que la serví.  
Y ¡qué mas puede querer?  
¡no tiene reposo interno?  
¡no procuro hacer eterno  
su floreciente poder?  
¡No rechacé en esta guerra  
con española arrogancia  
las rojas liecs de Francia  
y el leopardo de Inglaterra?  
Mas. . . . ¿qué me cansó? jamás  
pierda en estos pensamientos. . . .  
si no hubiera descontentos  
no aplaudieran los demás.  
¡Oh! . . . y ensayé varios modos. . . .  
mas. . . . nada, no puede ser:  
es locura pretender  
mandar á gusto de todos.  
No es poco tener detrás  
en estos tiempos serenos  
por enemigos los menos  
y por amigos los mas.  
Sin embargo, es menester,  
por si acaso se interesa

BIBLIOTECA GENERAL



en la lucha la marquesa,  
hacer frente á su poder.  
¡Oh! ¡cuánto maquinará!  
se valdrá hasta del engaño,  
y á trueque de hacerme daño  
con el inglés se unirá.

Remedio tienen los males:  
si ella me opone al inglés,  
delante pondré al francés,  
y así quedamos iguales.

Ya que este nuestra alianza  
tanto apetece. . . veremos. . .  
con maña la entretendremos  
dándole alguna esperanza.

¡Ja! ¡ja! Marquesita bella,  
en vano trabajareis  
mientras eclipsar penseis  
la clara luz de mi estrella.  
Pero ya los pretendientes  
Se acercan. . .

(Ocupando el sillón del despacho.)

Me vuelven loco.

Vamos á mentir un poco. . .  
¡me piden tanto estas gentes! . . .

ESCENA VI.

ENSENADA.—GUTIERREZ.

Gutier. (Desde la puerta.)

Señor. . . ¿permite vucencia! . . .

Ensen. Sí, sí; ya pueden entrar.

(Se retira Gutierrez, y poco después salen Osorio,  
Quiñones é Inclan, y algunos militares y varios  
paisanos. Todos se quedan en el fondo, menos  
Quiñones que se adelanta.)

Quiñ. Muy buenas noches, señor.

Ensen. Muy buenas. ¿Solicitais?

Quiñ. ¿Vucencia ya no recuerda? . . .

Ensen. No lo debeis extrañar;  
son tantos los que al despacho  
concurren, que á la verdad. . .

Quiñ. El recomendado soy  
de doña Beatriz Queralt. . .

Ensen. ¡Ah! ¡ya! . . . la linda condesa. . .  
vos sois el señor don. . .

Quiñ. Juan  
de Quiñones. . .

Ensen. Sí, recuerdo. . .  
muy bien vuestro asunto va.  
Pretendeis. . .

Quiñ. Una tenencia  
en la marina real. . .

Ensen. Ya. . . ya sé; perfectamente:  
podeis con ello contar.

Siempre ha sido la marina

el objeto principal  
de mis cuidados, y miro

con aprecio singular  
al que admito en una clase  
que es hoy de importancia tal.

¿Vos sereis facultativo?

Quiñ. La carrera acabé ya  
en el colegio. . .

Ensen. Muy bien.

Y ¿os habeis hecho á la mar?

Quiñ. He estado en Cádiz. . .

Ensen. En Cádiz. . .

Supongo, en el arsenal. . .

mas. . . no es eso. . . ¿no habeis ido  
un poquito mas allá?

Conocereis algun puerto

en el Océano oriental. . . .

*Quiñ.* Por las cartas. . . .

*Ensen.* ¡Por las cartas!  
Teneis razon. . . . ¿qué mas dá?  
¿Teneis vocacion. . . .

*Quiñ.* ¡Oh! ¡mucha!

*Ensen.* Bien: ¿os queréis embarcar  
en el *Veloz*? . . . cien cañones,  
limpio y fino. . . .  
(Señalando á uno de los cuadros.)  
Vedle acá. . . .

*Quiñ.* Donde os digneis emplearme  
allí iré sin replicar.

*Ensen.* Bien, *Quiñones*: el *Veloz*  
á bordo os admitirá,  
y con él ireis á Méjico  
dentro de un mes. . . . ¡eh! . . . ¿qué tal?

*Quiñ.* Una licencia quisiera,  
señor, si no es abusar. . . .

*Ensen.* ¿Qué tiempo habeis menester?

*Quiñ.* Un año todo lo mas,  
para arreglar mis negocios. . . .

*Ensen.* ¡Enredados estarán!  
¡Un año en tierra un marino! . . .

*Quiñ.* Doña Beatriz. . . .

*Ensen.* Bien está.  
A la bella condesita  
en mi nombre saludad.

*Quiñ.* (Al pasar por delante de *Osorio*.)  
¡Despachado! . . . ¿en el *Veloz*? . . .  
(Vase y se adelanta *Inclan*.)

*Ensen.* (Descuida, no te ahogará.)

*Inc.* El cielo guarde á vucencia. . . .

*Ensen.* ¡Hola! don Miguel de *Inclan*,  
el famoso pendolista. . . .  
Llegad, amigo, llegad.

Vuestros trabajos sin número  
recompensados serán,  
y en breve os entregaré  
un nombramiento real.  
Venid por aquí á menudo,  
que tengo que confiar  
trabajos muy importantes  
á vuestra capacidad.

*Inc.* Ya sabeis con el placer  
que os sirvo cuando me honrais. . . .

*Ensen.* Conservo gratos recuerdos  
de vuestra celeridad,  
y á vos se os puede decir  
sin temor de exagerar,  
que con una sola pluma,  
señor don Miguel, volais.  
El cielo os guarde.

*Inc.* (Saluda y se retira.) Señor. . . .

*Osor.* (Entregando al marqués una carta.)  
Doña Inés de Sandoval  
me encarga que dé á vucencia  
este papel. . . .

*Ensen.* (Abriéndolo.) Perdonad. . . .  
Mucho por vos se interesa  
doña Inés.

*Osor.* Fácil será. . . .  
relaciones de familia. . . .

*Ensen.* Yo nada puedo negar  
cuando ella es quien recomienda  
y vos quien solicitais. . . .  
Por ahora no hay vacantes  
en Europa. . . . ¿os es igual  
una legacion de América?

*Osor.* No quisiera ir tan allá. . . .  
La Europa culta es mi sueño. . . .

*Ensen.* ¿Habeis servido. . . .

Osor. Jamás.  
 Ensen. Pero sabreis de idiomas. . . .  
 Osor. De idiomas. . . ¡ps! . . . tal cual. . .  
 y los que no estoy seguro  
 que al punto se aprenderán. . . .  
 Ensen. ¿Y sabéis que los negocios  
 de Europa son de entidad?  
 Osor. No importa, marqués: yo cuento  
 con despejo natural:  
 me he probado en los salones. . . .  
 entre la alta sociedad,  
 y en ellos fama he dejado  
 de ser un hombre sagaz. . . .  
 ¡Oh! . . . y la intriga la manejo  
 con alguna novedad. . . .  
 Ensen. (Remedándole.)  
 ¡Ah! . . . pues si sois intrigante  
 no debéis aprender mas.  
 La intriga en un diplomático. . . .  
 Osor. Sí. . . ya sé, es lo principal.  
 Ensen. ¡Magnífico! me parece  
 que al fin vais á despuntar. . . .  
 no os molesteis en volver;  
 en mi celo descansad,  
 y ya sabreis cuanto ocurra  
 por doña Inés Sandoval.  
 Osor. Mi profunda gratitud. . . .  
 Señor marqués. . . .  
 Ensen. Confiad. . . .  
 (Se retira Osorio y se adelanta el capitán)  
 ¡Hase visto impertinente  
 mas necio ni mas audaz. . . .  
 Capit. (¡A que está de mal humor?)  
 Ensen. ¿Qué quereis?  
 Capit. (¡Justo. . . cabal! . . .  
 ¡reniego de mi fortuna! . . .)

Señor, soy un capitán. . . .  
 Ensen. Adelante.  
 Capit. A quien se debe. . . .  
 Ensen. Está bien, se os pagará.  
 Capit. Es que otras veces, señor. . . .  
 Ensen. No se puede remediar:  
 la marina absorbe todo. . . .  
 (Sale Gutierrez y habla al oído con el marqués.)  
 Capit. Es mucha fatalidad. . . .  
 ¡la marina! . . . ¡la marina! . . .  
 ¡por ventura los demás,  
 señor marqués, no servimos  
 también á su majestad?  
 Ensen. (A Gutierrez.)  
 Bien, que todos se retiren,  
 y después le harás entrar.  
 (Toca la campanilla.)  
 Capit. Pero señor. . . .  
 Ensen. Ya os lo he dicho:  
 volved mañana, que habrá  
 mas tiempo, y vuestros asuntos  
 arreglados quedarán.  
 Capit. (Siempre me dice lo mismo. . . .  
 ¡cuándo el mañana vendrá!)

ESCENA VII.

ENSENADA.

Gracias á Dios que esta noche  
 ya me deja respirar  
 esa nutrida falanje  
 de pretendientes! Jamás. . . .  
 mientras haya en este suelo  
 tanto encubierto holgazan,

con las artes, con la industria,  
 es imposible contar.  
 Veamos lo que le ocurre  
 ora al duque de Durás....  
 lo de siempre.... es incansable  
 este francés.... aquí está.

ESCENA VIII.

ENSENADA.—EL DUQUE.

*Duque.* Al poderoso marqués  
 saludo.

*Ensen.* Yo en vos, señor,  
 saludo al embajador  
 y al mas ilustre francés.  
 Sentaos si venís despacio....

*Duque.* Acepto vuestro cumplido....

*Ensen.* Esta noche no habeis ido  
 al concierto de palacio.

*Duque.* A pesar de mi deseo,  
 y aunque á él se me invitó,  
 mis esperanzas frustró  
 la llegada de un correo.  
 Hoy vos habeis recibido  
 un pliego mio....

*Ensen.* Sí tal....  
 no os dí respuesta....

*Duque.* Es igual.  
 Ya veis, sin ella he venido.  
 Hora y punto os marqué allí,  
 si no teníais reparo;  
 callásteis: con que era claro  
 que me esperábais aquí.

*Ensen.* Celebro que mi intencion

sin violencia interpreteis:  
 señor duque, me teneis  
 á vuestra disposicion.

*Duque.* Aunque sin gran esperanza  
 de poderos inclinar  
 á que os digaeis aceptar  
 nuestra importante alianza,  
 ruégoos que con madurez  
 mediteis vuestros reparos,  
 pues de ellos, marqués, á hablaros  
 vengo por la última vez.

*Ensen.* Vuestro exordio me parece  
 precursor de un rompimiento....

*Duque.* Lo que es en este momento  
 solo amistad se os ofrece.  
 Vos direis lo que ha de ser.

*Ensen.* ¡Tanto, amigo, por ventura,  
 vuestro gobierno os apura?

*Duque.* La Francia no puede ver  
 con apático abandono  
 que su limpio honor se manche,  
 ni que la Inglaterra ensanche  
 los dominios de su trono.  
 De vuestra neutralidad  
 ventajas saca el inglés....

*Ensen.* Ninguna.

*Duque.* Señor marqués,  
 es una amarga verdad.  
 Si en contra de España no,  
 en mengua de Francia sí.

*Ensen.* Yo á tanto no descendí;  
 hablé por España yo.

*Duque.* Pues bien, para en adelante  
 mi reino quiere saber  
 á lo que se ha de atener,  
 porque ya esperó bastante.

En breve con fiera saña  
para enfrenar la Inglaterra  
romperá Francia la guerra.  
¿Quiere ó no ayudarla España?

*Ensen.* Señor duque, este país,  
como vive respetado,  
no extrañeis que haya negado  
lo que ha tiempo le pedís.

Porque, amigo, es gran simpleza....  
yo así lo juzgo á lo menos,  
que por motivos ajenos  
nos rompamos la cabeza.  
Que la Inglaterra os engaña;  
pues bien, ponedla en el brete....  
mientras que ella nos respete  
no debe mezclarse España....

*Duque.* Mirad que lo que hoy á nos  
con la Inglaterra sucede,  
mañana, marqués, os puede  
suceder tambien á vos.

*Ensen.* Quién sabe.... bien puede ser  
que llegara á esos extremos....  
mas.... no temais; le daremos  
entonces mucho que hacer.

*Duque.* ¿Y si vos para ese día,  
sin saber por qué caminos,  
no regís ya los destinos  
de esta vasta monarquía?

*Ensen.* Os debéis tranquilizar  
sobre esa vana quimera,  
porque no hay dentro ni fuera  
quien me pueda derribar.

*Duque.* Con que, Ensenada, ¿es decir  
que estais ya determinado?

*Ensen.* Es decir que sin cuidado  
descanso en el porvenir.

*Duque.* La Europa dirá, marqués,  
con mengua de vuestro honor,  
que nos dejais por temor  
de disgustar al inglés.

*Ensen.* ¿No sabeis cuán ocupada  
la Europa do quiera está!  
Harto que hacer tiene ya;  
no temais. . . no dirá nada.

*Duque.* Ya lo veis, por parte mia  
nada quedó por hacer.  
De obrar así, puede ser  
que os pese, marqués, un día.  
De sobra tendremos cortes  
que acepten nuestra alianza;  
y pues que ahogais mi esperanza,  
pediré mis pasaportes. *(Se levantan.)*

*Ensen.* ¡Ja! . . . ¡ja! . . . ¡ja! . . . ¡dadme esa mano!  
Señor duque, sois terrible. . .  
vos cuando hay un imposible  
¿cortais así por lo sano?  
¡Pasaportes! . . . por demás  
os lanzais á los extremos. . .  
¿romper así? . . . no estaremos  
en ese caso jamás.

*Duque.* Mas que vos lo siento, sí;  
quiéroos mejor por amigo;  
pero si nada consigo,  
¿qué quereis que haga yo aquí? ®

*Ensen.* El tiempo todo lo alcanza:  
con paciencia. . . sabe Dios. . .  
nunca un hombre como vos  
debe perder la esperanza.

*Duque.* (¿Qué cambio es este? . . .) Confieso  
que debí hacerme esa cuenta;  
mas. . . como no se alimenta  
aquí con nada. . . por eso. . .



*Ensen.* Hasta ahora, embajador,  
la alianza habeis buscado,  
pero no me habeis hablado  
del cómo, del pormenor. . . .  
Decidlo, discutiremos. . . .  
pasadme notas. . . . aquí  
se contestarán. . . . y así  
tal vez nos entenderemos.

*Duque.* (Saca unos pliegos.)  
Bien, marqués; aquí teneis  
el pormenor del tratado. . . .

*Ensen.* ¡Ah! . . . veniais preparado. . . .

*Duque.* Por si acaso. . . ya lo veis. . . .  
Para contestarlo vos,  
de sobra tendreis, marqués,  
con quince dias. . . un mes. . . .

*Ensen.* (Así como un año. . . ó dos. . . .)  
Seguro, pues me interesa. . . .  
y vedlo aquí demostrado:  
pongo debajo. . . .

(Llega á la mesa con el tratado y escribe en él.)

Aceptado;

y queda sobre la mesa.

*Duque.* Desde hoy en ese interés  
cimentaré mi esperanza:  
pero mucho el tiempo avanza,  
y os dejo, señor marqués,

*Ensen.* ¿Ya os retirais, duque?

*Duque.* Sí.

*Ensen.* Por la puerta principal  
no salgais. . . .

*Duque.* Decid por cuál.

*Ensen.* Conviene mas por aquí.  
Seguidme.

(Vanse por la puerta secreta, y de la alcoba sale la  
marquesa.)

ESCENA IX.

LA MARQUESA.—Después MAURICIO.

*Marq.* Gracias á Dios  
que mi intento coroné. . . .

salir ahora podré  
mientras se alejan los dos.  
Sobre la mesa entendí  
que quedó el tratado. . . . ¡ajá. . . .  
este es. . . . bueno. . . . venga acá. . . .  
mas que pensé conseguí.  
En salvo póngome ahora,  
porque pudiera volver. . . .

(Al llegar junto á la puerta del fondo se encuentra  
con Mauricio y se cubre el rostro con el velo.)  
(Ah! . . . .)

*Maur.* ¿Qué es esto? . . . . ¡una mujer. . . .

*Marq.* (Su padre. . . . ¡cielos! . . . .)

*Maur.* Señora. . . .

¿qué buscáis aquí?

*Marq.* Ya, nada.

(¡Oh! . . . . grande peligro corro. . . .)

Vine á implorar un socorro  
del marqués de la Ensenada.

*Maur.* Pero ¡cómo aquí tan sola. . . .

*Marq.* Yo soy viuda, señor mio,  
de un capitán de navío  
de la marina española,

*Maur.* ¿La viudez no os pagan?

*Marq.* No;

para hablarle de eso entré. . . .  
y sin oírme se fué.

*Maur.* Se fué; pero ¿os socorrió?

*Marq.* Nunca, señor, hace tal.  
*Maur.* ¡Se va portando mi hombre!)  
 Decid, ¡cuál es vuestro nombre?  
*Marq.* Doña Inés de Sandoval.  
*Maur.* Y sereis tan desgraciada  
 que tendréis hijos....  
*Marq.* Sí, tres....  
*Maur.* ¡Voto va.... señor marqués!....  
 (Dándola un bolsillo.)  
 Tomad, y no digais nada.  
*Marq.* ¡Ah!... señor.... tal beneficio....  
*Maur.* Andad....  
*Marq.* (Sí haré, que ya es hora.)  
*Maur.* Volved mañana, señora,  
 y preguntad por Mauricio.  
*Marq.* Dios os premie tal accion.

ESCENA X.

MAURICIO.

El chico... yo estoy pasmado,  
 desde es ministro de Estado  
 ha perdido el corazon.  
 Pues antes... por vida mia,  
 se portaba de otro modo:  
 se desvelaba por todo  
 y daba cuanto tenia.  
 Pero ahora... á no dudar,  
 parece que nada basta...  
 no... pues lo que es lujo... gasta,  
 con que tendrá para dar.  
 Yo le hablaré... ¡pero gordo!  
 le diré cuanto aquí abrigo...  
 no haya miedo que conmigo  
 su excelencia se haga el sordo.

ESCENA XI.

ENSENADA.—MAURICIO.

*Ensen.* ¡Ah!... ¡ya aquí?... ¡tanto favor...  
 ¡qué... ¡os descubris!... ¡á qué azar...  
*Maur.* Así es como debe estar  
 el súbdito ante el señor.  
*Ensen.* ¡Pero... padre!...  
*Maur.* No hay aquí  
 mas padre que lo que digo.  
 Cuidado, marqués, conmigo...  
*Ensen.* ¿Estais enojado?  
*Maur.* Sí.  
 Don Zenon Somodevilla,  
 tome su asiento vuecencia  
 y deme después audiencia,  
 porque á eso vine á esta villa.  
*Ensen.* Y ¡á qué esa formalidad,  
 cuando sois dueño de todo...  
*Maur.* Pues no hablaré de otro modo.  
*Ensen.* (Ocupando el sillón del despacho)  
 Os obedezco; empezad.  
*Maur.* Veis aquí un noble y pudiente  
 que en la labor se ejercita;  
 allá en la Rioja no quita  
 lo cortés á lo valiente.  
 Aquel pueblo es muy honrado,  
 de todo lo bueno, amigo;  
 y esto, señor, os lo digo  
 por si lo habeis olvidado.  
 Pues bien: con su amor eterno  
 al que manda desde acá...  
 hoy el pueblo aquel está

trinando con el gobierno.  
Y cuenta que malas artes  
allí jamás conoci.  
Con que si esto pasa allí,  
¿qué pasará en otras partes?

*Ensen.* ¿Qué sucede allí, señor?

*Maur.* ¿Con esa salís ahora?

Gobierno que tanto ignora  
no es el gobierno mejor.  
Nuestras cuentas no se saldan;  
se cometen injusticias;  
se exigen nuevas milicias  
y los impuestos nos baldan.  
Con muchos ha sucedido,  
que después de un año entero  
de haberse afanado. . . . cero,  
lo comido por servido.

Y gracias, que esto es grandeza  
entre algunos de nosotros,  
porque suelen sacar otros  
las manos en la cabeza.

*Ensen.* Mucho esas tristes verdades  
reclaman nuestra atencion:  
desmanes sin duda son  
de algunas autoridades.

Mas si dan en abusar,  
¿cómo evitar la violencia. . . .

*Maur.* Ahorcándolas su excelencia  
así se puede evitar.

Al que la justicia espante  
y en su oficio se haga el sueco. . . .  
no hay remedio, palo seco,  
señor marqués, y adelante.

*Ensen.* Bien, señor; se pensará  
con gran esmero y cuidado  
en todo ello, y remediado

dentro de poco será.

*Maur.* Es que mucho sentiria  
que solo promesa fuera;  
bien, bien. . . . decís á cualquiera,  
y conmigo no hay tu tia.

*Ensen.* Os hallo hoy como jamás:  
dudais de todos aquí. . . .  
en buen hora; mas de mí  
no es justo. . . . y bien, ¿quereis mas? . . .

*Maur.* Ya os dije mi pretension  
y vos me habeis respondido:  
si me cumplís lo ofrecido,  
se acabó mi comision.  
Me cubro y me siento, pues.  
Y ahora, aunque á vos no os cuadre,  
os voy á hablar como padre:  
levantaos, señor marqués.

*Ensen.* (*Levantándose.*)

(Caprichos mi padre tiene,  
harto raros por quien soy:  
no le enfademos, porque hoy  
raro como nunca viene.)

(*Con afectada humildad.*)

Señor, lo que habeis mandado  
vengo á cumplir, ya lo veis.

¿Qué mas humildad quereis  
en un jefe del Estado?

*Maur.* Entiendo bien el sentido  
que darle á la frase quieres:  
mas. . . . antes de ser lo que eres  
ya llevabas mi apellido.

Con que nada de ironías;  
no andemos con farsas, no:  
antes que tú he sido yo,  
y tú sin mí no serias.

*Ensen.* Es verdad. . . .

*Maur.*

Sin duda alguna.

Zenon, tú vas olvidando  
que vueltas siempre está dando  
la rueda de la fortuna.

Si por ser de las Españas  
ministro, das en pensar  
que la llegaste á clavar. . . .  
de medio á medio te engañas.

La subida es muy penosa  
y cuesta gran pesadumbre. . . .  
pero en llegando á la cumbre  
la bajada es fácil cosa.

Rodar un dia es razon,  
porque eso á todos sucede;  
pero no es bueno que ruede  
con el poder la opinion.

Y segun lo que á escuchar  
llegué aquí. . . . ¡por Belcebú! . . .  
presumo que á echar vas tú  
ambas cosas á rodar.

*Ensen.*

Tened, señor, vuestra furia,  
que mucho vais avanzando. . . .  
y sin querer vais pasando  
del buen consejo á la injuria.

Yo sé lo que hago; y por mas  
que hable la maledicencia,  
tranquila está mi conciencia,  
nada importa lo demás.

Si se me antoja, mañana  
los que hoy murmuran de mí  
me aplaudirán. . . . ¡oh! . . . sí, sí,  
que es tal la flaqueza humana,  
que aun dudo, señor, si vos,  
con toda vuestra entereza,  
no doblaríais la cabeza  
ante el poder. . . .

*Maur.* (Levantándose.) ¡Voto á brios!  
¡Yo al poder! . . . tal duda en mí. . . .

*Ensen.* Dejemos esto por hoy,  
porque ya es hora, y me voy. . . .  
por dueño os quedais aquí.

*Maur.* ¿Vas á la calle? . . .

*Ensen.* Sí tal.

*Maur.* ¿A estas horas salir fuera?

*Ensen.* Aun es temprano, y me espera  
doña Inés de Sandoval.

*Maur.* ¡De Sandoval! . . . ¡Ah! . . . descuida:  
no tomes por eso el coche,  
que lo que es por esta noche  
ya está la Inés socorrida.

*Ensen.* ¡Socorrida doña Inés!  
¿Sabeis quién es ella?

*Maur.* Sí.

*Ensen.* ¿Dónde la visteis?

*Maur.* Aquí.

*Ensen.* ¿Cuándo?

*Maur.* Ha un rato.

*Ensen.* ¿Un rato! . . .

*Maur.* Pues.

*Ensen.* Perdonadme, aunque os asombre. . . .  
pero es imposible. . . .

*Maur.* ¡Cómo! . . .

*Ensen.* A engaño vuestro lo tomo. . . .

*Maur.* Ella me dijo su nombre.

*Ensen.* ¡Su nombre! . . .

*Maur.* Bien lo entendí.

*Ensen.* ¡Cielos! . . . ¿qué dudas me asaltan. . . .  
(Dirigiéndose á la mesa.)

La marquesa. . . .

*Maur.* ¿Qué haces? . . .

*Ensen.* Faltan  
unos papeles de aquí.

**Maur.** Hombre. . . búscalos mejor. . .

**Ensen.** ¡No, no! . . . (Llamando.)

¡Gutierrez! . . . (Sale.) A ver,  
aquí ha estado una mujer:  
¿quién es? . . .

**Gutier.** Lo ignoro, señor.  
No he visto salir ni entrar.

**Ensen.** La marquesa. . . es cosa cierta. . .

(Señalando á la puerta secreta.)

Sin duda por esta puerta. . .  
pronto lo he de averiguar.

(Vase precipitadamente por la del fondo.)

ESCENA XII.

MAURICIO.—GUTIERREZ.

**Maur.** Por Cristo que estoy confuso. . .

**Gutier.** (Con misterio.)

Anhela hablaros, señor,  
la camarera mayor,  
marquesa de Torrecuso.

**Maur.** ¡Hombre! . . . hablarme. . .

**Gutier.** Señor, sí.

**Maur.** No sé si me alegre ó sienta. . .

es raro que mi parienta  
se acuerde ahora de mí.

Y. . . ¿dónde y cuándo, sabrás? . . .

**Gutier.** Al punto, en su casa.

**Maur.** ¡Bien! . . .

¿podrás decirme también  
á qué asunto. . .

**Gutier.** (Retirándose.) No sé mas.

**Maur.** No sé mas. . . pues es bien poco  
saber. . . tomaré el camino.

Lléveme el diablo si atino  
con ello. . . me vuelve loco  
la corte. . . y ¿hay quien escoja  
entre la paz y el estruendo  
lo segundo? . . . no lo entiendo. . .  
Mauricio, pronto á la Rioja,  
y á ver si logras al fin  
á Zenon de aquí arrancar. . .  
¡Oh! . . . por lograrlo. . . he de armar  
una asonada, un motin.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ESCENA II.

LA MARQUESA.—DOÑA INES.

Marq.

Por quien soy  
que este paso de doña Inés  
es cosa que escandaliza. . . .  
pero. . . ¡ah! ¡si vendrá echadiza  
por el astuto marqués?  
¿Quién lo duda que vendrá? . . .  
la falta se habrá notado,  
y á ver vendrá si el tratado  
está entre mis manos ya.  
¡Ja! . . . ¡ja! . . . ¡ja! . . . ¡pobre señora! . . .  
¿Qué entendeis vos, doña Inés? . . .  
no, no ha escogido el marqués  
la mejor embajadora.

(Sale doña Inés, y se adelanta la marquesa á recibirla.)

¡Bellísima Sandoval!  
¡tal dicha, y en tal momento! . . .  
venid y tomad asiento,  
aquí estareis menos mal.

(Se sientan.)

Inés.

Sin duda que extrañareis  
veros así importunada  
en hora tan desusada. . . .

Marq.

No me extraña, ya lo veis. . . .  
al contrario; es el mayor  
placer que pudiérais darme:  
vos podeis venir á honrarme  
cuando os parezca mejor.  
Y aunque amiga tan querida  
en ello me pone tasa,  
siempre que venga á esta casa



ACTO TERCERO.

Una sala en la casa de la marquesa de Torrecuso, alhajada con todo  
toda la elegancia de la época. A la derecha una mesa con recado  
de escribir: á la izquierda una puerta; otra grande en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA.—EL PORTERO.

Porter. (Desde el fondo.)  
Doña Inés de Sandoval.

Marq. ¡La Sandoval!

Porter. Sí, señora.

Marq. Me sorprende que á esta hora  
venga á verme mi rival.  
¿Estais seguro. . . .

Porter. Sí estoy:  
ese nombre es el que ha dado  
para que os pase el recado.

Marq. Adelante. (Vase el portero.)

*Inés.* será muy bien recibida.  
Marquesa, mucho agradezco  
vuestra exquisita atencion.

*Marq.* Os habla mi corazon. . . .

*Inés.* Es honra que no merezco.

*Marq.* Opináis de vos muy mal,  
pues en la corte es sabido  
que ninguna ha merecido  
lo que Inés de Sandoval.

*Inés.* A esa gente lisonjera  
escuchadla cual la escucho;  
pues ya sabéis vos lo mucho  
que en la corte se exagera.  
Y si no, mirad por Dios  
lo que es mi merecimiento:  
hoy vengo con sentimiento  
á despedirme de vos.

*Marq.* ¿Doña Inés se formaliza?

*Inés.* ¡Oh! . . . sí tal.

*Marq.* Mucho me extraña. . . .

¿Dónde vais?

*Inés.* Fuera de España.

*Marq.* ¡Eso es posible! . . .

*Inés.* A la Suiza.

*Marq.* Mas . . . ¿quién es el temerario  
que os aconseja tal yerro? . . .  
¿es político destierro? . . .

*Inés.* Es . . . destierro voluntario.

*Marq.* ¿Cuál puede ser la razon  
que os lleva tan pronto allá?

*Inés.* Hay algunas. . . .

*Marq.* (Esta ya  
pide capitulacion.)

*Inés.* Deseo, y con viva instancia,  
volver á un país, señora,  
donde mas feliz que ahora

pasé de mi edad la infancia.  
Con los recuerdos que allí  
en otro tiempo dejé,  
dar al olvido podré  
los desengaños de aquí.

*Marq.* ¿Pero á los suizos cantones  
es desterrais? . . . ¡brava cosa! . . .  
¿tan jóven y tan hermosa  
perdisteis las ilusiones?

Pecais de precipitada. . . .  
que no lo sintais después. . . .  
¿Es posible, doña Inés,  
que esteis tan desengañada?

*Inés.* ¿Qué quereis? . . . es fuerza, sí,  
que á la mayor brevedad  
enlace una voluntad  
que sin querer dividí.  
Así de hoy mas podré yo  
vivir en paz. . . . ¿me entendeis? . . .

*Marq.* No mucho aun. . . .

*Inés.* Ya lo veis,  
os cedo el campo. . . .

*Marq.* ¡Ah! . . . no, no.

Atended á mis consejos,  
y por cederme la palma,  
¡por Dios! . . . doña Inés del alma,  
no os váyais allá tan lejos.

*Inés.* Y . . . ¿me lo pedís por Dios!

*Marq.* Y os volveré á suplicar. . . .

*Inés.* Yo no debo malquistar  
al de Ensenada con vos.

*Marq.* ¿Malquistar, amiga mia,  
cuando tan acordés vamos? . . .  
¡No! . . . creedme, Inés, gozamos  
ya de tan buena armonía,  
que ese campo de que hablais

y que en mal hora cedéis,  
á la vuelta lo hallareis  
lo mismo que lo dejais.

*Inés.* ¡Marquesa! . . .

*Marq.* ¿Mi buena amiga?

*Inés.* No sois franca.

*Marq.* No os engaño.

*Inés.* Por hacerle al marqués daño  
sé que no excusais fatiga.

*Marq.* ¡Oh! . . . si tal presumis vos,  
¿cómo quereis que yo ahora  
os satisfaga. . . .

*Inés.* Señora. . . .  
hablemos claro las dos.  
Con todo lo que decís,  
no estais bien con Ensenada,  
y esa lucha ya empezada  
será un mal para el país.  
Aunque me produce tedio  
el decirlo, he conocido  
que la causa de ello he sido  
y quiero poner remedio.  
No fué mi intento jamás  
ofenderos, creedme, sí;  
pues bien, me alejo de aquí. . . .  
¿se me puede exigir mas?

*Marq.* Me asombra, Inés, vuestro juicio:  
sacrificio es. . . .

*Inés.* Sí, por Dios;

y en cambio, señora, vos  
no hareis otro sacrificio?

*Marq.* ¿Yo? perdonad que os lo diga;  
vuestro sacrificio inmenso,  
como no os lo exijo, pienso,  
Inés, que á nada me obliga.  
Pero. . . sepamos cuál es,

*Inés.* amiga, porque no obstante. . . .  
Que me entregéis al instante  
los papeles del marqués.

*Marq.* ¡Pasmosa es vuestra inocencia!  
Doña Inés, ¿qué habeis pedido?  
jamás con él he tenido,  
como vos, correspondencia.

*Inés.* No, no os hablo de eso ahora:  
son otros. . . no sé. . . un tratado  
que esta noche habrá llegado  
á vuestro poder, señora.

*Marq.* ¿Un tratado me pedís?  
¡atónita me dejais!  
¿De qué papeles me hablais?  
no entiendo lo que decís.

Sí comprendo que serán  
de grave y sumo interés,  
cuando á nombre del marqués  
los buscáis con tanto afán.

*Inés.* No son de interés, no, no;  
ni al marqués le importan nada,  
ni á nombre del de Ensenada,  
marquesa, los busco yo.

*Marq.* Ese empeño que mostrais,  
que en su nombre hablais mecp.lixae  
*Inés.* También el vuestro me indica  
que el tratado me ocultais.

*Marq.* ¡Hola! con que ya de cierto  
solo se busca un tratado. . . .

*Inés.* No sé. . . .

*Marq.* En el que habrá quedado  
el ministro en descubierto. . . .

*Inés.* Vuestras sospechas esquivo,  
pues con ellas le ultrajais. . . .

*Marq.* Como el tratado buscáis  
con un interés tan vivo,

BIBLIOTECA CENTRAL

U. A. N. L.



U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN



GENERAL DE BIBLIOTECAS



pensé que era, y con razon,  
de tanta monta, Inés mia,  
que en él se comprometia  
del ministro la opinion.

Mas . . . si él ha cumplido fiel,  
no puede temer ningun . . .

*Inés.* Eso, marquesa, es segun  
el uso que se haga de él.  
Si se llegó á apoderar  
de él una mano imprudente . . .  
al ministro fácilmente  
se le puede calumniar.

*Marq.* No sé . . . no entiendo . . .

*Inés.* ¿No? No.

*Marq.* ¿Con que á entregarlo os negais!

*Inés.* Pues qué, doña Inés, ¿pensais  
que tengo el tratado yo?

*Inés.* No falta quien lo asegura.

*Marq.* ¡Oh! . . . el lance es muy divertido . . .

*Inés.* Dicen que lo han extraido . . .

*Marq.* ¿Y he sido yo? . . . ¡qué diablura!

(*Se levantan.*)

*Inés.* Está bien: basta, marquesa.

Conspirais contra el marqués . . .

mas . . . no os quejeis si después

de haberlo negado os pesa.

Esquivásteis mis preguntas . . .

¿Con que á Suiza? ¿quién diria . . .

*Marq.* Puede ser que todavía

*Inés.* el viaje lo hagamos juntas.

*Marq.* Holgárame que así fuera:

mucho me place viajar,

y me alegrara llevar

tan insigne compañera.

*Inés.* Señora, quedad con Dios.

*Marq.* Id con él y que os bendiga . . .

no olvideis á vuestra amiga.

*Inés.* Lo mismo os encargo á vos.

ESCENA III,

LA MARQUESA.

Caísteis, pobre Ensenada:  
el tratado te ha perdido . . .

¡Oh! . . . y doña Inés ha venido

por él, y de mano armada.

¡Miren por dónde empezó!

por el viaje . . . y por ceder

el campo . . . ¡infeliz mujer!

¡cuán en vano se esforzó!

Ya que dice mi rival

que la Suiza es su embeleso,

irá á la Suiza; por eso

no es bien que quedemos mal.

Anhelo llegar el fin

del vasto plan que levanto . . .

Mas ¿cómo es que tarda tanto

el exactísimo Kin?

Este es otro: con doblez

nos busca por varios modos . . .

¡Oh! yo acabaré con todos

para siempre y de una vez.

(*Sale y anuncia á*

*Porter.* Mister Kin.

*Marq.* Hacedle entrar.

(*Vase el portero.*)

Ya está aquí: yo bien decia

que á la cita no podia

el astuto inglés faltar.

Pero aunque es tan avisado,  
en la emboscada que ahora  
le preparo. . . .

ESCENA IV.

LA MARQUESA.—KEEN.

*Keen.* A Dios, señora.  
*Marq.* Mister Kin, muy bien llegado.  
 Exacto sois. . . .  
*Keen.* Como inglés. . .  
 apenas he recibido  
 vuestro billete, he venido  
 para besar vuestros pies.  
*Marq.* Perfectamente habeis hecho.  
*Keen.* Vuestra opinion me es muy grata. . . .  
*Marq.* ¿Sabeis de lo que se trata?  
*Keen.* Algo, señora, sospecho. . . .  
*Marq.* No. . . . la reserva dejad,  
 y con franqueza empecemos,  
 pues ya es tiempo de que hablemos  
 sin trabas ni ambigüedad.  
*Keen.* Si vos la muestra me dais,  
 yo con gozo os seguiré.  
*Marq.* Pues bien, Kin, os la daré  
 tal vez como no esperais.  
 De unirse con esta tierra  
 tiene segura esperanza  
 el francés: á su alianza  
 prefiero la de Inglaterra.  
 Y no preguntadme, no,  
 el por qué ahora sostengo. . . .  
 pues los motivos que tengo  
 vos los sabeis como yo.  
 En fin, hable la Inglaterra,

y si á ello dispuesta está. . . .  
 mañana mismo verá  
 al de Ensenada por tierra.  
*Keen.* En nombre de mi país  
 os rindo gracias, señora,  
 por las palabras que ahora  
 tan francamente decís.  
 Ha tiempo, y sin esperanza,  
 que con afan he buscado  
 en pro de uno y de otro Estado  
 tan ventajosa alianza.  
 Y dóyme en esta ocasion  
 el parabien mas cumplido,  
 puesto que ya he merecido  
 fijar vuestra alta atencion.  
 Marquesa, acepto desde hoy. . . .  
*Marq.* No las palabras troqueis:  
 vos sois el que proponéis,  
 y yo la que acepto soy.  
*Keen.* Señora mia, es igual,  
 no añade ni quita peso. . . .  
 mas no se ofenda por eso  
 vuestro orgullo nacional.  
 Un tratado os propondré. . . .  
*Marq.* ¿Tenéislo ahí?  
*Keen.* No, y lo siento. . . .  
 pero es cosa de un momento;  
 si gustais lo extenderé. . . .  
*Marq.* Que me place.  
*Keen.* (Dirigiéndose á la mesa.)  
 Perdonad. . . .  
*Marq.* Solo os dejo.  
*Keen.* ¡Oh! . . . . no, por mí. . . .  
*Marq.* No obstante, lo hareis. . . . sí, sí,  
 mejor en la soledad.  
 (Vase por la izquierda.)

ESCENA V.

KEEN.

Pues señor, esta es la mía:  
á ver Kin cómo se porta. . . .  
atemos algo mas corta  
á esta bella monarquía.

*(Escribe y después lo considera.)*

—Así calmo sus recelos,—

Ya que me abren el camino,  
marchemos. . . . pero con tino. . . .

¡lo que pueden unos zelos! . . .

*(Sigue escribiendo con las pausas que indica el diálogo.)*

“Estrecha amistad. . . .” Sí, sí.

“Apoyo mutuo. . . .” Esto es:  
mas con el apoyo inglés  
que nunca cuenten aquí.

“Puertos francos. . . .” ¡Oh! . . . me asocio

á esta idea. . . . “Gibraltar. . . .

y Cádiz. . . .” A no dudar,

aquí está nuestro negocio.

“En el término de un mes

España su inmensa armada

reducirá. . . .” Sí, sí: á nada;

y allá veremos después.

Mucho pido, á no dudar;

habrá mil contestaciones. . . .

mas para hacer concesiones

siempre tendremos lugar.

Cuatro palabras aquí

de fórmula. . . . “Este tratado

quedará ratificado. . . .”

Perfectamente, concluf.

Puede ser que haya esplosion. . . .

mas no temo una derrota:

jamás he puesto una nota.

con mas tino y precision.

No dirá que he sido tardo:

al volver de su retiro

se encontrará . . . mas ¡qué miro!

ESCENA VI.

KEEN.—DON RICARDO.

Keen. Llegais, señor don Ricardo,  
á tiempo.

Ricard. Que os guarde Dios.  
¿Cómo es que os encuentro aquí?

Keen. Me ocupo de vos. . . .

Gutier. ¡De mí!

Keen. Pues, justamente de vos.

Ricard. No comprendo ese misterio.

Keen. ¡Cómo que no comprendeis! . . . .

se trata. . . . ¿no lo sabeis?

de formar un ministerio.

Ricard. ¡Tan pronto! . . . pues ¿cómo así?

Keen. ¿Qué! . . . ¿aun no os dais por entendido?

Acaso ¿no habeis venido

á hablar de eso mismo aquí? . . . .

Ricard. Os juro que. . . .

Keen. No os canseis,

porque estoy en esta empresa

de acuerdo con la marquesa. . . .

Ricard. ¡De acuerdo! . . . .

Keen. ¡Prueba quereis?

(Tomando el tratado de encima de la mesa, y presentándosele.)

Reservadamente, ved. . . .  
¿eh? . . . don Ricardo, ¿qué tal?

Ricard. Ps. . . . no me parece mal. . . .

Keen. (Este ya cayó en la red.)

Con plena autorizacion  
de la marquesa, extendí  
cuanto veis trazado ahí;  
y si vuestra aprobacion  
tambien llega á merecer,  
suceda lo que suceda,  
don Ricardo, no me queda  
nada ya que apetecer.

Ricard. Pero con esto ¿qué tiene  
que ver hoy la opinion mia? . . .

Keen. Ya lo sabreis algun dia. . . .  
(Mirando á la izquierda.)

Pero silencio, aquí viene. . . .

(Pone el papel sobre la mesa, y vuelve al lado de don Ricardo.)

No digais que habeis leído. . . .

Dejémoslo estar así. . . .

ESCENA VII.

LA MARQUESA.—KEEN.—DON RICARDO.

Marq. ¡Hola! . . . don Ricardo aquí. . . .  
celebro que háyais venido.

Keen. (Bajo á don Ricardo.)

¿Eh? . . . celebra. . . .

Ricard. Siempre en pos  
de vuestra iman, como es justo.

Keen. (Bajo á la marquesa y señalando á la mesa.)

¿Quereis ver. . . .

Marq. Con mucho gusto. . . .  
Perdonadme, soy con vos. (A Ricardo.)

(Keen y la marquesa se acercan á la mesa.)

Amigo, no hay mas que ver,  
pronto lo habeis acabado. . . .

Keen. Como estoy acostumbrado. . . .  
es cosa fácil de hacer.

¿Qué os parece?

Marq. A mí. . . . en rigor

ni bien ni mal. . . . yo no sé. . . .  
después lo someteré  
á aprobacion superior . . .

Keen. ¡Superior! . . . ¡ah! . . . ya comprendo. . . .

Marq. Como no lo he de firmar,  
es necesario contar. . . .

Keen. Entiendo, marquesa, entiendo;  
y será oportuno ahora  
que con él sola quedeis. . . .

Marq. Mister Kin, como gusteis. . . .

Keen. Hasta mañana, señora.  
Señor don Ricardo, á Dios.

Ricard. ¿Os retirais ya?

Keen. Sí, sí. . . .

Bajo. Pensad, don Ricardo, en mí.  
como yo he pensado en vos.

ESCENA VIII.

LA MARQUESA.—DON RICARDO.

Ricard. Nunca os he visto, marquesa. . . .  
(preparamos la emboscada)

tan seriamente ocupada.

Marq. Por ventura, amigo, ¿os pesa?

*Ricard.* ¡Pesarme! . . . no . . . ¡qué decís! . . .  
(Descubramos el terreno. . . )  
Sé que haceis mucho y muy bueno  
en obsequio de este país.

*Marq.* Cierto que estoy afectada;  
mas . . . no es tanto todavía  
que abrume la fuerza mía. . .

*Ricard.* (Esto no es decirme nada.)

*Marq.* Cuando me falten aquí  
recursos, acudiré  
á quien los suyos me dé . . .

*Ricard.* (Esto lo dice por mí.)  
Alguno sé yo, marquesa,  
que se holgara de saberlo. . .

*Marq.* Es que quiero sorprenderlo. . .

*Ricard.* (¡Me prepara una sorpresa!)  
Sea de ese ó de otro modo,  
con toda lealtad os digo  
que conteis con un amigo,  
señora, en todo y por todo.

*Marq.* Bien puede ser si se enreda  
que lo llegué á menester;  
mas no he de comprometer  
su opinion mientras que pueda,

*Ricard.* Sé que raya á grande altura  
vuestro exquisito talento:  
marquesa, sois un portento  
de ingenio y de travesura.  
No obstante, pudiera ser,  
mientras por vos se declara  
el campo, que flaqueara  
aislado vuestro poder.  
Antes, señora, mandad  
y disponed sin reparos. . .  
pues de esto he venido á daros  
cumplida seguridad.

*Marq.* Sí, don Ricardo, lo sé,  
y os agradezco el aviso:  
si á serme llega preciso,  
no dudeis que acudiré. . .

*Ricard.* Con entera confianza,  
porque nada habrá en el mundo  
que impida. . .

*Marq.* Sé que no fundo  
en el aire mi esperanza.

*Ricard.* Creedlo así; á Dios, señora.

*Marq.* A Dios, amigo Ricardo.

*Ricard.* ¿Dónde mañana os aguardo?

*Marq.* En palacio, á cualquiera hora.

*Ricard.* (¡Oh! . . . yo haré que esta mujer  
á mis proyectos se preste.)

*Marq.* (Entre el de Ensenada y este. . .  
hay bien poco que escoger.)

ESCENA IX.

LA MARQUESA.

Pero es preciso tener  
uno que haga de pantalla  
mientras damos la batalla. . .  
y mejor que este ninguno:  
deja hacer, no es importuno,  
á todo se brinda, y calla.  
Adelante. Es necesario  
con presteza sin igual  
que le dé el golpe mortal  
á mi arrogante adversario.  
Sin duda que es temerario  
atacar á un enemigo  
que cuenta al rey por su amigo:

mas él por fortuna ignora  
que nuestra reina y señora  
está de acuerdo conmigo.  
Vengan acá los tratados

*(Los saca.)*

del francés y del inglés,  
y vayan juntos después  
á palacio bien cerrados

*(Mientras cierra el pliego y lo sella, sigue diciendo:)*

Y estarán tan confiados  
de que cada cual alcanza  
la suspirada alianza  
en que su fortuna estriba. . . .

Mientras la marquesa viva  
pueden perder la esperanza.—

Sepa el rey á no dudar  
al ver estos desengaños,  
lo que de propios y extraños  
su reino puede esperar.  
Si de mi impulso á pesar  
no sale de su apatía,  
si no enfrena la osadía  
de toda esta gente extraña. . . .

se hundirá la pobre España,  
pero no por culpa mia

Ya está cerrado. . . esto es:  
vaya á palacio al momento. . .  
mas me parece que siento  
posos. . . sí, sí. . .

*(Guardando el pliego en uno de los cajones de la  
mesa.)*

ESCENA X.

LA MARQUESA.—MAURICIO.

*Marq.* ¡Calle! ¿vos? . . . ¡al fin os veo,  
señor de Somodevilla? . . .  
tomad, tomad una silla:  
ya hace tiempo que os deseo,  
y aunque habeis estado, sí,  
despacio en la capital,  
vos, pariente desleal,  
no os acordásteis de mí.

*Maur.* Sí tal, de vos me acordé  
pero me atuve á razones. . . .  
volais por ciertas regiones  
que yo. . . y en fin, me largué.  
Luego, aquí en toda mi vida  
dos veces solo he venido,  
y esas dos veces han sido  
así. . . como de corrida.

Porque en la corte jamás  
estoy bien, y si me muevo,  
pienso, señora, que llevo  
dos mil demonios detrás.

*Marq.* Acostumbrado hasta ahora  
á aquella vida tranquila  
del campo. . .

*Maur.* Pues, me aniquila  
la de la corte, señora.  
Ya veis, ¡á qué era llegar  
con un genio así tan hosco? . . .  
vuestro pariente aunque tosco  
nunca os quiso avergonzar.

*Marq.* ¡Avergonzarme! . . . ¿y por qué?  
¿que penseis de esa manera! . . .

*Maur.* Como aquí no hacen carrera  
la franqueza y buena fe,  
por eso. . .

*Marq.* Teneis razon.

*Maur.* ¿Que si tengo! claro está.

*Marq.* Pero á cualquiera honrará  
vuestro noble corazon.

*Maur.* Ps. . . Marquesa, otros honores  
se llevan aquí la palma:  
hoy los honores del alma  
se tienen por los peores.

*Marq.* Hay un fondo de verdad  
en eso; pero, Mauricio,  
hay tambien en vuestro juicio  
bastante severidad.

*Maur.* No entremos en esa lid:  
lo dicho, dicho, señora.  
¿Mas quién os dijo que ahora  
Mauricio estaba en Madrid?

*Marq.* ¿Acaso vos ignorais  
que vuestras acciones bellas  
van marcando vuestras huellas  
por donde quiera que vais?

*Maur.* Marquesa. . . ¿qué estais diciendo?  
¿que penseis eso de mí! . . .  
¿yo acciones bellas aquí? . . .  
francamente, no os entiendo.

*Marq.* ¡Oh! . . . pues todo es bien sencillo  
y demostrable en verdad:  
os convencereis. . . mirad,  
¿conocéis este bolsillo?

*Maur.* (Lo toma.)  
¿Calle! . . . ¡el mio! . . . no hay mas, no. . .  
¿cómo está en vuestro poder?

*Marq.* Una infelice mujer  
ha poco que me lo dió,  
rogándome que al momento,  
mi buen amigo, que os viera,  
el bolsillo os devolviera  
con su reconocimiento. . .

*Maur.* Señora, yo se lo dí  
para que se remediara;  
con que esto ya. . . es cosa clara,  
no me pertenece á mí.

*Marq.* No, no; sin duda ninguna  
que ya es vuestro. . . ella, os lo juro,  
ya salió de aquel apuro  
y ha cambiado de fortuna.

*Maur.* (guardando el bolsillo.)  
Bien: me alegre; vuelva acá:  
si ya de suerte cambió,  
no digo entonces que no,  
á otro pues le servirá.

*Marq.* Por esto el llamaros fué,  
y por brindaros sin tasa  
con mi fortuna y mi casa;  
pues vos y Ensenada sé  
que no andais bien avenidos:  
aquí mejor estareis,  
y aceptando me dareis  
honor y placer cumplidos.

*Maur.* Aunque con tanta reyerta  
á veces pierdo la calma,  
marquesa, con toda el alma  
os agradezcó la oferta.  
Yo no quiero ser gravoso,  
y cumplo lo que resuelvo;  
nada; á mi Rioja me vuelvo  
en busca de mi reposo.  
Solo que en esta ocasion

BIBLIOTECA CENTRAL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN



vuelvo allá bien lastimado  
de haber por acá encontrado  
tan distinto á mi Zenon.  
Mal haya el aciago dia  
que en Madrid puso los piés:  
es ministro y es marqués. . . .  
pero. . . . ¡quedo, lengua mia!  
que aunque me tiene enojado  
y es hijo mio el mancebo. . . .  
hablar con respeto debo  
del que gobierna el Estado.

*Marq.* Bien haya esa rectitud,  
tan noble como sincera:  
¡á cuántos servir pudiera  
de ejemplo vuestra virtud!

*Maur.* Marquesa, vos, que aquí sola  
teneis dominio cumplido,  
y sois y siempre y habeis sido  
tan franca y tan española,  
¡no me dais algun remedio  
para arrancar á Zenon  
de entre esta condenacion. . . .  
¡O por ventura no hay medio?

*Marq.* Quién sabe. . . por ahora nada. . . .  
es imposible saber. . . .  
mas tarde pudiera ser. . . .

*Porter.* (Anuncia desde el fondo.)  
El marqués de la Ensenada.

*Marq.* ¡El marqués!

*Maur.* ¡Oígal!

*Marq.* (Al portero que va á retirarse.)  
Esperad.

(A Mauricio.)

A la verdad no quisiera  
que aquí el de Ensenada os viera.

*Maur.* Ni yo. . . .

*Marq.* Pues bien, aquí entrad.  
(Le hace entrar por la izquierda, y seguidamente  
saca el pliego de donde antes lo ocultó y se diri-  
ge al portero.)

Tomad, tomad; tiempo es;  
en vuestra presteza fio;  
á la reina en nombre mio.  
Decid que pase al marqués.

ESCENA XI.

LA MARQUESA.—Después ENSENADA

Su llegada intempestiva  
sin duda á entender me da  
que desde esta noche es ya  
la jugada decisiva.

*Ensen.* (Sale.) Guárdeos el cielo.

*Marq.* Y á vos.

*Ensen.* Con desden me recibís.

*Marq.* Paréceme que venís  
disgustado.

*Ensen.* Sí, por Dios.

*Marq.* ¡Oh! . . . pues me pesa á fe mia,  
marqués, de vuestro desvelo,  
porque aquí. . . ¡gracias al cielo!  
reina la paz, la alegría. . . .

*Ensen.* Sentiré, aunque de aspereza,  
señora, esta noche peque,  
que en guerra la paz se trueque  
y la alegría en tristeza.

*Marq.* ¡Ay, marqués! venís fatal. . . .  
sabeis cuánto me intimida. . . .  
no me habéis por vuestra vida  
con esa voz sepulcral. . . .



- Ensen.* Vos la ocasion habeis dado de cometer este exceso.
- Marq.* ¡Válgame Dios! ¿Todo eso señor ministro de Estado?
- Ensen.* En vuestro elemento estais cuando jugais la ironía; mas pensad, señora mia, que hoy sin fruto os molestais.
- Marq.* ¿Qué, me hareis al fin creer que hablais con formalidad? . . . .
- Marq.* Seguro, y de esta verdad pronto os vais á convencer. Está ya la suerte echada, y él por qué habreis comprendido á vuestra casa he venido en hora tan avanzada.
- Marq.* No comprendo; es un error, señor mio, en el que estais. . . . á no ser que aquí vengaís á llenarme de terror. . . .
- Ensen.* Está bien disimulado. . . . y á la verdad que me pesa. . . . mas. . . . concluyamos, marquesa, ¿me entregais ó no el tratado?
- Marq.* ¡Yo! . . . . ¿qué tratado, marqués? cuidado que es buen capricho. . . . entonces nada os ha dicho mi señora doña Inés.
- Ensen.* Doña Inés no importa ahora, del tratado estoy hablando, y mirad que os lo demando por última vez, señora.
- Marq.* Por última vez, aquí me obligareis á que os diga que habeis forjado esa intriga para vengaros de mí.

- Ensen.* La paz os brindé primero, pero sospecho, por Dios, que la guerra. . . .
- Marq.* Si, con vos, marqués, la guerra prefiero.
- Ensen.* Será de guerra mi porte, señora, pues lo quereis.  
(*Le entrega un papel.*)  
Veinticuatro horas teneis para salir de la corte.
- Marq.* (Me sobra tiempo.) Es extraña medida tan vengadora. . . .
- Ensen.* Al punto saldreis, señora, de los dominios de España.
- Marq.* Pero esto es una violencia. . . . permitidme que haga ver. . . .
- Ensen.* Imposible, es menester que se cumpla la sentencia.

ESCENA XII.

LA MARQUESA. — ENSENADA. — MAURICIO *que sale bruscamente por la izquierda.*

- Maur.* ¿Qué ha de cumplir? . . . . ¡no señor!
- Ensen.* ¿Vos en esta casa estais? . . . .  
¡Ya! . . . . ¿os tienen para que hagais el papel de intercesor?
- Marq.* ¡Ensenada!
- Maur.* ¡Basta ya!  
me asombra tanta malicia. . . .  
mas lo que es esta injusticia no. . . . ¡no ha de ser!
- Ensen.* Si será.  
Nadie lo puede impedir,

que aquí, señor, no hay mas ley  
que la voluntad del rey,  
y yo la sabré cumplir.

**Maur.** Con el rey os escudais  
al extender vuestras leyes;  
pero tambien de los reyes  
á cada paso abusais.

**Ensen.** ¡Padre!

**Maur.** ¡Zenon!

**Marq.** ¡Oh! cesad;  
no causa á disturbios dé  
mi desgracia. . . eumpliré  
con la real voluntad.

**Maur.** Oye, Zenon, lo que digo,  
atiende á mis justas quejas;  
si en libertad no la dejas,  
no cuentes jamás conmigo.

**Ensen.** Cómo ha de ser: llenareis  
de duelo mi corazon;  
pero estos. . . negocios son,  
señor, que vos no entendeis.  
Con mi deber he cumplido,  
y de ello nada me pesa.  
Veinticuatro horas, marquesa,  
ya lo sabeis. . . he concluido.

*(Saluda y vase.)*

ESCENA XIII.

LA MARQUESA.—MAURICIO.

**Maur.** Está bien, señor Zenon.

**Marq.** ¡Ja! ¡ja! . . .

**Maur.** ¡Qué! . . .

**Marq.** No os afijais,

pues no soy como pensais,  
tan digna de compasion,  
**Maur.** ¡Pero un destierro, decid,  
tan pronto y á tierra extraña. . . .  
¡que esto suceda en España! . . . .

**Marq.** ¡Oh! no saldré de Madrid.

**Maur.** ¡De veras, señora mia? . . . .

**Marq.** Id, señor, á reposar  
sin temor, que á no dudar. . . .  
mañana será otro dia.

*(Queda Mauricio como confundido: la marquesa se  
dirige á la izquierda.)*

FIN DEL ACTO TERCERO.

## ACTO CUARTO.

Salon iluminado en casa de doña Inés de Sandoval. Puerta en fondo. Otra grande á la izquierda que da entrada á la habitación donde se supone que hay baile. Á la derecha otra mas pequeña, y en el ángulo un balcon. Mesas de juego rodeadas de varios caballeros, entre los que se verá á don Ricardo jugando; otros se pasean, entran y salen por la izquierda. Aparece doña Inés sentada en un extremo del teatro muy pensativa. Oyese alguna lejana la música del festin.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA INES.—OSORIO.—DON RICARDO.—CABALLEROS.

*Osor.* ¿Cómo aquí tan solitaria,  
lejos del baile y la música,  
está en noche de festin  
la reina de la hermosura?  
¿Qué es esto, mi bella prima?  
Vos que siempre á la confusa  
animacion del sarao  
le dais vida cual ninguna

dejando correr el chiste  
con sin igual donosura,  
¿tan pensativa os encuentro,  
tan olvidada. . . tan mustia? . . .  
¿Algún disgusto teneis?

*Inés.* No, nada me apesadumbra,  
estoy un poco cansada. . .

*Osor.* ¿Mi hermosa prima me oculta  
la causa de sus pesares? . . .  
mi perspicacia vislumbra,  
á través de su belleza,  
pálidas sombras que nublan  
de su trasparente cielo  
la calma. . .

*Inés.* ¡Por Dios! . . . ya es mucha  
sobrada exageracion. . .

y la lisonja me abrumba. . .  
*Osor.* Exageracion. . . lisonja. . .  
sed con vos algo mas justa:  
¿se puede hablando de vos,  
exagerar por ventura?

Ya que sois tan reservada,  
permitidme que presuma  
la razon que el claro brillo  
de vuestros ojos enturbia.

¿Es del marqués la tardanza  
lo que de tal modo os turba?

*Inés.* Y. . . ¿no es sobrada razon,  
con lo que ya se murmura?

*Osor.* Ps. . . con efecto. . .

*Inés.* Es posible  
que en medio de esta baraunda  
si le vencen, vaya envuelta  
mi desgracia con la suya.

*Osor.* Y ¿eso os tiene pensativa?

*Inés.* ¡Alabo vuestra pregunta!

*Osor.* Os diré; eso todavía no es cosa así tan segura. . . . y. . . . vamos, aunque lo fuera, cuestiones hay mas profundas, prima mia. . . . y en el mundo todo tiene soldadura.

*Inés.* No os entiendo.

*Osor.* En estos casos jamás mi razon se ofusca, y puedo dar un consejo con aplomo al que me ocupa. . . . Sí, prima, es la diplomacia aquí de importancia suma. Yo la profeso: es la ciencia que mas el ingenio aguza, y de ella saco partido en la ocasion oportuna. . . . Ya veis; me he dicho esta noche. . . .

Ensenada se derrumba, es muy probable. . . . pues bien: don Ricardo Val se anuncia en su lugar. . . . aprovecho esta buena coyuntura.

¿Lo veis en aquel rincon con qué atencion tan profunda parece que mira al juego? Pues maldito si se cura. . . . Está haciendo disparates porque su mente fluctúa entre lo cierto y lo incierto de su elevacion futura.

Pero yo que estoy en todo, he ido allá, y una por una he alabado sus jugadas, he soltado cuatro pullas alusivas, palpitantes. . . .

se ha reido, y luego. . . . en suma, ya me teneis preparado para todo cuanto ocurra.

*Inés.* Sí, sí. . . . pero es menester para eso tanta frescura. . . .

*Osor.* ¡Callad! . . . la cosa mas fácil que hay en la tierra. . . . ¿quién duda que esto es lo mas conveniente? ¡Astucia, primita, astucia! . . . .

Si estas gentes así os ven, ya sabeis cuánto murmuran, y os contarán como víctima. . . . ¡nada! . . . que jamás descubran el flaco; haced lo que yo, mostraos alegre cual nunca.

Volved al salon: dad pábulo á la animacion, la bulla; cuatro anécdotas picantes, y así con tono de zumba, y de este modo vereis cómo todos se deslumbran. Si se sostiene Ensenada, nada perdeis; si no triunfa, teneis eso adelantado con el que le sustituya.

*Inés.* (Se levanta.)

Veremos, vuelvo al salon. . . .  
*Osor.* ¡Eso! . . . con planta segura tomad la senda que os trazo, que yo haré que ella os conduzca al verdadero camino de la gloria y la fortuna.

*Inés.* (Con ironía.)

No dudo, primo, alcanzarlas contando con vuestra ayuda. . . .  
(Salen por el fondo Inclan y Quiñones.)

ESCENA II.

DOÑA INÉS.—OSORIO.—INCLAN.—QUIÑONES.—

DON RICARDO.—CABALLEROS.

Osor. ¡Hola!... ¡qué á tiempo!... ¡llegad.

(A Inés.)

Permitidme que me tome  
la libertad, prima mia,  
de presentaros...

(Saludan los dos á doña Inés.)

Inés. Señores....

Osor. Mis amigos, don Miguel  
Inclan y don Juan Quiñones.

Quiñ. Que ha tiempo, hermosa señora,  
aunque ello mucho les honre,  
que se cuentan entre el número  
de vuestros admiradores....

Inés. Vuestra galante finura  
de quienes sois me responde.  
Celebraré que en mi casa,  
y especialmente esta noche,  
encontreis todo el obsequio  
á que sois tan acreedores.

Inc. Es difícil, doña Inés,  
que mas obsequio ambicionen  
los que una vez tan de cerca  
hablaros y oiros logren.

Inés. La lisonja os agradezco:  
mas permitidme que torne  
al salon, donde me esperan.

Inc. } Señora....  
Quiñ. }

(Vase doña Inés por la izquierda.)

ESCENA III.

DÓN RICARDO.—OSORIO.—INCLAN.—QUIÑONES.

—CABALLEROS.

Quiñ. ¡Qué linda jóven!

Inc. ¡Oh!... mucho y amabilísima.

Osor. Linda y amable, conformes.

Y vosotros los galanes

mas pulidos de la corte.

Pero sepamos, ¿qué hay?

Quiñ. ¿No habeis salido?

Osor. ¡Demontre!

no pude; estoy con mi prima

haciendo aquí los honores,

de modo que hasta después

que la casa desalojen

las damas, es imposible,

tengo que estar á sus órdenes.

Quiñ. Sospecho que se prepara  
algun formidable golpe....

Osor. ¿De veras?

Inc. Sí, amigo mio;  
hay fermentacion... rumores....

Osor. ¡Rumores!... ¡fermentacion!....

Quiñ. ¡Patrullas!....

Inc. ¡Grupos!....

Osor. ¿Entonces?....

ya no hay lugar á la duda;

la cosa marcha á galope... .

¿Qué hace el ministro?

Quiñ. No sé.

Inc. Corren diferentes voces... .

**Quiñ.** Unos dicen que en palacio  
aun está en el pleno goce  
de su autoridad. . . .

**Inc.** Mas otros  
aseguran que se esconde. . . .

**Osor.** Pero ¿lo cierto? . . . .  
**Quiñ.** Se ignora.

**Inc.** Cargado está el horizonte. . . .

**Osor.** ¿Con que esto es otro Babel?

**Quiñ.** Cabal.

**Inc.** Estamos acordés.

(*Siguen hablando aparte, y sale Keen por el fondo.*)

ESCENA IV.

DON RICARDO.—KEEN.—OSORIO.—QUIÑONES.—  
INCLAN.—CABALLEROS.

**Ricard.** (*Levantándose.*)  
Perdonad, señor marqués,  
si no contesto á la carga;  
pero la noche es bien larga  
y os reto para después.

(*Viénesse al encuentro de Keen: los caballeros van dejando poco á poco las mesas, y se retiran por la izquierda.*)

Ya hace tiempo que os aguardo. . . .

Vamos, ¿qué hay de ministerio?

**Keen.** Nada; hasta ahora es un misterio

para todos, don Ricardo.

Dos horas ha que salió

del real palacio Ensenada,

á tiempo que recatada

en él la marquesa entró.

Presumo que aun está allí,

é ignoro lo que después  
habrá pasado. ¡El marqués  
no ha venido por aquí?

**Ricard.** No; y doña Inés Sandoval  
da muestras de su disgusto. . . .

**Keen.** Eso, don Ricardo, es justo  
y es tambien buena señal.

**Ricard.** Sí, buena. . . . pero en justicia  
nada nuevo me traéis. . . .

**Keen.** Vamos, ¿y qué me dareis  
por una buena noticia?

**Ricard.** ¿Cómo! . . . ¿es tan buena?

**Keen.** Os lo juro:

por ella á entender se viene  
que el ministro no se tiene  
en Madrid por muy seguro.  
La flor del marqués se agosta. . . .

**Ricard.** ¿Pero. . . .

**Keen.** Ha poco que ha mandado  
que le tengan preparado  
un buen carruaje de posta.

**Ricard.** Pues eso. . . .

**Keen.** Quiere decir  
que por si es destituido,  
pretende estar prevenido  
y á todo escape salir.

**Ricard.** ¿No os parece conveniente  
que haga con esta ocasion  
alguna demostracion

por ahí fuera nuestra gente?

**Keen.** Me han dicho que preparada  
en buenos sitios está:  
en breve reventará  
la mina. . . . (*Siguen aparte.*)

**Osor.** ¡Pobre Ensenada!

Os digo que si no viene,

no hay remedio, es que ha caido; porque él aquí. . .

Quiñ. Está entendido.

Osor. ¡Estamos!

Inc. ¿Qué duda tiene?  
(*Siguen aparte.*)

Osor. ¡El destierro aun está en pié?

Keen. Sí, sí; y enganchado un tiro. . .  
mas si le dan de respiro  
esta noche. . . os juro á fé. . .  
(*Siguen aparte.*)

Osor. Pues, caballeros, se hundió.

Quiñ. Ya es tarde.

Inc. No viene ya.

Ricard. ¡Qué apurado que andará  
el señor marqués. . .  
(*Sale Ensenada por el fondo.*)

Osor. ¡Ah! . . .  
¡Oh! . . .

(*Todos le saludan, y sale doña Inés por la izquierda.*)

ESCENA V.

DOÑA INES.—ENSENADA.—DON RICARDO.—KEEN.—

OSORIO.—QUIÑONES.—INCLAN.

Inés. ¡Gracias á Dios!

Ensen. ¡Qué! señora,  
¡por ventura se creia  
que Ensenada no vendría  
á saludaros? La hora  
pienso que es. . .

Inés. Muy oportuna. . .

(*Siguen aparte.*)

Keen. (*Contestando á una mirada de don Ricar-*

do y encogiéndose de hombros.)

No lo entiendo: algun capricho  
de la suerte.

Osor. (*A sus amigos.*) Nada he dicho.  
Golpes de azar y fortuna.  
(*Se retiran por la izquierda.*)

Keen. Dejadlo con doña Inés;  
que no goce en la sorpresa. . .  
al salon. . .

Ricard. Esa marquesa. . .

Keen. Ya nos veremos después.

(*Vase por la izquierda don Ricardo y Keen por el fondo.*)

ESCENA VI.

DOÑA INES.—ENSENADA.

Ensen. No sé lo que noto aquí. . .  
tal vez será una manía;  
mas creo, señora mia,  
que todos huyen de mí.

Inés. Puede ser figuracion. . .  
Y ¿qué le importa á Ensenada. . .

Ensen. Sí, cierto; bien poco. . . nada.

Inés. Vamos, venid al salon.

Ensen. No, doña Inés, perdonad:  
prefiero mas á este lado  
estar con vos apartado,  
que entre la alta sociedad. . .

Inés. Pues bien, tomaremos sillas. . .  
si tal llegué á proponeros,  
fué, marqués, para que al veros  
cesaran ciertas hablillas. . .

*Ensen* ¡Hola! . . . ¡hablillas por aquí  
celebro en el alma. . . vamos,  
sentémonos y sepamos  
qué es lo que dicen de mí.

*Inés.* Algunos que os quieren mal  
han circulado rumores. . .

*Ensen.* ¡Tal vez los que mas favores  
me deben? . . . es natural.

*Inés.* Siniestras voces corrian. . .  
y hay algunos que han creído  
que estábais hasta escondido,  
y como entrar no os veían. . .

*Ensen.* Pues, ya por tierra miraban  
postrada mi omnipotencia,  
y con placer en mi ausencia  
la derrota celebraban.

Son crueles desengaños  
que aquí el corazón devora. . .

mas no sé por qué, señora,  
hoy me parecen extraños.

Pues tanta amarga verdad  
en poco tiempo he sabido,  
que en dos horas he vivido  
por toda una eternidad.

*Inés.* Verdades son, que á mi ver  
no os deben dar pena alguna,  
pues conservais, por fortuna,  
en vuestra mano el poder.

*Ensen.* Teneis razon, Inés bella,  
yo les haré confesar  
que aun no han logrado eclipsar  
la clara luz de mi estrella.

*Inés.* ¡Y la marquesa, decid,  
para el destierro salió?

*Ensen.* ¿Para su destierro? no;  
pero saldrá de Madrid.

*Inés.* perdonad que haga presente  
á Ensenada este descuido;  
mas, no hay duda que habeis sido  
con ella azás indulgente.

*Ensen.* Todo al contrario, señora;  
y á aseguraros me atrevo,  
que á ese paso es al que debo  
la fermentacion de ahora.—  
Por complaceros á vos  
con ligereza le dí;  
mas se alzaron contra mí  
cien enemigos en pos.  
Y ya su exigencia es tal,  
que no hay nada que les cuadre. . .  
en fin, hasta con mi padre  
he venido á quedar mal.

*Inés.* ¿Tambien?

*Ensen.* Sí, como os lo digo:

quiso oponérseme á todo,  
y se enojó de tal modo

que es mi mayor enemigo.

*Inés.* Por lo que hace á la marquesa,  
os dije que convenia  
desplegar suma energía,

y por cierto, no me pesa,

aunque tacheis de crueldad

el consejo que os he dado,

pues el tiempo ha demostrado

su muhca oportunidad.

(Rumor exterior que va creciendo con rapidez.)

Un buen golpe y de repente

presumo que es lo mejor. . .

mas. . . ¿no oís? . . . ¡ese rumor. . .

*Ensen.* En la calle.

*Inés.* (Dirigiéndose al balcon.)

¡A que esta gente. . .



(Abre el balcon, y al asomarse á él, tres ó cuatro voces á un tiempo dan el grito, que repiten otras muchas, de)

**Inés.** ¡Muera Ensenada!  
(Cerrando el balcon prontamente.)

¡Dios mio!

**Ensen.** ¡qué es esto! . . . .  
(Con indiferencia.) Nada, señora:  
los descontentos, que ahora  
van gritando á su albedrío.

**Inés.** ¡Con esa tranquilidad  
lo decís! . . . .

**Ensen.** Y ¡qué quereis . . . .  
Iré sobre ellos . . . .

**Inés.** ¡Qué haceis!

**Ensen.** ¡Deteneos! . . . .  
Perdonad:  
vereis que no es nada al fin . . . .

**Inés.** Pero es expuesto de noche . . . .  
haré que os lleven el coche  
á la puerta del jardin.

Seguid á lo largo el muro  
y no camineis despacio:  
de esta manera á palacio  
podreis llegar mas seguro.

**Ensen.** Señora, no es menester  
tomar tantas precauciones . . . .

**Inés.** Evitar las ocasiones  
conviene . . . . dejadme hacer—  
(Vase por el fondo.)

ESCENA VII.

ENSENADA.

(Vuelven á oirse á gran distancia los gritos de muera Ensenada)

¡Oh! . . . . grita, pueblo infeliz,  
y acepta la servidumbre  
del traidor que hoy te acaricia  
para que á triunfar le ayudes . . . .  
y mañana cuan toque  
la anhelada excelsa cumbre . . . .  
el dogal á la garganta  
te ajustará . . . .

(Vuelven á oirse los gritos á lo lejos.)

¡Ruge! . . . . ¡ruge! . . . .  
en vano los alaridos  
por los aires se difunden;  
no esperes, no, que el marqués  
al escucharos se turbe.

“Muera Ensenada . . . .” ¡cuán pronto  
los trabajos mas ilustres  
y los afanes mas puros  
la ingratitud los destruye,  
y fama y pompa en la nada  
se precipitan y hunden!

¡Quién pensara que al que ayer  
se ensalzaba hasta las nubes,  
hoy le amagara de muerte  
la agitada muchedumbre?  
¡Necio de aquel que en sus hechos  
sus esperanzas hoy funde!  
Todo aquí desaparece,

todo se olvida y sucumbe.  
 Pues bueno: yo les haré  
 que con mas razon murinuren,  
 y que esta noche funesta  
 recuerden con pesadumbre.

(Se dispone para salir, á tiempo que entra por el  
 fondo Gutierrez con un pliego en la mano.)

ESCENA VIII.

ENSENADA.—GUTIERREZ.

Gutier. Señor. . . señor. . .

Ensen. ¿Qué hay, Gutierrez?

Gutier. ¡A Dios gracias que os encuentro! . . .

A casa con suma urgencia  
 os han llevado este pliego,  
 y por si acaso os importa,  
 atravesando mil riesgos  
 logro llegar hasta vos. . .

Ensen. Dame acá. . . lo que es comprendo,  
 (Lo abre y lee.)

Del rey. . . se me destituye  
 de mis honores y empleo. . .  
 ¡Oh! . . . ¡muy bien! . . . ¡Se me abandona  
 en tan criticos momentos,  
 como si fuera un malvado,  
 á las violencias del pueblo? . . .  
 ¡Este pago merecí  
 después de dejar el reino  
 como nunca floreciente? . . .  
 ¡Otro desengaño nuevo!  
 Gutierrez. . . ¿está la silla?

Gutier. Donde dejásteis dispuesto.

Ensen. ¿Quieres seguirme?

Gutier. Señor. . .  
 aunque fuera hasta el infierno:  
 pero no salgais ahora,  
 porque pereceis de cierto.  
 Gritando á la desbandada  
 va por las calles corriendo  
 la irritada multitud,  
 y si os hallara. . .

Ensen. No espero. . .  
 á la puente de Segovia  
 haz que lleven al momento  
 la silla, y á ver si puedes  
 lograr que se oculten dentro  
 mis papeles. . .

Gutier. Bien, señor;  
 mas que será tarde creo,  
 porque os iban á asaltar  
 la casa los descontentos.

Ensen. Puede ser que todavía  
 esté libre. . .

Gutier. Os obedezco.

ESCENA IX.

ENSENADA.—Después Doña INES.

Ensen. ¡Tambien asaltar mi casa. . .  
 tolerar estos excesos? . . .  
 ¡Estoy ¡vive Dios! . . . tentado  
 de ir allá y ponerle fuego!  
 Vengarse mis enemigos  
 quieren de mí por completo. . .  
 mas no les daré ocasion,  
 no lograrán sus deseos.  
 Sí, sí: á lejanos países:

aquí es crimen el talento:  
el mas audaz é ignorante  
vence al fin. . . ¡oh! . . . me avergüenzo. . .

*Inés.* (Sale.) ¡Ensenada!

*Ensen.* ¿Vos, señora?

*Inés.* Ya de esta calle bien lejos  
los revoltosos están.

Con gran sigilo he dispuesto  
que á la puerta del jardín  
os lleven el coche. . .

*Ensen.* Aprecio,  
doña Inés, vuestros afanes  
y cariñoso desvelo.

*Inés.* Id, no tardeis. . .

*Ensen.* Sí, señora;  
mas permitidme primero  
que en vuestra cámara escriba  
á mi padre. . .

*Inés.* ¡Oh! no, no apruebo

que así os detengais; mostraos  
antes que todo severo,  
y reprimid la asonada  
con mano fuerte, de hierro. . .

*Ensen.* Doña Inés de Sandoval. . .  
excelente es el consejo  
pero inútil. . .

*Inés.* ¡Que!

*Ensen.* Leed,  
y vereis que ya no es tiempo.

(Le entrega el decreto de su destitucion, y vase por  
la derecha.)

ESCENA X.

DOÑA INES. —Después OSORIO y DON RICARDO.

*Inés.* ¡Ya no es ministro! ¡ay de mí!  
si el populacho frenético  
sospecha que está en mi casa,  
la allanará al punto. . . ¡cielos!  
no hay que dudar. . . es preciso  
que de ella salga al momento. . .

(Va á dirigirse á la derecha, y se detiene al ver salir por la izquierda á Osorio y á don Ricardo.)

*Osor.* ¡Ah!  
Os digo, señor, que sois  
de los hombres mas traviesos  
que he conocido. . .

*Inés.* (Ese hombre  
me puede salvar. . .)

*Osor.* Os ruego  
que acepteis el parabien  
mas cordial. . .

*Ricard.* Os lo agradezco;  
pero aun es anticipado.

*Osor.* ¿Anticipado? sabemos  
mi prima y yo grandes cosas,  
porque os somos muy afectos.

*Ricard.* Y me honrais sobre manera.

*Osor.* (Bajo á doña Inés.)  
Primita, á ganar terreno.

*Ricard.* ¿Se ha retirado Ensenada?

*Inés.* En mi cámara escribiendo  
le encontrareis.

*Ricard.* Mala noche  
le están dando.

*Osor.* Con efecto;  
pero eso era de esperar,  
yo me lo estaba temiendo. . . .  
y no sé cómo hasta ahora  
se ha estado tranquilo el pueblo. . . .

*Ricard.* Furioso dicen que está.

*Osor.* Irritadísimo. . . .

*Ricard.* Temo  
que si dan con el marqués. . . .

*Osor.* ¡Oh! lo arrastran. . . .

*Ricard.* (Procuramos  
detenerle aquí. . . .) Es probable,  
ó así yo lo juzgo al menos,  
que aunque lleguen á saber  
que Ensenada está aquí dentro,  
el sagrado de esta casa  
logre imponerles respeto.

*Osor.* Sí, pero eso es inseguro. . . .  
¿quién sabe en un caso extremo. . . .

Estais muy comprometida,  
bella Inés, os lo prevengo. . . .

*Inés.* ¿Y qué he podido yo hacer?

En mi casa estaba á tiempo  
que la asonada estalló. . . .  
nadie pudo preverlo. . . .

Esto no es favorecer  
su causa, y en prueba de ello  
le rogaré que me evite  
disgustos y allanamientos. . . .

*Ricard.* Asuntos, señora, son  
en que mezclarme no debo.

(*Hablan aparte doña Inés y Osorio, y dice para sí  
don Ricardo.*)

Me es igual: si aquí se queda,

á mis órdenes le tengo:  
si sale, los conjurados  
lograrán cortarle el vuelo.

(*Sale Keen por el fondo; se reune con don Ricardo  
mientras siguen hablando aparte doña Inés y  
Osorio.*)

ESCENA XI.

DOÑA INES.—OSORIO.—DON RICARDO.—KEEN.

*Keen.* Don Ricardo, ya sabreis. . . . (*Le dice al  
oído algunas palabras.*)

*Ricard.* ¡Con que se hundió! . . . ¡bien! . . . ¡soberbio! . . .  
pero ¿y yo?

*Keen.* Dentro de poco  
recibireis el decreto. . . .

*Ricard.* ¿Seguro?

*Keen.* Por muy seguro  
se cuenta en palacio.

*Ricard.* Bueno.  
¿Es decir que de Ensenada  
evitar la fuga puedo?

*Keen.* ¿Quién lo duda? por de pronto  
podeis remitirlo preso. . . .

*Ricard.* Aquí sale. . . .

*Keen.* Hagamos frente  
á su arrogancia. . . .

*Ricard.* Ya es nuestro.

ESCENA XII.

DOÑA INES.—ENSENADA.—RICARDO.—KEEN.  
—OSORIO.

*(Se detiene Ensenada en el dintel de la puerta de la derecha, y dice Keen alto á don Ricardo.)*

Keen. Me es, señor, al elevaros  
doblemente lisonjero,  
ser en España el primero  
que viene á felicitaros.  
Osor. ¡Cómo! . . . ¿el primero? . . . no, no, . . .  
perdonad. . . . antes yo aquí . . .

Ensen. *(A don Ricardo.)*  
¿Con que ya? . . .

Ricard. Dicen que sí,  
su majestad se dignó. . . .

Ensen. Brillante destino os dejó:  
como yo os deslumbrareis;  
pero antes de que acepteis. . . .  
miraos bien en este espejo.

Nada hagais con ligereza,  
ni al favor prestéis oídos. . . .  
que aquí suelen los descuidos  
pagarse con la cabeza.

Vos tendreis, como el marqués,  
quien la plebe os alborote,  
y tambien quien os derrote  
y os abandone después.

Es cuanto os puede decir  
el que al dejar su carrera,  
del presente nada espera;  
mas que vos. . . . del porvenir.

Ricard. Aprecio vuestro consejo  
como el de un hombre de Estado  
sagaz y experimentado. . . .

Ensen. Señor don Ricardo, os dejo  
rica y fuerte sin igual  
á España . . . *(Señalando á Keen.)* Vos lo  
A ver cómo sosteneis *(sabeis.)*  
el pabellon nacional.

Ricard. Mientras pueda. . . . no temais:  
por hoy será gran virtud  
aquietar la multitud  
que irritada me dejais.

Ensen. Irritada. . . . ¡Vive Dios!  
y ¿por qué no me decís?  
¿quereis que os muestre. . . .

*(Vuelven á oirse muy á lo lejos los gritos de la agi-  
tacion popular.)*

Ricard. ¿La oís?

Inés. ¡Aquí vendrán! . . . . idos vos. . . .  
aun estais á tiempo, sí. . . .  
y evitadnos de este modo  
que entre, arrollándolo todo,  
el ciego pueblo hasta aquí.

Ensen. ¿Es por mí. . . . ó por vos, Inés,  
todo ese afan que mostrais?

*(Mirándola con desprecio y en ademán de retirarse.)*

Os comprendo. . . . no temais  
que os comprometa el marqués.

Ricard. ¡Teneos! . . . . salir de aquí  
no podeis. . . .

Ensen. ¡No! . . . . ¿cómo es eso?

Ricard. Aquí en calidad de preso. . . .

Ensen. ¡Yo preso! . . . .

Ricard. Vos preso, sí.

Ensen. ¡Oh! . . . . vuestra intencion adivino. . . .  
¿Quereis que el tumulto crezca,

y que Ensenada perezca  
bajo el puñal asesino?  
Está bien: mas . . . ¡vive Dios!  
reparad lo que mandais,  
pues si tal violencia usais  
perecereis antes vos.

ALERE FLAMMAN  
VERITAT

ESCENA XIII

Doña INES.—ENSENADA.—MAURICIO.—DON RICARDO.—KEEN.—OSORIO.

*Maur.* (Dentro.)  
¡Zenon! . . . (Sale.) ¡Hola! . . . por un tris  
hoy el pueblo te escamota. . . .

*Ensen.* ¡A presenciar mi derrota  
alborozado venís?

*Maur.* ¡Qué estás diciendo, Zenon?  
¡perdido tu juicio está! . . . .  
¡pues qué! . . . . ¡no conoces ya  
de tu padre el corazón?

¡Venir á darte qué hacer?  
¡abrirte yo mismo el hoyo! . . . .  
Vengo á prestarte mi apoyo,  
y á morir si es menester.

*Ensen.* ¡Ah! . . . ¡señor! . . . hoy por demás  
mi corazón desgarraron. . . .  
hoy todos me abandonaron. . . .

*Maur.* Pero tu padre. . . ¡jamás!  
Nada me altera ni muda:  
cuando elevado te ví,  
la verdad te dije, sí,

pero la verdad desnuda.  
Mas . . . no aflijas tu memoria;  
porque es salir del gobierno  
como salir del infierno  
para ir derecho á la gloria.  
Y anda, que pronto ¡pardiez!  
en la Rioja te verás,  
y allí tranquilo serás  
orgullo de mi vejez.

*Ensen.* Es mucha ventura, sí. . . .

*Maur.* Con que vamos, ya no hay miedo,  
vente conmigo. . . .

*Ensen.* No puedo,  
señor, estoy preso aquí.

*Maur.* ¡Tú preso aquí! . . . ¡Vive Dios! . . . .  
Y ¿quién lo mandó. . . por qué?  
sepamos. . . .

*Ricard.* Yo lo mandé.

*Maur.* Caballero, y ¿quién sois vos? . . . .

*Ricard.* De aquel que forma la ley  
y acatan todos, desde hoy  
aquí su ministro soy.

(Sale la marquesa acompañada de sus pajes, que  
traen hachas de cera encendidas y se quedan en  
el fondo.)

ESCENA ULTIMA.

LA MARQUESA.—Doña INES.—ENSENADA.—MAURICIO.—DON RICARDO.—KEEN.—OSORIO.—PAJES.

*Marq.* No hay mas ministro que el rey.

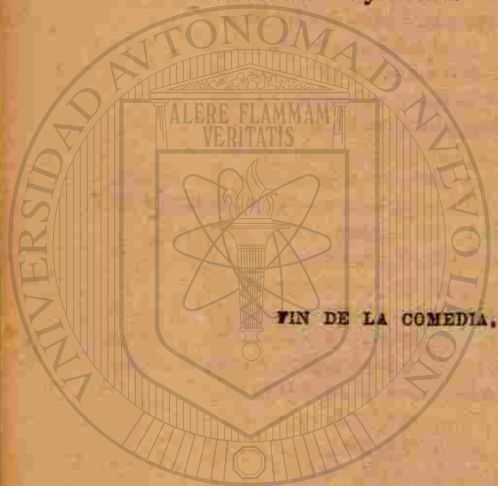
*Todos.* ¡Ah! . . . .

*Ricard.* (¡Cielos!)

*Keen.* (¿Qué es lo que oí?)  
*Ricard.* Pero.... ¿es posible, señora?....  
*Marq.* Cómo ha de ser.... por ahora  
 el rey despacha por sí.  
 (A *Keen* y á don *Ricardo*.)  
 Perdisteis esta jugada;  
 el rey así lo ha mandado.  
 y sucesor se ha nombrado  
 (Mirando á *Ensenada*.)  
 del marqués de la Ensenada.  
*Ensen.* Tanta honra!....  
*Maur.* (Mirando á don *Ricardo*.)  
 (Tómate esa.)  
*Marq.* (A don *Ricardo*.)  
 Os acompaño en el duelo....  
*Ricard.* Señora.... (¿Yo soy de hielo!)....  
*Keen.* (El diablo es esta marquesa)  
*Marq.* Querida *Inés*, en verdad  
 que ansiaba á vuestra hermosa  
 dar una prueba segura  
 de mi admiracion. Tomad.  
 (Le da un papel.)  
 Soy muy poco olvidadiza,  
 y á complaceros me apresto....  
*Inés.* Pero.... señora, ¿qué es esto?  
*Marq.* Pasaportes para la Suiza.  
 Allí, como vos decís,  
 si os es fiel vuestra memoria,  
 tenéis recuerdos de gloria,  
 y es muy bello aquel país.  
*Inés.* Pero....  
*Marq.* Ved el pasaporte,  
 yo no quiero que os priveis....  
 veinticuatro horas tenéis  
 para salir de la corte.  
 Vos.... libre estais, *Ensenada*:

vuestro retiro elegid,  
 que nadie osará en Madrid  
 estorbar vuestra jornada  
 Y al iros decid, señor,  
 que habeis con honra hecho ver,  
 que solo aquí puede ser  
 el rey vuestro sucesor.  
*Ensen.* Ríndoos la justa alabanza  
 á que sois tan acreedora....  
*Marq.* ¡No!....  
*Ensen.* Muy noble sois, señora,  
 muy noble.... hasta en la venganza.  
*Maur.* Es verdad; tiene razon:  
 vuestros pasos he seguido....  
 y con gozo he comprendido  
 que tenéis gran corazon.  
 Vos sois, marquesa, vos sola  
 honra y prez de mi linaje:  
 no hay nadie que os aventaje  
 en lo firme y española.  
 Seguid por ese camino,  
 pero nunca os resbaleis,  
 porque después... ya sabeis  
 que no se recobra el tino.  
*Marq.* Para evitar ese porte,  
 tomaré vuestro consejo:  
 desde mañana me alejo  
 para siempre de la corte.  
 Que aquí con la fe mejor  
 y en la cumbre del poder,  
 es muy fácil cometer  
 graves errores, señor.  
 No quiero bajar un dia  
 al abismo despeñada,  
 pues por muy asegurada  
 que esté la ventura mia,

ya en ocasion oportuna  
despacio pude observar. . .  
que no cesa de girar  
*la rueda de la fortuna.*



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

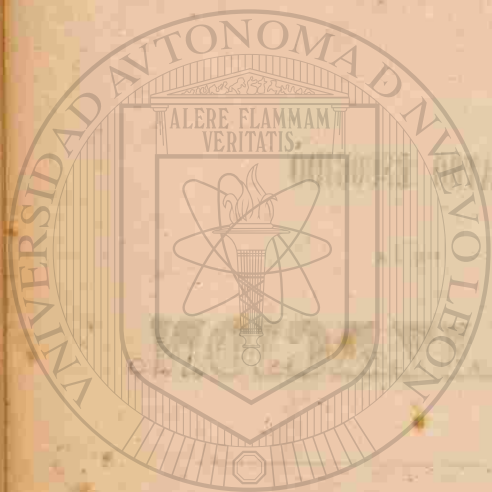
EN UN VOLUMEN  
SACA OTRO CLAVO.

TEATRO ESCOGIDO

DE LA

**CIVILIZACIÓN.**

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UN CLAVO

SACA OTRO CLAVO.

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL Y EN VERSO

DE LOS SEÑORES

ARIZA, VEGA Y RUBI.

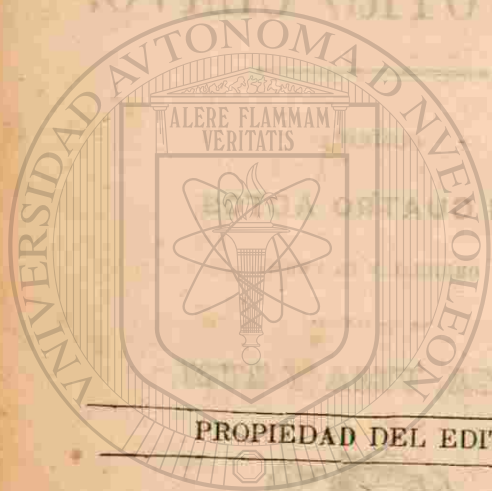


®

IMPRESA DE JUAN R. NAVARRO, EDITOR.

Calle de Chiquis núm. 6.

1851.



PROPIEDAD DEL EDITOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE EDITORIALES

## PERSONAJES.

JULIA.—MARGARITA.—DOÑA ANDREA.—EL MARQUES.—DON GERÓNIMO.—GENARO.—RAMON.—ROQUE.—*Damas, caballeros y criados.*

La acción pasa en el primer acto en una quinta á las inmediaciones de San Sebastian, y en los segundo, tercero y cuarto en Madrid y en casa del Marqués. Octubre de 1850.

## ACTO PRIMERO.

*Sala bien amueblada en la quinta de Genaro. Puerta en el fondo y dos á los costados.*

### ESCENA PRIMERA.

GENARO.—ROQUE.—*Aparece GENARO durmiendo en una butaca cerca de la chimenea. Roque le llama desde el foro y se adelanta con un paquete de cartas y periódicos en la mano.*

Roq. ¡Señorito? ¡Señorito?  
No responde: pues no es sordo.  
¡A que se ha dormido? Vaya,  
lo dicho, está como un tronco.

¡Durmiendo á las diez del dia. . .  
 y se levantó á las ocho! . . .  
 Por fuerza es enfermedad,  
 porque si no. . . ¡qué demonios!  
 veinticinco años, y rico,  
 y valiente. . . y sano, y gordo. . .  
 y dormirse. . . ¡claro está!  
 ¡Señor! . . . ¡lástima de mozo!  
 No, pues yo debo entregarle  
 el correo. . . y que no es flojo;  
 y á mas esta carta urgente  
 segun lo que ha dicho el propio  
 que la trajo. . . ¡Señorito!

GEN.

¡Eh?

Roq.

Vamos, abra esos ojos  
 y mire usía ese fajo  
 de cartas y peridiócos.

GEN.

Bueno, déjalos ahí.

Roq.

Es que ha venido hace poco  
 un propio con esta carta . . .

GEN.

¡De parte de quién?

Roq.

Lo ignoro:  
 la trae de San Sebastian  
 el chico de Pedro Orozco.

GEN.

¡Sí! . . . Pues, déjala ahí tambien.

Roq.

Es que segun dice el rótulo,  
 parece que es cosa urgente.

GEN.

Si lo será. . . no me opongo. . .

*(Se coloca como para continuar durmiendo.)*

Roq.

¡Toma! . . . y se vuelve. . .

GEN.

Seirá  
 muy urgente. . . sobre todo  
 para el que la ha escrito. . .

Roq.

Pero. . .

GEN.

Lo que es yo, ningun negocio  
 tengo que me corra prisa. . .

Y pues reposan. . . reposo.

¡Mi suegro se ha levantado!

Roq.

¡Bah! á las siete en el arroyo

se estaba lavando: luego

mandó enganchar el birlocho

y hácia la playa se fué

cantando alegre el zorongó.

GEN.

Es mucho suegro: cuidado;

que irse á lavar al arroyo. . .

y en este tiempo. . . ¡Verdad

que es mi suegro un vejesterio

campechano y alegrote!

Roq.

Vaya si es. . . y por el rostro

nadie dirá que es tan viejo.

GEN.

Hombre, lo que es viejo chocho

no digo yo que lo sea;

pero cincuenta años. . .

Roq.

¡Cómo!

¡no tiene mas?

GEN.

No, por cierto,

y lo que es de eso, respondo.

A los veinte aun no cumplidos,

celebró su matrimonio:

en el primer año tuvo

á mi mujer, que en agosto

cumplió treinta (aunque ella afirma

que ha entrado en los veinte y ocho).

Con que treinta por un lado

y veinte. . .

Roq.

Justes.

GEN.

Redondo,

medio siglo.

Roq.

Es buena edad.

GEN.

Muy buena: es un suegro pollo. . .

Si anoche cuando le ví

por primera vez, atónito

me dejó con su frescura  
y su marcial alborozo.  
Roq. ¿Con que usía, por lo visto,  
de enantes. . . .

GEN. ¡Ni por asomo!  
no nos hemos visto nunca:  
él no aprobó mi consorcio,  
y por eso hemos vivido  
lejos siempre uno del otro. . . .  
Y ha hecho bien. . . . porque los suegros  
y los yernos, son dos prójimos  
antípodas. . . . como el hombre  
y la mujer. . . . me equivoco. . . .  
¡no! como el gato y el perro. . . .  
ó como el gallo y el zorro.  
Pero después de cinco años  
de vivir como dos tórtolas  
mi esposa y yo, convencido  
de que no soy ningún monstruo,  
y de que llevo mi cruz. . . .  
digo. . . . cruz no, de que el potro  
del. . . . No, no, tampoco es esto. . . .  
de que mi estado soporto  
con la paciencia de un mártir. . . .  
es decir, con cierto aplomo.  
mi señor suegro ha cambiado  
de parecer, y de pronto  
se nos ha colado en casa. . . .  
llenándome de piropos. . . .  
¡Vaya! dice que es su yerno  
un marido como hay pocos,  
por lo manso, y bonachon,  
y. . . .

Roq. ¿Dice bien don Gerónimo!  
GEN. ¿Con que dice bien, eh?  
Roq. ¡Mucho!

porque usía tiene un modo,  
un carácter de mandar,  
que ni un ángel. . . . ni un apóstol.  
Y vamos que la señora  
aunque tiene así. . . . sus prontos,  
tambien es un serafín. . . .

GEN. Es verdad, es un tesoro. . . .  
Roq. Y ¡apenas le quiere á usía!  
GEN. ¡Tambien es verdad! dichoso (*Suspirando*)  
el mortal que ha sido objeto  
de un amor, que es. . . . como el plomo  
derretido. . . . por lo intenso,  
voraz y caliginoso. . . .

Roq. Sí, señor, sí, ya. . . . ya caigo. . . .  
GEN. ¡Feliz yo, Roque! En el globo  
no hay quien me quite la palma  
de hombre feliz y glorioso. . . .  
¡Oh! mi palma, es una palma  
que tiene honores de chopo. . . .  
por lo grande y lo frondosa  
y por sus frutos tan ópimos.

Roq. Pues ya se ve.  
GEN. ¡Y dónde está

mi dulee bien, que tan solo  
me deja? ¡acaso está enferma?  
Roq. ¡Quia! no, señor. . . .

GEN. ¡Oh! ¡qué gozo!  
Roq. Ha un instante estaba hablando. . . .  
GEN. ¡Hola! ¿Con quién?

Roq. Con el loro.  
GEN. ¿Con el loro? ¡animalito!  
Roq. Es tan parlanchin. . . .

GEN. Muy mono.  
Roq. ¿Quiere usía que la llame?  
GEN. ¡No! ¡para qué? buen antojo  
estaria. . . . ya vendrá. . . .

Roq. ¡Oh, sí vendrá! . . . la conozeo.  
Es que si usía. . .

GEN. ¡No, no! . . .  
déjame en paz, vete.

Roq. Corro.  
¡Ah! pero en fin, de esa carta  
¿qué se hace?

GEN. Déjala, estólido.  
¡No sabes que es mi mujer  
la que abre las cartas?

Roq. (Poniéndola sobre la mesa.) Como  
esta viene para usía. . .

GEN. Pues tanto mas en mi abono;  
por eso mismo, porque  
se ha pactado entre nosotros,  
que ella sea la que abra  
mis cartas, y de igual modo  
las tuyas tambien. . . ¿estás?  
para evitar los embrollos. . .  
y la confusion de los. . .  
porque, como dijo el otro,  
entre dos que bien se quieren  
con uno que lea. . . ¡tonto!  
¿no lo entiendes todavía?

Roq. Que sí señor.

GEN. Bien; ¡pues jopo!

ESCENA II.

GENARO.

¡Qué ridiculo papel  
el mio! . . . Vamos andando:  
sigamos representando  
la comedia de *Ella es él*.  
Cada vez mas exigente. . .

¡oh! y con su infausta pasion,  
me tiene en una prision. . .

¡Sea usted condescendiente!  
Arda usted como en la fragua  
arde el hierro, y diga un día. . .

— mi tesoro— vida mia—  
pues, y es usted hombre al agua.  
Ya se hace caso de honor,  
y queda usted obligado  
á vivir enamorado  
eternamente; ¡ay señor!!

Es un abuso, y cruel  
el suyo; ¡pese á mi estrella!  
porque ELLA debe ser ELLA  
y EL se atreve á ser MUY EL.  
Sepultado en este abismo,  
mil veces me he preguntado  
¿es cierto que estoy casado?  
y me asombro de mí mismo.  
Pero ¿qué pude hacer yo?  
ninguno vino en mi ayuda. . .  
ella viva, alegre y viuda. . .

yo un polluelo. . . me atrapó.  
Y entonces sin restricciones  
tomé el papel de vasallo. . .  
pero hoy el polluelo es gallo,  
y con unos espolones. . .

que ya. . . corriente; me alegro:  
sin duda así convendrá. . .  
adelante. . . ello dirá. . .  
¿quién viene? ¿es ella? ¡ah! mi suegro.

ESCENA III.

GENARO.—DON GERÓNIMO.

GER. ¡Oh! don Genaro.  
 GEN. Señor. . . .  
 ¡Ha sido largo el paseo?  
 GER. Tres leguas.  
 GEN. ¡Bravo! Ya veo  
 que es usted madrugador.  
 GER. Costumbre de militar:  
 el alba el sueño me quita. . . .  
 GEN. ¡Calle! el alba. . . .  
 GER. ¡Y Margarita?  
 GEN. Por ahí cerca debe andar.  
 GER. Mucho se hubiera alegrado  
 mi paternal corazón,  
 si en esta breve excursion  
 me hubieras acompañado.  
 GEN. Yo también. . . . pero es terrible  
 madrugar. . . . porque mi esposa  
 y yo. . . . vamos, no es gran cosa. . . .  
 y aun sin eso, era imposible. . . .  
 GER. ¡Imposible?  
 GEN. Margarita  
 no gusta que salga fuera  
 de casa. . . . y gime, y se altera. . . .  
 GER. Te impide. . . .  
 GEN. La pobrecita. . . .  
 ya se ve, me quiere tanto,  
 que no se encuentra sin mí.  
 GER. Saliendo conmigo. . . .  
 GEN. Ni  
 con el Espíritu Santo.  
 En esta parte no admite

excepciones ni disputa:  
 es prohibicion absoluta. . . .  
 GER. ¡Hombre, no! que así limite  
 tus pasos, no lo hallo justo.  
 GEN. No será. . . .  
 GER. ¡Por Belcebú! . . . .  
 ¡prohibirte salir! . . . . ¡Y tú  
 qué es lo que haces?  
 GEN. ¿Yo? . . . su gusto.  
 GER. ¡Buen modelo de casados!  
 GEN. ¡Tal cual. . . . nunca la replico,  
 y así. . . .  
 GER. (Vamos; este chico  
 es de los predestinados.)  
 ¿Y no te cuesta violencia?  
 GEN. ¿Violencia á mí? no, señor:  
 me casé con un amor. . . .  
 un amor de quinta esencia.  
 De esos que llama Platon. . . .  
 Thimos. . . . es decir, pasiones:  
 los que dan, entre otros dones,  
 el don de la abnegacion.  
 GER. ¿Filósofo?  
 GEN. No. . . . no creo  
 ese nombre merecer;  
 pero cuando mi mujer  
 me deja un ratito. . . . ojeo  
 al profundo Estagirita,  
 y á Platon, y al cura de Ibro. . . .  
 (¡ay! ¡y á Job!) porque otros libros  
 no consiente Margarita  
 que traspasen ese umbral;  
 ¿novelas? ¡uf! las maldice;  
 porque su lectura, dice,  
 es perniciosa, inmoral.  
 GER. ¡Ja! ¡ja! ¡Con que en la lectura

tambien te pone reparo?

¿Es decir, mi buen Genaro, que lees en previa censura?

GEN. Mi mujer. . . .

GER. ¿Y no maldices tu estreita, ni. . . .

GEN. Mi mujer. . . . ¡me ama tanto!

GER. Debeis ser muy felices.

GEN. Muy felices.

MARG. Siempre juntitos. . . . si es cosa. . . .

GEN. ¿Genaro? ¿Genaro? (Dentro.)

GEN. ¿Eh?

Ya me llama, ¿la oye usted?

Aquí me tienes, hermosa.

GER. (Pues señor, digo que es tonto este chico, y le proclamo. . . .)

ESCENA IV.

MARGARITA.—GENARO.—DON GERÓNIMO.

MARG. ¿Genaro?

GEN. ¿Qué?

MARG. ¿Pues! te llamo y no me contestas pronto.

• GEN. Estaba aquí con papá. . . .

MARG. ¡Ah! . . . ¿con papá? muy buen día tenga usted. . . .

GER. ¡Hola, hija mia. . . .

MARG. Dí, bien mio, ¿dónde está esa carta que me han dicho te trajo un propio?

GEN. Hela allí.

MARG. ¿La abristes?

GEN. ¡No! . . .

MARG. (Abre y lee para sí.) ¡Bien! ¡sí!

GER. ¿Tambien eso? (Bajo á Genaro.)

GEN. Otro capricho:

Como son pocos. . . . me ajusto contento á su voluntad, pues por una nimiedad. . . .

MARG. Oye, ¿quién es este Augusto?

GEN. Augusto. . . . ¡a ver! ¡Ah! El marqués.

Augusto de Campo-Regio. . . .

Un amigo de colegio

á quien no he visto después

que dejamos la pension.

Y ¿qué dice el bribonazo?

MARG. Que vendrá á darte un abrazo,

que te ama de corazon. . . .

Que va de paso á Madrid. . . .

GEN. ¡Bien! Es un mozo cumplido:

ha viajado: es instruido. . . .

¡oh! . . . y valiente como el Cid:

travieso y original

como él solo. . . . ¡Buena pieza!

MARG. Pues, algun mala cabeza. . . .

GER. ¿Mala cabeza? No tal.

GEN. ¿Le conoce usted tambien?

GER. Tambien mucho! le he tratado

bastante. . . . el año pasado

nos vimos en Santaren,

y por cierto, amigo mio,

que el título no merece

de travieso. . . .

GEN. ¿No?

GER. Parece

hombre serio, algo sombrío. . . .

GEN. Pues mire usted, habrá cambiado. . . .

con los viajes; porque allá



en el colegio. . . . ¡ya, ya!  
era el mas alborotado. . . .

GER. Esos son recuerdos viejos. . . .

GER. ¡Psch! . . .

GER. Con la edad todo pasa. . . .

MARG. Con que ¿se le admite en casa?

¿no dará malos consejos?

GER. Consejos. . . . ¿a quién?

MARG. (Señalando á Genaro) Testigos  
me son los cielos! . . .

GER. ¡Bah! ¡bah!

¿qué rarezas!

MARG. No, papá;  
no quiero que tenga amigos  
Genaro.

GER. Tiene razon.

MARG. Los amigos suelen ser  
contrarios de la mujer. . . .

GER. Menos. . . . cuando no lo son.

GER. Yo. . . . en cuanto á mí. . . . los despacho,  
primero es su voluntad. . . .

MARG. ¡Muy bien!  
(Estrechando las manos de Genaro.)

GER. ¡Sí! . . .

GER. ¡Qué atrocidad!  
pero si es un buen muchacho  
el marqués. . . .

MARG. Bien, nada he dicho. . . .  
pase el marqués. . . . ¡Ah! el correo. . . .

(Abre y examina brevemente las cartas que separa  
en dos porciones.)

GER. ¡Oh! lo veo y no lo creo. . . .

(A Genaro.)

pues me gusta. . . .

GER. Otro capricho. . . .

GER. Ya son muchos.

GER. ¿Muchos? ¡no! . . .

Es bastante moderada. . . .

GER. La encuentro mal educada. . . .  
tú tienes la culpa.

GER. ¿Yo?

(¿Tambien el suegro. . . .) ¡Já! ¡já!

Con que. . . . ¿yo la culpa!

GER. ¡Oh! ¡sí!

GER. Es que cuando vino á mí,  
estaba educada ya.

GER. Sí, Genaro, bueno y santo;  
pero noto que la engries  
tanto ya. . . .

GER. ¡Já! . . . ¡já! . . .

GER. ¿Te ries?

GER. ¿Qué he de hacer? Me quiere tanto. . . .

MARG. Toma, toma, vida mía;  
todas estas para tí;  
sobre el pleito. . . . para mí  
estas otras de mi tia,  
de Carlota, de Narciso. . . .

GER. Pues, si te parece iré  
á enterarme. . . .

MARG. Bueno: vé.

GER. Al momento: con permiso.

ESCENA V.

MARGARITA.—DON GERÓNIMO.

GER. Bien, chica, te portas. . . .

MARG. ¿Pues?

GER. Lo entiendes.

MARG. ¿Yo!

GER. Sí por cierto:  
porque en esta casa advierto. . . .

MARG. ¿Qué?  
 GER. Que está el mundo al revés.  
 MARG. ¿Cómo?  
 GER. Vales un Perú:  
 veo y quedo convencido  
 de que aquí no hay mas marido  
 ni mas tirano que tú.  
 MARG. ¿Tirano!  
 GER. Genio de azufre!  
 MARG. ¿Tirano de quién, señor?  
 GER. De ese pobre pecador,  
 que no sé cómo te sufre.  
 MARG. Pero si así bien nos va. . . .  
 GER. Sobre todo á tí . . . mas deja. . . .  
 MARG. Si es feliz, si no se queja . . .  
 GER. No importa, se quejará.  
 MARG. ¡Santo Dios! ¿Qué predicciones!  
 GER. Todo lo injusto, hija mia,  
 se paga en un solo dia. . . .  
 MARG. Vaya, señor, aprensiones.  
 También en otra ocasion  
 desaprobó usted con toda  
 su autoridad. . . .  
 GER. ¡Pues!  
 MARG. Mi boda,  
 ¿y por qué? por la razon  
 especial, y nunca oida,  
 de que el novio contrayente  
 era un buen mozo de veinte  
 años. . . .  
 GER. Y desatendida  
 fué mi opinion, y al rapaz  
 te uniste con mas ahinco. . . .  
 MARG. Ya ve usted, llevamos cinco  
 años de union. . . . y de paz. . . .  
 GER. Ya veo que estás de novia

aun: que gozas sin tasa. . . .  
 pero la paz de esta casa  
 es como la de Varsovia.  
 No te fies. . . . guarda Pablo. . . .  
 MARG. ¿Guardarme, señor, por qué?  
 GER. Ps. . . . de nada. . . . ya se vé,  
 te has unido á un pobre diablo,  
 que está siempre de aleluya  
 por tí: que en todo conviene  
 contigo, porque no tiene  
 mas voluntad que la tuya.  
 MARG. ¿Y qué mal? . . .  
 GER. Sois muy dichosos:  
 mas teme los desengaños. . . .  
 MARG. ¡Jesús!  
 GER. Los veinte y cinco años  
 suelen ser muy peligrosos  
 Pendiente está de un cabello. . . .  
 MARG. Pues usted á la verdad,  
 se casó á la misma edad  
 de. . . .  
 GER. Y así me salió ello.  
 ¿Qué habia de suceder?  
 Pasé una vida angustiosa. . . .  
 que aunque era tu madre hermosa  
 y una excelente mujer,  
 era tambien, Margarita,  
 como tú, fiel, muy constante,  
 muy zelosa, y muy amante,  
 y. . . . muy empalagosita.  
 Y me casé enamorado,  
 porque fué el primer amor  
 de mi vida, sí señor;  
 pero al año de casado,  
 con aquel afan eterno,  
 al hablar de matrimonio. . . .

me daba á cuanto demonlo  
 existia en el infierno.  
 El hombre es como el caballo,  
 mal comparado, se entiende:  
 que si le hostigas, te tiende  
 en el suelo, y con su callo  
 te apiasta si puede. . . . Yo  
 entonces me resigné,  
 y, es cierto, no la arrojé. . . .  
 mas fué porque se murió.  
 La sentí mucho, es verdad,  
 mucho, mucho. . . . pero al cabo. . . .  
 respiré como el esclavo. . . .  
 que alcanza su libertad.  
 Y vamos, en conclusion  
 de ello, ¿cuál ha sido el fruto?  
 que aquel sistema absoluto  
 dió lugar á la reaccion.  
 Que mientras vivió, viví,  
 si es que vivir era aquello,  
 ¡ay! . . . con el agua hasta el cuello,  
 diciendo á todo que si:  
 y después sin restriccion  
 ni freno, el mundo he cruzado,  
 por cuenta de lo atrasado. . . .  
 mas fuera ya de sazón.  
 Porque el hombre, como ves  
 en pos del placer va ciego. . . .  
 si no es al principio, es luego. . . .  
 esto es peor, peor es.  
 ¡Y todos van! . . .

MARG.  
 GER.

Pues es claro,  
 todos tienen que correr. . . .

MARG.

Todos. . . . ¡ah! . . . no puede ser;  
 conozco bien á Genaro.

GER.

Genaro, y lo verás pronto,

seguirá el comun compás,  
 y al fin te convencerás  
 de que es hipócrita ó tonto.

MARG.

Ni uno ni otro, no señor:  
 me adora, y en dulce calma. . . .

GER.

Bueno, bueno; si es un alma  
 gloriosa, tanto mejor.  
 Pero, chica, vendrá bien,  
 puesto que estamos discordes  
 en la esencia, que le abordes  
 con un cierto ten con ten:  
 que á veces lo que le ocurra  
 no permitas que lo envidie,  
 para que no se fastidie. . . .  
 Sí, para que no se aburra.  
 Que beba si tiene sed:  
 que sepa un poco de todo. . . .  
 ¡Ay! no, no, de ningun modo.  
 Sí.

MARG.

GER.

No me convence usted.

MARG.

GER.

¡Tomal! ¡Vosotras! . . . . jamás;  
 y el que lo intenta, merece. . . .

MARG.

GER.

Genaro no se parece. . . .

MARG.

GER.

¡Ya, ya! En nada á los demás.

¡Oh! si será una excepcion. . . .

Justamenté eso decia  
 de mí tu madre, hija mia.

MARG.

GER.

Pero. . . .

Cese la cuestion.

No le hagamos el ultraje  
 de dudar. . . . pues tu marido. . . .  
 pudiera ser que. . . . (Ruido de carruaje).

MARG.

GER.

Ese ruido.  
 ¡Calle! ha parado un carruaje.

MARG.

¿Quién será?

GER. Puede que sea el amigo de colegio. . . .

MARG. ¡Ya?  
(Sale Roque).

ROQ. El marqués de Campo Regio hablar al amo desea.

GER. Que pase. (Vase Roque).

MARG. Viene con harta diligencia.

GER. ¡Oh! por demás viaja en posta.

MARG. A poco más, antes llega que la carta.

GER. Es que sin duda la habrá remitido desde Irun, y en san Sebastian algun accidente. . . .

MARG. Aquí está ya.

ESCENA VI.

MARGARITA, D. GERÓNIMO, el MARQUES.

GER. ¡Oh! ¡marqués!

MARG. ¡Oh! ¡general!  
Sorpresa mas agradable. . . .  
¿Usted en Guipúzcoa?

GER. Sí.

MARG. ¿Y en esta casa?

GER. En mis lares, es la casa de mi hija.

MARG. ¡Ah! señora. . . . Voy de viaje y ruego á usted me perdone si me atrevo á presentarme de este modo. . . .

GER. ¡Bah!

MARG. En el campo, marqués, somos tolerantes en asuntos de etiqueta; Con que. . . .

MARG. Es usted muy amable. De manera que Genaro. . . .

GER. Es mi yerno.

MARG. Qué me place encontrarme en este Eden entre amigos y deidades. Pero y Genaro ¿no está? ¿Viaja tambien?

MARG. ¡No! no sale jamás. . . . ni gusta. . . .

GER. Está adentro viendo el correo. . . . no sabe, marqués, que está usted honrando su casa; voy á llamarle.

ESCENA VII.

MARGARITA, el MARQUES.

MARG. Vendrá usted muy fatigado. . . .

MARG. Señora, no: mi carruaje de camino es excelente: además, seis años hace que en continuo movimiento cruzo la Europa, y no es fácil, estando ya acostumbrado, que las distancias me cansen. De lo que sí me fatigo, es de esta mi vida errante que por el mundo me lleva cual lleva la arista el aire.

MARG. ¿Por qué no se fija usted?

MARG. Señora. . . . ¿y dónde fijarme?

MARG. Pues ¿no tiene usted familia?

MARG. Absolutamente á nadie.

¡Venturosos los que gozan  
ese bien tan estimable,  
y ven trascurrir sus días  
serenos, sin tempestades,  
á la sombra de los suyos  
y al amor de sus hogares!

MARQ. ¿Verdad que esa es la ventura  
mas cumplida?

MARQ. VERITATIS Es indudable.

MARQ. ¡Y tendremos el honor,  
señor marqués, de contarle  
algun tiempo entre nosotros?

MARQ. Para mí fuera muy grande  
satisfacción. . . si pudiera  
disfrutar de sus bondades;  
pero, señora, á Madrid  
me llaman asuntos graves,  
y en cuanto abrace á Genaro  
tendré que seguir. . .

MARQ. Pero antes  
honorará usted nuestra mesa.

MARQ. Sírvase usted relevarme  
de ese compromiso: tengo  
tan contados los instantes,  
que por hoy me es imposible;  
mas yo sabré aprovecharme  
de su fina invitacion. . .

GEN. ¿Dónde está? (*Dentro*).

MARQ. Su voz. Ya sale. . .

(No hay peligro en que se vean.)  
Siendo así. . . quiero dejarles  
en completa libertad,  
á fin de que ustedes hablen  
sin. . .

MARQ. La presencia de usted,

señora, es harto agradable  
para que yo lo desee. . .

MARQ. ¡Oh! gracias. . . pero no obstante. . .  
hasta luego.

MARQ. Adios, señora.

ESCENA VIII.

GENARO, el MARQUES.

GEN. ¡Augusto!

MARQ. ¡Genaro!

GEN. Abrázame.

¡Cáspita! chico, qué guapo  
te encuentro!

MARQ. ¡Sí!

GEN. ¡Qué elegante!

Ya se vé, tú no estás preso. . .  
Tú viajas y entras y sales,  
sin suegro que te incomode  
ni mujer que te idolatre.

MARQ. ¡Pues qué! ¿tú? . . .

GEN. Chico, me tienen

achicharrada la sangre. . .  
aburrido! . . . ¡y tú!

MARQ. ¡Yo, hastiado. . .

GEN. ¿Sí? ¿Con que estamos iguales?

MARQ. ¡Iguales! . . . entre el hastío  
y aburrimiento, hay notable  
diferencia: el aburrido  
encuentra en cualquiera parte  
remedio para sus cuitas,  
su enfermedad es curable;  
pero el hastiado. . . ¡ay, amigo!  
es la negacion constante  
de toda felicidad:

víctima triste del cáncer  
que le roe las entrañas,  
nada le alegra ni abate;  
nada espera: nada quiere. . . .  
nada ve en pos. . . ni delante.

GEN. Hombre, sí: ¿pues no ha de ver! . . . .  
aunque se empeñe en taparse  
los ojos. . . hay en el mundo

tan magníficas imágenes. . . .  
tantos goces, cuya magia  
nos fascina, nos atrae,  
que hay que verlos, y tocarlos,  
y después. . . .

MARQ. Después, ahorearse.  
GEN. ¿No mas que ese medio término?

¿De dónde vienes, que traes  
ese humor tan condenado? . . .

MARQ. De Londres.

GEN. ¿De Londres? Pase.

Se te puede perdonar  
ese furibundo ataque  
á las venturas terrenas.

Ya se ve: los *inglis manglis*  
te habrán pegado el spleen  
con su carbon y sus gases. . . .

pero cuando se despeje  
de las tinieblas del Támesis  
tu pensamiento, serás  
de mi opinion.

MARQ. ¿Qué diantre  
he de ser! . . . ¿Crees tú que soy  
un visionario, un farsante  
de esos que hablan por hablar  
y se quejan por quejarse?  
No son las nieblas de Londres,  
Genaro, las que me hacen

hallar en vez de jardines  
estériles arenales.

Es que un tiempo, como tú,  
soñé con esas brillantes  
ilusiones, patrimonio  
de necios ó de escolares,  
y libre y dueño absoluto  
de una fortuna importante,  
salí lleno de inocencia  
al mundo. . . .

GEN. Al fin te lanzaste. . .

MARQ. Sí, me lancé; pero ha sido  
para secar los raudales  
de esperanza que brotaban  
en mi seno, y dar al traste  
con mis sueños y delirios  
al tocar las realidades.

GEN. Pero hombre. . . ¿por qué?

MARQ. Porque eso,

Genaro, es inevitable:  
porque después de haber visto  
cuanto es dado á los mortales  
ver en la tierra, no hay medio  
de ver mas, y hay que encerrarse  
como el gusano de seda,  
ó volver á lo de antes.

Y como yo soy un hombre  
que adoro las novedades,  
hasta el punto que no paso  
dos veces por una calle  
si puedo, y la novedad  
no es de lo mas abundante  
que tenemos, heme aquí  
hecho un viejo insoportable  
á los treinta años, cansado  
de pompas y vanidades

terrenas, sin saber ya  
dónde ir á refugiarme  
con este mi novelesco  
atrabiliario carácter.

GEN. ¡Yal si es carácter, entonces  
no hablemos: donde no halles  
solaz, bien puede allí mismo  
otro cualquiera encontrarle. . . .

MARQ. Ciertamente: lo que á unos  
entristece, á otros complace;  
ese es un hecho que admito:  
pero tambien lo innegable  
es, que todos anhelamos  
lo que no está á nuestro alcance;  
de suerte que entre unos y otros  
no vive contento nadie.

Por ejemplo: tú te aburras  
en estos amenos valles;  
te fatigan las caricias  
de una esposa tierna, amante. . . .  
con violencia vives, y  
tu bello ideal son los viajes:  
pues bueno, yo los detesto,  
y á Madrid voy á casarme. . . .

GEN. ¿Qué vas á hacer, temerario?  
mírame bien, tiemblo, y párate.

MARQ. Ni me paro ni te miro  
ni tiemblo. . . . Donde no halles  
solaz, bien puede allí mismo  
otro cualquiera encontrarle.  
Estas palabras, Genaro,  
me decias ha un instante,  
y yo convine contigo;  
con que ahora no rechaces. . . .  
Además, chico, ¿qué diablos!  
nada tengo en que ocuparme,

y al ara nupcial me acojo  
por no hacer un disparate.

GEN. ¡Ay, Augusto de mi vida!  
¡Vuelve en tí! . . . .

MARQ. ¡Eh! desengáñate  
lo que hay que ser en el mundo  
es lo que eres tú. . . .

GEN. ¿No sabes? . . . .

MARQ. Te estás quejando de vicio. . . .

GEN. ¡De vicio yo!

MARQ. Que me empalen

si tu posicion no es  
la mas bella y aceptable. . . .

Rico, y dueño de una quinta  
que se eleva en el paisaje  
mas pintoresco de España:

aquí el Oria: allí Lasarte:

al frente San Sebastian

con su concha, y con sus naves,

y á la magnífica

del encantado Pasajes.

¿Qué mas hay que desear  
en punto á recreo? Añade

á lo dicho, la tranquila

soledad, las patriarcales  
costumbres de estas provincias.

las muchas comodidades  
que disfrutas, los halagos

de una mujer adorable,

las mil. . . .

GEN. ¡Calla. . . . calla. . . . calla! . . .

y por Cristo que no ensartes  
mas calumnias. . . . Aquí vivo

peor que vive en la cárcel

el delincuente, porque

no encuentro, así Dios me salve,

en fuerza de verlo y verlo,  
ni bellezas de paisaje,  
ni paz, ni comodidad;  
ni nada, en fin, que me halague.  
¡Chico! . . . me consumo. . . luego  
mi mujer es un Arraez,  
un cómitre, que me tasa,  
con su pasión perdurable,  
hasta el aire que respiro.  
Pues educála.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

Es muy tarde.  
Hazla viajar.  
He de ir yo.  
Convéncela.  
Sí, ya es fácil.  
Pues vete tú.  
Que si quieres.  
¿Te seguirá?  
A todas partes.  
Háblala alto.  
Habla ella mas.  
¿Qué demonio! . . .  
O rompe en ayes.  
Pues rómpela una costilla.  
¡Hombre, por Dios!  
Sí, ó escápate.  
Al fin tendré que tomar  
un partido. . . está irritante  
con sus celos. . .  
¿Es zelosa?  
¡Uff mas que un abencerraje.  
Pero ¿con razon?  
No, chico;  
los tiene hasta de su padre:  
hará cosa de dos meses  
que fui á baños. . .

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

¿A Baden?  
No. . . .  
¿A los de Aix, á los de Spá? . . .  
Augustillo, ¿estás burlándote?  
A San Sebastian, aquí  
un tiro de bala; casi  
como quien dice á la puerta  
de mi quinta. . .  
Y ¿te bañaste? . . .  
¿Qué bañar! ¡me enamoré!  
¡Bravo! ¿de quién?  
¡Oh! del ángel  
mas bello que han arrullado  
las ondas del Manzanares.  
¡Hombre! ¿de una lavandera  
te fuiste á prender?  
¿Qué café!  
¿lavandera? . . . de una niña,  
y de las mas principales  
de la corte.  
¡Ah! ya. . . creí. . .  
Creíste mal.  
Adelante,  
no hay que ofenderse por eso.  
Y ¿qué sucedió?  
Un percance  
el mas natural del mundo.  
¿La chica te dió algun pase  
de muleta? . . .  
¿De muleta!  
pero hombre. . . ¡Vaya unas frases! . . .  
No las tomes en su recto  
sentido. . .  
Es que. . .  
No te enfades. . .  
¿que sucedió?



GEN. Nada, Augusto:  
que así como yo al hallarme  
en su esfera de atracción,  
sentí su influjo. . . .

MARQ. ¡Admirable!

GEN. ¡Ella á su vez sintió el mio!

MARQ. ¡Cosa rara!

GEN. Y al instante  
brotó en nuestros corazones  
la pasión mas inefable,  
mas casta, pura y platónica  
que ha existido en los anales. . . .

MARQ. ¿Solterita?

GEN. Solterita.

MARQ. Y ¿tu estado la ocultaste?

GEN. Si, con amantes suspiros,  
con dulces y tiernos ayes,  
aquella pasión ardiente  
principió á desarrollarse.  
Pero, chico, á lo mejor  
sucede que le da el aire  
de nuestro inocente amor  
á mi esposa, y sin pararse  
en nada, á San Sebastian  
dirige el rumbo una tarde. . . .  
y arma en cisco, que. . . .

MARQ. Comprendo.

GEN. ¡Pseh! tuve que separarme,  
por evitar mas escándalo,  
de mi ídolo.

MARQ. ¿Te largaste  
como perro con cencerro. . . .

GEN. Su reputación. . . . su clase. . . .  
me resigné. . . . y desde entonces  
mi esposa está inaguantable.  
Me da caza. . . . no me puedo

descuidar con una llave:  
todo lo ve y manosea,  
me espía: mis cartas abre:  
mientras que en Madrid la otra  
¡ay! estará devorándose. . . .  
pensando en mí. . . .

MARQ. ¡Ja, ja, ja!

GEN. Vaya una risa cargante. . . .

MARQ. ¡Qué feliz eres! ¡Qué cándido!  
¡Qué inocente! . . . .

GEN. ¡Dale! ¡dale!

MARQ. Pensando en tí. . . . ¡y en la corte!  
y ellas que son tan leales. . . .  
¡bienaventurado el que  
las cree. . . .

GEN. ¡Sublime! arráncame  
tambien mi sola esperanza. . . .

MARQ. ¡No! que de tí no se aparte. . . .  
Guárdala bien, hijo mio. . . .  
Lo menos cincuenta amantes  
habrá tenido la niña  
desde que no la ves.

GEN. ¡Cállate!

¡Hum! . . . . Eres capaz, Augusto,  
de asesinar. . . . ¡oh! ¡qué ultraje!  
¡Pobre ángel mio!

MARQ. Tú sí. . . .

GEN. ¿Yo?

MARQ. ¡Tú sí que eres un ángel!  
Tú crees en todo. . . . haces bien,  
y dure lo que durare.

GEN. También tú.

MARQ. Yo no. . . .

GEN. Sí tal;

MARQ. pues qué ¿no vas á casarte?  
Por recurso. . . .

GEN. Hombre. . . . medita. . . .

MARQ. Chico: si ya no hay escape.  
Si me casan por poderes. . . .  
y á estas horas congregante  
seré de ese cuerpo ilustre.

GEN. ¡Pobre Augusto! ¡Dios te ampare!  
Pero hombre, hablando y gimiendo,  
se me ha olvidado brindarte  
con alimento y descanso.

MARQ. Nada; te dejo al instante.

GEN. Pero siquiera. . . .

MARQ. No puedo. . . .  
solo deseo lavarme. . . .

GEN. ¡Oh! pues ven. . . . Ahí tienes agua,  
cepillos. . . .

MARQ. Bien. . . .

GEN. ¡Ah! . . . . que sale  
mi mujer. . . . Mientras te lavas  
voy á ensayar ciertos planes. . . .

*(Entra el marqués en la habitación de la derecha  
y sale Margarita de la de la izquierda con una  
carta abierta que entrega á Genaro.)*

ESCENA IX.

MARGARITA, GENARO.

MARG. ¿Sabes que viene mi tia  
a pasar la primavera  
con nosotros? . . . .

GEN. Dios lo quiera. . . .  
*(Recorriendo la carta.)*

A mí me escribe Alegría,  
nuestro agente de Madrid,  
sobre el pleito de Jerez. . . .

MARG. ¡Y qué?

GEN. Que está cada vez  
mas empeñada la lid:  
añade que será cuerda  
medida si allá voy yo. . . .

MARG. ¿Dónde? ¡A Madrid!

GEN. Pues.

MARG. ¡Ay! ¡no!

eso aunque el pleito se pierda.

GEN. Míralo bien, hija mia;  
nos va en ello un interés. . . .  
y todo es cosa de un mes. . . .

MARG. ¿Un mes? ni medio. . . . ¡ni un dia!

GEN. ¡Ay mujer! ¡Válgame Dios!  
exponer por aprensiones. . . .

MARG. ¿Qué importa?

GEN. Son dos millones. . . .

MARG. Pues bueno, iremos los dos.

GEN. ¿Juntitos, sí!

MARG. Ya se ve.

GEN. Y, te vas á incomodar. . . .

MARG. Yendo contigo, el viajar  
es grato. . . .

GEN. Lo pensaré.

MARG. Para alejarte de aquí,  
estás siempre aderezado.

GEN. No. . . . mujer. . . . ¡qué equivocado  
concepto tienes de mí!  
¿Pues hay ventura mayor  
que aspirar, beber tu aliento? . . . .

MARG. ¿Estás contento?

GEN. ¿Contento!

*(Estrujando la carta.)*

¿Contento? . . . Si es un dolor  
que preguntes eso. . . . ¡Bah!  
Si yo no te viera un dia,  
loco, loco me volvia. . . .

MARG. ¿De pena? . . .  
 GEN. Pues claro está.  
 GER. ¿Pero tan pronto? (*Dentro.*)  
 MARQ. Sí, sí:  
 no me puedo detener.

ESCENA X.

MARGARITA.—GENARO.—MARQUES.—D. GERÓNIMO.

GER. Pues adios y hasta mas ver.  
 MARQ. Adios.  
 GEN. ¿Nos dejas así?  
 MARG. ¿Parte usted ya?  
 MARQ. Sin demora. . . .  
 me precisa. . . .  
 MARG. Usted ya sabe. . . .  
 MARQ. ¡Oh! yo aprecio en cuanto cabe. . . .  
 A los piés de usted, señora.  
 Eh. . . . quédate. . . . (*A Genaro que le sigue.*)  
 GEN. No te suelta  
 mi cariño.

MARG. Es per demás. . . .  
 GEN. Hombre. . . . hasta la. . . .  
 MARG. ¿A dónde vas?  
 GEN. Con este. . . .  
 MARG. Bueno. . . . la vuelta.

ESCENA XI.

MARGARITA.—DON GERÓNIMO.

GER. ¿Tambien le vas á impedir. . . .  
 MARG. ¡Yo!

GER. ¿Que acompañe á su amigo. . . .  
 al compañero y testigo  
 de su infancia?

MARG. No es decir  
 esto que yo impida nada;  
 pero hay que tener un tacto. . . .  
 Luego. . . . temo que el contacto  
 con gente desocupada  
 le distraiga. . . .

GER. ¡Ya!  
 MARG. ¿Pues no?  
 si usted supiera. . . .  
 GER. Aprensiones  
 tuyas. . . .

MARG. ¡Ay! no, no.  
 GER. Visiones.  
 (*Ruido de una silla de posta que se aleja.*)

MARG. ¡Gracias á Dios que partió!  
 GER. Sí, sí, os volveis á quedar  
 solitos. . . . En cuanto á mí,  
 mañana salgo de aquí. . . .  
 el onceno no estorbar.

MARG. ¿Usted? ¡Jesús!  
 GER. Está claro. . . .

¡Duro! . . . aburre y mortifica  
 á ese pobre, que al fin, chica. . . .  
 MARG. (*Con impaciencia.*)  
 ¿Qué estará haciendo Genaro? . . .

GER. El cielo se encargará,  
 ora severo ó benigno,  
 de darté el pago condigno. . . .

MARG. ¿Pero en qué se detendrá?  
 (*Con creciente inquietud.*)

GER. ¿Hase visto? De tu lado  
 faltar así. . . . ¡Qué! no tiene  
 perdon. . . . (*Breve pausa.*)

MARG. No viene. . . .  
*(Pausa y mirando al fondo.)*  
 GER. No viene.  
 MARG. ¡Cielos!  
 GER. ¡Si se habrá largado! . . .  
 MARG. *(Ahogando un grito.)*  
 ¡Ay! . . . No . . . no es él tan impío. . . .  
 él dejarme abandonada. . . . *(Llamando.)*  
 Genaro. . . . Genaro. . . . ¡Nada!  
 ¡Oh, qué silencio, Dios mio!  
 ¡Genaro!!  
*(Dirigiéndose al fondo y llamando fuerte.)*  
 No me responde. . . .  
 ¡Y tu amo? *(Aparece Roque.)*

ESCENA XII.

*Dichos, ROQUE.*

Roq. ¿Dónde ha de estar?  
 Dijo que iba á acompañar  
 á aquel señor.  
 MARG. ¿Hasta dónde?  
 Roq. Hasta Madrid.  
 MARG. ¿Cómo! ¡no! . . .  
 no puede ser. . . .  
 Roq. Es de fijo,  
 que muy serio me lo dijo:  
 subió á la silla y partió.  
 MARG. ¡Oh! ¡Se va con el marqués!  
*(A una seña de don Gerónimo se retira Roque.)*  
 Pero, ¿es cierto? ¡huye de mí!  
 ¿por qué con él no salí? . . .  
 ¡Lo está usted viendo? . . .  
 GER. ¡Lo ves?

MARG. ¡Pronto! caballos, carruajes!  
 sus pasos quiero seguir. . . .  
 GER. Yo no puedo consentir  
 que desa manera ultrajes  
 tu opinion. . . .  
 MARG. ¿Pues qué he de hacer?  
 GER. No pongas al llanto diques,  
 pero nunca sacrifiques  
 tu dignidad de mujer.  
 Déjalo correr, que al fin  
 cansado se detendrá. . . .  
 Si hoy vas á Madrid, se irá  
 desde Madrid á Pekín.  
 Porque una vez decidido,  
 lo hará, y la madeja enredas  
 nuevamente, pues te quedas  
 sin dignidad ni marido.  
 MARG. ¡Ay! padre mio! *(Llorando.)*  
 GER. Sí, sí. . . .  
 llora tu error, hija mia. . . .  
 pero en tu casa. . . .  
 MARG. Y decia  
 que me adoraba. . . . ¡ay de mí!  
 GER. ¡Y será cierto, lo dudas?  
 pero habiéndolo querido  
 todo. . . . todo lo has perdido. . . .  
 en fin, si de genio mudas,  
 acaso remedio habrá. . . .  
 yo iré de su huella en pos,  
 hija mia, y ¡plegue á Dios  
 que le vuelvas á ver!  
 MARG. ¡Ah!!  
*(Se cubre el rostro con las manos y cae sollozando  
 en un sillón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## ACTO SEGUNDO.



Sala de ambigü en casa del marqués en Madrid. A la derecha el bufet que ocupa desde el foro al proscenio, cubierto de helados, bebidas, dulces, etc. Puerta en el foro que da á un salon de paso. Puertas á derecha é izquierda. Todo iluminado.

### ESCENA PRIMERA.

RAMON.—CRIADOS.

RAM. Corriente: que no tengamos barullo: no hay que aturdirse, una cosa después de otra y en su sitio cada quisque. Simon, para las bebidas: tú, Blas, para los confites. Julian, para los fiambres: tú, para el vino. . . . Si piden mucho Burdeos, no seas animal, haz que se chiflen esas botellas de Arganda, y deja intacto el Laffite.

Cuando los pollitos vengan,  
¡ajo al Cristo! que esos dijes  
tienen la sed de mosquito,  
la voracidad del tigre:  
principian por una almendra,  
y de melindre en melindre,  
acaban por devorar  
cabezas de jabalíes.

Mucho cuidado con ellos;  
cuando noteis que repiten  
de una cosa, no hay que andarse  
con repulgos ni perfiles;  
se les dice —se ha acabado—  
y que vayan á embutirse  
á la fonda de Prospér  
ó á San Bernardino. ¡Buitres!  
¡Ea! no hay mas. . . ¡al avío!  
veremos cómo se sirve. . .  
al que no cumpla le voy  
á deshacer las narices.

*(Los criados se colocan detrás del mostrador.)*

Creo que la ceremonia  
está para concluirse. . .

*(Se ve cruzar por el salon del fondo á varios caballeros.)*

Sí. . . ya hay gente en el salon. . .  
Pues señor, *laus tibi Cristi.*  
Esto es hecho. . . ¡pobre amo  
de mi alma! ¡Ya no es libre!  
Ya de hoy mas será uno de esos  
santos varones que á miles  
ilustran la cofradía  
del evangelista insigne.  
¡Adios, hermoso desórden  
y solaces solteriles! . . .  
ya está la justicia en casa

y ¡ay del que aquí se extravié!  
¡Adios, mis inmunidades  
y gajes mayordomiles! . . .  
¡quién es el guapo que ahora  
se equivoca, y pone quince  
en vez de cinco? . . . no hay medio. . .  
me obligarán á que emigre. . .  
¡pero calle! ¡Es don Genaro?  
Angeles y serafines. . .

ESCENA II.

GENARO.—RAMON.—CRIADOS.

RAM. Señor, ¿dónde ha estado usía  
que no me ha sido posible  
dar con él? . . .

GEN. He andado errante. . .  
enfermo, ¿qué sé yo? . . . (¡ay triste!)  
Pero me tiene asombrado  
este aparato. . . ¿qué pasa. . .  
que sucede en esta casa? . . .

RAM. ¡Ay! que nos hemos casado!

GEN. ¿Cómo! ¿todos en monton?

RAM. Solo el amo. . . era marido  
por poderes, y hoy ha sido. . .

GEN. Ya. . .

RAM. La ratificación. . .  
el cachete. . .

GEN. ¿Esas tenemos?

RAM. Sí. Pero en breve saldrán  
de la capilla. . .

GEN. Esperemos.

RAM. Bueno.

GEN. ¿Estás triste?  
RAM. Me agobia

el pesar! este revés!  
¡Sucumbir así el marqués!

GEN. ¿No es de tu gusto la novia?

RAM. ¿La novia? Sí tal; alegre  
con su carita de pascuas. . . .  
mas la que me tiene en ascuas  
no es la novia.

GEN. ¿Pues?

RAM. (Bajando la voz.) La suegra.

GEN. ¿Tiene madre?

RAM. Tiene, sí,  
con medio siglo cumplido  
y el colmillo retorcido. . . .

GEN. ¿Mal genio?

RAM. Es un jabalí.

GEN. ¡Pobre! . . .

RAM. Se pone frenética  
cuando riñe y reconviene;  
y luego, es mujer que tiene  
tal pasión por la aritmética! . . .  
GEN. ¡Malo!

RAM. ¿Pues no lo ha de ser! . . .

ya me insulta, y el lacayo. . . .  
ayer armó un dos de Mayo  
por valor de un alfiler. . . .

Digo, si hoy se porta y piensa  
de este modo, y nos carcome,  
¿qué será, ¡ay Dios! cuando tome  
el mando de la despensa?

GEN. ¡Eso es horrible!

RAM. ¡Espantoso!

Yo que estoy acostumbrado  
á un poder ilimitado  
y á un amo tan generoso. . . .

Le juro que, cuando lidio  
con esa bruja, alma negra,  
me. . . ¡justo! al cabo la suegra  
hará un mayordomicidio.

GEN. ¿Eh! después, ya verás como  
os avenís. . . .

RAM. Sí señor,  
quebrando la soga por  
el lado del mayordomo.

¡Estas gentes. . . todas, todas!  
esas razas inferiores  
que se suben á mayores  
por la escala de las bodas.  
Al cruzar desde el profundo  
por regiones refulgentes,  
son lo mas impertinentes  
que Dios ha echado á este mundo.

GEN. ¡Qué! ¡La boda no es igual!

RAM. Considerada en conjunto. . . .  
vamos. . . hasta cierto punto,  
es gente algo principal.

Mas como ella hay mil y mil. . . .  
Si fueran de nuestra clase,

señor don Genaro, pase;  
pero es gente mercantil,  
que adquirió allá en las Molucas  
el blason con que hoy la vemos,  
y por acá descendemos  
de los Telles y Machucas. ®

GEN. ¿Tambien tú?

RAM. ¿Yo? . . . yo. . . . no tal. . . .

ni tanta gloria reclamo;  
pero descende mi amo,  
que para el caso es igual.

GEN. Es verdad, casi es lo mismo,  
y en estos tiempos menguados. . . .

(Se inunda de gente el salon del foro: algunas damas y caballeros salen á la escena y se acercan al bufet.)

RAM. Ya salen los convidados. . . .  
¡Se realizó el cataclismo!

voy. . .

GEN. Anda con Dios, Ramon.

RAM. Porque celar me conviene. . . .  
¡Cuántos parásitos! viene entre ellos. . . . tanto gloton!  
(Se confunde entre los grupos.)

GEN. Reir á mas no poder con sus lamentos me hiciera, si yo olvidarme pudiera de mi estado. . . . ¡y mi mujer? . . .  
¡qué habrá dicho? ¡qué dirá? sumida en amargo lloro. . . .  
¡Y el ángel que tanto adoro . . . ¡cielo santo! ¡á dónde está? Quince dias, como un loco, que pregunto, y salgo y entro. . . . por do quiera. . . . y no le encuentro. . . . Es verdad que sé tan poco de ella, su familia y del círculo en que debo hallarla, que vaya usted á encontrarla en medio de esta Babel.

¡Y á quién me dirijo yo?  
"Doña Julia de Almazan que ha estado en San Sebastian á bañarse" y se acabó, ya no sé mas. . . . ¡voto al Cid! Ni en palacio ni en correos, ni en teatros ni en paseos. . . . Y no hay duda está en Madrid. Si no, que en su angustia grave

huyendo la confusion. . . . vivirá con su pasion adonde solo Dios sabe.  
¡Tengo el destino mas negro!  
¡Oh! ¡qué dias tan nublados! . . .

GER.

(Dentro.)

GEN.

Dios los haga bien casados.  
¡Ah! . . . ¡no es la voz de mi suegro? vendrá en mi persecucion. . . . y me pillá en el garlito. . . . ¡huyamos!

(Al ir á salir por el foro, se encuentra con don Geronimo y varios caballeros.)

ESCENA III.

GENARO.—D. GERONIMO.—DAMAS.—CABALLEROS.—CRIADOS, que circulan en varias direcciones por la escena.

GER.

¡Oh! ¡Genarito!

GEN.

Señor. . . . (Confuso.)

GER.

(Le pesqué.) Bribon. . . .

¡ja! ¡jal! ¡ja! con tanta prisa

¡á dónde bueno se va?

GEN.

Iba. . . . iba. . . .

GER.

¡Ja, ja, ja!

GEN.

(Pues me recibe con risa. . . .)

GER.

¡Dónde has estado metido?

GEN.

¡Qué haces! no te se ve. . . .

GEN.

¡Dónde? . . . ¡qué hago? . . . no sé.

GER.

Estás como. . . . así. . . . aturdido.

GEN.

Señor. . . . mi valor desmayá al ver á usted en la corte. . . .

Usted dirá que mi porte



ha sido el de un. . . .

GER. ¡Vaya! ¡vaya!  
y ¿es por eso tu temor?

GEN. Es que como me he fugado  
de un modo. . . .

GER. Sí. . . inesperado. . .  
romancesco. . . .

GEN. Sí señor. . . .

GER. ¿Y bien?

GEN. Dirá usted, y es justo,  
que me he conducido mal  
con su hija. . . .

GER. ¿Yo? ¡no tal!  
Cada cual tiene su gusto.  
(¡Oh, qué buen suegro!)

GER. A mi ver,  
ninguno tiene derecho. . . .  
tú, si has hecho lo que has hecho,  
eso, allá con tu mujer. . . .  
¡Psch! nada de extraño tiene. . . .  
á mas que tú y tu mitad  
sois ya mayores de edad  
y sabeis lo que conviene.  
¡Bien! chico, eres un mancebo  
que promete. . . ¿Eh? vida nueva. . . .

GEN. Es decir, que usted aprueba. . . .

GER. Ni apruebo ni desapruebo:  
en cuanto á padre, me lavo  
las manos como aquel juez  
de marras; pero ¡pardiez!  
¡que en cuanto hombre lo alabo!  
Era mucho el chinchorro  
de aquella esposa querida. . . .

GEN. ¡Uf! me amargaba la vida. . . .  
me asesinaba. . . .

GER. Lo creo.

Mas con el que te distingue  
uno especial y oportuno,  
dijistes—aquí falta uno—  
y tomastes el pendigue.  
Porque supongo que aquí  
te trajo necesidad. . . .  
el afan de libertad. . . .

GEN. ¡Justo! sí señor. . . . sí. . . . sí. . . .

GER. No ha sido por. . . . ¿eh?

GEN. (En un potro  
me pone. . . .) ¡No, señor, no!

GER. ¡Alguna niña. . . .

GEN. ¿Quién! ¿yo? . . . .

GER. Hombre. . . .

GEN. Por lo otro, por lo otro.  
(¡Cómo le he de revelar!)

GER. Pues bueno, chico; á reirse  
de todo, y á divertirse;  
que aquí no hay mas que sacar.

GEN. Usted me aconseja. . . .

GER. Es claro. . . .  
declárate esposo anónimo.

GEN. ¿Sí? (Ya es mio don Gerónimo.)

GER. (No te me escapas, Genaro.)  
¡Digo! . . . un mozo como tú,  
de tus rentas y tu porte,  
¡ha de vivir en la corte  
escondido, haciendo el bú!  
Para vida tan sencilla  
no te has debido tomar  
el trabajo de dejar  
á tu esposa: ¡ancha Castilla!  
Esta corte es un Eden. . . .  
hay aquí tanto aliciente. . . .  
¡para el hombre independiente! . . .  
Yo la conozco muy bien;

y en ella pronto hallarás  
tantos atractivos. ¡tantos  
desconocidos encantos! . . .  
que. . . ya verás. . . ¡ya verás!

No te separes de mí,  
que yo te abriré el camino.

GEN. (Apenas es libertino  
mi señor suegro. . .)

GER. (*Poniéndole las manos sobre los hombros.*)

¡Sí, sí!

Jóven de horrorosa historia,  
pobre esposo trashumante. . .  
vida nueva en adelante. . .  
¡nada! . . . ¡al templo de la gloria!

GEN. ¿Al templo? . . .

GER. Quedan deshechos  
tus grillos. . . ¡fuera las penas!  
¡a quebrantar tus cadenas!  
¡a recobrar tus derechos!

GEN. ¿Qué enorme peso me quita  
de encima del corazón!

GER. ¡Porque hablamos en razón!

GEN. Y ¿qué dijo Margarita  
así que llegó á notar. . .

GER. Gritó, lloró, alborotó. . .  
quiso venir: ¿qué sé yo?  
y después volvió á llorar. . .  
y amostazado, mohino,  
abrumado ya de oír  
tanto rabiarse y gemir,  
á escape tomé el camino,  
y aquí me tienes; con que  
ya estás en todos los puntos;  
nos divertiremos juntos,  
¿te acomoda?

GEN. ¡Ya se ve!

Me devuelve usted la calma,  
porque hoy el remordimiento  
me estaba dando tormento  
en lo mas hondo del alma.  
Mi corazón. . . y mi esposa. . .

GER. ¡Bah! ¡bah! mira, te declara  
mi experiencia, que aquí para  
maldita de Dios la cosa  
hace falta el corazón.  
Primer consejo: segundo;  
un disimulo profundo  
ten para todo y teson:  
tercero: aplomo y audacia. . .  
mucho de ambos necesitas. . .

ESCENA IV.

EL MARQUES.—D. GERÓNIMO.—GENARO.—DAMAS.—  
CABALLEROS.—CRIADOS.

MARQ. Abrazos y lagrimitas. . .

¡Por Cristo que me hacen gracia!

GER. Aquí está el marqués.

GEN. ¡Auguste!

MARQ. ¡Hola! ¡hola! ¡Buena pieza!  
¡Gracias á Dios que te dignas  
concedernos una audiencia.

¿Qué es lo que ha sido de tí?  
¿en qué regiones vegetas? . . .

GEN. Confundido entre el bullicio  
de la corte. . .

MARQ. ¡Ya! . . . Pues llegas  
á esta casa en la ocasion  
solemne de que aun humean  
las antorchas de himeneo. . .

GEN. ¿Y tu señora?

MARQ. Allá queda,  
recibiendo parabienes,  
y echándola de modesta. . . .  
y sollozando por partes  
en los brazos de mi suegra.

GEN. Me presentarás. . . .

MARQ. ¿Pues no?  
Genaro, lo que tú quieras. . . .

te presentaré á mi esposa  
y también á doña Andrea,  
su digna y señora madre.  
Ya verás. . . . verás qué vieja. . . .  
y qué jóven me regalan  
para alivio de mis penas.  
Como al llegar, me dejastes  
por tu afan de independencia,  
y te fuistes á hospedar  
donde Dios sabe, es la fecha  
que el mayor amigo mio  
aun no conoce las prendas  
que los cielos me destinan  
para mi dicha en la tierra.  
Pero todo se andará. . . .

¡Ya verás qué par de plepas! *(Al oído.)*

GEN. ¡Hombre!

MARQ. En fin, ya estoy casado  
y casado en toda regla;  
no falta al ceremonial  
ni una fórmula siquiera;  
he marchado al sacrificio  
sereno, la frente enhiesta. . . .  
como iban al negro Ponto  
los desterrados de Grecia.  
Aprende. . . . pero ¡qué diablos!  
no me acordaba: ¡y aquella

tu idolatrada beldad?  
*(Genaro le hace señas para que calle.)*

GEN. ¡Hum!

MARQ. Que durante tu ausencia  
se devoraba en Madrid. . . .  
aquel pelicano hembra. . . .

GEN. ¡Me ha descubierto!

GER. ¡Magnífico!

¡Y me negabas, tronera. . . .  
GEN. No. . . . si yo le dlré á usted. . . .  
¡maldito, calla! *(Bajo.)*

MARQ. ¡Ah! Las señas  
que me hacias eran por  
que tu suegro. . . .

GEN. ¡Hay mas!

MARQ. ¡Babieca!

GER. Ja, ja.

MARQ. No sabes aun  
las que gasta su excelencia. . . .  
no conoces á tu suegro. . . .  
Con que, vaya, danos cuenta. . . .  
GEN. Si ya le he dicho. . . .

GEN. Es que yo. . . .

MARQ. Abandona esa corteza  
de hipocresía. . . . si está  
tu mujer á ochenta leguas  
y pico de esta mansion. . . .  
¡á qué viene esa reserva?  
Ya verá usted, general;  
es un lance de novela,  
de las Nereidas aborto,  
una pasion casta. . . . y fresca  
porque ha nacido en las aguas  
de san Sebastian. . . .

GER. ¡La bella  
de los baños. . . .

MARQ. Esa misma.  
 GEN. ¡Usted sabe. . . .  
 GER. Unas cincuenta  
 ó cien veces, tu mujer  
 me habrá contado la escena.  
 MARQ. Ya ves, chico, que tu suegro  
 estaba en autos. . . . empieza,  
 empieza, pues, á decirnos  
 quién es, y dónde se alberga. . .  
 Hagamos la anatomía  
 de esa pasión virulenta  
 que te sojuzga. . . Con que  
 á ver si te espontaneas.  
 GEN. Nada tengo que decir:  
 en oscuridad completa  
 vivo en Madrid: no he podido  
 desvanecer las tinieblas  
 que la esconden á mis ojos. . .  
 ¡nada sé de su existencia!  
 MARQ. ¡Malo! ¡malo! ¡malo! ¡malo!  
 ¡En ocultarnos te empeñas. . . .  
 General, tiene este chico  
 instintos de anacoreta.  
 Es menester educarlo:  
 yo lo haria si no fuera  
 porque tengo que educar  
 á mi mujer y á mi suegra  
 sobre la marcha. Usted ve  
 que no es floja la tarea;  
 pero usted, que siempre está  
 de buen humor y de huelga,  
 es preciso que le dé  
 un par de lecciones buenas. . . .  
 que aprenda á ser franco: es lástima,  
 es un dolor que se pierdan  
 en flor las disposiciones

con que este mancebo cuenta.  
 GER. ¡Apoyo!  
 GEN. Señores. . . .  
 MARQ. ¡Nada!  
 Que no desmaye en la senda  
 que ha entrado con firme pié.  
 Mire usted que la primera  
 muestra que ha dado de sí  
 el angelito, es soberbia.  
 Esa fuga repentina  
 y emancipacion doméstica,  
 son un magnífico arranque. . . .  
 GER. Sí. . . . sí. . . . de mano maestra.  
 MARQ. Con que usted queda encargado.  
 GER. ¡Quién mejor que yo pudiera  
 ni con mas desinterés. . . .  
 Yo daré con tu sirena  
 y la alzaremos en triunfo. . . .  
 (Y la pondré como nueva.)  
 GEN. ¡Imposible! es imposible. . . .  
 se la ha tragado la tierra. . . .  
 MARQ. Ya la desenterraremos. . . .  
 chico, en buenas manos queda  
 el pandero. . . . Pero, ¡calle!  
 (Mirando adentro.)  
 aquí sale la marquesa. . . .  
 Haré tu presentación. . . . LEÓN  
 ¡Verás, verás qué morena!  
 (Le agarra de la mano y van al encuentro de la  
 marquesa. Don Gerónimo los sigue.)

ESCENA V.

JULIA.—DOÑA ANDREA.—EL MARQUES.—DON GERÓNIMO.—GENARO.—*Damas y caballeros.*

GEN. (¡Dios mío!)

MARQ. Querida Julia,  
por presentacion primera  
te traigo á un hermano mio.

JULIA. (¡Ah!! ¡cielos!)

MARQ. (Mirando á Julia.) ¡Qué?

JULIA. Nada.

GEN. Suelta...

MARQ. (Mirando á Genaro.)  
¡Qué?

GEN. Nada, nada, un vahido...

MARQ. (A Julia.)  
Y ¡tú tambien...

JULIA. La cabeza  
se me anda...

MARQ. (Contemplando á los dos.) ¡Te se anda?  
Le cortaremos las piernas.

GEN. (¡Qué turbacion! ... ¡Sí será!)

MARQ. Mas yo espero que no sea  
cosa mayor... ¡j!... ¡j!... ¡j!...  
(Bajo á Genaro.)  
Anímate y entreténla.

JULIA. (¡Me he lucido! ¡ja, ja, ja!)

GEN. ¡Caballero! ...  
¡Sí! ... ¡sí! ... ¡Pérfida!

¡perjura! yo soy Genaro ...  
¡Qué ha sido de tus promesas?

JULIA. ¡Ah! ¡por Dios! ¡silencio!

GEN. ¡No! ...

que irritada la tormenta  
de los celos de mi alma,  
rayos despide y centellas.  
¡Qué me importa el mundo? ¡Así  
con un corazon se juega?

JULIA. (Oh, me va á comprometer...  
Solo un recurso me queda.  
¡Ay!

(Hace que se desmaya y cae en los brazos de su madre.)

AND. ¡Ay, mi hija de mi alma!  
¡una silla! ¡aire! ... ¡Julieta!

GER. ¡Imprudente, sal de aquí!  
(Agarrando de un brazo á Genaro. A favor de la  
confusion salen sin que lo noten. Los demás se  
agrupan en torno de Julia y su madre.)

ESCENA VI.

JULIA.—ANDREA.—EL MARQUES.—*Damas,  
caballeros.*

MARQ. Nada... un poco de jaqueca:  
las emociones, los nervios...  
Puede ser que la convengan  
los baños de la mar.

AND. ¡Ay! no:  
este año ha tomado treinta.

MARQ. ¿Adónde?  
AND. En san Sebastian.

MARQ. En san Sebastian... Pues esas,  
(Dándose una palmada en la frente.)  
señora, son unas aguas  
que matan si no aprovechan.  
Que la lleven á su cuarto.

(Suenan dentro algunos instrumentos y retiran á Julia.)

¡Oh! ya la música suena. . .  
Esto no es nada, señores;  
que no se turbe la fiesta  
por tan poco. . . ¡al baile, al baile!  
¡quién quiere ser mi pareja!  
Tú, Serafina. . . yo bailo  
también y hago mis piruetas,  
sobre todo cuando estoy  
en brazos de la suprema  
ventura. . . como esta noche. . .  
¡cielos! ¡que no fuera eterna!  
Con que andad, que voy en pos. . .  
¡después vendrá la marquesa!

(Todos salen por el foro.)

¡Ah marqués! . . . ¡ya eres feliz!  
Ya tienes suegra y mujer. . .  
¡ya te ha caído qué hacer!  
aguza bien la nariz. . .  
¡Vive Dios que estoy contento!  
era ayer mi corazón  
un sombrío panteón.  
Y hoy ya tiene movimiento. . .  
Oigo sus palpitaciones. . .  
Un amigo. . . que es rival. . .  
y una esposa. . . ¡Celestial!  
bueno. . . ¡vengan emociones!  
De ellas me arrojo en los brazos,  
sin esperanza maldita. . .  
¡a bailar! que esto no quita  
andar después á balazos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

La decoración del anterior, menos el bufet.

### ESCENA PRIMERA.

JULIA sentada y pensativa.—DOÑA ANDREA apoyada  
en el respaldo de la butaca de su hija.

AND. ¿Qué tienes?

JULIA. La indiferencia  
incomprensible de Augusto,  
pues no han pasado diez días  
que se estrechó el nupcial nudo  
y está como si de esposos  
contáramos cuatro lustros. ®

AND. No te entristezcas: mi yerno  
es todo un hombre de mundo  
y no quiere confundirse  
ni un momento con el vulgo  
de los maridos que doblan  
rodilla y cerviz al yugo  
matrimonial.

(Suenan dentro algunos instrumentos y retiran á Julia.)

¡Oh! ya la música suena. . .  
Esto no es nada, señores;  
que no se turbe la fiesta  
por tan poco. . . ¡al baile, al baile!  
¡quién quiere ser mi pareja!  
Tú, Serafina. . . yo bailo  
también y hago mis piruetas,  
sobre todo cuando estoy  
en brazos de la suprema  
ventura. . . como esta noche. . .  
¡cielos! ¡que no fuera eterna!  
Con que andad, que voy en pos. . .  
¡después vendrá la marquesa!  
(Todos salen por el foro.)  
¡Ah marqués! . . . ¡ya eres feliz!  
Ya tienes suegra y mujer. . .  
¡ya te ha caído qué hacer!  
aguza bien la nariz. . .  
¡Vive Dios que estoy contento!  
era ayer mi corazón  
un sombrío panteón.  
Y hoy ya tiene movimiento. . .  
Oigo sus palpitaciones. . .  
Un amigo. . . que es rival. . .  
y una esposa. . . ¡Celestial!  
bueno. . . ¡vengan emociones!  
De ellas me arrojo en los brazos,  
sin esperanza maldita. . .  
¡a bailar! que esto no quita  
andar después á balazos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

La decoracion del anterior, menos el bufet.

### ESCENA PRIMERA.

JULIA sentada y pensativa.—DOÑA ANDREA apoyada  
en el respaldo de la butaca de su hija.

AND. ¿Qué tienes?

JULIA. La indiferencia  
incomprensible de Augusto,  
pues no han pasado diez días  
que se estrechó el nupcial nudo  
y está como si de esposos  
contáramos cuatro lustros. ®

AND. No te entristezcas: mi yerno  
es todo un hombre de mundo  
y no quiere confundirse  
ni un momento con el vulgo  
de los maridos que doblan  
rodilla y cerviz al yugo  
matrimonial.

JULIA. ¿Pues no soy  
bonita?  
AND. Como un capullo  
de rosa de abril y mayo.  
JULIA. ¿No tengo talento?  
AND. Mucho.  
JULIA. Pues entonces ¿qué me falta?  
AND. Aprovechar bien el uno  
para conservar la otra  
en su rosicler mas puro.  
No afligirte, no llorar,  
no vivir, como un cartujo  
vive en su celda: metida  
entre aquestos cuatro muros,  
y por un rostro de fiesta  
cambiar tu rostro de luto.  
Nunca buscará el marqués  
tus amorosos arrullos,  
si se los haces tan tristes  
como un rezo de difuntos.  
Animate, ponte guapa,  
viste con gracia, con lujo,  
y sobre todo recibe  
amigos.

JULIA. ¿Amigos?  
AND. Justo.  
A propósito. Y ¿por qué  
te niegas cuando con sumo  
afan se llega Genaro  
á saber de tí? Dí.

JULIA. Estuvo  
tan imprudente la noche  
de mis bodas: me dió un susto  
tan grande con su ademan  
y su gesto faribundos. . . .  
Y, en fin, si lo ve á mi lado

el marqués, podrá en un punto  
trocarse su indiferencia  
en. . . .  
AND. ¿Zelos? . . .  
JULIA. Y mil disgustos  
proporcionarme.  
AND. ¡Zeloso!  
A la verdad me confundo  
oyéndote, y me pareces  
lo mas cándido y estúpido  
de la tierra. Es tu marido  
un hombre casi de estuco,  
y es preciso que le hieras  
del alma en lo mas profundo.  
JULIA. Pero como ese Genaro  
es tan violento, tan brusco,  
y. . . .  
AND. Por eso es el mas útil  
para mi plan; y discurro  
que hará con sus imprudencias  
aun mas que yó con mi estudio.  
Déjame.

ESCENA II.

JULIA.—DOÑA ANDREA.—RAMON.  
RAM. ¿Señora?  
AND. Mira,  
preven al portero, á Bruno,  
que si viene don Genaro  
estamos visibles. . . .  
JULIA. Juzgo  
que después de lo ocurrido. . . .  
AND. Da mis órdenes.  
RAM. Las cumplo.



ESCENA III.

JULIA y DOÑA ANDREA.

JULIA. Pero usted no reflexiona. . .

AND. Muchísimo, y te aseguro  
que tú misma aplaudirás  
mis excelentes recursos.  
Por supuesto has de tratarlo  
bien. Lejos los importunos  
desdenes.

JULIA. ¡Y si recuerda  
los baños, y arma un tumulto?

AND. ¿Por qué razón? ¿En los baños  
qué sucedió? Nada.

JULIA. Estuvo  
enamorándome, y yo  
escuchaba sus discursos  
apasionados, y á veces  
dejaba escapar algunos  
suspiros, que respondian,  
aunque no siempre, á los suyos.  
Por lo demás usted sabe  
que oculté con disimulo  
su matrimonio, fingiéndome  
amor platónico y puro.

AND. Pues ya que engañarte quiso,  
entonces, Julia, es muy justo  
que ahora lo engañes, llevando  
un buen fin.

JULIA. Temo que mucho  
se aumente su amor, y hacerlo  
desgraciado.

AND. Esos escrúpulos  
deja. Genaro á Madrid

ha venido, huyendo el bulto  
á su mujer, y quizás  
en busca tuya.

JULIA. Lo dudo.

AND. Pues no dudes en tal caso,  
si con un poco de estudio  
lo entretienes. y después  
lo desengañas, presumo  
que dos pájaros á un tiempo  
matarás.

JULIA. ¡Ah! ya discurro,  
zeloso y enamorado  
vendrá á mis brazos Augusto,  
y desengañado y triste  
cambiará Genaro el rumbo,  
y en el seno de su esposa  
buscará amparo y refugio.  
Tiene usted razon, seré  
hoy coqueta, aunque no gusto  
de serlo, pues tan buen fin  
hará buenos de seguro  
los medios, y mi conducta  
aplaudirá todo el mundo.  
Casado que á su mujer  
deja en abandono injusto,  
duro castigo merece,  
y se lo dará muy duro.

ESCENA IV. ®

JULIA.—DOÑA ANDREA.—RAMON, que anuncia y se  
retira, después GENARO.

RAM. El señor de Cañizares,

AND. Que pase.

JULIA. ¡Tiemblo!

AND. Tu triunfo  
es indudable. No pongas  
el semblante tan adusto.

GEN. A los piés de usted, marquesa. . . .  
Señora. . . .

AND. Tardío tributo  
de amistad nos paga.

JULIA. Es cierto.

GEN. Yo. . . .

AND. Usted sabe que con júbilo  
le recibimos, y ha estado  
sin venir á vernos. . . .

GEN. Dudo  
que un amigo mas tarjetas  
haya dejado.

AND. ¡Qué escucho!  
Pues ha sido una desgracia  
para nosotras. . . .

JULIA. Algunos  
dias salimos en coche.

GEN. ¿Solos?

JULIA. Solas.

GEN. ¿Sin Augusto?

AND. El marqués sigue viviendo  
*en garçon*. Sin disimulo  
de los caballos, las armas,  
y los perros, al confuso  
tropel se entrega, cifrando  
su dicha en ese tumulto.  
Julia se impacienta, yo  
le sigo el viento y el rumbo,  
y, suegra ejemplar, de cuanto  
mi yerno gusta, yo gusto.  
Y, con permiso de usted,  
voy á saber cómo el Turco  
se encuentra. Es perro de caza.

del mas precioso dibujo.  
Adios. . . .

GEN. Señora. . . . Adios. . . .

AND. Pronto  
vuelvo, á los cinco minutos.

ESCENA V.

JULIA.—GENARO.

GEN. Por fin quiso el cielo. . . .

JULIA. ¿Qué?

GEN. Conceder á mi desvelo,  
marquesa, lo que del cielo  
por mucho tiempo esperé.

JULIA. No comprendo. Ese fervor,  
esa voz. . . esa mirada. . . .

GEN. Usted no comprende nada. . . .  
porque ha olvidado su amor.  
Y porque sus juramentos,  
de las playas españolas  
escritos sobre las olas,  
se los llevaron los vientos.

JULIA. Pero. . . (Sin freno se explica.)

GEN. Porque rompió, veleidosa,  
aquella ilusion hermosa,  
tan seductora, tan rica.  
Porque sin ningun reparo  
hiere, y el mal no remedia.  
(Hagámosle la comedia.)  
¡Calle usted, por Dios, Genaro!

GEN. No es posible.

JULIA. Esos extremos. . . .

GEN. No muestran todo mi afan.  
Tengo en el pecho un volcán.

JULIA. Y yo tengo. . . .

GEN. ¿Qué?  
 JULIA. Callemos.  
 GNE. Callar no. Si el alma loca  
 dicha no encuentra ni calma,  
 preciso es hablar.

JULIA. El alma  
 sienta, mas calle la boca.

GEN. Si un horrible frenesí  
 desata, rompe violento  
 los lazos del pensamiento,  
 preciso es hablar.

JULIA. Sí, sí.

GEN. Pues diga el labio. . . .

JULIA. No, no.

GEN. Y reciba el alma herida  
 en una palabra, vida.

JULIA. Sí.

GEN. ¿Es cierto?

JULIA. ¿Qué sé yo?

GEN. Callemos. . . . Yo desvarío.  
 Estoy, Genaro, casada. . . .  
 pero soy muy desgraciada.

GEN. ¿Qué felicidad, Dios mío!

JULIA. ¿Felicidad?

GEN. Sí. Arrastramos  
 los dos las mismas cadenas.  
 Sufrimos las mismas penas,  
 la misma hiel apuramos.  
 Dobladas bajo el preciso  
 yugo de ese lazo eterno. . . .  
 sumidos en un infierno,  
 pero viendo el paraíso.  
 Es necesario romper  
 esos lazos con profundo  
 valor, y formar un mundo  
 para los dos de placer.

JULIA. Tan irrealizable empeño  
 es, Genaro, una locura. . . .  
 ¡Sueño de inmensa ventura,  
 pero nada mas que un sueño!  
 Propósito temerario  
 que deslumbra y embelesa,  
 mas quimérico. . . .

GEN. Marquesa,  
 cúmplase.

JULIA. No.

GEN. Es necesario.

JULIA. Huyendo siempre, escondida,  
 y hasta esperando una suerte  
 mas triste. . . .

GEN. ¿Pero la muerte  
 no es preferible á esta vida?

JULIA. ¡La muerte!

GEN. ¿Por qué morir?

JULIA. Huyamos. Ancha es la tierra.  
 Si hoy el mundo nos destierra,  
 nos queda lo porvenir.  
 Lanzándose en el espacio,  
 delicias encuentra el alma,  
 á la sombra de una palma  
 como en un rico palacio.

GEN. Y nacerán sin recelos  
 las ilusiones mas bellas  
 á la luz de las estrellas,  
 bajo el azul de los cielos.

JULIA. Sí, sí; nos arrullarán,  
 entre misteriosa bruma,  
 las olas blancas de espuma  
 del mismo San Sebastian.  
 Y abandonando la orilla  
 con arrojé sobrehumano,  
 nosmirará el Océano

en una frágil barquilla.  
Mirádonos sin cesar  
los dos juntos bogaremos,  
y nos llevarán los remos  
á lo mas ancho del mar.

Yo, con alegre semblante  
miraré desde la popa  
detrás las playas de Europa,  
las de América delante.

Y después de tanto afan  
reposaremos un día  
en Siberia ó en Turquía,  
en China ó el Indostan.  
Y allí con amante fe,  
tendremos, . . . un solo aliento. . .

(Está visto, represento  
mucho mejor que pensé.)  
Y unidos en nuestro amor. . .

GEN. (Dentro.) Que lleve el potro de mano.  
MARQ. ¡Oh! ya se acerca el tirano!  
GEN. Ya viene. . . (¡Mi salvador!)  
JULIA.

ESCENA VI.

JULIA.—GENARO.—El MARQUES.

MARQ. Adios, Genaro, ¿qué tal?  
GEN. Bien.  
MARQ. ¿En dónde te has metido?  
Pálido estás. ¿Has sufrido?  
GEN. Algun tanto.  
MARQ. ¿De qué mal?  
GEN. Una fiebre. . .  
MARQ. Pues te advierto  
que nada supe y me pesa.

¿Cómo encuentras la marquesa?  
GEN. Bien.

MARQ. Muy hermosa, ¿no es cierto?  
JULIA. ¡Augusto!

MARQ. Pero ¿qué quieres?  
Aunque marido, soy justo,  
eres muy hermosa.

JULIA. Augusto. . .  
MARQ. Y te digo lo que eres.

Pero si el galante afan  
do un marido te sonroja,  
volvamos, Julia, la hoja,  
y perdona este desman.  
JULIA. Mucho debo agradecer  
que se muestre tan cumplido  
hácia su esposa un marido. . .

MARQ. Amante de su mujer.  
Aprende aquí, Cañizares,  
pues la ocasion te convida,  
cómo se pasa la vida  
sin inquietud ni pesares.  
Cómo el ánimo indeciso  
teme remontar su vuelo;  
pues si se dirige al cielo,  
se aleja del paraíso.

¿No opinas como yo?

GEN. Sí.  
Y tan feliz te contemplo,  
que puedes servir de ejemplo  
á otros maridos.

MARQ. A tí.

GEN. Yo. . .

MARQ. Perdon. . .

JULIA. Con mano fuerte. . .  
querido Augusto, has tocado  
un resorte delicado.

GEN. Marquesa. . . .  
JULIA. Un cáncer de muerte. . . .

MARQ. Tienes razon, olvidé  
un instante. . . . majadero. . . .  
que eres marido. . . . soltero. . . .  
perdona, me equivoqué.

GEN. Yo no pretendo. . . .  
MARQ. Ya estoy. . . .

(A Genaro.) (Andas siguiendo la pista  
de tu dama.) (A Julia.) La modista  
te está esperando.

JULIA. ¿Sí? Voy. . . .  
Usted tendrá la bondad  
de permitirme. . . .

GEN. Señora. . . .

JULIA. Antes de un cuarto de hora. . . .

MARQ. Te veremos, ¿no es verdad?

ESCENA VII.

GENARO.—EL MARQUES.

MARQ. ¿Qué tal galan de comedia  
hago? ¿tienen mis amores  
ese relieve que gusta  
á los tiernos corazones  
de las mujeres?

GEN. Pues qué,  
¿no amas á tu esposa?

MARQ. ¡Hombre  
del diablo! ¿Salimos ahora  
con que tú no me conoces?  
¿No te dije que me unia  
á esta mujer, por razones  
de conveniencia, de estado,

ó qué sé yo: que los goznes  
de mi corazon están  
enmohecidos; que no corre  
sangre por mis venas, que  
soy una estatua de bronce?  
Vivo entre mujer y suegra  
como un gato entre dos gosques,  
y ya que no me entretienen,  
quiera Dios que no me estorben.  
Tengo, aquí dentro, un fastidio  
qué las entrañas me roe.  
Dije mal: si me royese  
sintiera al menos, y entonces  
viviera, porque la vida  
consiste en las sensaciones.  
Pero el tedio me estremece,  
y me hiela y me corrompe,  
y para vivir, deseo  
los mas agudos dolores.  
¿Estás loco?

GEN.

MARQ.

Puede ser.  
No temas que yo me enoje  
porque tal digas. De locos  
y tontos, graves autores  
lo han dicho, todos tenemos  
nuestra liga como el cobre.  
Pero lo que mas importa  
no es que yo entontezca, ó tome  
en glóbulos homeopáticos  
el talento de Aristóteles.  
Lo que importa, y yo desco,  
pues quizás me proporcione  
un rato de solaz, es  
que sin ambajes ni flores  
me cuentes si la belleza  
que te enamoró en el Norte

recibe en Madrid benigna  
tus devotas oraciones.  
¿Callas? ¿Desde cuándo acá  
te turbas y no respondes  
á mis preguntas? ¿Qué diablos!  
¿te ha dado aquí pasaporte  
la que causó en las provincias  
tus doradas ilusiones?  
Desengáñate, Genaro,  
la mujer es multiforme;  
si en provincia una paloma,  
un gavilan en la corte.

GEN.

Yo no he dicho. . . .

MARQ.

Te rebelas. . . .

GEN.

Bien, permitiré que forjes  
el cuento que mas te agrade  
con sus bellas proporciones;  
pero ni de amor eterno  
puedo hablar ni de rigores,  
porque aun no he logrado verla.

MARQ.

¿De veras?

GEN.

Como lo oyes.

MARQ.

Pues te declaro por ende  
lo mas tonto, lo mas torpe,  
que han legado á nuestro siglo  
pasadas generaciones.  
No haberla visto. . . . permite  
que te haga burla y me asombre.  
¿En qué has pasado tu tiempo?  
¿En ver cómo baila el ole  
la Vargas, y en oír los trinos  
de Moriani y de Ronconi?  
No saber, y hay quince dias  
que Madrid nos mira, en dónde  
está su Venus, no es digno  
de un almibarado Adonis.

Será preciso que yo  
me encargue de todo, y bogue  
hasta encontrar esa concha  
que tan rica perla esconde.  
Descuida: yo tomo cartas. . . .  
¿Para qué? no te incomodes.  
¿Incomodarme! No tal.  
Y hasta puede ser que logre  
cambiar de humor entregándome  
á tales ocupaciones. . . .  
Ya verás. . . .

GEN.

MARQ.

GEN.

MARQ.

Pero si digo. . . .  
Yo tomaré mis informes,  
y te aseguro que al cabo. . . .  
pero ante todo su nombre. . . .  
¿Cómo se llama?

GEN.

Yo espero ser mas feliz. . . .

MARQ.

Tole, tole.

Lo repito: de justicia  
la empresa me corresponde.  
Dí cómo se llama, y verla  
podrás esta misma noche.  
Me parece que me porto  
haciendo de Cicerone.  
Dí.

GEN.

MARQ.

Doña Andrea. . . .

¿Mi suegra

®

es el magnífico roble  
que te ha de dar sombra?

GEN.

No.

MARQ.

Se acerca con tu consorte.  
Acabaras! Te creia  
sumido ya en sus prisiones.

ESCENA VIII.

GENARO.—EL MARQUES.—JULIA.—DOÑA ANDREA.

JULIA. ¿He tardado?  
 MARQ. No por cierto;  
 pero nos vienes de molde.  
 AND. ¿Qué ha sucedido?  
 GEN. Marqués. . . .  
 MARQ. Julia, quiero que me ahorres  
 algun trabajo. Tú tienes  
 muchísimas relaciones,  
 y á una hermosa señorita  
 conocerás, cuyos soles  
 han deslumbrado. . . .  
 JULIA. ¿Se llama?  
 MARQ. Genaro, que tú la nombres  
 es preciso.  
 JULIA. Pero. . . .  
 MARQ. Es él  
 quien se quema. Gime el pobre  
 sin haberla visto, desde  
 julio ó agosto. . . .

JULIA. No formes  
 empeño. . . . (¿sospechará?)  
 AND. (Aparte las dos.)  
 (¿Qué ha de sospechar!) (Al marqués.) No  
 á tu amigo con preguntas (acoses  
 que en grave apuro le ponen.  
 MARQ. Si quiere callar. . . .  
 GEN. Son bromas  
 de Augusto.  
 MARQ. No te sonrojes.  
 Estas señoras respetan,

tus escrúpulos de monje.  
 ¿Y qué es ello? van ustedes  
 armadas de quitasoles. . . .  
 JULIA. Vamos al jardin.

AND. La tarde  
 está apacible.  
 MARQ. Disponde,  
 Genaro, si quieres ver  
 un embelesado bosque  
 y descubrir entre plantas  
 magníficos horizontes.  
 GEN. Con mucho gusto.  
 AND. ¿No vienes?  
 MARQ. Bajaré después que corte  
 las orejas al galguillo  
 que me ha regalado Ponte.  
 AND. Que bajes.  
 JULIA. Adios.  
 MARQ. Adios.  
 GEN. Adios.  
 MARQ. Adios, que te portes.

ESCENA IX.

EL MARQUES.

No quiso nombrarla: es claro  
 que el mozo tiene su plan,  
 y Julia en san Sebastian  
 fué la amada de Genaro.  
 Pues señor, bonito juego,  
 combinacion muy bonita:  
 un esposo á Margarita  
 robo, y aquí meto el fuego. . . .  
 Me mandó venir mi suegra  
 aquí. . . . ¿Lo pasado ignora?

No, no: la buena señora  
 lo sabe todo, y se alegra.  
 Ella se alegra. . . . tambien  
 me alegro, por vida mia:  
 juntemos nuestra alegría,  
 muy buen provecho, y amen.  
 Me está comiendo el hastío  
 de una vida sosegada.  
 Ya tengo tela cortada,  
 y de pensarlo me río. . . .  
 Genaro la asediará:  
 ella es hermosa y discreta,  
 hará muy bien la coqueta,  
 y esto me divertirá.  
 Huya de mí el humor negro;  
 brillen mis buenos instintos. . . .  
 Me ha metido en laberintos  
 el buen Genaro, y me alegro.  
 Me estoy comiendo el mostacho  
 de contento; los pesares  
 huyan. Sí, sí, es Cañizares  
 un excelente muchacho.  
 Estaremos al ataque,  
 y á quien se pilla la vez:  
 jugadores de ajedrez  
 que se preparan al jaque.  
 Habrá en el juego tremendo  
 cambio de combinaciones,  
 ya apretando los peones,  
 ya los caballos comiendo.  
 Mas si al llegar al remate  
 miro la reina perdida,  
 acabaré la partida. . . .  
 ¿Con que? Con un jaque-mate.  
 Genaro, no te equivoques,  
 pues si mucho te resbalas,

¡hum! cambiaremos dos balas,  
 cruzaremos dos estoques.  
 Y será una conclusion  
 trágica, que por tu bella  
 mueras, y que salga ella. . . .  
 ¿por dónde? Por un balcon.  
 Procedo bien y leal.  
 Que se enamoren los dejo.  
 Ni lo sigo ni me quejo,  
 y. . . .

ESCENA X.

EL MARQUES.—DON GERÓNIMO.

GER. Marqués. . . .  
 MARQ. Mi general. . . .  
 GER. ¿Qué tal la vida?  
 MARQ. Se pasa  
 con mas ó menos pereza.  
 GER. Ya sentó usted la cabeza  
 y es todo un hombre de casa,  
 Así me gusta, cosido  
 á las faldas; debe ser  
 amante de su mujer  
 todo prudente marido.  
 Usted lo entiende: corrió  
 como caballo sin freno  
 hasta los treinta: eso es bueno;  
 ¡pero á los treinta paró!  
 Y cansado de apurar  
 las convulsiones del alma,  
 ahora encontrará en la calma  
 una dicha singular.  
 MARQ. Sí.  
 GER. Obra usted con gran talento.



Es usted cuerdo y muy ducho,  
amigo, me alegro mucho.

MARQ. Pues yo tampoco lo siento.

GER. Un hombre de juicio, es claro  
nunca da consigo al traste:  
el mas cumplido contraste  
ofrece usted con Genaro.

A los veinte, el muy tronera  
se enamora con abinco  
y casa: á los veinticinco  
huye haciendo el calavera.

Y, aquí para entre los dos,  
si no me engaña su porte,  
creo que ya dió en la corte. . . .

¿Lo sabe usted?

MARQ. ¡No, por Dios!

GER. Mi yerno con mucho afan  
vive, se irrita, se inflama. . . .

De seguro, aquí la dama  
anda de San Sebastian.

MARQ. Bien puede ser; con dolor  
se acordaba de su bella:  
si ha tropezado con ella,  
estará loco de amor.

GER. ¿Y usted nada sabe? . . .

MARQ. Nada.

GER. Permita usted que me asombre. . . .

MARQ. Ni aun siquiera sé su nombre.

GER. ¿Ni si es soltera ó casada?

MARQ. No señor.

GER. En mi opinion,  
usted debería saber  
el nombre de esa mujer.  
(Quiero llamar su atencion.)

MARQ. ¿Genaro la quiere?

GER. Sí.

MARQ. Si él es el enamorado,  
ni su nombre ni su estado  
¿qué puede importarme á mí?

GER. Amigo, sospecho yo  
que bien mirado este asunto,  
tiene de contacto un punto. . . .  
con usted. . . .

MARQ. ¿Conmigo? No.

GER. Repito que le interesa. . . .

MARQ. No.

GER. ¿Podemos hablar claro?

MARQ. ¿Quién nos lo impide? . . .

GER. Genaro. . . .

piensa mucho en la marquesa.  
Juzgo que será un deseo  
por parte suya no mas.  
Irrealizable quizás,  
y oculto. . . .

MARQ. Lo mismo creo.

GER. Una pasion que en el alma  
morirá escondida. . . .

MARQ. Sí.

GER. Pero debe obrarse aquí. . . .

MARQ. Con seguridad y calma.

GER. Pero si el diablo se empena. . . .

MARQ. Nada conseguirá. . . .

GER. Pues. . . .

(De seguro este marqués  
es de piedra berroqueña.)

(Don Gerónimo se pasea.) (El marqués al balcon.)

MARQ. (Allí están solos. Le da  
una rosa la marquesa.  
El la recibe, la besa  
y la guarda, bien está. . . .  
La requiebra con pasion:  
ella con cierto embarazo

toma. . . y se apoya en su brazo. . . )  
¡Tiene usted mucha razon! (Volviéndose á don Gerónimo.)

GER. Pero. . .

MARQ. Su amistad traidora  
me tendió lazos extraños. . .  
No hay duda, la de los baños  
era. . .

GER. ¿Quién?

MARQ. ¿Quién? Mi señora.

GER. Aseguro por mi fe  
y por mi lealtad de amigo,  
que no he dicho. . .

MARQ. Yo lo digo.

GER. Y que ignoro.

MARQ. Ya lo sé. . .

GER. Pero tal vez. . .  
MARQ. Es muy llano,  
usted verá con qué calma  
al amiguito del alma  
mato. . . mañana temprano.

GER. Pero esa cólera insana. . .

MARQ. Mi general, fuera penas.  
Tempranito son las buenas,  
y buenas serán mañana.

GER. Refrene usted sus furores. . .

MARQ. Si estoy muy tranquilo. En fin,  
Bajemos ahora al jardín  
y allí entre las bellas flores. . .  
(Se coge del brazo.)

ESCENA XI.

EL MARQUES.—D. GERÓNIMO.—JULIA y GENARO del  
brazo, después doña ANDREA.

JULIA. No has bajado. . . (Al marqués.)

MARQ. El general  
llegó; y aquí entretenido  
me tienes. ¿Te has divertido  
mucho, Julieta?

JULIA. Tal cual.

MARQ. ¿Y tú, Genaro?

GEN. También.

AND. Está el jardín delicioso.

MARQ. ¿Verdad que está muy hermoso,  
Genaro?

GEN. Sí; está muy bien.

GER. Vámonos, querido. (Acercándose á Genaro.)

MARQ. Pues,

¿Marcharse? . . . ¡por vida mía!

En la mesa compañía  
deben hacernos. . .

GEN. (En voz baja.) Marqués. . .

JULIA. Tienes razon.

MARQ. Sus favores

Recibirá la marquesa,

(Sacude la campanilla y aparece Ramon.)

¡Ramon! la sopa á la mesa.

Vamos á comer, señores.

(Genaro sale dando el brazo á la marquesa y precedidos de doña Andrea.)

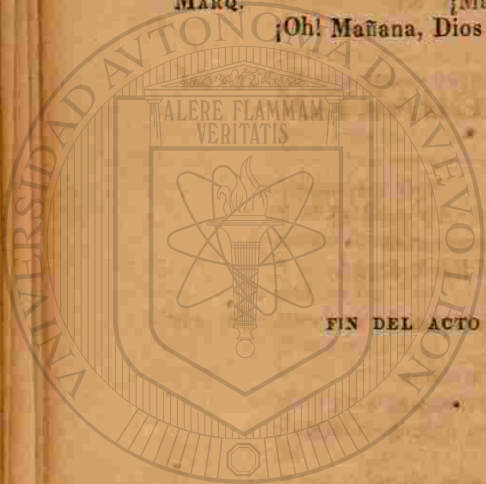
GER. Este banquete será. . .

MARQ. A comer mucho y con gana.

GER. Pero ¡y mañana?

MARQ. ¡Mañana?

¡Oh! Mañana, Dios dirá.



FIN DEL ACTO TERCERO.

## ACTO CUARTO.

*La decoracion del tercero.*

### ESCENA I.

*El MARQUES por la puerta de la izquierda, que cierra.*

Ya estoy solo, y puedo aquí  
sin dar una campanada  
bramar, y arrojar la bilis  
que me pudre las entrañas.  
¡Volado estoy! Si me quedo  
un minuto en esa sala. . .

Vamos, me ciego, no hay mas. . .  
revienta la mina y saltan  
por el balcon á la calle  
el amigo de mi infancia,  
y mi mujer, y la suegra,  
y el viejo, y toda la casa;  
¡y yo después! Buen escándalo  
hubiera dado: mañana  
seria yo el personaje  
mas ridiculo de España!

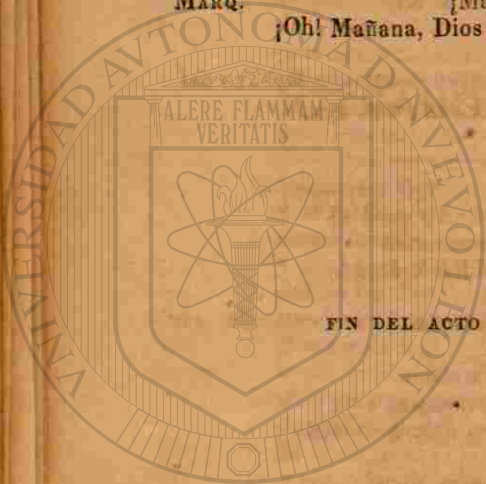
GER. Este banquete será. . .

MARQ. A comer mucho y con gana.

GER. Pero ¡y mañana?

MARQ. ¡Mañana?

¡Oh! Mañana, Dios dirá.



FIN DEL ACTO TERCERO.

## ACTO CUARTO.

*La decoracion del tercero.*

### ESCENA I.

*El MARQUES por la puerta de la izquierda, que cierra.*

Ya estoy solo, y puedo aquí  
sin dar una campanada  
bramar, y arrojar la bilis  
que me pudre las entrañas.  
¡Volado estoy! Si me quedo  
un minuto en esa sala. . .  
Vamos, me ciego, no hay mas. . .  
revienta la mina y saltan  
por el balcon á la calle  
el amigo de mi infancia,  
y mi mujer, y la suegra,  
y el viejo, y toda la casa;  
¡y yo después! Buen escándalo  
hubiera dado: mañana  
seria yo el personaje  
mas ridiculo de España!

He hecho bien, he hecho bien:  
sí, ¡muy bien! Pero esta rabia  
que me está ahogando, en alguno  
necesito descargarla.

¿Yo tengo rabia? ¡Sí, sí!  
tengo, tengo, no sé. . . gana  
de. . . no sé cómo llamarlo. . .

¡que tengo celos en plata!  
¡Tengo celos! ¡Qué placer!

Yo que creía embotadas  
para siempre mis pasiones. . .

¡Oh! ¡dichoso yo! Bien haya  
mi boda y bien haya Julia  
y el perillan que me sacan  
de mi fastidio mortal,  
y me hacen sentir. ¡Con cuánta  
delicia les diera ahora  
un abrazo. . . y los ahogara!

Porque no hay duda, no hay duda  
están de acuerdo y me engañan.

¡Oh! los he observado bien.  
Juntos en la mesa estaban:

El ni un bocado probó,  
y sin cesar de mirarla,  
ella en mí fijos los ojos,  
y el rostro como una grana.

Después la dió el brazo, y yo  
noté que se lo apretaba.

A tomar café se fueron  
á un extremo de la sala. . .

y la vieja. . . ¡otra que tall!  
conmigo charla que charla. . .  
pues. . . para que no observase.

Y el otro viejo. . . ¡Canallas!  
¡Pues señor, me alegro mucho,  
mucho, mucho! Me quejaba

de hastío, y ya me ha caído  
que hacer. . . Esta noche, calma:  
y mañana. . . Ellos verán  
la que les guardo mañana.

ESCENA II.

El MARQUES.—JULIA, JULIA abre quedito la puerta  
y se asoma.

JULIA. ¡Tan solo aquí! ¡Habrás surtido  
la medicina su efecto?  
¿ó de fastidio nos deja?

MARQ. ¡Pues si no sana con esto! . . .  
¡Pues señor, bien!  
(Dejándose caer).

JULIA. (Es fastidio). (Con tristeza.)

MARQ. ¡Voto al diablo! (Se levanta dando una pu-  
ñada en el velador.)

JULIA. (No: son celos) (Con alegría.)  
Augusto! (Acercándose.)

MARQ. ¿Quién viene aquí?

JULIA. ¡Ah! ¿eres tú? (Vuelve á sentarse.)

MARQ. Dice el proverbio,  
mas vale solo que mal  
acompañado.

MARQ. En efecto,  
así dice.

JULIA. La respuesta  
no es muy galante por cierto.

MARQ. Yo nunca he sido galante.

JULIA. Pero pudieras al menos  
ya que de un modo tan brusco  
nos dejas dar un pretexto.

MARQ. ¿Brusco? no: ¿Pretexto? ¿á qué?

Me fastidiaba allá dentro,  
y me vine aquí. . . á dormir.

JULIA. (¿Me habré engañado? ¿es el tedio  
que le domina? Veamos.)

Y qué, ¿vas á echar un sueño  
en ese sillón? . . . Perdone,  
Augusto; mas no lo apruebo.  
Estás haciendo una vida  
muy sedentaria. No es bueno  
para la salud dormirse,  
como tú has dado en hacerlo,  
después de comer; te expones  
á algun ataque apoplético:  
se entorpecen los sentidos,  
se crían humores. Tengo  
para mí que si salieras  
por ahí á dar un paseo. . .

MARQ. Tengo pereza.

JULIA. La noche  
está hermosísima: el cielo  
tan despejado y tan claro. . .

MARQ. ¿Despejado, eh? Pues sospecho  
que no tarda en descargar  
una tormenta con truenos  
y relámpagos.

JULIA. ¿Jesús!

MARQ. ¡Y rayos!

JULIA. ¡No digas eso!

MARQ. ¡Y centellas!

JULIA. ¿Estás loco?

MARQ. ¿Loco yo?

JULIA. No puede menos,  
¿de dónde sacas?

MARQ. ¿De dónde?

De. . . de un callo.

JULIA. ¿Sí? . . . lo siento.

¡Miren el pícaro callo  
cómo avisa! ¿Y sale cierto  
siempre?

MARQ. Siempre.

JULIA. ¿Y hoy te duele?

MARQ. Algo.

JULIA. ¿En qué pié?

MARQ. ¡En el derecho!

JULIA. ¿Y dime, desde que empieza  
á dolerte, cuánto tiempo  
suele pasar hasta que  
viene encima el aguacero?

MARQ. Esta vez no será mucho  
por la comezon que siento  
en el susodicho pié.

JULIA. Pero esta noche no creo  
que descargue.

MARQ. No.

JULIA. Pues bien;  
tú, querido, estate quieto:  
aquí vendrá el general  
á acompañarte.

MARQ. ¿Y tú?

JULIA. Pienso

ir á la ópera un rato.

MARQ. ¿Con quién?

JULIA. Con mamá.

MARQ. ¿A qué asiento?

JULIA. A un palco.

MARQ. ¿Qué palco?

JULIA. Un palco  
de platea.

MARQ. Ya, sí; pero. . .

JULIA. El número uno.

MARQ. ¿Y cuándo  
le has tomado?

JULIA. Es de proscenio.  
MARQ. ¿Pero dejas á Genaro solo?  
JULIA. No: vendrá un momento con nosotras.  
MARQ. ¡Ah! le has dicho. . . .  
JULIA. El es quien nos lo ha propuesto: habia tomado un palco.  
MARQ. ¿Qué casualidad?  
JULIA. Iremos en carretela cerrada por si llueve.  
MARQ. Lo que es eso no creo que será fácil.  
JULIA. ¿Por qué?  
MARQ. Me ha dicho el cochero que se ha encojado una yegua.  
JULIA. ¿Se ha encojado? Fuera bueno que tambien el animal sintiese el cambio del tiempo!  
MARQ. (Se está mofando de mí)  
JULIA. Pero no importa: tenemos carruaje en que ir y venir.  
MARQ. ¿Qué carruaje? ¡Pesetero!  
JULIA. No.  
MARQ. ¿De la Puerta del sol?  
JULIA. Quita allá, si son tan feos. . . .  
MARQ. No.  
JULIA. Sí tal. Bueno seria que entre los trenes soberbios que acabada la función van pasando y recogiendo á tanta dama elegante, llegaran dos jacos héticos apaleados sin piedad por un cochero mugriento,

y vieran entrar los pollos en aquel arcon inmenso nada menos que á la hermosa marquesa de Campo-Regio! No lo pienses.  
JULIA. ¡Dios me libre!  
MARQ. ¡Qué escándalo!  
JULIA. Por supuesto. . . .  
MARQ. Y unos asientos. . . .  
JULIA. ¡Tan duros!  
¡Y luego aquel movimiento!  
¡Oh! ¡no puedo ver los coches de alquiler!  
MARQ. ¡Pues ya! por eso decia. . . . Deja esta noche que á su palco de proscenio vaya Genaro solito, que ya mañana tendremos ópera. . . . y aun baile.  
JULIA. No, sino he pensado que fuésemos en carruaje de alquiler.  
¿Pues no has oido? Yo creo habértele dicho.  
MARQ. ¿Qué?  
JULIA. Nada, que abajo tenemos la carretela.  
MARQ. ¿De quién?  
JULIA. ¡Es preciosa! ¡Y qué soberbios caballos!  
MARQ. ¿De quién?  
JULIA. Ingleses. . . . mejores son que los nuestros.  
MARQ. ¿De quién es la carretela?  
JULIA. De Genaro.  
MARQ. Del infierno.

(Se levanta y pasea.)

JULIA. ¡Jesús me valga! ¡es el callo!

MARQ. Es. . . .

JULIA. Pues andas muy derecho.

MARQ. Todos andarán así.

JULIA. Pues si sabes el remedio, aplicaselo á la yegua.

MARQ. ¡Julia!

JULIA. Vaya, son los nervios, que anuncian también el cambio de la atmósfera. . . . Te dejo. . . .

MARQ. ¿A dónde vas?

JULIA. Al teatro.

MARQ. ¿Con Genaro?

JULIA. Sí.

MARQ. Primero os hago á los dos pedazos. Siéntate.

JULIA. Augusto.

MARQ. ¡Silencio!

JULIA. Siéntate, y aguarda aquí.

MARQ. Detente.

JULIA. Suelta: ¡estoy ciego!

MARQ. ¿Dónde vas?

MARQ. A ejecutar en este mismo momento lo que dilatar pensé y ya dilatar no puedo.

JULIA. Dímelo.

MARQ. A ahogar ese infame.

JULIA. ¿A quién?

MARQ. ¡A tu amante!

JULIA. ¿Y luego?

MARQ. ¡Y luego á tí!

JULIA. ¿No es mejor, para ahorrar camino y tiempo

que empieces por mí?

MARQ. ¡Perjura!

JULIA. Vamos, anda, échame al cuello los brazos: no para ahogarme, sino para que nos demos un abrazo.

MARQ. Aparta.

JULIA. ¡Hola!

señor mio, ¡qué se han hecho aquella calma, aquel aire fisiológico, indigesto, frío, aquel aplomo, aquel no dárselo á usted un bledo por cuanto pasa en el mundo?

Vaya, no estaba tan muerto ese corazón: con una pequeña dosis de zelos parece que ha dado muestras de vida. No soy mal médico.

MARQ. Es ingenioso el ardid; pero estás perdiendo el tiempo.

No hay mujer que á mí me engañe.

JULIA. Es verdad: sirva de ejemplo la presente escena.

MARQ. ¿Cómo!

¿Me negarás lo que veo?

JULIA. ¿Qué ves?

MARQ. Genaro es tu amante.

¿Lo confiesas?

JULIA. Lo confieso.

¿Qué mas? Sigue.

MARQ. ¿Y no eres tú? . . . .

JULIA. Poco á poco: eso no es cierto: en San Sebastian le ví, y con suspiros muy tiernos, con ayes muy lamentables



me dió á entender que era de esos románticos desgraciados que llevan siempre en el pecho, una especie de Vesubio echando llamas de fuego.

Me entretenía y le oí.

Vengo á Madrid: me lo encuentro el día de nuestra boda:

quiere volver y me niego.

Pero notando después que era tan corto mi mérito

que no alcanzaba á romper

en tu corazon el hielo

de la fria indiferencia,

tomarle por instrumento

de tu curacion pensé

y de mi venganza á un tiempo.

Te curaste, y me he vengado:

ya sabes todo el secreto.

MARQ. ¿Es posible? ¡con que. . . Nada.

No señor, no me convenzo.

Palabras falsas. . . mentiras. . .

JULIA. ¿Te convencerán los hechos?

MARQ. Segun.

JULIA. Pues oye. Tú gustas

de viajar. Yo tengo anhelo

de ver la Francia, la Italia. . .

Hagamos un viaje.

MARQ. Pero. . .

JULIA. Y ha de ser así. . . una especie

de calaverada. . . un trueno. . .

que dé que hablar, una cosa

de anocheceo y no amanezco.

MARQ. ¿Cómo?

JULIA. Ahora mismo. Ramon,

que es práctico, en un momento

dispone tu cofre, el mio

en dos minutos lo arreglo:

me he de hacer ropa en Paris:

con poco mas que lo puesto

estoy lista. Haces que enganchen

la silla. . . porque sospecho

que la yegua habrá sanado. . .

como tú, y antes de un credo

sin decir á nadie nada,

á escape. ¿Me vas creyendo?

MARQ.

¡Julia! ¡Julia!

JULIA.

¿Sí, me crees.

Vaya usted, señor enfermo,

y obedezca los mandatos

de su doctor.

MARQ.

¿No hay remedio!

Es nuestro signo: si entramos

en discusion, somos muertos.

¿Te das por vencido?

JULIA.

MARQ.

Sí.

JULIA.

Rinde á mis piés el acero.

MARQ.

(Si me viera alguno así. . .) (De rodillas.)

JULIA.

Bese uste la mano.

MARQ.

Beso.

JULIA.

Ahora un abrazo.

MARQ.

¡Oh! ¡mi Julia!

(¡Somos unos pobres necios!)

JULIA.

Ea, á disponerlo todo:

anda aprisa. . .

MARQ.

Voy corriendo.

ESCENA III.

JULIA.

Pues se me saltan las lágrimas:  
estoy conmovida. . . Vamos,  
que no ha sido solo á él: (*Se sienta.*)  
Tambien á mí me ha curado  
la medicina. Le dí  
sin conocerle la mano:  
y del modo que hasta ahora  
ningun hombre me ha inspirado  
amor, sin amor tambien  
le recibia en mis brazos.  
Pícome su indiferencia,  
y queriendo yo picarlo  
con zelos á un tiempo mismo  
nos hemos herido entrambos.  
No hay duda: empiezo á sentir  
un desconocido halago,  
un tierno interés por él. . .  
Y el otro pobre ¡qué chasco  
se va á llevar! ¡Cuando sepa  
que ha servido de espantajo!  
¡Cuando mañana se encuentre  
con que el pájaro ha volado! . . .  
Este viaje es gran idea!  
asta me excusa el mal rato  
de darle unas calabazas  
verbales.

ESCENA IV.

JULIA.—D. GERÓNIMO.

GER. ¡Es ella! ¡Bravo!  
¡qué, está sola! ¡Aquí la embisto!  
¡Esa hija de mis pecados  
encajarseme en Madrid  
y venirme aquí buscando  
como una loca! Es preciso  
que esta Julia ó este diablo  
lo desahucie. . . y ahora mismo,  
á ver si logro arrancarlo  
de esta casa. . . y me lo llevo. . .  
que luego allá. . .

JULIA. (*¡No, no salgo  
á la sala. . . haré decir. . . (Se levanta.)  
que me he metido en mi cuarto  
porque estaba algo indispuesta. . .*)  
General!

GER. ¡Marquesa! (*¡Animo!*)

JULIA. Perdone usted. . . no estoy buena. . .  
voy á ver si descanso. . .

GER. (*¡Aquí ha habido pelotera:  
mejor!*)

JULIA. Diga usted á Genaro  
que me dispense. . .

GER. Marquesa,  
quisiera que un breve rato  
me escuchase usted.

JULIA. Por Dios,  
general.

GER. Marquesa. . . acabo

de ver pasar al marqués por la sala donde estamos, presuroso, conmovido, y usted. . . usted ha llorado también.—Perdóneme usted que me atreva á dar un paso indiscreto, sorprendiendo tales secretos. Mis años, el interés que me guía, y sobre todo el sagrado carácter de padre tierno que por enjugar el llanto de una hija está corriendo desde Herodes á Pilatos, siendo espía y pedagogo de un calaverilla fatuo, me disculpan lo bastante:

JULIA.

Tan estupendo profacio no sé dónde va á parar. Marquesa, bromas á un lado, y hablemos con seriedad que es muy serio lo que traigo. Lo que entre usted y el marqués en este instante ha pasado me lo figuro. . . . lo sé.

GER.

Por usted se lleva el diablo la paz de este matrimonio, como ya se la ha llevado, también por culpa de usted, de otro igual.

JULIA.

Por cierto ¡alabo la marcialidad!

GER.

Usted ha levantado de cascos con farsas y coqueteos á ese imbécil de Genaro:

lo ha oído el marqués, y aquí se habrán ustedes tirado los trastos á la cabeza. ¡General!

JULIA.

GER.

Por san Pancracio bendito, mire usted, Julia, que el marqués con ese cuajo que aparenta, es el demonio! Mire usted que ya enterado de lo que anda, ha decidido para mañana temprano darle á usted un puntapié y al otro un pistoletazo. . . . ¿Está usted loco?

JULIA.

GER.

No estoy, que él mismo me lo ha contado. Y por último, señora, quien mas sufre en este caso es Margarita, mi hija que con el alma idolatro. Por ella le ruego á usted: vuelva usted, vuelva á sus brazos el esposo que le roba, ya que la muy tonta ha dado en que no puede vivir lejos de ese mentecato. ¡Eh! dele usted pasaporte. ¿No vale mas un sancajo del marqués? . . . .

JULIA.

GER.

(¡Ah! ¡pobre viejo! me enternece!) Y en fin, claro: si es usted de las que piensan que hacen papel desairado en no teniendo un cortejo, como quien dice, un caballo

ó un loro, ó un perro de aguas,  
busque usted con dos mil santos  
algun pollo volandero  
rabi-corto y zanqui-largo.

JULIA. ¿Me insulta usted, general?  
(Pues ha de llevar un chasco  
que le ha de escocer.)

Señora,  
yo no insulto; solo trato  
de evitar una catástrofe.  
Mire usted que es corto el plazo.  
Mire usted que si esta noche  
no se conjura el nublado,  
mañana arde Troya!

JULIA. Basta,  
que está usted desatinadon.

GER. ¿Cómo es eso?

JULIA. ¿Usted no sabe,  
qué ha de saber! viejo helado,  
lo que es una pasión ciega!

GER. ¡Pasión! Medrados estamos. . . .  
¿Qué pasión! Coquetería. . . .

JULIA. ¡La que siento por Genaro  
es volcánica, es eterna!  
y aquí mismo, en este cuarto,  
no pudiendo contenerme,  
todo se lo he confesado  
á mi marido!

GER. ¿Al marqués?

JULIA. Sí, al marqués. ¿A qué engañado?  
todo lo sabe. El como hombre  
de alma fría y pecho ancho  
ha visto que aquí no hay otro  
arbitrio que separarnos.  
El hace la vista gorda,  
y yo esta noche me escapo

con mi amante.

¡Santo Dios!

¿á dónde?

¡Qué sé yo! al Cairo. . . .  
a Constantinopla. . . . á Grecia. . . .  
lejos de aquí.

GER. ¡Vamos, vamos;  
usted se burla!

JULIA. ¿Me burlo?  
Vaya usted á preguntárselo  
al marqués. . . .

GER. ¡Pero es posible! . . . .

ESCENA V.

Dichos. —DOÑA ANDREA.

AND. ¡Hija! ¡Julia! ¿qué arrebató  
es este? Me ha dicho Augusto  
que te disponga volando  
el cofre.

JULIA. (A Gerónimo.)

¿Lo oye usted?

GER. ¡Cómo!

¿Con que es verdad?

AND. Mas sepamos  
¿qué viaje es este?

JULIA. Mamá,  
es una fuga, es un rapto. . . .

GER. ¡Y mi pobre Margarita!  
¿Qué haré? ¿Qué la digo? ¿Cuando  
sepa la nueva! Usted tiene  
(A doña Andrea con furia.)  
la culpa de estos escándalos.

AND. ¡Ay! ¡Jesús! ¿Qué dice?

GER. Usted,  
que sin duda allá en los baños  
sería la protectora  
de la niña.

AND. ¡Deslenguado!  
¡Insolente! ¡Qué habla este hombre?

GER. ¡Buen par de alhajas!  
JULIA. ¡Espacio,  
general!

AND. Salga usted.  
GER. Voy  
á hablar á ese calzonazos  
de marido.

JULIA. Vaya usted,  
y oirá de sus propios labios  
la verdad.

GER. ¡Es increíble!

JULIA. Vaya usted.

GER. ¡Yo estoy soñando!

ESCENA VI.

JULIA.—Doña ANDREA.

AND. ¡Quieres explicarme! . . .  
JULIA. Luego. . .

Digale usted á Genaro  
que aquí le espero, y usted  
haga lo que le ha encargado  
mi marido.

AND. ¿El cofre?  
JULIA. Sí.

AND. Pero. . .

JULIA. Vaya usted.

AND. ¡Qué arcanos!

ESCENA VII.

JULIA.

¡Qué fosco va! Me parece  
que bien el pobre ha pagado  
las frescas que me ha encajado!  
Pero disculpa merece.  
Fuerza es hacer lo que pide:  
sí, conviene desahuciar  
á Genaro sin tardar,  
y que del todo se olvide  
de ese necio desvarío.  
Si me voy sin verle, acaso  
juzgue que á dar este paso  
me ha forzado á pesar mio  
mi marido, y en su pecho  
alguna esperanza aliente:  
nada; á él me voy frente á frente  
por el camino derecho.  
Daré gusto al general:  
usaré un remedio cruel!  
No importa: hay que hacer en él  
una cura radical.  
¡Oh! por mucho que le escueza,  
no hará ningun disparate,  
porque no hay pasión que mate  
cuando solo la cabeza.  
Eso le pasa á este pobre.  
Pero yo haré que recobre  
el juicio, y vuelva la calma  
á aquella esposa infelice

que se consume de pena.  
 Le preparo aquí una escena  
 que no solo le horrorice,  
 sino en que quede vengada  
 la mujer que abandonó;  
 que eso debo hacerlo yo  
 por mujer y por casada.  
 Sí, sí, aunque me haga violencia  
 el chasco le voy á dar:  
 para ayudarle á sanar  
 le sirve su inexperiencia;  
 pues he de hacer que le inspire  
 tal miedo toda mujer,  
 que ha de echar luego á correr  
 en cuanto alguna le mire.—  
 Oigo pasos. . . ¡Atencion!  
 ya está el pájaro en la red.

ESCENA VIII.

JULIA.—GENARO.

GEN. Julia. . . ¿me ha llamado usted?  
 JULIA. Sí, Genaro. . .  
 GEN. ¡Es ilusión!  
 ¡Y está sola! ¡Albricias, alma!  
 JULIA. Acerquese usted.  
 GEN. ¡Oh! ¡gloria!  
 ¡Logré mi amor la victoria!  
 ¡Julia!  
 JULIA. Un poquito de calma.  
 Le llamo á usted porque entienda  
 que me encuentre en este instante  
 indecisa, vacilante,

en una crisis tremenda!  
 Me acojo en vano al amparo  
 de una razon impotente:  
 usted puede solamente  
 aconsejarme, Genaro!

GEN.

¡Yo, Julia!

JULIA.

Sí, nuestro amor  
 ha descubierto el marqués. . .  
 Yo me he arrojado á sus piés  
 y le he dicho sin temor  
 cuanto mi pecho sentia.

GEN.

¿Le ha dicho usted. . .

JULIA.

La verdad.

GEN.

¡Cuánta es mi felicidad!

¡Cuánta!

JULIA.

Pues digo, ¿y la mia?

GEN.

Angel de mi hermoso cielo,  
 hurí de mi paraíso,  
 por fin el destino quiso  
 alzarnos en rauda vuelo  
 á las etéreas regiones  
 cuyo ambiente abrasador  
 es fuego devorador  
 que funde los corazones.

Pero una vez que ya sabe  
 nuestra pasion el marqués,  
 ¿qué vacila usted? ¿cuál es  
 el consejo que aquí cabe?

JULIA.

Cabe, Genaro y yo quiero,  
 que á la márgen de ese abismo  
 sea usted mismo, usted mismo  
 quien me señale el sendero  
 que he de seguir. ¡Debo yo,  
 como una mujer vulgar  
 á mi marido engañar  
 con falsos amores?

GEN. ¡No!

JULIA. ¡Y después que le declaro lo que entre usted y yo pasa, podemos ya en esta casa continuar los tres, Genaro?

GEN. No, Julia; en esta ocasion solemne, extrema, fatal, solo queda un medio. . . .

JULIA. ¿Cuál?

GEN. ¡La fuga!

JULIA. ¡Esa es mi intencion! No esperaba otro consejo de usted.

GEN. ¿Y usted lo dudaba?

JULIA. Tal vez. . . .

GEN. Ingrata! pensaba que mi corazon perplejo se hallaba en momentos tales! ¡No! . . . ¡la fuga! ¡y muy en breve! . . . ¡fuga que en alas nos lleve de los raudos vendabales!

AND. Dí, Julia, ¿cuántas camisas? *(Aparese.)*

JULIA. Una docena. *(Vase Andrea.)*

GEN. ¿Qué es esto?

JULIA. Lo tengo todo dispuesto.

GEN. ¡Cielos!

JULIA. Las cosas precisas. . . .

GEN. ¡Pero sabe esa señora. . . .

JULIA. Ella sola, y un sugeto á quien con todo secreto descubrí mi plan, y ahora en busca nuestra vendrá.

GEN. ¿Tiene usted confianza en él?

JULIA. Hasta hoy me ha sido fiel, y espero que lo será. A disponer el carruaje

GEN. marchó volando hace poco.

GEN. ¡Oh! ¡qué placer! ¡yo estoy loco! ¡Qué viaje, Julia! . . . .

JULIA. ¡Qué viaje!

GEN. Usted ya está preparada. . . . yo al momento me preparo. . . . *(Yéndose.)*

JULIA. Para este viaje, Genaro, no necesita usted nada. Con lo puesto. . . .

GEN. ¡Es verdad, sí! lo que importa es escapar.

JULIA. Además, que va á llegar aquel sugeto por mí. Me parece que he escuchado sus pasos. . . . él debe ser. . . .

GEN. El sugeto. . . .

JULIA. Sí.

GEN. ¡Oh! ¡placer!

ESCENA IX.

*Dichos, el MARQUES.—De camino.*

MARQ. El carruaje está enganchado.

GEN. ¡Cielos!

JULIA. Este es el sugeto. . . .

GEN. ¿Su marido de usted. . . .

JULIA. Justo.

GEN. ¿No le dije á usted que Augusto sabia nuestro secreto. . . .

JULIA. ¿Pero ese secreto? . . . . Ha sido, y se lo he dicho bien claro:

que á él le amo; y á usted, Genaro,  
en mi vida lo he querido:

Bien lo sabe usted, ¡jamás! . . . .

¡Y el pobre Augusto tenia  
unos zelos. . . . ¡qué manía!

MARQ. ¡Eh! no hablemos de eso mas.

¡Sospechar yo de un amigo  
como tú! ¡casi un hermano!

¡Qué loco! ¡dame esa mano!

¡quieres venirte conmigo!

JULIA. ¡Sí, sí!

MARQ. De cualquier manera.

Bien estás con ese traje. . . .

JULIA. Y no será el primer viaje  
que haga usted. . . . á la ligera.

GEN. (Yo me ahogó.)

MARQ. En esta noche  
los tres desaparecemos,

GEN. ¡Gracias! . . . . ¡gracias! . . . .

JULIA. Bien cabemos:  
cuatro asientos tiene el cocha.

GEN. ¡Gracias, mil gracias, señora!

JULIA. ¡Oh! no hay de qué. . . .

GEN. Si hay de qué. . . .

JULIA. Quizá un dia me las dé  
de mejor gana que ahora

MARQ. Pues nos iremos los dos.

Vístete. ¿Qué haces así?

JULIA. ¿Quieres ayudarme?

MARQ. ¡Oh! ¡sí!  
Con que adios, Genaro.

JULIA. ¡Adios! (Se van  
abrazados.)

ESCENA X.

GENARO.

¡Cielos! ¡qué es lo que me pasa!

¡me parece que despierto

de un sueño! ¿Estoy vivo ó muerto?

¡Oh! ¡mi corazón se abrasa! . . . .

Vivo estoy. . . . y hecha pedazos

la venda á mis piés cayó!

¡Quién me ampara! Nadie, no;

¡todos me cierran los brazos!

Y solo me veo, ¡oh cielo!

¡solo aquí con mi delito!

¿Dónde iré? Yo necesito

álguien que me dé consuelo!

¡Consuelo! ¿Y quién me le da?

Si cuantos seres encierra

el ámbito de la tierra

¡monstruos me parecen ya!

¡Oh! ¡bendita tiranía!

bendita mil veces, sí,

la que ¡ignorante de mí!

¡tan dura me parecia!

ESCENA XI.

GENARO.—DON GERÓNIMO.

GEN. ¡Qué veo! ¡Padre! ¡Señor!

GER. ¡Genaro!



GEN. El triste Genaro  
vuelve á acogerse al amparo  
de ese paternal amor.

GER. ¿Estás loco? ¿Qué ha pasado?  
ya creía no encontrarte  
aquí; ¿no ibas á escaparte  
con tu amada?

GEN. Me ha engañado!

GER. ¿Y por eso estás así?  
Si esta ha fallado, otra al puesto.

GEN. ¿Qué dice usted? ¡las detesto  
á todas!

GER. ¿A todas?

GEN. Sí.  
El mundo es cueva horrorosa  
de traicion y de maldad.  
¡Yo quiero mi soledad!  
mi soledad. . . y mi esposa.

GER. ¡Tu esposa! (Esta es la ocasion. . . )

GEN. Marchemos allá al momento;  
que al ver mi remordimiento  
quizá me otorgue el perdon.

GER. Ni aun ese consuelo triste  
te guarda el cielo en su ira.

GEN. ¿Qué escucho!

GER. ¿Tu esposa? Mira. . . (Le  
da una carta.)

GEN. ¡Cielo santo!

GER. Ya no existe.  
Desapareció de allí.  
Nadie la ha podido hallar;  
quizás se ha arrojado al mar!

GEN. ¡Oh! ¡miserable de mí!  
¡Oh! mi amor la encontrará,  
aunque sepa recorrer  
el mundo.

ESCENA XII.

Dichos: El MARQUES.—JULIA.—MARGARITA.

JULIA. No es menester:  
aquí la tiene usted ya.

GEN. ¡Ah!

MARG. ¡Genaro!

GEN. Compasion  
ten de quien locuras tantas  
hizo, y hoy pide á tus plantas  
ruborizado el perdon.

MARG. ¡Levántate!

GEN. No, á tus piés  
quiero anudar estos lazos  
rotos. . .

MARG. Mejor en sus brazos  
los anudarás. (Se abrazan.)

GER. ¡Eso es!

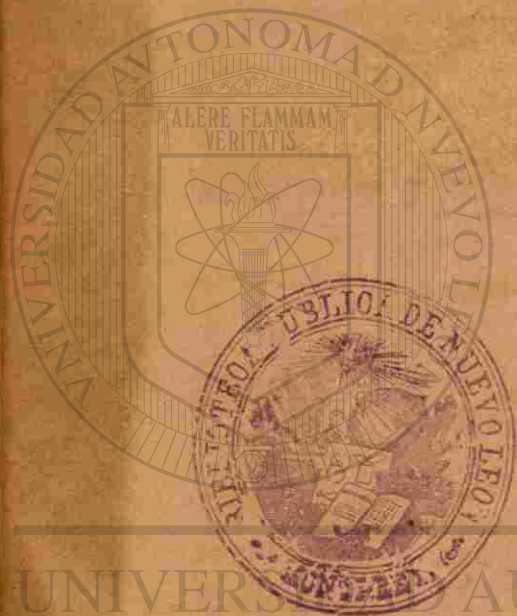
MARG. Y nosotros, á partir;  
que esto ya queda arreglado.

MARG. ¡Tan pronto!

GER. Muy bien pensado.  
Y nosotros á dormir.  
Desde hoy otra vida empieza;  
Vida de paz y ternura.  
Tú, sumision y cordura. (A Margarita.)  
y tú lealtad y firmeza. (A Genaro.)

MARG. } Sí.  
GEN. }  
GER. Felices váis á ser,  
os lo juro por mi nombre.  
Tú sé dócil, ¡pero hombre!  
Tú digna, ¡pero mujer!

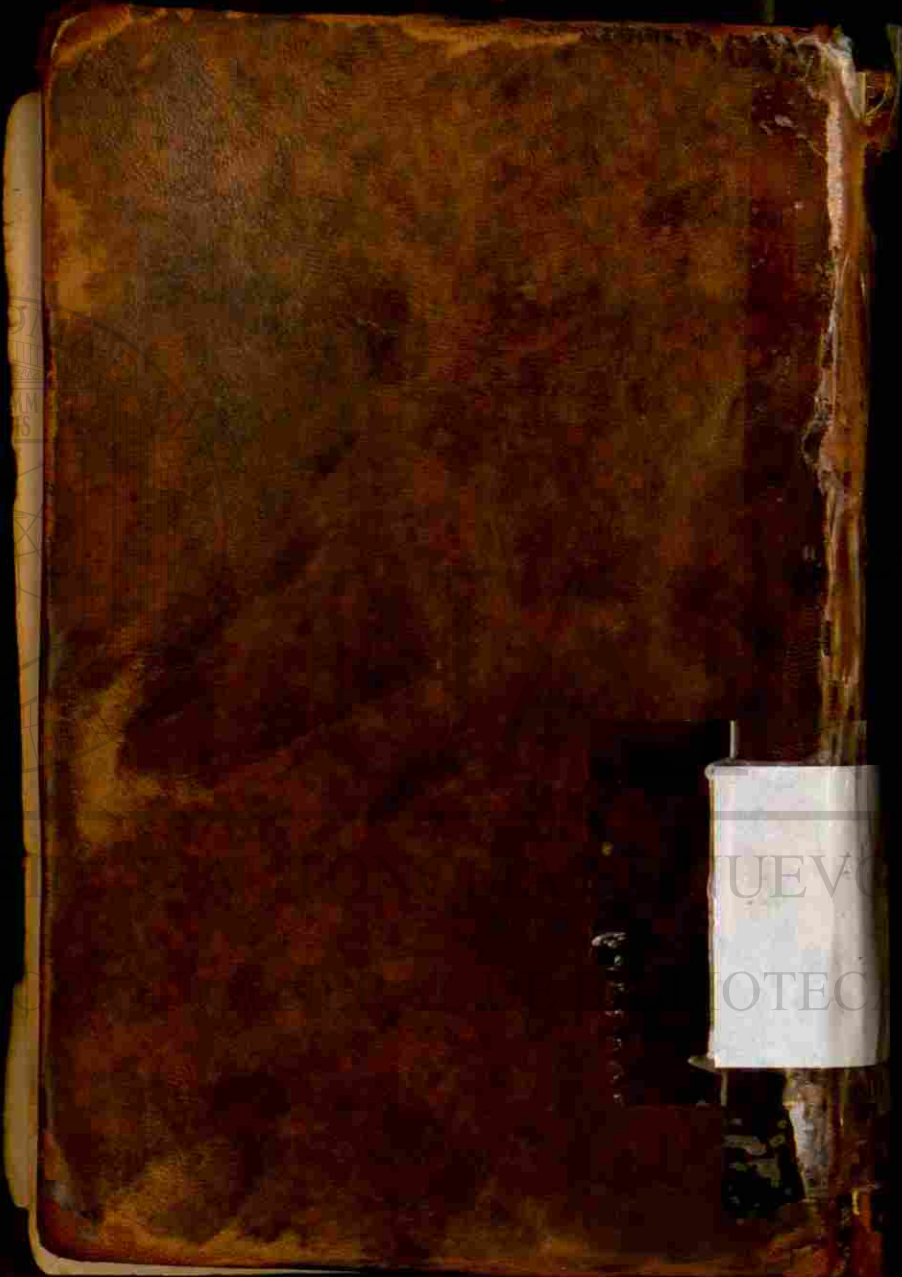
FIN DE LA COMEDIA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*i Lilia es ella ?  
Borrasca del Corazón  
D. Francisco Quevedo  
La Rueda de la Fortuna  
Un clavo para otro clavo*



UEVO

OTEC